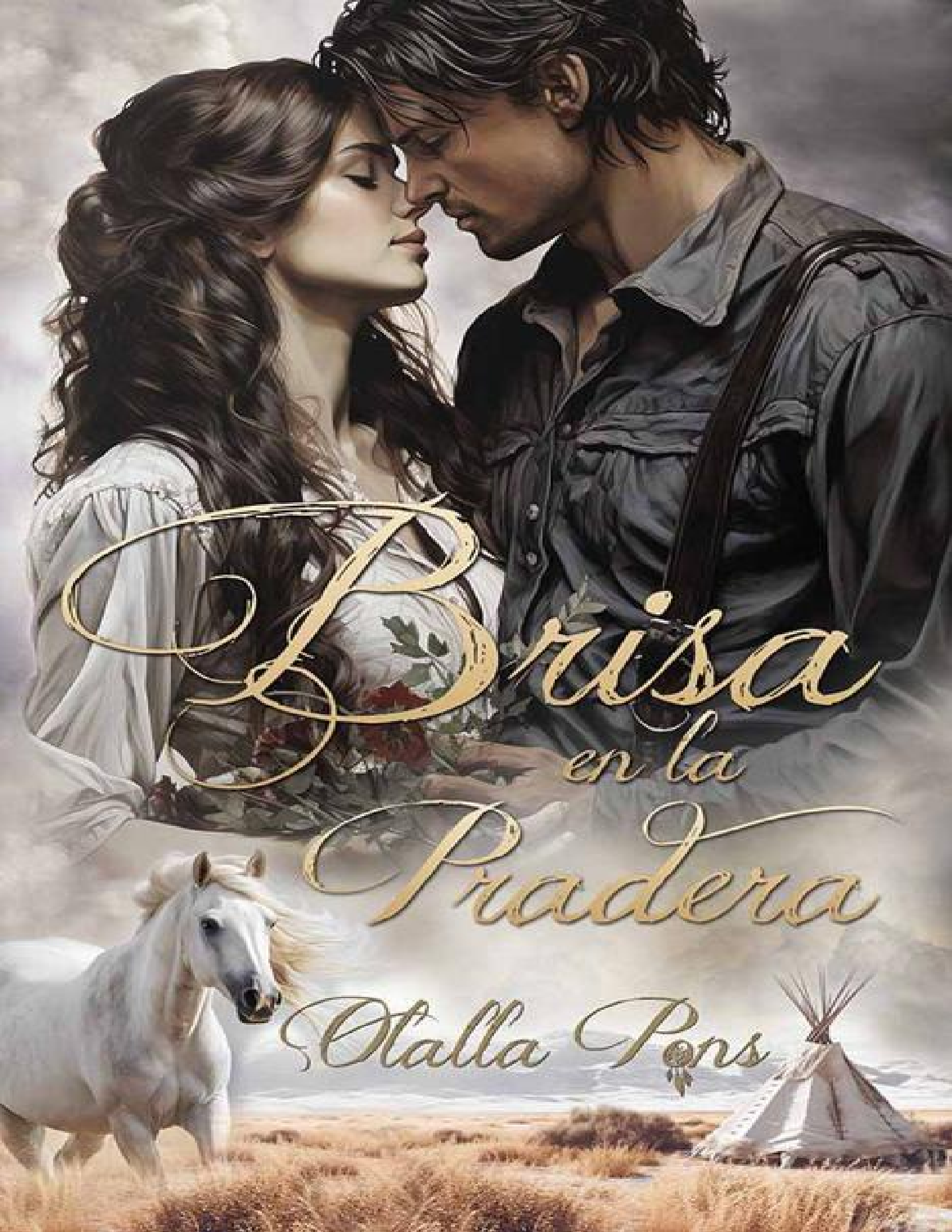

Brisa
en la
Pradera
Otalla Pons

Brisa en la Pradera

Olalla Pons

Cuando te vi por primera vez, fueron tus ojos los que me conquistaron. Mi padre, dos meses antes de iniciar su viaje hacia las hogueras de nuestros antepasados, me dijo: Me gusta este caballo, hay nobleza en su mirada. Después, te miró él a ti con respeto y admiración. Tras marcharse, no pudo dejar en mejores manos mi corazón destrozado.

Noble, amable, pícaro, testarudo, protector y con un gran corazón. Un corazón que cuando dejó de latir, rompió el mío y me desgarró el alma. Nunca olvido el brillo que aún desprendes. Eres un ser de luz, y sólo te faltaron alas para parecer un ángel.

Lucero, estuviste a mi lado quince años de mi vida, en los que nunca dejaste de saludarme con un suave relincho, incluso en tus últimos momentos, cuando estabas enfermo, alzaste la cabeza y de tu garganta brotó un relincho, a modo de saludo.

Ya estás aquí, decías. *Me alegro de verte*.

Tenías un cuello precioso, la crin larga, blanca y rizada que toda niña sueña con peinar, y movías el morro de un lado a otro, juguetón, cuando querías hacerme cosquillas o te sentías a gusto cuando te acariciaba y te cepillaba, o cuando te daba una zanahoria.

Te he querido tanto y te quiero tanto, que jamás dejaré de llorar por ti.

Mi padre no se equivocó. Jamás en mi vida he conocido a un ser más noble. Nunca. Espero haber estado a tu altura, amigo mío. Porque no fuiste el corcel de una princesa, tú eras el príncipe.

Siempre te voy a querer con todo mi corazón.

Esta novela te la dedico a ti, mi Lucero.

1993 - 2022

Primera edición en formato digital:

Octubre 2023

Título Original: Brisa en la Pradera

© Olalla Pons, 2023

olallapons.blogspot.com

Imágenes de portada ©Freepik

Diseño de portada y maquetación: Olalla Pons

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Nota de la autora

Recomendación

PLUMA ROJA

CAPÍTULO 1

NOVELAS DE OLALLA PONS

PRÓLOGO



1765

Luna de las Ciruelas Maduras.

Planicies centrales. Territorio Apsaalooke

Brisa en la Pradera acompasaba la canción que entonaba con el sonido que producían los cascos de su caballo al patear la suave hierba de la pradera. ¿O era el blanco corcel quien animado por la voz de la muchacha seguía el ritmo de la melodía? Solo los espíritus que caminan en la belleza saben de tal misterio. De una forma u otra, la afinidad entre caballo y amazona era indudable.

La joven no profundizaba demasiado en ello, simplemente hacía lo que más le gustaba: cantar y montar a caballo, y no uno cualquiera, sino a Lucero, un impresionante tordo de línea barroca criado por los monjes Cartujos, que su hermano robó siendo un potro de tres años a sus mayores enemigos: los lakota. Que a su vez habían hecho lo propio a los enemigos de todos ellos: los españoles.

Sonrió al pensarlo. Ella era española, pues junto a su madre, Beatriz Álvarez de Guzmán,

también fueron robadas por los chiricawas y vendidas a su actual marido, Buen Cantor, el jefe del poblado apsalooke. Y aunque Beatriz no deseaba regresar a la lejana California, ya que se había enamorado de su esposo, Brisa en la Pradera sentía curiosidad por sus raíces y se prometió que algún día regresaría a conocer a su familia de sangre.

Tan absorta se hallaba en esos pensamientos que no escuchó el sonido que producía otro jinete al acercarse hasta que lo tuvo medio cuerpo detrás.

—Tienes la voz más bonita del poblado y te regodeas.

Brisa en la Pradera dio un respingo al escuchar la voz del su hermano pequeño, pero de inmediato echó el cuerpo hacia atrás y apretó las rodillas para frenar a Lucero, que al igual que ella se había sobresaltado. Cuando el animal se detuvo, no sin antes bracear con gracia, lo palmeó cariñosamente en el cuello.

—Sol, nos has asustado —se quejó, aunque sin demasiada efusión.

Sol Radiante era, además de su hermano, su mejor amigo. Su único amigo, para ser exactos. Contaba con trece inviernos, aunque aparentaba más edad. Era alto y fornido y ya había cazado su primer corzo por lo que no se le consideraba un muchacho, sino todo un hombre. Pero para Brisa, él siempre sería su hermano pequeño.

—Cierto —respondió Sol con voz alegre, adelantando su caballo pinto hasta colocarse a la altura de su hermana—. Porque siempre estás en las nubes. —Sol era un muchacho alegre y risueño, de ojos chispeantes. Ambos compartían afición por los caballos, y eso era lo que más los unía. Brisa, sin embargo, lo sobrepasaba en osadía—. Y seguro que también has olvidado que el enlace de Alce Blanco es esta misma tarde, ¿me equivoco? —inquirió, pícaro. De una manera que le pareció ser la voz de su conciencia.

Al darse cuenta del descuido, Brisa se puso más colorada que una ciruela, masculló entre dientes unas palabras incomprensibles para Sol y apretó los flancos de Lucero. ¡Por todos los espíritus, había olvidado que debía cantar en la ceremonia del enlace matrimonial de su primo!

—¡Eh, espérame! —gritó Sol, al ver que su hermana emprendía el galope para salvar la distancia que los separaba del poblado.

A Brisa la apasionaba la música y a menudo inventaba letras y melodías, pero como decía Sol, eso la hacía estar siempre en las nubes. Al principio, las gentes del poblado sintieron extrañeza por su afición, pero pronto se acostumbraron. No es que despreciaran su voz, Brisa entonaba realmente bien, pero sus tonadillas les resultaban del todo incomprensibles, ya que siempre cantaba en español. Y la rebelde española tampoco se esforzaba en integrarse. Había arribado allí con siete años de edad y Buen Cantor había sido como un padre para ella, y qué decir de su hermano… ¡Amaba a Sol! Pero jamás se había adaptado del todo a las costumbres apsalooke.

Su madre, Beatriz, siempre le decía que no comprendía su actitud. Con siete años era aún muy niña, y los niños se adaptaban con más facilidad a todo, como para guardar ese rencor. Pero si bien era cierto que correr por la pradera y no tener que estar rezando en la iglesia los domingos era algo que ella agradecía, no podía olvidar el rechazo que los otros niños le dispensaron al llegar, por ser distinta. Con el tiempo eso se terminó, pero Brisa jamás lo pudo olvidar y por eso creó un muro. Uno muy grueso que aún seguía en pie.

Cuando llegó al rio desmontó y dejó a Lucero junto a la manada de caballos que pacían tranquilamente. Corrió como un lince hacia el tipi familiar, entró como un tornado y tras responder con una encantadora sonrisa a la mirada de reproche de su madre, se apresuró a vestirse.

Beatriz era una mujer hermosa. Alta, de curvas pronunciadas y cabellos ondulados del color de las ciruelas, ligeramente pintados de blanco en las sienes. Sus ojos verdes como la hierba, idénticos a los de su hija, eran grandes y expresivos. Tras adaptarse a las costumbres apsalooke, de inmediato logró adquirir un gran prestigio y se desposó con Buen Cantor, del que pronto nació un hijo varón, Sol Radiante, el medio hermano de Brisa. Beatriz era una mujer inteligente y organizada que, a pesar de sus orígenes nobles no temía al trabajo, y ostentaba una elegancia natural digna de la esposa de un gran jefe.

Pero no había sido un camino fácil. Beatriz, acostumbrada a no hacer nada a parte de bordar, rezar el rosario y asistir a la misa de los domingos, no se tomó nada bien el verse

obligada a arremangarse para servir a quienes en un principio consideró unos salvajes. Pero su carácter emprendedor y decidido, unido al intenso amor que nació entre ella y Buen Cantor, creó la magia que con su hija no funcionó.

—Tú y la responsabilidad no sois buenas amigas —la regañó Beatriz en español, pues era el idioma que usaban cuando se encontraban a solas.

—Estaba con Lucero —se excusó Brisa, mientras revolvía los enseres para escoger un bello collar de cuentas verdes que hacían juego con sus ojos—. Hoy hacía una tarde preciosa para a galopar.

—La pradera y tu querido corcel seguirán allí mañana, pero el enlace de tu primo está a punto de comenzar. ¿Cuándo te convertirás en una mujer responsable, querida? ¿Y cuando tomarás el camino del matrimonio tú también?

—Por Dios madre, ya estoy aquí, ¿o no? —se quejó, indignada ante la sugerencia del matrimonio—. Por favor, ayúdame con el peinado. Ojalá no hubieras regalado el único espejo que teníamos a Joven Lince.

Beatriz suspiró.

—Me pregunto muchas veces qué hice mal, hija, porque en todo el poblado no hay una joven tan impertinente como tú. Y más vale que te conformes con una trenza. De ningún modo voy a permitir que le robes las miradas a la novia. Este es su día.

—¿Acaso es pecado ser hermosa, madre? —dijo Brisa, sentándose frente a su madre y ofreciéndole la melena—. Además, que Piedra Gris sea poco agraciada no es mi culpa.

—¡Brisa! —exclamó su madre, molesta.

Su hija compuso una expresión inocente.

—Me limito a decir la verdad —contestó, encogiéndose de hombros.

Beatriz volvió a suspirar y comenzó a cepillar el hermoso cabello de su hija. Los amplios bucles oscuros con reflejos violín caían en cascada por su espalda hasta sobrepasar la cintura de avispa. Brisa era sin duda una joven bellísima, pero tenía mucho que aprender si quería adaptarse mejor a las costumbres de quienes ahora eran su familia.

—La modestia es la forma más elegante de la belleza, cariño —aleccionó, con dulzura.

Brisa resopló.

—Sin embargo, considero que una mujer inteligente debe saber sacar partido a los dones que Dios le ha otorgado. O los espíritus, como dicen en este lugar.

—La vanidad también es un pecado, querida —replicó Beatriz, sin darse por vencida.

—La belleza debe mostrarse con orgullo —respondió Brisa, alzando la barbilla, altanera. Era muy orgullosa y estaba muy segura de ella misma como para claudicar y bajar la cabeza ante unas costumbres que solo pretendían hacerla más sumisa—. No hacerlo sería un desacierto.

Una sonrisa triste, y al mismo tiempo orgullosa, se escapó de los labios de Beatriz. Su hija era exactamente igual a su padre, Rodrigo Álvarez de Guzmán. Orgullosa, altiva y presuntuosa, pero también práctica. Y por descontado, bellísima. La más bella del poblado y que se conociera también por aquellas vastas praderas. Era la viva imagen de su juventud. Pero esa belleza, exuberante y exótica, le acarreaba pocas simpatías entre las jóvenes de su edad, que la envidiaban. Medio poblado masculino, incluidos algunos de los hombres casados, revoloteaban a su alrededor como abejas a la miel.

—De cualquier modo, hice bien en regalar ese espejo —concluyó Beatriz—. Eres tan presuntuosa que no harías otra cosa en todo el día que mirarte.

—Gracias que no puedes regalar el agua del arroyo, madre —respondió, con una sonrisa mordaz y con los ojos verdes brillantes de satisfacción.

—Oh, Brisa… ¿Qué voy a hacer contigo? —suspiró Beatriz, frustrada.

CAPÍTULO 1



Un caballo negro como el ala del cuervo, aunque no tan oscuro como los ojos de su jinete, pateaba el suelo y resoplaba, impaciente por entrar en batalla. Junto a él, una yegua pía se comportaba aún con más brío. Tras ellos, cuatro puñados[1] de guerreros de la banda de Pluma Roja aguardaban la orden de los dos jefes de la expedición.

Por suerte para los Los Hijos del Ave de Pico Largo[2], esa noche los lakota oglala no venían a robar vidas. Los apsalooke no llegaron demasiado lejos cuando dos lunas atrás irrumpieron en territorio lakota, dejándose ver para mostrar las yeguas preñadas que les habían robado a las bandas vecinas a modo de provocación. No era un asunto grave, pero los lakota tenían ganas de celebrar una victoria en honor a Pluma Roja, el futuro jefe, que acababa de regresar tras un año de viaje espiritual.

—Si tenemos que esperar a que estos estúpidos cuervos se duerman de una vez podemos esperar sentados ¡Están celebrando un enlace!

Fue Nube de Fuego quien habló, o más bien mugió como un bisonte.

Pluma Roja suspiró. Gracias a los espíritus la paciencia era su principal virtud, pues si no fuera porque ese enorme guerrero era su kholà[3] ya lo habría enviado a remugar con las viudas.

—Deja de quejarte. Pareces una vieja desdentada intentando masticar pemnican[4].

Nube de Fuego le dedicó a su kholà una mirada que habría fundido la nieve.

—Quien se va a quedar sin dientes serás tú como vuelvas a llamarme vieja desdentada.

La respuesta tentó una sonrisa en Pluma Roja, pero se obligó a contenerla. Sabía que Nube de Fuego jamás osaría golpearlo. También sabía que amenazar en vano era su pasatiempo

favorito y, ¿por qué no?, el mayor de sus encantos. Aunque no para las mujeres quienes, con buen juicio, se lo tomaban a mal. Tal vez por eso, el apuesto guerrero continuaba soltero.

Pluma Roja resopló resignado, mientras tiraba con suavidad de las riendas de Lluvia, su yegua pía, inquieta por entrar en acción.

—Robar a los apsalooke también me divierte, hermano. Pero las batallas no se ganan protestando.

Esta vez fue Nube de Fuego quien resopló.

—Llevamos ya media noche esperando a que esos idiotas se vayan a dormir para robar qué, ¿cuatro yeguas?

—Sorprenderlos durante el festejo fue idea tuya. —Pluma Roja miró a su amigo con una ceja alzada—. Además, ¿ya has te has olvidado de tu querido Celoso?

—No he olvidado a esa maldita bestia.

—¡Aguarda! —Pluma Roja lo interrumpió—. La manada se está desplazando hacia el río. Este es un buen momento.

Nube de Fuego puso los ojos en blanco y clamó al cielo con los brazos.

—¡Oh, gracias al Gran Misterio el gran Pluma Roja ha escuchado a su kholà!

Su amigo le dedicó una mueca.

—Eres el jefe de guerra, ¿por qué me has escuchado entonces? Y por tu madre, deja de gesticular y alzar tanto la voz, que los de atrás se van a confundir.

Nube de Fuego, achicó los ojos y se puso en tensión, de pronto concentrado. Cuando creyó que era el momento oportuno alzó el brazo izquierdo y dio la orden de avance a los guerreros que los custodiaban y que hasta el momento habían permanecido en un segundo plano. En ese instante, esos cuatro puñados de guerreros lakota, haciendo caso a la señal de su jefe de guerra, se lanzaron al galope hacia el poblado de Buen Cantor, dispuestos a llevarse cuatro caballos por cabeza y tal vez algo más apetecible.



La joven de ojos verdes se movía como mecida por la suave brisa mientras entonaba una bella canción española. Tenía el don de embelesar a todo aquel que la contemplaba y su dulce voz, la más bella que se había oído en la pradera, parecía ostentar el poder de transportar a un lugar exótico y lejano a quienes la escuchaban.

Brisa en la Pradera era feliz cuando cantaba; la música la hacía viajar a alguna bella sensación de la infancia, un recuerdo que no veía con nitidez, pero que la colmaba de plenitud.

Cuando acabó la entonación, saludó a su público con una encantadora reverencia. Acto seguido, un puñado de jóvenes, cazadores y guerreros, la rodearon para colmarla de alabanzas. La mirada de la novia se tornó más dura que de costumbre.

Piedra Gris acababa de cumplir dieciocho inviernos, tenía una nariz aguileña y los ojos muy juntos. Pero aquel día iba engalanada de forma exquisita, lo que favorecía su casi siempre triste apariencia. Brisa apreció su hermoso cabello suelto que se mecía con un suave viento veraniego y le dedicó una sonrisa de aprobación, pero la recién casada le apartó el rostro y empezó a cuchichear con sus amigas. La española ni se inmutó, no era de las que mostraban sus sentimientos en público, aunque en el fondo se sintiese relegada. Sonrió, decidió dar más que hablar a esas chismosas y empezó a coquetear con descaro con un joven guerrero bien parecido. Brisa era muy consciente de su belleza, y aunque aparentase disfrutar al provocar a los muchachos, en el fondo le traían sin cuidado. Los encontraba una molestia. Bajo su punto de vista, no había ningún hombre interesante en ese lugar, y era divertido hasta que se ponían pesados, como al final resultó.

Sol Radiante la sacó del apuro en el que ella sola se había metido.

—Buen Cantor, nuestro padre, te está buscando —dijo en un tono duro y alto, para que los hombres que la rodeaban lo oyeran bien y estos no tardaron en retirarse con la decepción en el rostro.

—Gracias —suspiró aliviada.

—De nada. —Sol la asió del brazo y caminaron juntos—. Caballo Moteado es el mejor de los guerreros, ¿no te agrada? —le preguntó, observando la reacción de su hermana, quien le devolvió la mirada alzando la mitad del labio superior, señal evidente de que no le gustaba en absoluto—. Madre dice que tienes suerte de que muestre tanto interés. Es además un buen cazador.

Brisa se encogió de hombros y se quitó del hombro una inexistente mota de polvo.

—Los hombres no me interesan —respondió, haciendo caso omiso de la mirada de deseo que le dedicó el guerrero desde la distancia.

Sol esbozó una sonrisa.

—¿Y cómo piensas encontrar esposo si no te interesan los hombres?

—Me refería a los hombres apsalooke —apuntó Brisa, muy seria.

—¿Cómo que no? —Sol sonrió, irónico—. Yo sí te gusto y soy un cuervo.

—Tú eres mi hermano —respondió Brisa, dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Entiendo que al tener un hermano tan apuesto, el resto de los cuervos te resulten poco interesantes, pero, ¿acaso pretendes desposarte con un lakota?

—¿Qué dices? —Brisa lo miró, escandalizada— ¡Ni siquiera en sueños miraría a la cara a un maldito lakota! Son unos ladrones y unos asesinos—. La mirada del color de la pradera en primavera emitió destellos de cólera. Los lakota eran los mayores enemigos de los apsalooke y ella era muy leal a su pueblo adoptivo.

—En eso debo darte la razón, hermanita. No son ni de lejos tan apuestos como nosotros.

Brisa esbozó una sonrisa entre divertida y exasperada ante el comentario de su hermano, que tenía un gran aprecio de sí mismo. No era para menos; la mayoría de las jovencitas casaderas suspiraban cuando pasaba por su lado, como acababa de suceder en ese mismo instante.

—Flor Temprana va a desmayarse si no le devuelves la sonrisa —informó Brisa.

—Tendrá que esperar a la siguiente luna —respondió Sol, pagado de sí mismo—. Hoy tengo la intención de tocar la flauta del cortejo frente el tipi de Junco.

Brisa miró a su hermano y expulsó aire por la nariz, en forma de risa silenciosa. Luego negó con la cabeza, reprobadora, y siguieron avanzando hacia ninguna parte con la única intención de hacerse mutua compañía.

—¿Sabes, hermanito? —empezó a decir, con ojos soñadores—. Algún día regresaré a California y me casaré con un noble español.

—¿Un baashchíile[5]? Has perdido el juicio. —En aquel momento el rostro de Sol Radiante se contrajo en una fingida mueca de espanto—. ¡Tienen pelo en la cara, como los perros! Se dice incluso que el vello les cubre todo el cuerpo y que se asemejan a los osos.

—Me gustan los osos —respondió Brisa, encogiéndose de hombros. Por su parte, Sol Radiante hizo una mueca de desagrado.

—Y dicen que son aún más crueles que los lakota.

—Nadie es más cruel que un lakota —respondió, con tanta seguridad como si los cielos hubieran hablado a través de ella.

Tras pensarlo unos instantes Sol asintió, conforme. En eso volvían a estar de acuerdo.

—¿Has visto alguna vez un caballero español? —le preguntó Brisa.

—Pues no… Solo a ti, y a nuestra madre…

—No parecemos osas. Y tú, que también eres hijo de una española, tampoco pareces un oso.

—Desde luego que no, gracias a los espíritus.

—Y en cuanto a la barba, no me disgusta si está bien recortada.

—No hablas en serio —respondió Sol torciendo el gesto, mientras se acariciaba el mentón para asegurarse de que no le había salido ni un solo pelo.

—Yo siempre hablo en serio.

Y era cierto. Todos en el poblado sabían que cuando a Brisa en la Pradera se le metía algo entre ceja y ceja, no había forma de hacerla cambiar de parecer. Si quería regresar a California, lo haría. Y se preocupó de verdad.

—¿Y qué opina nuestra madre de eso? ¿Y Buen Cantor? No lo permitirá.

Brisa sonrió como un coyote.

—Nadie tiene que saberlo.

—Yo sí lo sé.

El coyote miró a su presa como si estuviese a punto de zampársela.

—Y mantendrás esa boca tan grande que tienes bien cerrada, si no quieres que le cuente a Junco que planeas tocar la flauta del cortejo frente al tipi de Flor Temprana cuando llegue la siguiente luna[6]. —Lo dijo con tal severidad que Sol se estremeció. Brisa podía ser muy perversa.

—Cuenta con mi silencio, hermanita.

Siguieron caminando cogidos del brazo, mientras los demás festejaban. Brisa no pasó por alto las miradas de las jóvenes del poblado; era evidente que estaban celosas de que acaparase por completo la atención de Sol Radiante.

De pronto, su hermano se detuvo a halagar la belleza de Piedra Gris, la joven novia, y Brisa en la Pradera desvió la vista hacia los danzantes. Uno de ellos aprovechó para acercarse a ella al ver que desviaba la mirada hacia su dirección. Pelo al Viento lucía con orgullo la melena más larga y sedosa de todos los apsalooke, pero en opinión de Brisa, su rostro era cuanto menos poco deseable y lo espantó con indiferencia, como si de un molesto moscardón se tratase. Cuando su hermano regresó, la asió de nuevo del brazo y continuaron su camino.

—No te entiendo, hermana —admitió, mirándola con mofa—. Perteneces al hogar del jefe, Buen Cantor. Eres la joven más bonita que he conocido, la que tiene la más bella voz, y eres una amazona excepcional. Harías un buen matrimonio aquí. Si no te agrada nadie de este poblado puedes buscar a alguien de otro lugar.

Brisa lo miró como si hubiese enloquecido.

—Ni hablar —replicó, determinada. Recorrió con la vista a las gentes del poblado, que continuaban festejando y agasajando a la joven pareja. Entrecerró los ojos—. No me interesa

unirme a un hombre que únicamente admire mi exótica apariencia, o aprecie el extraño verde de mis ojos, o que mi cabello ondulado le resulte fuera de lo común. O peor, que me desee por ser la hija de Buen Cantor. —La expresión de Brisa cambió de nuevo, volviéndose soñadora—. Yo quiero a alguien que logre estremecer mi alma. Alguien que, cuando me mire, me haga temblar de pura pasión. Alguien que me caliente el corazón. Pero antes de nada, deseo conocer nuevas canciones. Las canciones de mi verdadero pueblo.

Sol asintió, comprensivo. Eso tenía lógica. Brisa era baashchíile al fin y al cabo, y tal vez fuera bueno para ella que conociese a su pueblo de nacimiento. Jamás se había sentido cómoda con los apsalooke, brillaba demasiado y eso la hacía sentirse una incomprendida.

—¿Es por eso por lo que te has vuelto altiva, inaccesible y solitaria? —preguntó—. ¿Por eso te vuelcas en tus dos pasiones, el canto y los caballos? ¿Porque crees que nadie ve tu auténtica belleza, la que reside en tu corazón?

Brisa se detuvo, miró a su hermano, sonrió y lo abrazó. Sol era el único, a excepción de su madre, que la conocía de verdad. El único capaz de escuchar su voz interior. Pero no era solo por ser española por lo que se sentía desplazada. No olvidaba lo que le hicieron pasar las otras niñas en su infancia. La maltrataron por ser diferente, hicieron incluso que ella misma despreciase sus ojos verdes y sus cabellos ondulados. Por eso aprendió a valerse por sí misma, a valorarse. Se encerró entre sus púas de puerco espín y eso la obligó a no integrarse porque, si los apsalooke no la querían, ella tampoco los querría a ellos.

—Sí, también es por eso —musitó, sin decir toda la verdad—. Pero lo único cierto es que aquí no le intereso a nadie, Sol. Las muchachas de mi edad me odian, siempre lo han hecho, y a los hombres solo les interesa el prestigio que pueda darles mi matrimonio.

—Entonces lo dices en serio… —Sol la miró con los ojos brillantes—. Te irás, y me dejarás solo…

—No, Sol, no estarás solo. Nuestra madre y… —Gritos de pánico interrumpieron las palabras de Brisa en la Pradera y en pocos instantes el terror sustituyó las risas y los festejos—. ¿Qué… qué sucede? —musitó, con el corazón acelerado.

Los dos hermanos pasearon la mirada a su alrededor mientras sentían como el suelo comenzaba a temblar bajo sus pies. En un primer momento Brisa pensó que se trataba del Hermano Bisonte en estampida, pero pronto comprendió que eran los cascos de la manada de caballos que se habían desbocado.

Comprendió horrorizada lo que estaba sucediendo.

—¡Lakotas! —gritó—. ¡Nos atacan los lakotas!

CAPÍTULO 2



El poblado apsalooke se transformó de repente en un caótico enjambre de gente asustada corriendo de un lado a otro. En un parpadeo desapareció el ambiente alegre que había reinado hasta el momento. Niños, mujeres y ancianos se apresuraron a refugiarse en sus tipis, mientras los guerreros iban en busca de las armas para enfrentar al invasor.

—¡Brisa! No te quedes ahí, ¡vamos! —Pero Brisa no se movía. Estaba quieta como un árbol que ha echado raíces—. ¿No me oyes? ¡Debes ponerte a salvo! —insistió Sol, cogiendo a su hermana de la mano. No podía creer que Brisa se mostrase tan calmada.

—Vienen a por los caballos… —musitó ella, en cambio, con el ceño fruncido.

—¿Qué? ¡Brisa! —gritó Sol, pues ya tenían al enemigo prácticamente encima.

En ese momento apareció Beatriz, con el rostro demudado por el terror.

—¡Hija! Los lakota están aquí, ¡vamos!

Brisa achicó los ojos.

—Id vosotros —instó, tranquila. Los miró, y se soltó de la mano de Sol—. Yo debo hacer algo.

—¡Brisa!

Haciendo caso omiso de las súplicas de Sol y de Beatriz, empezó a caminar en dirección al río. Su mirada buscaba a Lucero entre la maraña de fuertes cascos y lomos de diferentes capas que galopaban desbocados. Solo una idea le asaltaba la mente, la idea de que los lakota venían a por los caballos.

Pronto descubrió al suyo. Su pelaje blanco reflectaba la luz de la luna llena como ningún

otro, lo que hacía que destacase frente al resto. Y de hecho, así fue. Lo perseguía un diestro jinete que montaba un corcel tan negro como la noche. A Brisa se le heló la sangre, pero la tensión dio paso a la indignación.

No lo dudó.

¡De ninguna manera iba a permitir que le robaran su preciado corcel! Silbó con fuerza y su fiel amigo la oyó, abandonó a sus compañeros y burló a su perseguidor para reunirse con ella.

A causa del rítmico sonido de los tambores de la celebración, la manada de caballos había cambiado de dirección y eso resultó ser una ventaja para los atacantes, porque mientras un puñado de hombres dirigían a los caballos hacia su territorio, el resto los distraía, adentrándose de lleno en mitad del poblado como una flecha certera en el corazón del Hermano Ciervo.

Nube de Fuego, que acababa de iniciar la carga al galope tendido hacia los caballos mientras sus guerreros lo seguían a poca distancia, echó un rápido vistazo hacia la manada y pronto descubrió su objetivo: ¡Celoso! ¡El hermoso y testarudo caballo blanco que antes fue suyo y que en aquellos momentos galopaba raudo hacia el interior del poblado!

Apretó los flancos de su corcel negro y con el peso de su cuerpo lo dirigió hacia el tordo, al tiempo que sonreía como un espíritu maligno: Ese caballo era suyo, y lo recuperaría, costase lo que costase.

Durante la carrera golpeó con el reverso de su hacha a tres hombres jóvenes. Un potro desorientado pasó muy cerca y espantó a Humo. Nube de Fuego casi perdió el equilibrio, pero logró dominar al semental. Un niño se cruzó en su camino, agradeció no arrollarlo, pero un muchacho le lanzó un hacha que también logró esquivar y gritó, enfurecido. Le tentó la idea de perseguirlo hasta que…

Hasta que vio a esa muchacha.

Tuvo que echar el peso del cuerpo hacia atrás y Humo pasó del galope a un ligero trote, hasta que se detuvo en seco. Al contrario de su jinete, que había quedado boquiabierto, el corcel negro bufaba en desacuerdo y pateaba el suelo, todavía brioso y excitado a causa de la refriega.

Nube de Fuego no podía creer lo que veían sus ojos. Una beldad de cabellos rizados como la espiral de un caracol y piel más blanca que la luna llena acababa de montar sobre ese tordo, *su* tordo, con un ágil salto, para después galopar hacia la pradera con una maestría insuperable.

La había visto correr con las puntas de los pies, casi sin tocar el suelo, delicada y veloz como una cierva. Su cabello, bailando con el viento tras la espalda, como una nube de oscuridad violácea. El guerrero lakota se vio fascinado no solo por su belleza, sino por lo extraña e inusual que era esa mujer. Etérea y potente, al mismo tiempo, como una mágica y poderosa visión.

Si Pluma Roja hubiera estado allí le habría ordenado cerrar la boca, pues la tenía más abierta que la de un caimán. Y después se habría reído de él hasta que le hubieran salido canas en el pelo. Porque el gran Nube de Fuego, el más diestro cazador y más rudo jefe de guerra que se conociera en tierras lakota, se había quedado paralizado ante una mujer.

Reaccionó. No podía distraerse ante una cara bonita. ¿O sí?

Frunció el ceño y gruñó como un tejón enfurruñado. No la dejaría marchar. En cualquier otro momento la habría dejado en paz para después evocarla como una bella anécdota. Pero Celoso, ese animal indomable y testarudo que los lakota le robaron diez puñados de lunas atrás, y que aquella beldad dominaba con una maestría casi mágica, era suyo. Y si ese caballo era suyo, ella también lo sería.

Hizo algo inaudito. Se olvidó de todo. Se olvidó de la refriega, de la manada de caballos en estampida, de sus guerreros. Y se marcó con un único objetivo; perseguirla río abajo como un rayo.

Brisa en la Pradera empezaba a sentir el terror atenazando sus músculos. Había escuchado infinidad de historias acerca de los lakota y en sus más feas pesadillas se los había imaginado como espectros hambrientos de almas acechando en mitad de la noche. Entonces comprendió que sus sueños se quedaban en simples temores infantiles en comparación con lo que estaba sintiendo en aquel momento.

El hombre que la perseguía, con la cara pintada de negro en antifaz hasta el labio

superior, y del inferior hacia abajo de color rojo sangre, era el más temible que había visto jamás. Se trataba de un hombre fornido, casi un gigante, pero ágil y efectivo en el acecho, como el Hermano Puma cuando se centra en una presa. Con el cabello al viento y cabalgando sobre ese animal negro como una noche sin luna, lucía la apariencia de un diablo. Brisa sabía que era solo un hombre, que los lakota y también los apsalooke se pintaban el cuerpo y la cara para la guerra, con el objetivo de provocar el pánico en sus enemigos. Pero ese atávico y electrizante terror que le recorría la espina dorsal y que se le asentaba en la nuca, provocó que casi perdiera el control de sus rodillas.

Debía dominar esa sensación y centrarse en la carrera. Sacudió la cabeza para liberara la tensión e instó a Lucero a galopar más rápido hasta que él o el impresionante semental negro de aquel espectro se quedaran sin aliento. Temió por su mejor amigo, pero arrugó el ceño e, impetuosa, depositó su vida sobre el musculoso lomo de su caballo y dejó de ser Brisa en la Pradera para transformarse en un vendaval.

Nube de Fuego maldecía a esa mujer. Era capaz de galopar como si el Espíritu del Viento la impulsase. Tal vez fuese así, pero sentía tantos celos de que ella pudiera dominar al que todavía consideraba su caballo, que golpeó a Humo tan fuerte que el semental se encabritó. Tras reprenderlo con energía, logró controlarlo de nuevo y reanudó la persecución.

Humo no era tan explosivo en las distancias cortas como Celoso, pero poseía mucha más resistencia y poco tardó el guerrero en alcanzarlo y posicionarse a tan solo un cuerpo de distancia. Pero trozos de tierra impulsados por los cascos del tordo impactaron contra su rostro, y lo obligaron a reducir la velocidad hasta colocarse a cuatro cuerpos de distancia. Aguardaría a que el tordo se cansara y luego los capturaría.

A los dos.

Brisa podía sentir los ojos de ese diablo clavados en su nuca, y cuando el tronar de los cascos de su perseguidor confirmó esa sensación, gritó, desesperada. Lucero se excitó y aumentó el ritmo, hasta que escuchó la voz del guerrero, que sonó como un trueno tras ella.

—¡Detente, mujer!

¿Acaso ese hombre pensaba que se detendría? ¡Ni soñarlo!

—¡Ese caballo es mío! —bramó Nube de Fuego, con furia.

Brisa abrió la boca ante la sorprendente afirmación. ¿Su caballo? ¡Lucero no era de nadie, y si tenía que ser de alguien, le pertenecía a ella!

Ladeó el rostro y pudo ver por el rabillo del ojo al jinete lakota, que ya le pisaba los talones. El hombre estaba enfurecido.

—¡Detente, lo vas a reventar! —lo escuchó gritar tras ella.

—¡Aléjate de mi! —exigió Brisa, en cambio.

—¡Lo vas a matar! —insistió, preocupado.

Pero el odioso lakota tenía razón. Lucero era rápido en las distancias cortas, aunque poco resistente a pesar de estar bien entrenado. Si seguía forzándolo de ese modo, lo mataría.

Tras soltar una maldición, Brisa cedió la presión en los flancos de Lucero y dejó que el animal descansara en un galope menos vertiginoso. Pero pronto el guerrero la alcanzó y se colocó a la par de ella. Pudo ver su mirada agresiva y Brisa, a pesar de estar aterrada, lo miró de igual forma.

—¡Déjanos en paz, diablo! —le gritó—. ¡Márchate!

El hombre no solo le hizo el menor caso, sino que sonrió con altanería. Eso fue más de lo que ella podía soportar.

¿Acaso pensaba que iba a rendirse? ¡No la conocía!

Saltó del lomo de Lucero ante la atónita mirada del guerrero, con la esperanza de que la dejara marchar. Era obvio que lo que le interesaba era su caballo y así de paso lo aligeraría para que pudiese alcanzar más velocidad.

Y así sucedió.

Ignoró el duro golpe que se llevó en el hombro al chocar contra el suelo, y rodó por la hierba varios metros. Luego se puso en pie y echó a correr hacia la izquierda, al tiempo que rogaba para que ese maldito se olvidara de su existencia. Si en el peor de los casos lograba atrapar a Lucero, confiaba en que el animal regresara con ella, como había sucedido en otras

ocasiones.

Pero no fue así.

El guerrero también saltó de su caballo y cayó de pie. Con una agilidad pasmosa, arrancó a correr tras ella.

Brisa estaba atónita. ¿De dónde había salido ese hombre? Jamás había visto nada igual. ¡E iba a por ella! Aumentó la velocidad hasta el punto de que le dolieron las piernas, pero el lakota tampoco tardó en alcanzarla con sus enormes zancadas. No le dio tiempo a pensar, ni a sentir miedo, casi no tuvo tiempo ni de respirar. Notó como él selanzaba sobre ella, la agarraba por la cintura y la hacía perder el equilibrio. Ambos rodaron por la hierba, descendiendo por una pequeña ladera, hasta que él quedó sobre ella y la inmovilizó con todo el peso de su cuerpo.

Brisa mantenía los ojos cerrados. No quería ni mirarlo. Sin embargo, podía escuchar la agitada respiración de ese hombre. Su amplio pecho golpeaba el suyo con cada bocanada de aire que tomaba y la aplastaba contra el suelo.

Si ese diablo había pensado por un momento que ella estaba dispuesta a rendirse, es que no la conocía en absoluto. Empezó a revolverse y a dar patadas.

—¡Suéltame! —gritaba—. ¡He dicho que me sueltes!

Pero no la soltó. Sus fuertes manos la agarraron por las muñecas y la atajaron sin ningún esfuerzo. Ella gimió a causa del dolor, luego intentó morderlo, pero él se apretó más contra ella, ahogándola con el peso de su cuerpo.

—¡Casi matas a mi caballo, estúpida mujer! —bramó el hombre contra su rostro.

Lejos de acobardarse, Brisa abrió los ojos y lo miró con fijeza. Ni el terror, ni la falta de aliento, impidieron que le contestase con la fuerza suficiente como para mostrar su indignación.

—¡Ignorante! ¿Cómo puedes pensar que alguien como tú merece a ese animal?

Nube de Fuego se sorprendió.

Nunca, nadie, a excepción de Pluma Roja, había osado hablarle de ese modo. Mucho menos una mujer. Pero la sorpresa dio paso a la indignación cuando ella cambió la expresión. Ahora lo miraba con osadía. A decir verdad, el fulgor verde de sus iris lo encandiló por unos

instantes. Instantes que desembocaron en irritación, al no saber gestionar esa extraña fascinación.

—¡Eres una deslenguada!

—¡Y tú, a parte de maldito e insufrible, eres un tirano!

—¡No soy insufrible!

—Oh, claro que sí —rio, sarcástica.

—Pues créeme, te queda mucho por descubrir.

Ella se revolvió, furiosa.

—¡Aparta de mí tus sucias manos! —espetó, sin poder soportar ni un segundo más ese peso que la asfixiaba.

Tras decir eso, Brisa apretó los párpados y volteó el rostro hacia un lado, pegando la mejilla en la fresca hierba. Esperaba ser golpeada o algo peor. Pero por extraño que pudiera parecer, aquel hombre no solo no la agredió, sino que cedió un poco la presión que ejercía con las manos en sus muñecas. Sintió también que se recolocaba sobre los codos para permitirle respirar mejor.

Sorprendida y embargada de súbito por la curiosidad, poco a poco fue abriendo los ojos y se reencontró con su negra mirada.

Y esta vez se fijó en él.

A través del maquillaje pudo ver unos ojos grandes de pestañas largas para ser un varón y algo rasgados, pero llenos de una gran determinación. Esa mirada era la de un hombre de fuerte carácter, pero carente del brillo asesino que había esperado ver en un guerrero lakota. Su rostro era anguloso, de fuerte mandíbula y nariz recta. Podría decirse que era atractivo, pero también había otra cosa en él… algo… que le resultaba familiar… Sin comprender el motivo, dadas las circunstancias, de repente le inspiró confianza.

—¿Qué estás mirando? —bramó el guerrero, haciendo que ella cerrase de nuevo los ojos y la confianza que había sentido se esfumó como el humo.

Ahora sí iba a golpearla, ¿verdad?

—¿No vas a pegarme? —se atrevió a preguntar.

Brisa lamentó de inmediato su estúpida manía de expresar en voz alta sus pensamientos, porque el guerrero volvió a bramar como un bisonte.

—¡Yo no golpeo a mujeres indefensas!

Brisa apretó más los párpados al sentir el aliento del guerrero sobre la piel de sus mejillas. Porque sí, aunque lo golpearía si pudiese o le escupiría si se atreviera a hacerlo, en aquellos momentos era una mujer indefensa y estaba a su merced.

También notó que la presión que aquellos dedos largos y robustos ejercían sobre sus muñecas se tornaba más poderosa. Asustada, volvió a revolverse, y a gritar, pero el guerrero, haciendo caso omiso de la pataleta, la estiró con tal fuerza que la hizo volar por los aires hasta ponerla en pie. Brisa no perdió tiempo en pensar e intentó escapar de nuevo, pero él fue más rápido. La rodeó con un brazo por la cintura y, como si fuera un fardo, se la colgó del hombro.

Mientras cargaba con el peso de la muchacha, que no dejaba de patalear ni de gritar, Nube de Fuego se reprendía en su mente por su estupidez.

¿En qué momento había decidido que prefería una bella joven antes que a su caballo? Llevaba lunas deseando recuperarlo. ¡Era único! Esos malditos ojos verdes tenían la culpa, se dijo. Verdes y brillantes, como la hierba en primavera salpicada por gotas de rocío. Y esos labios del color de las ciruelas también tenían mucho que ver.

Por fortuna, su enfado se transformó en sorpresa al ver a Celoso junto a Humo, paciendo con tranquilidad, esperando a la muchacha, mientras el caos seguía desatado a su alrededor.

¡Por los espíritus!

Poco a poco, sus labios se fueron curvando hacia arriba con una expresión de triunfo. ¡Era un genio! Ese caballo no se iría a ninguna parte sin su bella amazona. Pues bien, aceptaría el improvisado premio con sumo gusto.

Ya con una sonrisa de oreja a oreja, montó a la chica sobre Humo y él se colocó tras ella.

—¿Qué haces? —gimió indignada, cuando notó el brazo izquierdo de ese guerrero rodearle la cintura con posesividad—. ¡Suéltame!

—Tú te vienes conmigo —respondió él, antes de apretar los flancos de Humo e instarlo a

un trote ligero para alejarse del poblado. Celoso los siguió sin rechistar.

La mandíbula de Brisa se aflojó por la impresión. El corazón le atronó el pecho, llenando sus arterias de terror y adrenalina.

—¡Ni lo sueñes! ¡Libérame o lo lamentarás!

Brisa se revolvió con todas sus fuerzas, pero solo consiguió que él la estrechase con más fuerza contra su cuerpo. Un cuerpo duro, grande y potente. Imposible escapar de él.

—¿Crees que no te voy a convertir en mi esposa? ¡Espera y verás!

Brisa abrió la boca de par en par. ¿Qué demonios…? De pronto comprendió que eso hacían los lakota, los apsalooke y demás tribus de las que había oído hablar. Raptaban mujeres para desposarlas, como también se apoderaban de las yeguas.

—¡Devuélveme de inmediato! —ordenó, mientras él la asía aún con más fuerza.

—No lo haré. Ahora eres mía. Al igual que ese caballo tozudo que ahora nos sigue como un potro enmadrado.

Brisa no sabía si estaba más asustada que indignada.

—¡Soy la hija de Buen Cantor, y cuando mi padre se entere de que tú, un sucio lakota, me ha puesto las manos encima, no lo dudes, acabará contigo! ¡Te matará de la forma más cruel que se le ocurra!

El guerrero soltó una carcajada.

—Si lo que dices es cierto, obtendré varios puñados más de caballos por tu rescate. ¿Debería desposarte para así obtener un mejor trato con el jefe de los apsalooke? Yo creo que sí.

Brisa boqueó como un pez fuera del agua.

—¿Cómo te atreves…? —jadeó, espantada.

—Oh, deja de quejarte —la interrumpió él, con una sonrisa que ella no pudo ver pero sí intuir—. Te prometo que disfrutarás de mi compañía como jamás lo has hecho antes con ninguno de tus presumidos apsalooke.

Brisa en la Pradera intentó darse la vuelta para golpearlo en el rostro, pero el guerrero, previsor, le inmovilizó también los brazos. Tras un breve forcejeo, logró atarle las muñecas con

una cinta de cuero.

—¡Jamás he yacido con ningún hombre!

—Oh, pues mejor para ambos. Tienes suerte de que vaya a ser el primero en darte el placer que una beldad como tú merece.

—¡Eres un arrogante y un despiadado! —chilló Brisa, enfadadísima, mientras Lucero resoplaba a cada grito que ella daba.

—En cuanto me pruebes, desearás más.

La joven abrió mucho los ojos y jadeó. ¿Cómo podía ser tan presuntuoso?

—Escúchame bien, maldito arrogante —aseveró ella, esta vez en un tono más bajo y amenazante—. Puedes meter a un caballo en el agua, pero lo que no podrás hacer jamás será obligarlo a beber.

La risa de Nube de Fuego resonó en mitad de la pradera, haciendo que los guerreros lakota, a quienes casi habían alcanzado, se voltearan para ver qué era tan divertido.

CAPÍTULO 3



—Acamparemos aquí hasta que amanezca —decretó Pluma Roja, mirando a Nube de Fuego con reproche.

El jefe de guerra ignoró el gesto de su kholà, pero le pareció correcta su decisión. Tras media noche cabalgando, estaban ya muy cerca del poblado lakota, sin embargo, aún no había amanecido. Sus gentes estarían descansando y los hombres de Pluma Roja desde aquella posición podrían interceptar a los apsalooke que hubiesen decidido seguirlos. Parecía que no era el caso, pero no bajarían la guardia hasta que todos estuvieran a salvo.

Decidió dejar descansar a la joven prisionera varios segundos antes de obligarla a desmontar. Su cabeza estaba apoyada en su hombro izquierdo, inclinada a la derecha. Su suave respiración le acariciaba el pecho desnudo y esa sensación le agradó. Ella había hecho todo lo posible para no dormirse, hasta que al final se había rendido al sueño, agotada. Era orgullosa, altiva y brava; la digna hija de un jefe. Aunque por su aspecto era obvio que se trataba de una cara blanca. Sonrió. Cara blanca o no, esa mujer le gustaba y sería suya.

Pero ya era hora de bajarla del caballo.

El despertar de Brisa fue brusco, no gozó de consideración alguna por parte de ese horrible hombre, quien bajó del caballo y luego la agarró por la cintura para dejarla en el suelo.

—¡Au!… Me has sobresaltado —se quejó, para después mirarlo con indignación, reproche, odio, enfado y una retahíla más de emociones, todas llenas de ira.

Alzó las manos y quiso frotarse el cuello. Le dolía horrores. Pero las muñecas atadas se lo impidieron.

El guerrero la miró y, con cara de pocos amigos, se sacó un cuchillo del cinto.

Brisa abrió mucho los ojos y cuando él se acercó puñal en mano, se apartó varios pasos, asustada.

—¡No! —gimió, cuando él la agarró por las muñecas y alzó el arma—. ¡Suéltame!

Nube de Fuego la miró, fingiendo estar muy indignado.

—¿Creías que iba a matarte? —se mofó, tras cortar las cuerdas que la mantenían atada en un movimiento rápido y precioso.

—Yo… —dudó por un momento, hasta que él respondió.

—Vales más viva.

Ella se frotó las muñecas y lo miró con rabia contenida. Si por un momento había pensado que ese hombre podría guardar algo de compasión en su corazón, se había equivocado. No era más que un bruto.

—Y a ti más te vale devolverme, si lo que pretendes es seguir con vida.

Nube de Fuego sonrió, altanero.

—Ni pienses en escaparte, o me daré cuenta.

Ella se dio la vuelta y apretó los puños, con coraje.

—He de hacer mis necesidades.

El hombre no respondió, y ella lo miró por encima del hombro.

—¿Acaso debo hacerlo delante de ti?

—¡Hazlo de una vez! —bramó, impaciente.

Brisa le dedicó una mirada de rabia, para después alejarse varios pasos y agacharse tras un arbusto.

Mientras tanto, Nube de Fuego le quitó la manta a Humo, también la cabezada de cuero, y le dio una palmada en la grupa para que fuese a pastar. El caballo blanco, que los había seguido, ni se inmutó. No perdía de vista a esa mujer. Se acercó a él y le acarició el morro. El animal movió el labio superior de un lado a otro, en un gesto que le arrancó una carcajada. Ese súbito sonido lo asustó y se alzó de manos, obligando al guerrero a retroceder.

—Caballo insufrible… —masculló.

—¡Tú eres insufrible! —escupió Brisa, que ya había acabado. Pasó por su lado, ignorándolo, se acercó a Lucero y lo tranquilizó.

—No lo toques. Ahora es mío —dijo él, molesto y celoso, pues era evidente que el animal la prefería a ella, al ver que la recibía con alegría.

—No lo decides tú.

Maldita fuera… Ella tenía razón. Y al parecer, el resto de guerreros también lo pensaban, pues en esos momentos no perdían detalle de la disputa. Pluma Roja, que extendía una manta en el suelo, lo miraba con reproche mientras dos de los jóvenes contenían la risa. Hierba Alta, el más veterano, le dio un codazo a Cuerno Roto y después le susurró algo. Era evidente lo que estaban pensando; que era incapaz de gobernar a una mujer.

—¿Qué estáis mirando? —espetó, haciendo que volvieran a sus quehaceres, menos Pluma Roja, que movió la cabeza de un lado a otro al tiempo que cerraba los ojos, pidiendo paciencia a los espíritus. Nube de Fuego miró a la muchacha, aún más enfadado—. ¡Tú, haz algo útil! —exclamó—. ¡Prepara las pieles de dormir!

Ella no cedió a la caprichosa petición de ese guerrero, y se cruzó de brazos.

—No tengo sueño.

Nube de Fuego la miró muy serio, mientras el ceño se le fruncía más y más. Al cabo de unos segundos cogió él mismo las pieles y las extendió en el suelo. Luego se acercó a ella y la agarró del brazo.

—¡Suéltame! —profirió Brisa, pero él no la escuchó y la arrastró hasta las pieles.

—¡Échate! —ordenó.

Brisa lo contempló boquiabierta y asustada. ¿No pensaría…? ¿No pensaría que…? Tragó saliva y dio un brinco hacia atrás.

—¡Ni hablar! —jadeó— ¡No pienso yacer contigo!

Él la empujó y ella forcejeó, pero al final la obligó a tumbarse. Luego se echó junto a ella y la abrazó desde atrás, inmovilizándola.

Brisa se estremeció. ¿Qué podía hacer para…? Oh, por los espíritus, no podía defenderse de alguien tan fuerte. Si ese hombre pretendía forzarla, ella no tendría fuerzas suficientes para evitarlo.

Sin querer, empezó a temblar de puro pánico.

—No… quiero… —barruntó, con los dientes apretados.

—Tienes frío —afirmó Nube de Fuego, hundiendo el rostro en su melena, aspirando el fresco aroma que desprendía.

Brisa forcejeó, asustada por ese inapropiado contacto.

—Tengo calor. ¡Suéltame!

—Estate quieta y duerme —respondió él, apretándose más contra ella, impidiendo que se moviese lo más mínimo.

La notó temblar durante un tiempo, pero dejó de hacerlo cuando entendió que él no la forzaría. Aún así, estuvo mucho tiempo despierta, tensa y rígida como un árbol caído, pero al final, agotada, se quedó dormida.

Al notar la relajación de ese cuerpo contra el suyo, el guerrero arrugó el entrecejo, pensativo. Ella no tenía que saberlo. De hecho necesitaba alimentar su miedo para que no se atreviese a escapar, pero la realidad era que él nunca había forzado a una mujer. ¡Ni lo haría jamás! Era repulsivo. Si algo tenía que suceder entre ambos en el futuro, sería consensuado.

Sin embargo, ¿lograría que ella cediese?

Se sorprendió pensando y deseando que ojalá así fuera. Sin poder evitarlo, en su rostro fue dibujándose poco a poco una sonrisa. Era una mujer excepcional, valerosa, inteligente, determinada y a pesar de su delicada apariencia, era fuerte como una tempestad. Una mujer como ella era muy valiosa. La mejor esposa que un guerrero podría desear. No podía permitir que escapara.

Estaba decidido: dejaría que ella viniese a él, como un tímido lobo que durante una noche de ventisca cede a resguardarse en la hoguera del hombre porque sabe que, a pesar de ser competidores natos, a ambos les conviene.

Tras meditar sobre ello, el guerrero cerró los ojos, pero no se permitió dormir. Tampoco habría podido, pues el calor de esa muchacha, sus sensuales curvas y su olor a hierba fresca, lo excitaron de forma dolorosa.



La banda de Pluma Roja llegó al poblado lakota con tres puñados de yeguas, un puñado de potros, un caballo entero y una bella muchacha de ojos verdes. Y ni una sola baja.

La mañana transcurría sin incidentes, el sol brillaba en lo alto, la brisa acariciaba los rostros y las risas de los guerreros contrastaban con el desacuerdo de Pluma Roja.

Durante el trayecto, Brisa fue respetada por los hombres que la custodiaban, a pesar de que ese odioso jefe de guerra, Nube de Fuego, no la perdió de vista ni un solo momento. Sin embargo, eso cambió al llegar a su destino. Allí se sintió más humillada de lo que se había sentido jamás. El guerrero la expuso ante su gente como lo que era: un trofeo de guerra.

Las mujeres emitieron agudos sonidos de triunfo para recibir a sus valerosos guerreros, que se apresuraron a bajar de sus monturas y abrazar a esposas, madres e hijas. Habían llegado con vida, y eso era lo más importante.

Las caras de alegría y de orgullo de los lakota enfurecieron a Brisa. Pero peor se sintió cuando ese bruto la arrojó en mitad del bullicio. A su suerte.

Entonces, algunas ancianas se acercaron a tocarle el pelo, pues el hecho de ser rizado las sorprendía. Hubo alguna que incluso le arrancó varios mechones y desgarraron de su vestido todas las caracolas incrustadas. También le arrancaron del cuello el hermoso collar de cuentas verdes que su madre le había prestado para lucir en la boda. Eso hizo que le entraran ganas de llorar, pero se tragó las lágrimas con orgullo.

Jamás demostraría debilidad frente a sus captores, pensó, alzando la barbilla, desafiante.

De pronto, entre la muchedumbre, distinguió a una mujer que le llamó poderosamente la

atención.

Estaba embarazada, sus ojos eran azules como el cielo y sus cabellos del color del fuego. Era bellísima, llamativa y elegante. No le pareció una esclava y más tarde averiguó que se trataba de la esposa de Pluma Roja, el futuro jefe. Eso la sorprendió más que extrañarla pues, aunque era poco común que un hombre de semejante prestigio desposara a una cara blanca, su padre adoptivo Buen Cantor, también lo había hecho. Sintió cierta envidia cuando Pluma Roja bajó de su yegua pía y la besó con gran dulzura. Fue en ese momento cuando Brisa comprendió el motivo de ese enlace tan poco convencional. Con seguridad para llegar a estar juntos habrían pasado por muchas dificultades, al igual que sucedió con Beatriz y Buen Cantor. A Brisa le parecía bien, como decía su madre, el que no lucha por lo que quiere, no merece lo que desea. Pluma Roja y la joven pelirroja estaban enamorados, pero Brisa en la Pradera no solo vio amor en los ojos del futuro jefe, sino admiración, lealtad y un profundo sentimiento de protección hacia la madre de su futuro hijo. Y la joven pelirroja lo correspondía de igual forma, a juzgar por la intensidad con la que lo miraba a los ojos.

Desvió la vista y miró a Nube de Fuego con odio. Un hombre como ese era incapaz de albergar semejante sentimiento en su ser, estaba segura. Y más se enfadó consigo misma solo de pensarlo, pues a ella le interesaba aún menos que una boñiga de bisonte. ¿En serio iba a desposarla? ¿Cómo haría para soportarlo? ¡No! ¡Era imposible! Se le revolvía el estómago solo de pensarlo.

A diferencia de Pluma Roja, el jefe de guerra era arrogante, rudo, insensible y carente de cualquier tipo de modales. Y ni siquiera le resultaba atractivo. Tal vez sí era apuesto, pero a Brisa le agradaban los hombres sofisticados y Nube de Fuego contrastaba con Pluma Roja en que este sí era un hombre con educación. Por el contrario, Nube de Fuego era como un bisonte: fuerte sí, pero impulsivo y estúpido.

Reconocía que era alto, esbelto, fornido, de pecho definido, hombros anchos y bien proporcionado. También sus ojos eran hermosos: grandes, rasgados y oscuros como las aguas profundas de un lago. Y sus labios tenían una bonita forma; parecían siempre predispuestos a la

sonrisa. Dientes blancos como la nieve, y un par de hoyuelos que, cuando sonreía, daban un aire divertido a tan duros rasgos. Tenía que reconocer que, a pesar de ser un maleducado, casi siempre sonreía, pero era una sonrisa que la sacaba de quicio. Teniendo en cuenta el cargo de responsabilidad que parecía ostentar entre su pueblo, era digno de admirar, pues parecía que nada le preocupaba. No entendía el motivo, pero eso podría llegar a agradarla si...

¿Cómo? ¿Agradarla? ¡Ni en sus peores pesadillas!

Sentir el agudo dolor de las ataduras de sus muñecas le hizo recordar que jamás podría sentir simpatía por ese desalmado y se enfadó consigo misma por tener un solo pensamiento positivo hacia él. Sí, ese idiota sonreía de forma habitual, pero de seguro era un completo y absoluto irresponsable, además de un cínico sociópata que poco le importaban los sentimientos de los demás.

Cuando ese patán se hubo cansado de exhibirla, la arrastró por medio poblado para después empujarla hacia el interior del que parecía ser su tipi. Tras atravesar la cortina del hogar, Brisa dio un traspiés y se topó con una joven que portaba un cuenco de calabaza, que se le resbaló de las manos y cayó sobre las cuidadas pieles del suelo. Nube de Fuego entró tras ella, sonriendo para variar.

—Os traigo un presente —tronó el desalmado, con esa estúpida sonrisa suya pintada en el rostro—. Esta apsalooke se encargará de los trabajos más duros del hogar.

¿Es que ese hombre no sabía hablar sin bramar como un ciervo en celo?

La joven menuda y de rostro redondo puso los brazos en jarra y arrugó el entrecejo.

—Pues empezamos bien, porque acaba de derramar las hierbas que preparó Piedra de Río para la bisabuela.

Brisa estuvo a punto de proferir una disculpa, pero se lo pensó mejor y alzó el mentón, orgullosa. De ninguna manera iba a consentir que los estúpidos lakota la trataran como a una esclava. Ella no era una cualquiera, sino la hija del jefe Buen Cantor y merecía ser tratada con respeto. Pero su orgullo se transformó en rabia cuando el guerrero la agarró del antebrazo y la empujó hacia el recipiente del suelo.

—¡Recógelo, mujer!

Brisa iba a protestar cuando una suave pero autoritaria voz se hizo escuchar al fondo de la morada. Atraída sin poder evitarlo, desvió de inmediato la mirada hacia el sonido.

Se trataba de una anciana. Descansaba sentada en la esquina más alejada del hogar y cubierta con una piel de bisonte blanco. Su rostro estaba ajado por la edad y en sus ojos brillaba la inteligencia.

—¡Pequeño Grillo Cantarín! —exclamó la anciana, con alegría y añadió, con suave reproche—: ¿Acaso son estos los modales que te he enseñado?

En el rostro de la anciana podía verse la sabiduría de muchos años, pero también un deje de diversión en sus pequeños y brillantes ojos negros.

—Mi nombre ahora es Nube de Fuego, abuela —respondió el aludido, incómodo al verse llamado así frente a una mujer a la que quería impresionar—. No vuelvas a pronunciar ese nombre.

—Te llamaré como me plazca —respondió la anciana, de pronto muy seria—. Soy tu bisabuela y te he criado desde que llegaste al mundo. —Lo observó durante uno segundos con dureza, hasta que él desvió la vista al suelo. Entonces dirigió la mirada a la joven cautiva y le dedicó una sonrisa de aliento—. Y veo que al fin has hallado el significado de tu nombre pues, de nuevo, un grillo cantarín regresará a tus pieles de dormir, como cuando tenías a penas cinco lunas.

Brisa se quedó helada. ¿Cómo había adivinado la anciana que a ella le gustaba cantar, si tan siquiera la había escuchado decir una sola palabra? ¿Y cómo era eso de que compartiría las pieles con semejante patán? Ni hablar, antes se quitaría la vida.

—Abuela… —Nube de Fuego abrió la boca para entrar en la eterna discusión que mantenía con ella desde que se ganó el nombre de Nube de Fuego, el día en que se convirtió en un hombre, tras la ceremonia de la Danza del Sol. Pero la anciana lo interrumpió para presentarse a la recién llegada.

—Soy la Anciana Bisonte, querida. Por favor, disculpa los groseros modales de mi

bisnieto. Es como un bisonte, grande, torpe y a veces ostenta muy mal humor. Pero créeme, su corazón es limpio como el agua del arroyo. Si sabes aprovechar la fuerza de sus aguas, te llevará donde desees con un suave murmullo.

Brisa se sintió apaciguada ante la suave voz de la anciana, aunque también disconforme ante el significado de sus palabras. Pero no osó replicar y se limitó a asentir con la cabeza, para después clavar la vista en el suelo.

—No te tomes demasiadas confianzas con ella, abuela —intervino el guerrero—. Es una prisionera apsalooke.

Brisa apretó los labios de pura rabia, hasta que escuchó la réplica de la Anciana Bisonte, que de nuevo la apaciguó.

—¿De verdad eres apsalooke, querida? —preguntó, con una sonrisa enigmática—. Eres demasiado especial para pertenecer a ese pueblo.

En efecto, esa muchacha no tenía alma de cuervo. Era intrépida, orgullosa y altiva, como un caballo brioso que atraviesa la pradera sin temor alguno, con la confianza que le da su fuerza innata. Pero era también delicada y su bisnieto tendría que tratarla con más respeto, si lo que pretendía era ganarse su confianza.

Brisa dudó si tomarse eso como un reproche o como un cumplido. Se decantó por lo segundo, porque aquella anciana era sabia y parecía ver más allá de sus narices. Cuando iba a responder, Nube de Fuego, o mejor dicho, Pequeño Grillo Cantarín, pensó con un divertido sentimiento vengativo, la interrumpió.

—¡Mujer! —bramó—. ¡Preséntate ante la Anciana Bisonte! ¡Es una respetable miembro del Consejo de Ancianos!

Brisa alzó el rostro y le dedicó a Pequeño Grillo Cantarín una mirada de indiferencia. Se habría presentado encantada, y tal vez lo hiciera en otro momento, cuando el insufrible las dejara a solas. Por el contrario, ahora lo que no iba a hacer sería obedecerle.

—¡Responde!

La joven lo obsequió con su silencio. Luego simuló quitarse del vestido una invisible

mota de polvo, al tiempo que arqueaba la ceja izquierda.

Nube de Fuego perdió la paciencia. La agarró por los hombros y la zarandeó, pegando su rostro al suyo.

—¿Por qué no dices nada, mujer?

Eso fue demasiado para la dignidad de Brisa en la Pradera, que alzó la cabeza y clavó los ojos verdes en los de él, retándolo.

—Prefiero callar porque la mejor forma de perjudicar a un idiota es dejarlo hablar.

Ante su respuesta, quedó anonadado. Palideció de furia y achicó los ojos.

—Pero… ¿cómo te atreves...?

—¿En verdad has sido criado por tan sabia mujer? —espetó, señalando a la Anciana Bisonte con la mirada—. Entonces, eres un zopenco que no ha aprendido nada.

La carcajada de la abuela no se hizo esperar.

—¡Bien dicho, querida! Mi bisnieto puede ser muy estúpido si se lo propone.

—¡Abuela! —exclamó, indignado, Nube de Fuego.

—Pequeño Grillo Cantarín, harías bien en recordar en un futuro las sabias palabras de esta joven.

—¡Es una apsalooke! —protestó, como si eso lo explicara todo.

—¿De verdad? —inquirió la bisabuela, escéptica.

Nube de Fuego la miró, confuso.

—Es la hija de Buen Cantor —aseguró.

—Hijo, puedes volverte ciego si te lo propones y todo por culpa de esa boca tan grande, la cual harías bien en mantener cerrada de vez en cuando.

Brisa no pudo evitar dedicarle una sonrisa a la Anciana Bisonte. Tampoco pudo evitar mirar con sorna a Nube de fuego.

Entonces sí, había llegado el momento de presentarse.

—Venerable Anciana, mi nombre es Beatriz Álvarez de Guzmán, pero en el poblado de Buen Cantor se me conoce como Brisa en la Pradera.

Luciérnaga Brillante, que hasta el momento se había mantenido al margen, intervino.

—¿Beatriz? —La muchacha se mostró indignada—. ¿Qué os pasa a los hombres de este poblado? ¿Es que no os resultan válidas las mujeres de vuestro pueblo que tenéis que traer caras blancas? ¡Primero Pluma Roja y ahora tú!

Cuando la joven Luciérnaga Brillante salió del tipi, airada, la Anciana Bisonte se levantó con una agilidad que dejó sorprendida a Brisa en la Pradera, pues esa mujer debía de tener unos ochenta inviernos y se movía como un tejón. Se acercó a ella con actitud protectora. La contempló durante unos segundos, como si pudiera ver muy adentro de ella, y al fin levantó la mano y le acarició la mejilla.

—No hagas caso a mi otra nieta —dijo, con una cálida sonrisa—. Luciérnaga Brillante es una buena chica, aunque su corazón necesita un poco más de luz, pues la inseguridad la ha mantenido a oscuras durante demasiado tiempo. Y tú —se dirigió a su nieto, severa—. ¿No piensas desatar a Brisa en la Pradera? Tiene las muñecas en carne viva y eso no le gustará a Buen Cantor.

Brisa miró a Nube de Fuego y extendió las manos, sonriendo con altanería.

—Pero… ¿Y si se escapa? —resopló Nube de Fuego, reacio a liberarla.

—Aún tratándose de una prisionera, Brisa en la Pradera merece respeto.

Brisa sonrió agradecida a la Anciana Bisonte, mientras el insufrible le desataba las muñecas.

CAPÍTULO 4



Tras el crepúsculo, Brisa, recién convertida en prisionera, gozó con la ausencia del insufrible, de una buena cena y de una agradable charla con la Anciana Bisonte. Hablaron del clima y de la cacería que el futuro jefe Pluma Roja estaba a punto de organizar. Sintió la necesidad de preguntar sobre la joven pelirroja, curiosa sobre la historia de esa mujer, pero optó por ser discreta. Luego llegó Luciérnaga Brillante que, sin mediar palabra, se metió en sus pieles y al rato se quedó dormida. Cuando la anciana bostezó, Brisa pidió permiso para retirarse a sus pieles de dormir después de ese día agotador. Su futuro la tenía intranquila y a pesar de sentirse muy cansada no logró conciliar el sueño. Se pasó toda la noche planeando la huida. Nadie la retendría contra su voluntad. ¡Ella era libre! No un fardo que intercambiar o al que convertir en esposa solo por el capricho de un hombre. La Anciana Bisonte era en verdad agradable. Se llevó una inmensa sorpresa al ver que podía congeniar y admirar desde el corazón a una lakota, pero ni por una manada de cien caballos iba a permanecer un solo día más en aquel lugar.

Ya era noche cerrada cuando Nube de Fuego acudió a la llamada de Pluma Roja.

—Georgiana —saludó a la esposa del jefe con una amplia sonrisa, tras asomar la cabeza por la cortina de la entrada del tipi.

Aguardó cortés el gesto de bienvenida de la mujer y cuando ella le dio permiso, se adentró en el hogar del próximo jefe de la tribu.

—Nube de Fuego, ¿cómo estás? —saludó Georgiana, cariñosa, con un abrazo—. ¿Deseas tomar algo? —preguntó.

—Oh, no te molestes, solo he venido a hablar con Pluma Roja —respondió, devolviéndole el abrazo con afecto.

Ella miró a su esposo, que permanecía sentado frente al fuego y tras comprender lo que quería con una mirada, cabeceó.

—Iré a tomar el aire, como cada noche —dijo, colocándose una fina piel de gamuza sobre los hombros—. El bebé no para de moverse y si camino un poco se relajará.

—No es necesa… —empezó a decir Nube de Fuego, pero Pluma Roja lo interrumpió, dirigiéndose a Georgiana.

—No te alejes de los tipis, por favor —pidió, con una tierna sonrisa.

Georgiana asintió con otra sonrisa y los dejó a solas.

Nube de Fuego se sentó frente a Pluma Roja y frunció el ceño, preocupado.

—¿Se encuentra bien Georgiana? —inquirió, al ver el gesto serio con el que su amigo contemplaba la partida de su esposa.

Pluma Roja vertió en un cuenco de calabaza un poco de infusión de corteza de sauce y después de ofrecérsela a su kholà, suspiró

—El embarazo está siendo complicado y cada noche sale a pasear por las inmediaciones. No puedo evitar preocuparme, pero ella insiste en que le viene bien y yo soy incapaz de negarle nada.

—Es una mujer fuerte, estará bien —respondió Nube de Fuego, tomando un sorbo de la bebida caliente.

—Tienes razón. Pero no te he mandado llamar para hablar de Georgiana —desveló Pluma Roja y miró a su kholà, esta vez con severidad.

—¿Y esa cara tan larga? —preguntó, removiéndose frente a su amigo, alerta.

Pluma Roja resopló como única respuesta y lo miró con reproche. Nube de Fuego creyó que en cualquier momento perdería la paciencia, algo fuera de lo común, pues todos sabían que la mayor virtud del jefe en funciones era su imperturbable espíritu, aunque no comprendía el motivo de tanto enfado. ¿Sería por la mujer de pelo violáceo? Elucubró, sorprendido. Pero se

encogió de hombros, indiferente. Si Pluma Roja pensaba que él se había sobrepasado con la joven apsalooke, no estaba de acuerdo ni le parecía lógico, pues su amigo no había intervenido cuando en otras ocasiones capturaron a otros prisioneros y los trataron de igual o peor forma.

Pluma Roja no tardó en aclarárselo, con una sola afirmación.

—Es la hija de Buen Cantor.

Así que se trataba de eso.

—Pues espero que cante tan bien como su padre cuando la coloque boca arriba sobre mis pieles de dormir.

Pluma Roja lo miró esbozando una mueca de hastío. No podía creer que Nube de Fuego, no solo no comprendiese la gravedad de la situación, sino que mostrase una sonrisa tan amplia. Sabía, porque lo conocía bien, que jamás forzaría a una mujer a yacer con él, pero aun así, le molestaba que tuviese la cara tan dura como para bromear al respecto. Inspiró hondo y se armó de paciencia. Nube de fuego era un hombre con un fondo admirable, incapaz de hacer daño adrede. Pero otro cantar era su boca incontrolable y su actitud infantil y despreocupada.

—¿Serías capaz de mantener una conversación adulta por primera vez en tu vida, por favor? —pidió, en un tono suave y comedido.

Nube de fuego se rio y le guiñó un ojo, socarrón.

—Supongo que no.

—Has perdido el juicio —espetó, incrédulo.

—Es muy probable. —Nube de Fuego se encogió de hombros, mientras tomaba otro sorbo del cuenco de calabaza—. Estoy convencido de que esta mujer me va a sacar de mis cabales. En todos los aspectos.

Pluma Roja miró hacia el techo, como si pidiese a sus antepasados la paciencia que ya empezaba a perder. Luego regresó la vista a su amigo y suspiró de forma ruidosa. Cuando Nube de Fuego se comportaba así, era porque algo le preocupaba. No era una persona fácil. Lo estudió con más atención mientras bebía un sorbo él también y advirtió las señales de que en esos momentos estaba utilizando su coraza. Movió la cabeza, pensativo. Ser jefe implicaba ver

también el interior de las personas para saber actuar en consecuencia. Pero el asunto de Buen Cantor era delicado y no tenía tiempo para lidiar con las inquietudes, o los temores de su kholà. Era importante dejarle bien claro que no podía seguir aparentando ser un patán sin corazón. Se inclinó hacia delante, tenso y miró a su amigo a los ojos.

—Lo que has hecho trayendo a esa mujer aquí es más que una provocación. ¡Es una declaración de guerra! —exclamó en un tono endurecido.

—No exageres —replicó Nube de Fuego, divertido. Alzó una sola ceja y le dedicó una sonrisa de medio lado, algo que sacó de quicio a su mejor amigo.

—¿Que no exagere? —repitió Pluma Roja, exasperado—. ¿Tienes la más remota idea de lo qué pasará cuando la echen en falta, si es que no lo han hecho ya?

Pero Nube de Fuego no se inmutó y respondió, satisfecho:

—Que la utilizaremos para negociar y tú obtendrás más yeguas.

A ese zoquete le parecía lógico, pero Pluma Roja estaba indignado. Y ya dudaba de si Nube de Fuego se había dado un golpe en la cabeza, o la responsabilidad brillaba por su ausencia.

—¡Es la hija de Buen Cantor! —exclamó—. ¡El jefe apsalooke reunirá a todos sus guerreros y nos atacarán!

—Antes enviará al Consejo para negociar, y para entonces ella estará tan enamorada de mí que se negará a abandonarme —afirmó, ufano, hinchando el pecho y regodeándose como si estuviera ante un gran público y no solo frente a su amigo.

—¡Deja de bromear! —instó Pluma Roja, incrédulo.

—No estoy bromeando —contestó, esta vez muy serio—. Es exactamente lo que va a pasar.

Pluma Roja movió la cabeza de un lado a otro, intentando comprender a su amigo.

—Tú lo ves con los ojos de un guerrero, pero yo con los de un político. Se trata de algo demasiado serio y que no debemos tomarnos a la ligera.

—Bien —Nube de Fuego se cruzó de brazos—, enfoquemos el asunto desde un punto de

vista político. Los jóvenes de este poblado están demasiado gordos y aburridos. Llevan mucho tiempo sin guerrear y les vendrá bien un poco de ejercicio. Y a ti también.

A Pluma Roja se le desencajó la mandíbula. No podía creer lo que ese bruto sin cerebro le estaba diciendo. Luego negó con la cabeza y exhaló aire con fuerza. Razonar con Nube de Fuego a veces era perder el tiempo, pero el asunto era tan serio que no podía dejar de insistir en hacerle comprender la gravedad de lo que había hecho. Emitió un largo suspiro y explicó:

—Acabo de regresar de un largo viaje, mi padre está a punto de morir y mi mujer es una cara blanca. Está embarazada y su salud también es delicada. —La preocupación se reflejaba en el rostro de Pluma Roja, pero su tono era firme y su mirada no daba opción a réplica—. Tienes razón, el objetivo de esta incursión era animar a los jóvenes. Como bien dices estaban aburridos y era preciso una victoria y una posterior celebración. Pero los hombres de Buen Cantor solo se llevaron yeguas la última vez que nos atacaron, así que el secuestro de su hija es desproporcionado. —Hizo una breve pausa y se llevó las manos a la cara en un gesto de preocupación que solo mostraba a su gente de confianza—. No tengo asegurado todavía mi puesto de jefe, y lo sabes. He estado demasiado tiempo ausente y mi matrimonio no ha sido del agrado de nuestra gente. Caballo Negro ostenta mucho poder como hombre medicina, y sigue insistiendo en que repudie a Georgiana y tome a Piedra de Río como primera esposa, y sabes tan bien como yo que no va a desaprovechar la oportunidad de arrebatarme el liderazgo en cuanto me vea cometer el más mínimo error —declaró algo que ya habían hablado en más de una ocasión—. Eres mi Kholà, deberías estar de mi parte. Pero por lo que veo solo piensas en tu capricho. Uno que tiene los ojos verdes. Y tal parece que todo lo demás te trae sin cuidado.

Nube de Fuego guardó silencio unos instantes para pensarse bien la respuesta que iba a darle a su mejor amigo. A pesar de la elevada posición de Pluma Roja, él siempre le decía lo que pensaba sin tapujos, aunque cuando trataban cosas importantes lo hacía con un respeto reverencial. Había llegado el momento de cambiar el tono de la conversación.

—Eres mi mejor amigo. Y te aprecio. Los espíritus de mis antepasados saben que daría la vida por ti y tú creo que también. —Hizo una pausa durante la que infló el pecho y achicó los

ojos—. Pero como bien acabas de decir, has estado un año ausente, y desconoces todo el daño que esos malditos apsalooke han infringido a nuestro pueblo. Buen Cantor no es inocente. Ha propiciado una serie de atentados contra bandas amigas. Ha secuestrado mujeres, robado caballos, incluso ha asesinado ancianos y se ha llevado consigo el espíritu de un puñado de guerreros jóvenes. Eso ha causado dolor a sus familias, ha roto matrimonios y ha condenado al hambre a niños y a esposas que se han quedado sin hombres que puedan sustentarlas —explicó, muy serio. Ese último año había sido una pesadilla para muchos. Pluma Roja lo observaba en silencio. Pero aún no había terminado de hablar—. Dime, amigo, ¿qué actitud vas a adoptar en la próxima reunión del Consejo?

Pluma Roja sabía que Nube de Fuego hablaba con sinceridad, exponiendo su punto de vista, pero él era el líder en esos momentos, y el futuro de su gente estaba en sus manos. Él era quien tomaba las decisiones y no estaba dispuesto a ceder en ese asunto.

—Te he escuchado, y valoro tu sinceridad. Pero no cambiaré de parecer. Devolverás a esa mujer a su tribu, y no hay más discusión.

CAPÍTULO 5



Estaba a punto de terminar su segundo día en el campamento Lakota, y Brisa en la Pradera seguía pensando en la forma de escapar.

La jornada había sido agotadora. Luciérnaga Brillante la obligó a realizar los trabajos más duros que se le ocurrieron. Tras un escaso desayuno que consistió en una infusión de corteza de sauce y un poco de pemnican, le exigieron transportar agua del río. Después tuvo que recoger boñigas de caballo para alimentar el fuego del hogar, pero cuando la forzaron a curtir pieles bajo el sol del medio día, Brisa se negó. Entonces el insufrible guerrero apareció resoplando como un bisonte y la reprendió ante todos los presentes por su mala actitud. Rabiosa y frustrada, no le quedó otro remedio que dar su brazo a torcer: antes preferiría desmayarse bajo el sofocante calor que volver a escuchar los gritos de ese animal.

Con todo, tras pasar una mañana espantosa, al caer la tarde decidió comportarse de la forma más dócil que supo a fin de no llamar la atención ni levantar sospechas de lo que estaba planeando hacer esa misma noche. En su opinión, cuanto antes bajaran la guardia sus captores, más oportunidades tendría de escapar.

En eso pensaba mientras, tras recoger unas plantas medicinales bajo un pequeño abedul, se encaminaba hacia el tipi de la Anciana Bisonte.

Al llegar, escuchó unos gritos desgarradores que le helaron la sangre. Era una mujer, y lloraba desconsolada en el interior del tipi. No entendía muy bien lo que decía, pero parecía estar sufriendo mucho. Dudó en entrar y aguardó afuera a que las cosas se calmaran. Al fin y al cabo su presencia estaba fuera de lugar, pues parecía tratarse de un asunto familiar. Justo en ese momento Nube de Fuego salió y se topó con ella. Cuando sus miradas se cruzaron, Brisa quedó

desconcertada. Sus ojos y su expresión distaban mucho de asemejarse a la que él le había mostrado hasta el momento. Parecía triste, su rostro lucía pálido y sus ojos estaban empañados. También tenía arañazos en la cara. Él intentó esquivarla, y ella también, pero ambos se movieron hacia el mismo lado y acabaron topándose. Brisa trastabilló y se le cayó el cesto con las hierbas. Nube de Fuego se apresuró a recogerlo.

—Lo siento —masculló él mientras se agachaba a recoger el desaguisado, y tras depositar el cesto en manos de la joven, se alejó andando a grandes zancadas.

Brisa lo siguió con la mirada, preguntándose qué acababa de suceder. ¿Se había disculpado? ¿Era eso posible, o tenía que pellizcarse para asegurarse de no estar soñando? Cuando él desapareció de su vista, suspiró, incómoda. Miró de nuevo hacia el tipi, y se acercó para escuchar mejor, pero la mujer, quien quiera que fuera, había dejado de gritar y en esos momentos sollozaba. Cuando se atrevió a entrar, el panorama que se encontró fue desolador. Todo estaba en desorden. Las pieles y los utensilios tirados por el suelo, y las cenizas del hogar, desparramadas.

—¡Oh! —exclamó, al ver que las piedras que rodeaban la lumbre se habían movido, junto con algunas brasas que amenazaban con prender unos cojines.

Las recogió y cuando hubo colocado la última piedra en su lugar, vio a la Anciana Bisonte al fondo del tipi, con una mujer entre los brazos.

—¿Puedo ayudar en algo? —preguntó, preocupada.

La Anciana Bisonte asintió, sin dejar de acariciar el pelo de aquella mujer, que se abrazaba a ella y temblaba de pánico. No pudo verle el rostro, pero sus cabellos eran largos y brillantes, algunos mechones teñidos de blanco.

—¿Podrías ir en busca de Luciérnaga Brillante? —le pidió, y Brisa en la Pradera asintió.

Cuando iba a salir del tipi, escuchó de nuevo los sollozos de la mujer, y entonces sí comprendió lo que dijo:

—Es un monstruo… Una abominación. ¡No es mi hijo, es una abominación!



Aquella segunda noche en el poblado lakota podría no ser la más propicia para una huida exitosa; la brillante luna y el cielo despejado le impedirían ocultarse en la oscuridad. Pero Brisa en la Pradera no estaba dispuesta a permanecer ni un solo día más en aquel lugar.

Esperó acostada, con paciencia, a que las llamas del hogar se transformaran en brasas. Se las había arreglado para preparar una poción con las hierbas sedantes que había recogido junto al río esa misma tarde, y nadie sospechó cuando le ofreció una doble dosis en el cueco a Nube de Fuego, que se lo tomó de un solo trago. Todo sucedió bajo la atenta mirada de la Anciana Bisonte, quien no dijo una palabra y sí le dedicó a Brisa una sonrisa de complicidad. Sabía que la abuela había adivinado sus intenciones y que no la delataría, pero no las tenía todas consigo con el insufrible guerrero y su estúpida hermana.

Mientras aguardaba, al tiempo que fingía estar dormida, pensó en Nube de Fuego y en la mujer de cabellera brillante. Por lo que la oyó decir en brazos de la anciana, era probable que se tratase de su madre.

Pero, ¿por qué lo habría llamado abominación?

El guerrero era un hombre insoportable, gañán, carente de empatía o la más mínima consideración, pero a pesar de sus rudos modales, no consideraba que fuese un monstruo. Cuando vio su rostro arañado y con expresión desolada esa tarde hasta había sentido lástima por él. Pero tuvo que convencerse a sí misma de que no era ninguna víctima, al contrario, la había arrancado de su familia y la había obligado a trabajar de sol a sol.

Sin embargo…

Suspiró, y miró hacia la izquierda. Él dormía a pocos pasos de distancia, pero su rostro no estaba relajado: le temblaban los párpados. Cuando lo vio darse la vuelta y darle la espalda, Brisa volvió a suspirar y cerró los ojos. Esa sería una noche larga.

Cuando los integrantes del hogar cayeron en un profundo sueño, Brisa dejó de fingir. Se

incorporó muy despacio y observó a su alrededor con sumo cuidado. Todo permanecía en calma, las brasas casi se habían apagado y no se escuchaba nada aparte de la fuerte respiración del guerrero y los suaves ronquidos de la Anciana Bisonte. Solo entonces, se atrevió a salir de las pieles de dormir a hurtadillas, logrando hacer el menor ruido posible, no sin antes simular su propio cuerpo con cojines y otras pieles. El camino hacia la salida del tipi se le antojó una eternidad, mientras esquivaba enseres y algún que otro pie, pero al fin logró su objetivo.

Una vez fuera, el viento le golpeó el rostro y se estremeció. Todo el poblado estaba sumido en el silencio no había ni un alma allí fuera. Aguzó la vista y sus pupilas captaron el púrpura del alba besando el horizonte. Decidida, atravesó los tipis en silencio y cuando divisó el río echó a correr en busca de la ansiada libertad.

Pero la suerte se volvió en su contra tras dar varias zancadas. Alguien permanecía oculto entre las altas hierbas y la hizo tropezar y rodar por el suelo.

Nube de Fuego abrió un ojo. Lo cerró. Resopló, alzó el brazo izquierdo y apoyó el interior del codo sobre la cara. Suspiró, dio otra vuelta sobre sí mismo y se colocó de lado.

Le dolía la cabeza. Todo giraba a su alrededor.

Hacía dos días que no descansaba bien. A cada punto se despertaba en mitad de la noche, y el motivo no era el sofocante calor, sino la presencia de joven prisionera. No tenía suficiente con lo que había ocurrido en el tipi esa tarde con su madre, como para ahora estar junto a esa mujer que no abandonaba sus pensamientos desde hacía días. No se llevaban bien, era obvio, pero había algo en ella que lo atraía, como la miel al oso.

¿El color de sus ojos, y sus exóticos cabellos?

Sí, pero había algo más. Su fuerza, su valentía, su tesón. Esa mujer no se rendía jamás y, aunque podía ser molesto, la admiraba por ello.

Pero tendría que dejarla marchar. Odiaba tener que hacerlo, y aunque no estaba de acuerdo con la decisión de Pluma Roja, era el jefe en funciones y Nube de Fuego jamás desobedecería una orden suya. Cumpliría con la palabra dada y devolvería a Brisa en la Pradera a

Buen Cantor.

Sin embargo…

No pudo evitar una sonrisa al recordar como esa misma noche Brisa ayudó a la Anciana Bisonte a preparar la cena. Se llevaba muy bien con la bisabuela, y por primera vez había visto en su rostro una expresión feliz. Sus ojos se iluminaban como estrellas cuando en las comisuras de sus labios se formaba la sonrisa, y su voz se asemejaba al canto de un pájaro cuando se reía.

Pero Nube de Fuego volvió a sentirse inquieto.

¿Qué habría pensado ella al verlo salir del tipi tan alterado? ¿Y después, qué se le habría pasado por la cabeza al ver a su madre en semejante estado?

Al pensar en eso, Nube de Fuego apretó los párpados y ahogó un gemido. Durante una luna, Nieve en la Mañana había permanecido en la tienda de sanación, bajo los cuidados de Caballo Negro, pero esa tarde se escapó y… Se desató de nuevo su locura.

Le dolía el sufrimiento de su madre. Un sufrimiento que Nube de Fuego sentía como propio, porque era él la consecuencia, y también el motivo. Su madre había perdido la cordura, y cada vez que lo miraba, su rostro se desencajaba y él sentía todo el peso del mundo sobre los hombros.

Sus pensamientos regresaron a la joven apsalooke, y se sintió aún peor. La había tratado mal, le había faltado al respeto y la había amenazado con hacerla suya, algo que jamás haría, por descontado, pues él mismo era el resultado de una violación. Nada despreciaba más que a un hombre que abusa de una mujer, y él la había amenazado con hacerlo. Lo hizo para controlarla utilizando el miedo, pues esa mujer era un tornado, y él un hombre impulsivo que no sopesaba sus palabras, y soltaba lo primero que se le ocurría. Pero al verla sonreír con su abuela se dio cuenta de cuan equivocado había estado.

Suspiró, e intentó dormir, pero el dolor seguía pulsando en sus sienes, sin piedad.

Echó un nuevo vistazo a su lugar de descanso. Ella dormía profundamente junto a la bisabuela, cubierta bajo unas finas pieles de ciervo. Volvió a cerrar los ojos e intentó relajarse.

Sería amable con ella. Tal vez así podrían ser amigos. Le gustaría conocerla mejor.

Siendo sincero consigo mismo, jamás le había gustado tanto una mujer. Era inteligente, bonita, elegante y altiva, con una sonrisa de ensueño.

Pero eso ya no sería posible, pues a la mañana siguiente la devolvería a Buen Cantor y jamás volvería a verla.

Volvió a mirar en su dirección. Ese bulto bajo las pieles tenía una forma extraña. Frunció el ceño. ¿Cómo podía dormir tan cubierta, con semejante calor?

A menos que…

Nube de Fuego se incorporó de súbito, se arrastró hasta ella y levantó la piel de un tirón.

Lo que sintió al descubrir que se había escapado fue miedo y después... enfado. ¡La muy descarada había colocado más pieles debajo para simular que estaba allí! Salió del tipi a medio vestir y se fue directo a la pradera en busca de Humo, con la certeza de que la joven habría huido con su caballo hacia el poblado apsalooke.

Pero la furia que sentía se transformó en sorpresa al verla cerca del tipi de Pluma Roja, el más alejado del poblado, junto al río.

Estaba agachada junto a Georgiana. ¿Qué estarían haciendo? Caminó hacia ellas con los puños apretados. Las mujeres no tardaron en percatarse de su presencia y miraron en su dirección, asustadas y sorprendidas. El guerrero entendió que Georgiana no se encontraba bien, tenía el rostro más pálido de lo habitual, al igual que la joven apsalooke. Aunque la palidez de Brisa en la Pradera se debía a otro motivo: su presencia le provocaba terror.

Se sintió como cuando su propia madre lo miraba: dolido, culpable y repulsivo. Pero aceleró el paso. ¿Qué estaría pensando Brisa? ¿Acaso creía que la golpearía? ¿Qué la violaría?

¡Él no era un animal!

¡Jamás haría nada semejante!

La vio cruzar algunas palabras con la esposa de Pluma Roja, luego se puso en pie y echó a correr hacia a la manada de caballos.

Nube de Fuego aceleró el paso y la persiguió.

El terror invadía por completo a Brisa mientras creía sentir en la nuca el aliento de ese

guerrero pisándole los talones. Podía escuchar sus pasos cada vez más cercanos, y su potente respiración tras ella. Lo maldijo entre dientes y aunque las piernas ya no daban más de sí, aceleró el paso.

La carrera estaba siendo insoportable a causa del esfuerzo, a duras penas podía tomar aire, pero estaba dispuesta a llegar a su destino. Y su destino era Lucero, que pacía con el resto de la manada, junto a la orilla del río. Intentó silbar para llamar su atención, pero justo cuando inflaba los pulmones, tropezó con una piedra y cayó de bruces al suelo. Se raspó los codos con la hierba y el dolor la obligó a gemir.

Pero jamás se rendiría, y justo cuando estaba a punto de ponerse en pie para reemprender la huida, el guerrero la interceptó.

—¿Adónde crees que vas?

Brisa no tenía fuerzas para responder. Se revolvió en el suelo y empezó a arrastrarse hacia atrás al tiempo que alzaba la vista y se topaba con la negra mirada de ese hombre aterrador.

Él estaba plantado frente a ella. A pesar de ser corpulento, era también ágil y rápido, no tenía nada que hacer frente a alguien tan poderoso, pero no iba rendirse. Intentó esquivarlo a gatas por la derecha, pero el lakota la agarró por el pie, la arrastró hacia sí y logró cogerla por la muñeca. De inmediato la alzó del suelo sin ningún cuidado.

—¡Basta! —bramó, mientras soportaba sus patadas.

Brisa reprimió el gemido del dolor que le acababa de causar el agarre de ese bruto, porque además del golpe que se acababa de dar, aún tenía las muñecas doloridas por las ataduras del secuestro. Se quedó quieta unos instantes, y cuando el lakota bajó la guardia, aprovechó para darle una patada en la espinilla.

Nube de Fuego gruñó de dolor y perdió el equilibrio, pero no la soltó, la arrastró en su caída y ambos rodaron por el suelo. Brisa gritó y forcejeó, pero el guerrero acabó sobre ella y la aprisionó con el peso de su cuerpo.

—¿Quieres estarte quieta de una vez? —pidió, con el rostro pegado al suyo, jadeante.

Brisa estaba aterrada, pero en su cara se reflejaba la rabia. De ninguna manera iba a

demostrar el miedo que le provocaba ese animal.

—¡Suéltame! —gritó, para revolverse de nuevo.

—¡Deja de moverte! —respondió el guerrero.

Brisa notó que las lágrimas le escocían tras los párpados, pero no estaba dispuesta a liberarlas frente a él.

—¡Déjame ir!

Él la agarró por las muñecas y las puso una a cada lado de su cabeza. Con las piernas la inmovilizó por completo.

Los ojos verdes de esa joven brillaban de rabia, sus labios estaban tensos y su rostro más pálido de lo habitual. Jadeaba y temblaba de miedo y por unos instantes Nube de Fuego se preguntó si estaría actuando con honor.

—Ríndete —pidió, intentando que su voz sonase tranquilizadora—. Estate quieta y te dejaré regresar al tipi. Mañana… —Pero no pudo continuar. Iba a decirle que al día siguiente la devolvería con su gente, cuando ella lo interrumpió.

—¡Jamás! —gritó, furiosa.

Se revolvió de nuevo bajo el peso de su cuerpo. Gemía, sollozaba, y le costaba respirar. Su tez estaba cada vez más pálida y su respiración era dura y ronca, como si tuviese una nuez en la tráquea. Nube de Fuego se asustó. Debía calmarla.

—Oye, tranquilízate. —De pronto sintió que todo daba vueltas a su alrededor, y el dolor de cabeza se volvió insoportable. Quiso alzarse para dejarla respirar, pero sus músculos estaban agarrotados—. Será mejor que te estés quieta, porque... de lo contrario… Yo… —se interrumpió de nuevo ante la expresión de pánico en los ojos de esa mujer.

—¡Eres despreciable! —sollozó Brisa, asustada ante lo que imaginó que era esa amenaza, y esta vez no pudo evitar que se le escaparan las lágrimas de terror. En ese momento sí pensó que era un monstruo. Intentó revolverse de nuevo sin éxito, pues el peso del guerrero seguía inmovilizándola. Volvió a gemir, y su pulso se aceleró aún más. Sentía que su corazón estaba a punto de estallar.

El guerrero no estaba orgulloso de sí mismo, la estaba asustando y tenía que lograr que se calmara o acabaría colapsando.

—No voy a hacerte daño, debes creerme —insistió él, a punto de perder el aliento.

Pero Brisa entró en pánico y el guerrero empezó a dudar de si lo que estaba haciendo al retenerla era lo correcto o una estupidez. Tal vez debía dejarla marchar, pero… Lo que dijo a continuación lo desarmó.

—¡Eres un animal, una bestia maldita, y no voy a permitir que me arrebates la virtud!

Nube de Fuego tragó saliva y se le aceleró el corazón de pura angustia. Esas palabras le dolieron más de lo que jamás iba a reconocer. Sin querer, su mente regresó al pasado y vio con claridad el rostro de su madre, aterrado, desencajado. Recordó esas largas noches en las que ella entraba en un estado de terror y gritaba, sollozaba y pataleaba a causa de su sola presencia. También recordó la sonrisa de la bisabuela, y sus palabras de consuelo, mientras lo cogía en brazos para llevárselo al tipi de Pluma Roja.

Por aquel entonces tenía poco más que un puñado de inviernos, pero podía recordar cada gesto, cada grito, cada mirada de odio y desprecio que su madre le había dedicado. Lo culpaba a él, y solo a él, de su desgracia. Y desde entonces, nada había cambiado. Él seguía siendo para su madre una abominación, un monstruo que lucía el rostro de su agresor.

No, él jamás tomaría a Brisa sin su consentimiento.

Sin embargo, la única forma que encontró para defenderse de semejante acusación fue la ironía.

—Me halaga que sientas algo por mí. Pero debes calmarte porque…

—¡Lo que siento por ti es odio!

Nube de Fuego tragó saliva, como si eso pudiese calmar ese maldito dolor. Y una vez más su estúpida boca soltó lo que no debía.

—El odio es el preludio del deseo, ¿sabías eso?

Él no había querido decir eso con la intención de convencerla para que se entregase a él, solo fue algo que en ese momento se le ocurrió porque su lengua tenía la mala costumbre de ser

más rápida que su juicio.

Brisa agrandó los ojos, estupefacta. ¿Deseo? ¿Acaso él creía que ella estaba respondiendo de esa forma? La rabia estalló dentro de ella. Ese hombre no podía ser más obtuso, más desvergonzado, más ofensivo, más… Detuvo el hilo de sus pensamientos y lo tradujo en palabras:

—Jamás desearía a un ser tan… ¡Perverso y malvado como tú!

Claro que no, pensó Nube de Fuego. Pero ella acababa de meter el dedo en la llaga, pues él siempre había pensado que era un ser repulsivo. El problema era que jamás había deseado a ninguna otra mujer tanto como la deseaba a ella… Y era doloroso, muy doloroso. Por eso, y porque su cabeza no paraba de dar vueltas y más vueltas, la situación empezó a descontrolarse para Nube de Fuego. No la forzaría, jamás haría tal cosa y lamentaba asustarla, pero empezaban a cambiarse las tornas porque en esos momentos era él quien entraba en pánico. Sentía rabia y asco hacia sí mismo. Y lo que dijo a continuación lo hizo aborrecerse aún más:

—Veremos cuán repulsivo te resulto después de...

Cerró los ojos, y dejó caer casi todo su peso sobre ella. No tenía fuerzas para seguir apretando sus muñecas, pero tampoco quería dejarla escapar. Con todo, era incapaz de mirarla a la cara, así que hundió el rostro en su melena, obligándola a echar la cabeza hacia el otro lado. Soltó la muñeca izquierda de Brisa para agarrarla por el pelo y con el otro brazo le rodeó la cabeza. Notó como se quedaba paralizada de puro pánico. La oyó gemir, y sollozar, y por eso, por la culpabilidad que le asolaba el alma, el puño que se cerraba en su melena se abrió, y el gesto se transformó en una caricia.

Una caricia que ella no rechazó, porque estaba demasiado ocupada en mantenerse rígida para que él no hiciera lo que ella estaba segura de que iba a hacer.

Él sabía que su rostro estaba empapado en lágrimas y su cuerpo temblaba debajo del suyo como un árbol azotado por un cruel temporal. No pudo soportarlo más, se sintió el hombre más ruin que había sobre la faz de la tierra, y la caricia que había empezado en el pelo alcanzó el rostro de la muchacha para secarle las lágrimas con una delicada ternura.

El desconcierto invadió a Brisa, que frunció el ceño y se asustó aún más, aunque al mismo tiempo era una caricia tan llena de dulzura que no se la esperaba alguien como él. Por eso abrió los ojos para averiguar qué rayos estaba pasando.

Y descubrió que él la miraba con intensa preocupación. Su expresión, antes amenazante y terrible, había cambiado por completo. Esos ojos negros, que otrora se le antojaron crueles, en esos momentos la miraban con desconsuelo, implorando perdón.

Frunció aún más el ceño, inquieta y asombrada. Giró el rostro con lentitud y clavó los iris esmeraldinos en la negra oscuridad de sus ojos. Su cuerpo se relajó bajo la capacidad de esa mano grande y fuerte para moverse de esa forma tan suave y tierna. La mirada oscura brillaba como si contuviera las estrellas, implorante, intensa, ardiente. Y fue entonces cuando un agudo calor le atravesó el pecho hasta llegarle al vientre, donde se expandió como si alguien hubiera encendido una hoguera en sus entrañas. Era absurdo, y no podía estar más confusa. Jamás había sentido nada parecido y no comprendía de qué se trataba. Pero de repente la certeza se abrió paso en su mente y comprendió que ese hombre, a pesar de tener una apariencia tan peligrosa, y una boca tan sucia, no le haría ningún daño.

Observaba los ojos negros y profundos de aquel guerrero, como si el tiempo se hubiera detenido, y se asombró cuando leyó su alma a través de ellos. Lo vio. Brisa vio en esa oscuridad su vulnerabilidad. Su mirada revelaba un intenso dolor, profundo y antiguo, y una corroyente culpabilidad. Aunque también vertía muchas promesas, que nada tenían que ver con la violencia.

Nube de Fuego no pudo resistirse ante la suavidad de sus cabellos, desparramados sobre la hierba, ondulados como la espiral de una concha de nácar. A sus ojos verdes, desconcertados y brillantes, que lo desarmaron, liberando el deseo que había estado conteniendo. Sin poder evitarlo bajó despacio la cabeza y acercó los labios a los suyos, pero se detuvo a escasos centímetros. No la besaría si ella no lo deseaba. Así que esperó, y cerró los ojos, rogando a los espíritus para que ella lo aceptase.

Brisa lo vio acercarse, se mordió los labios, pero no se apartó. Se quedó mirando al guerrero. Leyó el deseo y la súplica en su rostro, y se dio cuenta de que no la estaba forzando,

comprendió que le estaba dando a elegir. Su corazón daba bandazos en su pecho, antes por el miedo, pero en ese momento sus latidos clamaban una melodía diferente. Una que no se esperaba, una que no comprendía, pero que la llenaba de anhelo.

Y eligió, sí.

Adelantó el rostro y rozó sus labios, los acarició en un ligero toque algo torpe e inexperto, y Nube de Fuego halló el camino para besar esa boca maravillosa con delicadeza.

No había planeado hacerlo, pero lo que comenzó como una persecución, se transformó en un ruego y, aunque él era puro fuego, en esos instantes fue como el agua que fluye por el arroyo con delicadeza y suavidad.

Gimió, al degustar el sabor de su boca, dulce como las manzanas rojas. Sintió en los labios la vibración del gemido que exhaló la joven. Se atrevió a acariciarla con la lengua y eso fue su perdición. Porque quiso más. Y la deseó más. Y ese anhelo se convirtió en ansiedad, que de seguro se transformaría en tortura en el momento en que ella… le pidiese que parase… Tal vez Brisa estuviese desconcertada, tal vez cansada, y por eso había iniciado el beso, pero cuando él le pidiese más, acabaría rechazándolo.

Lo haría… Seguro. Era él el que debía parar. Pero…

No quiso pensar más en ello, disfrutaría del mágico instante mientras ella se lo permitiese. Y él también se permitiría imaginar. ¿Cómo sería la blanca piel de aquella joven al tacto? Tan suave como el lomo de un potro recién nacido, pensó. Notó, sorprendido, que la respiración de Brisa se tornaba insistente, y que sus labios, que en un principio lo habían rozado con suavidad, correspondían con la ternura y la inexperiencia de quien besa por vez primera. Eso fue suficiente para que Nube de Fuego comprendiese que no estaba siendo rechazado, y una alegría genuina se expandió en su ser, deteniendo el beso unos instantes. Ella notó la pausa, y lo besó de nuevo con urgencia. Él esta vez gimió contra su boca, soltó la mano que la mantenía aprisionada para recorrer con sutileza su cuerpo. Le rozó el pecho, pero no se detuvo ahí, su mano navegó por su vientre hasta acariciar la estrecha cintura.

Brisa, al notar su toque, se quedó quieta. Pero después, con los brazos ya liberados, rodeó

el cuello masculino y lo atrajo hacia sí.

Ella lo había aceptado. Nube de Fuego sintió un fuerte ardor en el pecho. Casi se olvidó de respirar. Su corazón bombeó con fuerza y se desbocó. La presión en la ingle se tornó insoportable.

Brisa estaba desconcertada, y al mismo tiempo sentía una gran excitación. Pero ni rastro del miedo que antes la atenazara. Había desaparecido. Debería odiarse por lo que estaba haciendo, por lo que ese hombre la hacía sentir. Pero en esos momentos no se comportaba como el patán de rudos modales que la había arrancado de su familia. Aquel parecía un hombre distinto, un hombre de ruda apariencia sí, pero delicado, que la abrazaba y la besaba con una ternura desconocida hasta el momento. Estaba convencida de que no la dañaría y, aunque odiase reconocerlo, sabía también que se empezaba a abrir una brecha en su cuerpo, y que por esa brecha entraba el deseo: un deseo que jamás había sentido y que no olvidaría con facilidad. Ese hombre estaba aniquilando sus defensas y seduciendo su voluntad. Aunque no podía culparlo sólo a él, porque también ella respondía a sus caricias, y las reclamaba como suyas. Él lamió sus labios, besó su mejilla izquierda hasta alcanzar el lóbulo de su oreja. Notó los dientes del guerrero mordisqueándola, percibió en la piel su cálido aliento, acariciándola, estremeciéndola. Notó como él descendía por su cuello y lamía su clavícula. Gimió y, aturdida, lo abrazó con las piernas. Una fuerte presión sobre el vientre le hizo comprender que se trataba de su virilidad. Y lo deseó como nunca. Lo empujó con el interior de las rodillas para atraerlo más y empezó a balancear las caderas. Con las uñas rasgó los desnudos y poderosos hombros y eso excitó al guerrero, que la abrazó tan fuerte que acabó por darse la vuelta hasta terminar con la espalda sobre la hierba y con Brisa sobre él, a horcajadas.

Con el movimiento, los labios de ambos se separaron. Quedaron una sobre el otro, mirándose a los ojos. Brisa notó los párpados pesados y se vio sentada sobre ese hombre, exactamente sobre su virilidad. Podía notar, pese a las ropas que separaban el contacto de su piel con la suya, como se hinchaba y palpitaba bajo ella. Sintió la acuciante necesidad de arrancarle los pantalones para que él fuera libre de hundirse en su vientre y, aunque ella estaba ahora en una

posición de poder, era incapaz de moverse.

La expresión de Nube de Fuego la mantenía hechizada. Esos ojos negros como las plumas del cuervo luchaban para contener las llamas de la pasión. Y su rostro, anguloso, de nariz recta y labios gruesos e hinchados a causa de los besos compartidos, gemían de puro deseo. La miraba con tal ansia como jamás habría imaginado en alguien como él. El deseo, el anhelo y la excitación, incluso la ternura, se pronunciaban en aquel rostro con más claridad que su propio reflejo en las claras aguas del arroyo. Ese hombre la atraía y la desconcertaba, a partes iguales.

Descendió con la mirada hacia su pecho desnudo, y vio que sobre los pezones lucía las cicatrices de la Danza del Sol. Acarició una con los dedos y vio que tenía una pequeña marca de nacimiento en la piel, a escasos centímetros de la cicatriz, con la forma de una media luna. Al mirarlo de nuevo a los ojos, él sonrió con tristeza.

—Los espíritus me maldijeron con est…

Brisa se apresuró a posar los dedos en sus labios, haciéndolo callar.

¿Qué le sucedía con este hombre? Él la había raptado, apartándola de su familia, de su pueblo... La había tratado como a un objeto, exhibiéndola como si de un trofeo se tratase. Era un tirano que se había comportado con ella peor que una bestia.

Pero…

Acababa de mostrarle su vulnerabilidad.

Brisa parpadeó cuando las manos de él, que habían permanecido en su cintura hasta el momento, ascendieron hasta sus manos y rodearon con delicadeza sus muñecas. Brisa, que seguía paralizada, se dejó acariciar. El guerrero acercó la mano izquierda a sus propios labios y la besó en la herida que le habían provocado las ataduras. Con la mirada, que no apartó de ella en ningún momento, pareció rogar por su merced.

Nube de Fuego lo hizo de forma inconsciente. Jamás se habría disculpado ante una prisionera, pero en aquellos instantes, más que el deseo que sentía por ella, le preocupaba su bienestar. Los espíritus sabían que, aunque se había afanado en aparentar lo contrario, odiaba que un hombre forzara a una mujer. Él era el resultado de una violación, su madre había enloquecido

por su culpa y por ese motivo él jamás había tocado a una mujer. Jamás había yacido con ninguna. Y Brisa en la Pradera no lo estaba rechazando.

En ese momento algo se cernió sobre ellos, acechante entre las sombras.

CAPÍTULO 6



Nube de Fuego, alertado, se incorporó con rapidez, la rodeó con los brazos y se colocó sobre ella para protegerla con su cuerpo. Recibió un fuerte golpe en la cabeza, y quedó aturdido durante unos instantes. Después, como pudo, alzó la vista y descubrió a un joven que blandía un hacha con la mano. En sus ojos negros se concentraba la rabia de alguien a quien se le ha arrebatado algo muy preciado.

—¡Apártate de ella! —gritó el joven cuervo.

El lakota apartó a Brisa sin mucha delicadeza y se puso en pie, encarándolo. No preguntó, no dijo una palabra, únicamente se puso en guardia y miró al recién llegado con los ojos entrecerrados, valorando sus posibilidades.

Era joven, no tendría más de tres puñados de inviernos. Llevaba la cara pintada para la guerra y sus ropas eran apsalookes. No era muy fornido, pero había venido a por Brisa y puede que no estuviese solo. Echó un rápido vistazo a su alrededor y se sorprendió al no ver a nadie más. Tal vez se tratase de una emboscada... de una trampa.

Brisa también se puso en pie y miró al recién llegado en un primer momento confusa. Palideció al reconocerlo.

¡Era su hermano: Sol Radiante!

Abrió la boca para intervenir, pero al echar una mirada a Nube de Fuego se quedó paralizada de terror.

En el rostro masculino se dibujaba una mirada feroz, y de todos los poros de su piel manaba el peligro, podía hasta olerlo. Sol Radiante no tendría la más mínima oportunidad contra

un guerrero tan fuerte y experimentado como él.

—¡Márchate cuervo, si no quieres morir! —masculló el lakota, con la amenaza impregnada en sus palabras y la muerte amenazante en sus ojos negros.

Brisa intentó hablar, pero solo un gemido de terror escapó de su garganta. Ya no había ni rastro de la ternura de la que Nube de Fuego había hecho gala instantes atrás. En esos momentos sus pupilas brillaban con la furia de un bisonte a punto de cargar contra su oponente. Empezó a temblar y se llevó las manos a la garganta. No era capaz de hablar, ni de pensar. ¡Sus pies habían echado raíces! Estaba aterrada, Sol podría resultar herido, u peor aún: muerto. Pero también Nube de Fuego se hallaba en serio peligro. Estaba desarmado y su hermano, a pesar de su juventud, era diestro con el hacha. Y en sus iris, Brisa vio lo que jamás había visto antes: el odio.

—Déjala regresar con su pueblo —exigió Sol—, o de lo contrario serás tú el que morirás, lakota.

Brisa, desesperada, intentaba obligar a sus cuerdas vocales a hablar. No, esos dos hombres no podían luchar. Mucho menos por su causa. Por fin logró dar un paso al frente con la acuciante idea de poner paz, pero todo sucedió tan deprisa que a duras penas logró asimilarlo.

Sin previo aviso, Sol Radiante se lanzó contra Nube de Fuego alzando el hacha, pero el lakota era más corpulento y acusó el golpe de la empuñadura con el antebrazo, haciendo que al apsalooke se le escurriese el arma y cayese sobre la hierba. El joven no se dio por vencido y atacó de nuevo, esta vez con un cuchillo que se sacó del cinto. La hoja brilló a la luz de la luna y en un rápido movimiento hirió a Nube de Fuego en el costado derecho, pero el lakota pareció no notarlo y se abalanzó sobre el apsalooke. Hubo un forcejeo durante el que el joven a punto estuvo de rajarle la garganta, pero en el último instante, Nube de Fuego logró darse la vuelta y colocarse sobre él con todo el peso de su cuerpo.

No fue la intención de Nube de Fuego herir a su oponente. Tan sólo quería reducirlo y llevarlo después ante el consejo, para que ellos decidiesen qué hacer con él, pero la mala suerte hizo que, justo cuando la espalda del joven tocó el suelo, el cuchillo se le resbaló y el peso del lakota hizo el resto.

La hoja se clavó en la carne del muchacho, justo en el corazón.

Brisa en la Pradera palideció al ver como los ojos de Sol Radiante perdían todo su brillo. Se llevó las manos a la cara y soltó un grito mudo. La vida de su hermano se escapaba con la misma rapidez con la que su sangre regaba la pradera. Corrió hacia él y se arrodilló a su lado con el rostro bañado en lágrimas.

—Apártate de él —gritó, empujando a Nube de Fuego, que desconcertado se hizo a un lado.

—¡Sol! ¡Sol Radiante! —Su nombre se mezclaba con los desesperados sollozos de su hermana—. ¡Sol, hermano…! ¡Hermano, háblame!

El muchacho la miró, y de sus ojos brotaron las lágrimas. Intentó sonreír y alzar la mano para sentir el calor del rostro de su hermana, pero no logró llegar a ella. Finalmente, la vida se le escapó en brazos de una desconsolada Brisa, que se derrumbó sobre él, mientras sus gritos de dolor estremecían a todos los habitantes de la pradera.

Nube de Fuego observó la escena sin poder moverse.

¿Su hermano…?

¿Acababa de matar al hermano de Brisa en la Pradera?

Miró su rostro, desencajado, pálido, y sus melillas cubiertas de lágrimas que brotaban de sus ojos verdes, tan hermosos y más luminosos que nunca. Unos ojos que jamás volverían a mirarlo como antes, y que siempre lo recordarían con odio y rencor.

Creyó que su cabeza estallaría de un momento a otro. Notaba un fuerte dolor en el costado y en las sienes. ¿Estaba herido? Bajó la vista al lado derecho de su cuerpo y descubrió que sangraba de forma desmesurada. Se puso la mano sobre la herida y la sangre se le escapó de entre los dedos.

Pero no sentía nada. A él solo le dolía el sufrimiento de Brisa en la Pradera.

Abrió la boca e intentó hablar. Quiso pedirle perdón, explicarle que había sido un accidente, que su intención no era matarlo; que cayó sobre él y el cuchillo se escurrió. Pero fue incapaz. Tan solo pudo ver la mirada de odio que Brisa le dedicó cuando se incorporó del cuerpo

inerte de Sol Radiante.

—Lo has matado —sollozó, con el rostro demudado a causa de la rabia. Su mentón y su pómulo izquierdo estaban regados por la sangre de ese joven muchacho—. ¡Eres una bestia! ¡Has matado a mi hermano!

Nube de Fuego quiso responder, pero no fue capaz. Solo pudo ver como Brisa se ponía en pie, lo miraba con un odio atroz condensado en sus pupilas, justo en el instante en que el viento soplaba con fuerza y alzaba su melena, como una sutil advertencia de que, a partir de ese momento, todo su mundo iba a cambiar.

Y estuvo seguro.

Jamás lo perdonaría, jamás.

Después la vio darse la vuelta y echar a correr hacia la orilla del río, saltar sobre el lomo de su caballo blanco y emprender un desquiciado galope.

Cuando ella desapareció al abrigo de la oscura noche, Nube de Fuego cerró los ojos y perdió la consciencia.

CAPÍTULO 7



Como una estrella fugaz atraviesa el firmamento, Brisa sesgaba la pradera a lomos de Lucero a toda velocidad. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y se secaban antes de abandonar la piel de su rostro, azotado por el viento.

Su corazón se arrastraba por el suelo. Su alma estaba rota en mil pedazos.

El dolor era insoportable, pero su odio era más poderoso que el fuego, que el huracán, que un mar embravecido. Su hermano, la única persona que la había comprendido, con quien había compartido alegres momentos, a quien amaba más que a nada ni a nadie en este mundo, acababa de abandonar la tierra y su espíritu se elevaba raudo, como una flecha hacia el firmamento. Y no había nadie más culpable que ella.

Si hubiese sido más lista, si hubiese escapado antes, si no se hubiese rendido a los besos de Nube de Fuego, su hermano tal vez…

—¡Aggghhhhh! —gritó de frustración, rabia y pena.

¿Cómo había sido capaz de sucumbir ante él? ¡Había dejado que su orgullo se hundiese en el fango! ¿Cómo pudo pensar por un momento que ese hombre, ese demonio lakota, no le haría ningún daño? Acababa de causarle el dolor más terrible e inimaginable. ¡Había matado a su hermano! ¡Le había arrebatado la vida! ¡Era un asesino! ¡Una bestia!

Llegó al poblado de Buen Cantor, y lo que vio la dejó con el corazón en suspenso.

No había nadie allí. Tan solo las cenizas de los hogares en dónde antes habían estado montados los tipis, algunos desperdicios, y varios objetos que habían dejado olvidados o que no se habían querido llevar. Tampoco había ni rastro de la manada de caballos.

Respiró profundamente y dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas descarnadas, porque estaba harta de secárselas. Solo cuando notó la fuerte respiración de su caballo, dejó la rabia a un lado y gimió, atenazada de preocupación. Lo había forzado demasiado.

—Oh, lo siento, Lucero… —Se deslizó por la grupa hasta que sus pies se posaron sobre la hierba. El caballo tenía el pelaje tan húmedo que parecía que acababa de zambullirse en el río. Se colocó junto a él, rodeándole el cuello con los brazos. Lo acarició con ternura, mojándose las palmas con su sudor de olor dulzón, que se entremezcló con sus propias lágrimas saladas. Pasado un tiempo que fue incapaz de contabilizar, el noble caballo empezó a respirar con normalidad, pero su boca seguía expulsando espuma.

—Perdóname, amigo mío —sollozó—, casi te pierdo a ti también.

Las lágrimas la asolaron una vez más, pero esta vez se las secó y más calmada, empezó a caminar por donde antes habían estado los tipis, seguida por su fiel corcel.

Los apsalooke habían recogido el campamento con rapidez, seguramente para sorprender a los lakota con un nuevo ataque, o para evitar otro. Brisa sabía que no hallaría la forma de dar con ellos, al menos a corto plazo. Podría seguir su rastro, pero sus enemigos también lo estarían haciendo, no solo a su pueblo sino también a ella, y era probable que se cruzasen y acabasen capturándola de nuevo.

No, Brisa no estaba dispuesta a regresar con esa maldita gente, porque si veía de nuevo la cara de Nube de Fuego, de seguro se la destrozaría a arañazos, tal y como había hecho su madre. O tal vez haría algo mucho peor.

Tragó saliva y alzó el mentón.

Acababa de tomar una decisión.

Dudó por un momento al entender que no podría decirle a su madre que su hijo había muerto. Pero la duda solo duró lo que sobrevive un suspiro. Sí, sería doloroso, pero los espíritus así lo habían orquestado.

Había llegado el momento de regresar a California.

Volvería con su padre, don Rodrigo Álvarez de Guzmán. Y esperaba que Dios no

quisiera que Nube de Fuego se cruzase en su camino, porque no había verdad más absoluta que, de ser así, haría de su vida un auténtico infierno.



Una luna después.

Nube de Fuego permanecía sentado a la orilla del río con la vista perdida en algún punto de la interminable pradera.

La cálida brisa del final del verano mecía las altas y secas hierbas, que parecían querer burlarse de él murmurando con su danza un nombre que dolía con solo evocarlo. Lanzó una piedra, y acertó a dar justo sobre el reflejo de la luna llena y las suaves ondas la distorsionaron hasta casi diluirla, como si estuviese llorando. Pero momentos después, como si nada hubiese sucedido, volvió a proyectarse en el agua como una osada e invencible soberana.

La Princesa de la Noche gustaba de la ironía.

No se sentía bien, ni había podido mantener la serenidad durante el Consejo de Ancianos que se había celebrado a primera hora de la tarde y que duró hasta bien entrada la noche. Estuvo en el punto de mira de los sabios y Pluma Roja se vio obligado a sortear preguntas incómodas y a hacer promesas que, él lo sabía, debería cumplir en el futuro si deseaba mantener su posición. Y Nube de Fuego era el culpable.

El botín de la pasada luna había sido considerable, y todo un éxito el no haber sufrido ninguna baja. Pero Pluma Roja y él se habían visto en serias dificultades para justificar ante Caballo Negro, el líder espiritual del poblado, el rapto de la hija de Buen Cantor y un asunto más grave aún: la muerte de su otro hijo, Sol Radiante. Pensándolo bien, Caballo Negro se opondría a cualquier acción y decisión de Pluma Roja, pues no solo estaba disgustado con el jefe en funciones por haber rechazado el matrimonio con su hija, Piedra de Río: una carismática joven

de intachable linaje y belleza sin igual, sino por desposarse con una cara blanca: Georgiana.

Pero era el asunto de la muerte del hijo del caudillo de los apsalookes lo que le estaba dando a Caballo Negro la excusa perfecta para degradar aún más la imagen de Pluma Roja. Y eso era algo que a Nube de Fuego le dolía en el corazón. Además se sentía un patán por matar a un muchacho que solo había pretendido proteger a su hermana: una mujer que jamás volvería a mirarlo como lo había hecho justo antes del terrible suceso.

Lanzó otra piedra al río. Esta vez no acertó en el reflejo de la luna y frunció aún más el ceño.

El guerrero era de buena estirpe por la línea materna, no así por parte de padre. Había nacido a consecuencia de la violación de un wasichu[7]. Desde entonces Nieve en la Mañana había perdido por completo la cordura. Su madre jamás confesó quién fue el autor de tal afrenta, pero en el poblado se rumoreaba que él era un iyeska[8]. Aunque Nube de Fuego había heredado los rasgos raciales de su madre y su bisabuela era una personalidad reconocida en el poblado, al guerrero le costó mucho adquirir una posición importante. El motivo era que todos los hombres de su familia murieron durante un ataque de los pownees cuando él contaba con solo tres inviernos y no quedó adulto varón en el hogar de la Anciana Bisonte que los mantuviese. Su hermana, Luciérnaga Brillante y él fueron criados por la bisabuela, y durante su infancia vivieron de la caridad de otras familias, en especial de la de Siete Lunas, la madre de Pluma Roja. No es que las gentes del poblado desatendieran a los huérfanos ni a los ancianos, además, la Anciana Bisonte gozaba de un asiento en el Consejo de Ancianos, lo que le otorgaba gran prestigio y poder de decisión, y jamás pasaron hambre. Pero no había hombre que lo respaldase como guerrero y, por ello, cuando alcanzó la madurez, y tras mucho esfuerzo, logró ganarse el respeto del pueblo gracias a su talento para la caza y después por su éxito en varias incursiones contra los pownees. Tiempo después, tras muchos otros triunfos, logró ser nombrado Jefe de Guerra por Tocando las Nubes, el actual líder de la tribu y padre de Pluma Roja. Les debía mucho.

Y ahora por su causa, el prestigio de la familia que tanto lo había ayudado, estaba en

peligro.

La pícara brisa esta vez acarició su larga cabellera, que bailó unos instantes con ella para después volver a quedarse inmóvil en su espalda. Y sus pensamientos regresaron a la joven apsalooke. Se sentía un villano. No podía dejar de pensar en sus ojos verdes, mirándolo con dolor y rabia. Las cosas podrían haber sido distintas si su hermano no hubiese ido en su busca aquella noche.

Sí, Nube de Fuego había quedado prendado ante la hermosura y el carácter de esa mujer. Las suaves ondas de su melena negra eran un capricho de los espíritus de la belleza, y sus labios del color de las ciruelas invitaban al deseo. Un deseo que aún sentía. Pero sus ojos… Jamás había visto unos ojos semejantes. Verdes, inteligentes y brillantes, como si el universo entero morara en ellos. Al verla por primera vez, Nube de Fuego creyó perder el juicio. No actuó como un hombre responsable, más bien como un animal guiado por impulsos. Esa mujer había logrado sacar a relucir su auténtica naturaleza.

No es que se le considerase un hombre reservado, y tampoco le preocupaba el no ser capaz de disimular esa debilidad. Le traía sin cuidado que los demás repararan en ello y respondía a las burlas con una sana sonrisa.

Pero el altivo comportamiento de esa mujer lo alteraba. Cuando no lo miraba con indiferencia, lo hacía con superioridad, eso si se dignaba a posar sus bellos ojos en él. Era tan bonita como altiva, tan elegante como fría. Y sin embargo, dominaba a su caballo con palabras dulces y suaves gestos, mientras él era incapaz de subir sobre su lomo sin acabar mordiendo el polvo.

Y al final, en aquel único y mágico instante, había logrado conectar con ella, conmoverla, excitarla, casi habían sellado el deseo que ambos sentían.

Pero después había matado a su hermano y ella jamás lo perdonaría. Sus ojos no volverían a mirarlo con pasión, sino que lo odiarían por siempre.

Observó a la manada de caballos que pacía al otro lado del río, en la pradera, y quiso ver el lomo plateado de aquel bellísimo ejemplar. La forma proporcionada de su cuerpo, sus crines

largas y rizadas y su aire esbelto y elegante. Pero ese caballo ya no estaba allí. Brisa en la Pradera ya no estaba allí.

Volvió a lanzar otra piedra al río.

—Deja de pensar con el corazón y empieza a hacerlo con la cabeza.

Nube de Fuego no se sobresaltó. Frunció el entrecejo y soltó un gruñido antes de responder a Pluma Roja.

—Si vienes martirizarme, ya puedes rehacer tus pasos en el regreso.

En otras circunstancias una carcajada de Pluma Roja habría sajado la tranquilidad de la noche. Pero no fue así, ambos estaban hundidos en el fango.

—Vaya, el asunto es más grave de lo que sospechaba… —Se sentó junto a Nube de Fuego y le palmeó el hombro izquierdo—. Aunque si de algo puedo alegrarme es de que tus encantos no dieran el resultado que esperabas. Esa mujer debía permanecer intacta.

Nube de Fuego refunfuñó. Y, como siempre, su boca arrojó las palabras que su mente no pensaba.

—Esa comadreja con ojos de hierba habría sido mía antes de la siguiente luna si el torpe de su hermano no hubiese aparecido para tropezarse y caer sobre su propio cuchillo.

Pluma Roja se cruzó de brazos y no respondió. Conocía a Nube de Fuego y su boca era más ruidosa que peligrosa era su alma. No hablaba en serio, era su coraza la que lo hacía. Jamás habría forzado a una mujer en contra de su voluntad y esa joven era demasiado orgullosa para sucumbir. La muerte de ese muchacho había sido un accidente. Conocía a su kholà, y sabía que no era un asesino, confiaba en su palabra. Pero debía asumir su responsabilidad.

—No ha sido una buena idea provocar la ira de Buen Cantor. Mucho menos en estos momentos.

—No ha sido buena idea para tus planes. —Nube de Fuego utilizó de nuevo la mentira para lamerse las heridas—. Me importa bien poco la ira de ese apsalooke.

Pluma Roja negó con la cabeza.

—Deja de fingir, que ya no viene al caso.

Nube de fuego desvió los ojos hacia él con la firme intención de enviarlo a donde acaban las boñigas de un rebaño de bisontes, pero le bastó ver la expresión de su kholà para saber que ni su boca lograría evitar la tormenta que se avecinaba. Lanzó un suspiro.

—Vaya, sí que es serio el asunto —dijo, en cambio, regresando la vista al rio.

—Claro que lo es —convino Pluma Roja, en un tono entre apenado y severo.

—No puedo devolverle la vida a su hijo. Y ella ha regresado con su pueblo. ¿Qué más quiere de mi ese caudillo? —inquirió, con el tormento asaeteando su alma.

Aunque la pregunta era estúpida. Era obvio que Buen Cantor no se conformaría con otra cosa que no fuese su cabellera. Pero en eso no estaba dispuesto a ceder.

—Te equivocas. No ha regresado.

Nube de Fuego creyó que se le detendría el corazón.

—¿Qué quieres decir? —interrogó y miró a su amigo, sin comprender.

Había estado reponiéndose de sus heridas y no había podido seguir el rastro de esa muchacha. Tampoco lo habían informado de nada durante el Consejo. Tal vez porque no confiaban en él, porque lo consideraban culpable… Pero ¿por eso estaba su kholà ahí?

Pluma Roja suspiró.

—La seguimos.

—Lo acabo de deducir. ¿Por qué me lo ocultasteis?

—No fue así. Estabas herido y…

—¡No me tortures más! —alzó la voz, crispado.

Pluma Roja tardó unos segundos en responder para contener su propio enfado.

—No se dirigió al poblado, sino que se fue al Sur.

El asombro lo inundó.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquirió, estupefacto.

—No lo sabemos. Pero cuando estabas convaleciente, Buen Cantor, preocupado por la ausencia de su hijo, envió a un emisario. No solo está rabioso por su muerte, sino que nos exige que le devolvamos a Brisa en la Pradera, viva. Si no, habrá guerra.

Nube de Fuego miró a Pluma Roja, con intensidad.

—¿Y quieres que vaya a por ella y la traiga de regreso?

Pluma Roja le sostuvo la mirada.

—Es lo justo. Tú creaste el conflicto, y tú lo vas a resolver.

—Te aseguro que si la encuentro no seré amable con ella… —aseguró, con el rostro impasible. Aunque mentía de nuevo porque, si lograba dar con ella, rogaría a los espíritus que lo perdonase.

Pluma Roja rio, lo conocía demasiado bien como para saber que ese comportamiento adusto, arrogante e insufrible, era pura fachada.

—¿Una mujer que ha logrado reblandecer el duro corazón de Nube de Fuego? Sí, definitivamente el asunto es mucho más serio de lo que pensé en un principio.

—El corazón no tiene nada que ver en esto —volvió a mentir el guerrero.

Pluma Roja sonrió.

—Tiene que ver con el orgullo, ¿no es así?

Nube de Fuego se encogió de hombros en un gesto de indiferencia y lanzó otra piedra al río.

—Si quieres verlo así…

Luego tiró dos piedras más y Pluma Roja se lo quedó mirando, pensativo.

—Si sigues lanzando piedras al río podrías cambiar su curso. ¿Estás seguro de que quieres eso?

Nube de Fuego posó los ojos sobre los de su mejor amigo y levantó la ceja izquierda.

—Sabes que iré a por ella y te la traeré. ¿Tienes que regodearte?

CAPÍTULO 8



Al día siguiente Nube de Fuego partió en busca de Brisa en la Pradera.

Los hombres de Pluma Roja le señalaron la dirección que tomó: el Sur. Pero habían transcurrido ya tres puñados de soles[9] y el rastro de la joven se había borrado, por lo que el guerrero debería confiar en los testimonios de las gentes que la hubiesen visto a lo largo del camino, y no todos estarían dispuestos a hablar. Aunque confiaba en que así fuese.

Tras cuatro jornadas de incansable marcha dio con un pequeño grupo de sheilas[10], acampados junto a La Montaña del Resguardo del Oso[11]. Se trataba de una familia de tres puñados de miembros. Dos hombres casados con dos hermanas, un abuelo, y sus hijos, de edades comprendidas entre diecisiete y seis inviernos. Fueron amables con él; eran naciones amigas de los lakota, le dieron resguardo y él cazó para ellos un venado. Pero tal como había esperado no quisieron darle información sobre Brisa en la Pradera. Pero supo de ella gracias al más pequeño de la familia, al que abordó con disimulo mientras abrevaba a su caballo. Le dijo que sus mayores habían visto a una muchacha viajando sola dirección suroeste, sobre un precioso caballo blanco. Al poco tiempo Nube de Fuego se despidió y prosiguió con su camino, pero no podía librarse del desconcierto.

¿Adónde se dirigía esa mujer impetuosa? ¿Y por qué? Los apsalooke, su pueblo, estaban muy lejos de allí. ¿Por qué no había regresado con ellos?

Pluma Roja le explicó que al principio pensaron que se estaba desviando para jugar al despiste, pero no tardaron en sospechar que no era así. Ella había iniciado un viaje de no retorno al suroeste. Y eso, para Nube de Fuego, carecía de toda lógica.

Hasta que recordó la conversación que mantuvo con el pequeño sheila.

—Es una cara blanca. —Le había dicho el niño—. Vestía ropas indias, pero sus ojos eran verdes como las hojas del roble blanco.

Nube de Fuego había sonreído al escuchar de labios del pequeño la descripción de Brisa en la Pradera.

—¿Cómo sabes de qué color eran sus ojos?

—La vi en el río —había respondido, muy serio—. Mis hermanas la descubrieron. Me dejó montar en su caballo, que tenía el nombre de una estrella. Su cara era blanca, los cabellos como caracoles y tenía los ojos llenos de luz.

Frunció el ceño, pensativo, mientras La Montaña del Resguardo del Oso ya no era más que un pequeño punto en la línea del horizonte.

—Una cara blanca… —musitó, comprendiendo al fin—. Georgiana…

Había perdido la oportunidad de hablar con la esposa de Pluma Roja; con seguridad ella le habría dado más información sobre su pueblo de origen. Pero ese niño tenía razón, Brisa era una cara blanca, ella misma lo confirmó ante la anciana Bisonte cuando era una cautiva. ¿Cómo había dicho que se llamaba?

—Bearrtiz —recordó, de súbito. Negó con la cabeza, e intentó pronunciarlo mejor—: Be-a-triz.

En cualquier caso, Nube de Fuego ya empezaba a tener una idea de adónde se dirigía.



Pasaron dos puñados de días más y el lakota continuó recabando información sobre el camino que había tomado Brisa en la Pradera, o Beatriz.

A cada punto estaba más sorprendido por su osadía y destreza. Y también la idea de que su objetivo final fuera regresar con su auténtica familia empezó no solo cobrar sentido sino que empezó a ser indiscutible. Debía reconocer que esa mujer tenía agallas. Viajar sola era peligroso y se sorprendió a sí mismo suspirando de alivio cada vez que alguien le decía que la había visto

con vida. Siempre en dirección suroeste. Siempre sobre un caballo blanco como la luna.

Hasta que una familia *wasichu* le confirmó que la joven se dirigía a San Diego de Alcántara, un pueblo que pertenecía a California. Tierras dominadas desde hacía varias décadas por los *baashchíile*, quienes se hacían llamar a sí mismos españoles.

Eso no le agradó. Se vería en serias dificultades para adentrarse en aquel territorio controlado por los españoles. Nube de Fuego no conocía el idioma, ni sus costumbres, ni siquiera sabía si lo recibirían de forma amistosa. Ya no le resultaría tan sencillo como hasta ahora preguntar por ella una vez llegara a ese pueblo.

Pero la suerte lo bendijo cuando, tras una luna y media de viaje, se adentró en territorio Modoc.

Los Modoc vivían a la orilla del río Perdido y en las riberas del lago Klamath. No eran muchos y estaban en guerra con los shoshone, parientes de los oglala, lo que en un primer momento lo inquietó, pues tal vez no fuera bien recibido.

Por fortuna se equivocó. Le fue difícil comunicarse con ellos, pero a pesar de que hablaban lenguas distintas, había entre naciones un idioma universal, el de los signos, y pudieron confirmarle que no solo seguía viva, sino que había descansado varios días con ellos, y que prosiguió su camino hacia la misión de San Diego cuando ellos giraron al este en busca de caza. Una anciana le explicó que la muchacha buscaba a su padre, aunque no le pudo decir quién era, pues no recordaba su nombre.

Nube de Fuego comprendió que sería difícil, pero cumpliría la promesa dada. Daría con Brisa en la Pradera y la traería de regreso, costase lo que costase.

Pero…

El destino tenía otros planes para él.

Una mañana en la que estaba a menos de dos millas de San Diego, se encontró con un hombre que tenía dificultades para cruzar un río.

Se trataba de un anciano con una yegua y su potro. El segundo se negaba a entrar en el

agua a pesar de que su madre lo hacia sin dificultad con el hombre sobre su lomo. Nube de Fuego observó la escena desde un otero, a unos trescientos pasos de distancia. Ese abuelo estaba loco si pretendía que el potro se metiese en el agua revuelta. Se cruzó de brazos y se dispuso a disfrutar del espectáculo.

Vio como el anciano desmontaba y se acercaba al potro. Tenía buena mano con los caballos, reconoció el guerrero, porque logró convencer al animal, seguramente con algunas semillas. Nube de Fuego sonrió, pero pronto esa sonrisa se fue borrando de su rostro.

Desde el oeste se acercaban dos hombres al galope. Eran caras blancas, *wasichu*, y avanzaban hacia el viejo dando tiros al aire, por lo que el potro echó a correr, espantado. La yegua, encabritada, se alzó de manos, y el hombre tropezó y cayó al suelo.

Nube de Fuego no habría intervenido, las reyertas entre los caras blancas no eran asunto suyo, pero sintió lástima por el abuelo. Siempre odió los abusos hacia el más débil.

—¡Eh, viejo! —gritó el bandido más joven, con un pistolón en la mano—. ¿Quieres que te ayudemos a cruzar el río?

Disparó al cielo y la yegua huyó, espantada.

El anciano lo miró bajo el ala de su ancho sombrero negro, pero no intentó ponerse en pie.

—No tengo dinero. ¡Largaos y dejadme seguir mi camino!

—Pero tienes dos caballos —dijo el otro—. Al potro lo guisaremos, y a la yegua me la quedaré yo.

—¿Y cómo regresaré a San Diego? —exclamó el hombre, esta vez poniéndose en pie.

Los bandidos rieron con ganas.

—¿Regresar? Eso sería una crueldad, los pobres buitres están hambrientos.

El más joven amartilló su pistola, y justo cuando estaba a punto de disparar, se escuchó un siseo. Cuando cayó del caballo con una flecha atravesándole el cuello, su semblante aún expresaba sorpresa.

Nube de Fuego volvió a tensar el arco para disparar al otro hombre, pero no fue lo

bastante rápido, y por poco resulta herido de un disparo, que dio justo en una piedra, a tres codos de distancia de las patas traseras de Humo.

El semental negro se alzó de manos, pero el guerrero logró dominarlo y echó a galopar hacia la izquierda, descendiendo del otero en zigzag. Mientras estuviese en movimiento, sería un blanco menos fácil. Esas armas eran difíciles de cargar, y sus flechas gozaban del impulso del viento que soplaba a su favor.

—¡Indio del demonio! —oyó gritar al cara blanca, con los ojos inyectados en sangre y mirando en su dirección.

Nube de Fuego sonrió. Seguramente fuera un insulto, pero no lo entendió, ni falta que hizo. Porque cuando el bandido volvió grupas para ir en su persecución, el viejo fue más rápido y agarró las riendas de su caballo. Debido al tirón de boca, el animal se revolvió y empezó dar coces con el jinete encima.

Nube de Fuego, al ver la treta del viejo, viró y galopó hacia ellos al tiempo que profería un grito de guerra. Vio como el bandido caía del caballo, también que se le escapaba la pistola de las manos, y que el viejo soltaba las riendas del animal y le daba un golpe en la grupa para espantarlo.

El lakota llegó al fin hasta ellos. Saltó de Humo al galope y se abalanzó contra el agresor. Ambos rodaron por el suelo varios metros y Nube de Fuego acabó sobre su contrincante. Hubo un forcejeo en el que el guerrero tenía las de ganar, pero la mala suerte hizo que la pistola quedase al alcance del cara blanca y solo tuvo que extender el brazo para dar con ella.

Nube de Fuego gritó cuando un doloroso aguijonazo lo hirió.

El viejo, que no había perdido detalle, cogió del suelo el hacha de Nube de Fuego, y se colocó tras el bandido. Lo golpeó en la nuca y lo dejó inconsciente. Luego le quitó el arma, cargó la pólvora y le disparó en la cabeza.

—Eh, muchacho, ¿estás bien? —preguntó, aproximándose a él, después de escupir el tabaco que había estado mascando.

Nube de Fuego yacía boca arriba, con los párpados apretados. El disparo le había rozado

el muslo izquierdo, casi a la altura de la rodilla, un poco más certero y habría pedido la pierna. A duras penas era capaz de moverse, el dolor era insoportable y empezaba a perder mucha sangre.

El viejo se agachó, y se sacó un cuchillo de la bota. Justo en ese momento, Nube de Fuego abrió los ojos y agarró al viejo por la muñeca.

—Tranquilo, muchacho. Solo voy a hacerte un torniquete, pero antes necesito rajarte los pantalones para ver el estado de la herida—. El tono de voz del viejo era tranquilizador, pero lo que hizo a continuación no lo fue tanto.

Le rasgó los pantalones un palmo más arriba de la herida. La sangre brotaba de forma demasiado abundante para ser una buena señal.

—Oye, chico —dijo el hombre, mientras se sacaba el cinturón y le estrangulaba la pierna con él—, ¿de qué tribu eres?

El viejo no esperaba respuestas, sabía que ese indio que parecía venir de muy lejos no hablaba su idioma; tan solo intentaba distraerlo del dolor.

Nube de Fuego no respondió. Hablar no habría servido de mucho, pero el viejo siguió haciéndolo y su voz lo calmaba. Empezaban a cerrársele los ojos.

—Eh, muchacho —llamó el cara blanca. Le golpeó varias veces en la cara para despejarlo. Cuando Nube de Fuego parpadeó y fijó de nuevo la vista en él, el viejo sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta—. ¡Por la virgen María y San José! —exclamó—. Sí que te ha hecho un buen desastre el malnacido… No te preocupes, que esto tiene arreglo, o eso me parece a mí. —El hombre sonreía, hacía chanzas, y Nube de Fuego no perdía detalle.

Tendría unos setenta inviernos, pero muy bien llevados. Los ojos azules y pelo blanco que le cubría la parte inferior de la cara. Era ágil, corpulento, y sus cabellos, nevados por el paso del tiempo, los llevaba largos y atados a la nuca con una cinta. Sus ropas no eran muy vistosas, pero las telas hablaban de abrigo y ligereza.

—Oye. ¡Oye! —Nube de Fuego abrió los ojos de nuevo ante la voz del viejo. Cada vez le costaba más mantenerlos abiertos—. Mi nombre es Diego de la Cruz y te debo la vida, muchacho, así que no dejaré que te me vayas al otro mundo. Quédate. ¿Entendido? Debo

compensarte.



Dos lunas y media antes de que el destino hiciera que don Diego de la Cruz se encontrara con Nube de Fuego, Brisa observaba la entrada de la Hacienda Esmeralda, que se encontraba a las afueras de San Diego de Alcántara, sin poder evitar que un estremecimiento le recorriera el cuerpo de arriba abajo.

Altos muros de piedra teñida de blanco, en contraste con la tierra roja y seca, se alzaban ante ella como si quisiesen advertirla de que estaba a punto de cruzar el umbral a otro mundo, donde ya nada volvería a ser igual. De igual forma, la enorme puerta de madera maciza, cerrada a cal y canto, la hizo sentirse pequeña e insignificante.

Lucero relinchó junto a ella y, como si comprendiese sus temores, apoyó con suavidad el morro sobre su hombro izquierdo para darle calor y consuelo. Brisa alzó la mano y se lo acarició, agradecida de tenerlo consigo.

—Así es, querido amigo. Tras un largo viaje, ya hemos llegado a nuestro destino. Gracias por tu compañía.

Por muchos muros que parecieran insalvables, estaba decidida. Ella era Beatriz Álvarez de Guzmán, y ese era su sitio. Un lugar que conocía, que había soñado desde que llegó con los apsalooke, y al que siempre deseó regresar. Alzó el mentón, orgullosa.

No obstante, el cielo no pareció estar de acuerdo pues, de súbito, un enorme aguacero se abatió sobre ella y su fiel caballo, como si los cielos la advirtiesen de algo.

Echó a correr y se acercó a la puerta para resguardarse de la lluvia, bajo un pequeño porche con tejas de color rojo. Lucero se pegó ella, protegiéndola con su cuerpo, pero al golpear sin querer la puerta con la grupa, esta se movió, haciendo sonar las bisagras.

Brisa frunció el ceño, sorprendida. Apoyó las manos en la tosca madera, y empujó. La

gran puerta se abrió como si estuviese dándole la bienvenida.

CAPÍTULO 9



—¡Santa María! ¡Cómo ha empezado a tronar de repente! —exclamó Carmen, posando las suaves manos en el pecho de Adrián para empujarlo y apartarlo de su abrazo. Luego estiró el cuello de cisne y echó un vistazo por la ventana con una sonrisa en los labios.

Adrián Lobo la mantuvo asida por la cintura y la miró sin poder evitar el brillo de pasión en sus ojos grises. Estaba muriendo en vida.

Pero ella lo sabía. Sabía que los besos que acababan de compartir eran mucho más que un simple acto de deseo para ese hombre. El Lobo de Hacienda Esmeralda, como todos en San Diego llamaban al huérfano mestizo convertido en capataz, la amaba. Se lo revelaban sus ojos, sus labios, sus caricias. También sabía que él necesitaba mucho más que eso. Lo había notado en el enorme bulto de sus pantalones que, de forma muy inapropiada, Carmen se había atrevido a acariciar. Adoraba los suspiros de ese hombre, la forma en que todos los músculos de su cuerpo se tensaban cuando ella rozaba esa parte de su anatomía. Era algo que le encantaría descubrir sin ropas de por medio y ¿por qué no? sentirlo dentro de ella, piel con piel. Pero como la señorita que era, recién cumplidos los dieciocho, debía guardar su virtud para su futuro esposo. Y ese hombre no sería Adrián Lobo. Una lástima.

Dejo caer las pestañas en un gesto de coquetería. Disfrutaba martirizando a ese hombre tan hermoso e... inadecuado. Precisamente el que fuese inadecuado le resultaba aún más excitante. Pero, ¿a quién le amarga un dulce? Besarlo, y dejarse tocar los pechos por encima del camisón era un pecado venial. Nada que no pudiese solucionarse con tres avemarías, un

padrenuestro y una salve.

—Debería ir a ver a los caballos —dijo él, soltándola y regresando a la compostura.

—Eso, ve —respondió Carmen con fingida indiferencia, mientras se acariciaba la larga melena dorada que descansaba sobre su hombro izquierdo. Odiaba tener que separarse de él, pero una dama de su clase jamás mostraría sus auténticos sentimientos. Mucho menos ante un hombre como ese—. Asegúrate de que Estrella está bien. Le asustan los truenos y no me gustaría que perdiese el potro, así que vigílala toda la noche, sin descanso.

—Por supuesto, doña Álvarez de Guzmán.

—Con doña Carmen es suficiente —replicó, altanera. Hizo un gesto como si espantase a una mosca, sin mirarlo y emitió un suspiro de estudiada indiferencia. Lo miró y al verlo con la vista fija en ella se obligó a ordenar, antes de ceder otra vez a las ganas de besarlo—: ¡Anda vete ya! —instó, en un tono agudo. Se alisó el fino camisón y caminó hasta su tocador. Se rozó los labios frente al espejo y posó las palmas de las manos sobre las sonrosadas mejillas—. Y piensa en mí.

Él se sonrojó, Carmen pudo verlo a través del espejo, lo que provocó en ella una sonrisa tan musical como la campanilla que hizo sonar instantes después, para espanto de Adrián, que aún no había salido de su alcoba. La dama sonrió con malicia al ver cómo se abrochaba con rapidez los botones de su camisa. Sabía que él se sentiría avergonzado cuando la criada lo descubriese en su habitación, pero adoraba su rostro cuando se ponía del color de las fresas, y esa tonta no abriría el pico si en algo valoraba su lugar en aquella casa.

—¡Emilia! —llamó, impaciente, y su doncella no se hizo esperar. Entró en la alcoba y al cruzarse con el capataz, le lanzó una mirada de reproche cuando él, tras un breve saludo, abandonó la estancia.

—Oh, doña Carmen —gimió, como alma en pena—, me preocupa su osadía. Son las doce de la noche y…

—¿Te he pedido consejo, Emilia? —inquirió la dama, con la voz cargada de veneno, mirándola a través del espejo y alzando la ceja izquierda. Emilia bajó la vista.

—No, doña.

—¿Y volverás a hacerlo?

—Claro que no, doña.

—Pues cierra el pico y tráeme una copa de jerez.

—Pero doña Carmen…

Carmen achicó los ojos. Luego se dio la vuelta y caminó hasta Emilia mientras su fino camisón flotaba tras sus pasos. Cuando estuvo frente a ella, la miró de forma tan intensa que la doncella volvió a clavar la vista en el suelo y empezó a temblar como una hoja, esperando un bofetón que, por fortuna, no llegó.

—¿Es que tienes algo más que decir? —dijo, en voz baja, como si fuera tonta.

—Que lo siento doña Carmen, y le suplico que me perdone.

—Bien, ¿y qué más? —preguntó, acariciándose con lentitud el rubio cabello.

—De inmediato le traeré lo que me pide.

—Pues no tardes, o te castigaré a permanecer en pie toda la noche frente a mi puerta con la Biblia más pesada que encuentre sobre tu cabeza, para que aprendas buenos modales.

—Sí, doña Carmen.

Cuando Emilia se hubo marchado, Carmen se dejó caer sobre el sillón, junto al cristal de la ventana, salpicado por las enormes gotas de lluvia que caían sin cesar. Tomó aire y resopló de forma muy poco elegante.

Odiaba el maldito día en que desaparecieron “las Beatrices”. La ponía de mal humor porque su padre se encerraba en su despacho y bebía hasta caer inconsciente.

Después de que los malditos indios se llevaran a su primera esposa y a su primogénita, hacía ya quince años, su padre removió cielo y tierra para encontrarlas. Pero, por suerte para Carmen, esos esfuerzos fueron en vano, y tres años después, don Rodrigo se desposó con su madre, la dulce hija de un noble, Lucía De La Fuente. La pobre falleció en el parto y desde entonces, era su hija, doña Carmen Álvarez de Guzmán, la reina indiscutible de Hacienda Esmeralda. Y seguiría siéndolo, porque con total seguridad, esas dos arpías ya debían estar

muertas y enterradas.

Alguien llamó a la puerta, sacando a Carmen de sus pensamientos. Puso la espalda recta y se recolocó el cabello. Aunque fuera la estúpida de Emilia, una señorita debía guardar siempre las formas.

—Adelante.

En efecto, era su criada la que entró con una bandeja de plata y sobre ella, una copa de Jerez. Doña Carmen se puso en pie y caminó hasta ella, cogió la copa y con un gesto de indiferencia la despidió. Cuando Emilia se hubo marchado, alzó la copa en brindis.

—¡Por las Beatrices desaparecidas! —brindó, mirando hacia la ventana, como cada siete de septiembre.

Adrián entró en las caballerizas con los nervios a flor de piel y el corazón dividido. Sabía que tenía que acabar con el juego peligroso en el que doña Carmen lo había metido, por salud y decencia.

Sí, debía hacerlo y lo antes posible, pero su corazón gritaba lo contrario. No podía culparla únicamente a ella; era injusto. Él también era responsable. La señorita lo buscaba, pero él no ponía empeño ninguno en no rendirse a sus encantos. Lo seducía, lo martirizaba y luego lo ignoraba para después partirle el corazón con su frialdad. Pasados unos días lo mandaba a llamar de nuevo, y le susurraba al oído palabras excitantes con su dulce y delicada voz.

Adrián era incapaz de resistirse. Carmen solo tenía que posar su mirada azul sobre él y... Acudía, como un perrillo faldero a sus pies, suplicando amor. Se besaban, se tocaban… Y ella lo rechazaba otra vez para, a continuación, burlarse de sus sentimientos.

Aquella noche había ido a verla, una vez más había acudido a su llamada. ¿Y para qué? Carmen se había acercado a él, con sus ojos azules cargados de deseo y con la barbilla en alto como lo que era: la reina indiscutible de su corazón, y le había exigido un beso.

¿Cómo negarse?

Adrián había obedecido como un esclavo ante la orden de su amo. La besó, y rozó el cielo con los dedos. Pero solo lo rozó. Sabía que jamás alcanzaría ese firmamento. En un principio solo fue un roce de labios. Después, las lenguas danzaron y su calor, su piel, su dulce aliento lo volvieron loco. Sus gemidos y esas manos delicadas y al mismo tiempo exigentes, rozando lugares que jamás había tocado ninguna otra mujer con tanta pasión.

No era tonto, sabía que Carmen estaba jugando con él, que no lo amaba. Que tan solo disfrutaba con la emoción de los encuentros en secreto, de las deliciosas caricias, del palpitar del corazón desbocado y del excitante temor a ser descubiertos.

Ella solo buscaba emociones fuertes, él…

Él estaba enamorado.

Se había enamorado de un imposible…

Carmen era la hija de don Rodrigo, uno de los hacendados más importantes de San Diego de Alcántara, y pariente del virrey de España. Adrián, tan solo un mestizo huérfano, cuya única posesión era el viejo sombrero de un padre desconocido, la manta de su madre, una prostituta india que murió tras darle a luz, y su don con los caballos. Gracias a esto último había logrado ser el capataz de Hacienda Esmeralda.

Era tan poca cosa que ni siquiera le estaba permitido mirar a doña Carmen a los ojos.

Pero aquella noche…

Casi había perdido el control.

Adrián negó con la cabeza y se detuvo frente a la cuadra de Estrella. La dulce yegua embarazada lo saludó con un relincho y él la acarició en el morro. Un trueno resonó y las paredes de los establos reflejaron la luz azul del rayo. Varios caballos resoplaron, nerviosos, y patearon el suelo con los cascos, pero ninguno se desbocó. Él estaba ahí, como cada noche de tormenta, sin necesidad de que Carmen se lo hubiese ordenado. Los animales eran los únicos que calmaban su ansiedad y curaban su corazón roto.

—Ay, Adrián… —se dijo—, olvídala de una vez…

Mientras caminaba bajo la lluvia por el camino embarrado que conducía a la casa grande de Hacienda Esmeralda, Brisa maldecía el terrible dolor de cabeza que le apretaba en la frente. Le dolía tanto que estaba segura de que, de un momento a otro, sus piernas cederían y caería desmayada.

Lucero avanzaba a su lado, casi pegado a ella, siempre protector. Se repetía que era una imprudente, y lo había sido desde que tomó la decisión de partir hacia California en busca de su padre. Pero no se arrepentía. Jamás lo hacía.

Brisa en la Pradera siempre miraba hacia delante, jamás daba un paso atrás. Y si había consecuencias, las enfrentaba con valentía y aceptación.

A medida que avanzaba, su mente iba atando cabos. Había partido de aquel lugar siendo una niña, junto a su madre Beatriz, para ir a la misión de San Diego, no muy lejos de allí. Viajaban en un carruaje cuando fueron interceptadas por unos indios aterradores, que las secuestraron. Brisa no recordaba demasiado bien lo sucedido, tan solo tenía siete años, y fue algo tan traumático que lo había borrado de su memoria. Solo cuando llegaron a la tribu de Buen Cantor, meses después, y tras un largo viaje, se empezó a sentir segura.

Y a medida que crecía iba recordando pequeños retazos de su anterior vida, en parte porque su madre, Beatriz, se la recordaba de forma constante. También le enseñó a leer y a escribir, y a no olvidar el idioma español, ni sus canciones.

Pero fue en ese momento, al ir adentrándose poco a poco en Hacienda Esmeralda, cuando algunos recuerdos puntuales acudieron a su mente.

El camino rodeado de vid que conducía a la casona principal, donde una vez una gata parió cinco gatitos, uno de cada color. El jardín de los naranjos y su dulce aroma a azahar. Si cerraba los ojos podía escuchar el sonido de las abejas polinizadoras durante la primavera, y el suave murmullo de la fuente que presidía el patio principal, donde se mojaba los pies en los

meses de estío.

Las altas columnas que rodeaban el atrio ahora se le antojaban más pequeñas, y los balcones de madera con sus tejadillos rojos… Esa gigantesca enredadera no estaba antes allí. ¿O sí? Negó con la cabeza. Tal vez el fuerte dolor que sentía en la sien la estuviera confundiendo.

Un relámpago iluminó la enorme fachada del edificio colonial, y el trueno que lo siguió instantes después hizo que Lucero se alzase de manos.

—¡Sooo! Calma, amigo… —susurró, intentando retenerlo con voz tranquilizadora. Pero el noble caballo no la escuchó, y echó a galopar hacia la izquierda.

Brisa se apresuró a seguirlo.

Adrián estaba echado sobre la paja con los ojos cerrados y con las manos tras la nuca, cuando escuchó el estruendo de un galope afuera de las caballerizas. En un primer momento creyó que eran imaginaciones suyas, pero aguzó el oído y pronto el golpeteo de cascos se escuchó más cercano. Se incorporó con rapidez cuando un caballo blanco irrumpió en el pasillo de los establos con los ojos desorbitados. No tardaron los animales estabulados en saludar al recién llegado con suaves relinchos.

—Pero, ¿qué…? —masculló, estupefacto. Adrián parpadeó, confuso, y luego se frotó los ojos. Habría reconocido al instante a ese caballo si lo hubiese visto antes. ¡Era espectacular! Un español de pura raza, tordo y atruchado, de línea barroca. Enorme, de huesos anchos y poderosa grupa y, aunque tenía un ligero defecto en el cuello, eso no lo hacía menos bello, al contrario, le daba un aspecto distinto y especial.

De inmediato se puso en pie y se acercó a él, cauteloso. El animal se había detenido, pero estaba nervioso por la tormenta y pateaba el suelo con sus cascos cada vez que se escuchaba un trueno.

—¡Soooo! ¡Soooo! —Alzó las manos con lentitud para no asustarlo y le palmeó el cuello, tenso como las cuerdas de un arpa—. ¿De donde has salido, bonito? ¿Y qué haces aquí? —dijo, cuando logró calmarlo.

Lucero resopló y se dejó rascar en la frente, algo más tranquilo bajo el toque de ese joven.

Adrián continuó agasajándolo, y de repente se le secó la boca al ver, tras el espléndido animal, a una joven india.

—¿Quién eres tú? —inquirió, con el ceño fruncido. Si no fuera por el aspecto de indefensión de la muchacha, podría haber pensado en una treta de los comanches.

Aguardó su respuesta, pero ella de momento calló. Estaba empapada, con el pelo pegado en la cara y en sus ropas. Vestía un chaleco con flecos y debajo un vestido largo con una cinta de cuero rodeando su estrecha cintura. Unos mocasines en los pies y una bolsa a la espalda.

—Me llamo Beatriz —dijo al fin, en un hilo de voz—. Y ese caballo es mío.

Beatriz. Me llamo Beatriz. Ese caballo es mío.

Brisa empezaba a creer que todo era un sueño. Su mente se empeñaba en dar la orden para hablar, pero sus cuerdas vocales parecían no estar dispuestas a producir sonido alguno. Sintió que se mareaba cuando vio a ese hombre avanzar hacia ella.

¿Debía huir? Tal vez… Pero sus piernas no querían moverse.

—Me llamo Beatr… —musitó de nuevo, antes de desmayarse.

CAPÍTULO 10



—Oiga… ¡Oiga! —Adrián palmeaba la mejilla de la joven con delicadeza, pero al mismo tiempo con decisión—. Vuelva en sí, señorita.

El capataz de Hacienda Esmeralda permanecía arrodillado en el suelo de paja con la cabeza de la joven apoyada en su regazo. Por fortuna, había logrado sostenerla a tiempo antes de que cayese al suelo, evitando que se golpeara.

No era una india. Sus rasgos eran españoles, sin lugar a dudas. Piel blanca, labios gruesos en forma de corazón, rostro ovalado. Era bonita, realmente bonita.

¿Beatriz? ¿Eso había dicho? ¿O habría sido su imaginación?

—Por todos los santos, no es posible —gimió, al recordar el día que era. Siete de septiembre.

El hecho de que se llamase Beatriz y apareciese allí, vestida como una india…

Ya pensaría en cómo informar al patrón, pero en ese momento era imperativo hacerla volver en sí. Tiritaba, sus labios empezaban a tornarse azules y sin embargo su cuerpo estaba caliente. Le colocó el dorso de la mano en la frente y notó que ardía.

Preocupado, miró en derredor hasta que su vista acabó posándose en su lecho de paja. No se lo pensó dos veces. Se puso en pie con ella en brazos, y la colocó en el catre. Pero pronto vio que era mala idea acostarla con las ropas empapadas y…

—¡Oh, demonios…!

El caballo recién llegado pareció protestar con un relincho ante su osadía, pero Adrián no le prestó atención.

—Señorita… —llamó, indeciso. Beatriz, había dicho que se llamaba Beatriz—. ¿Beatriz?

Ella despegó los párpados y descubrió sus ojos, tan verdes como las esmeraldas. Adrián quedó aturdido. La joven los volvió a cerrar, y Adrián insistió.

—¡Oiga! ¡Señorita, despierte…!

—Mi padre —balbuceó Beatriz, intentando incorporarse—. He venid…

—No hable, pero mantenga los ojos abiertos, ¿quiere? —rogó. Posó las puntas de los dedos sobre esos labios ya de color violeta—. Debo librarla de esas ropas mojadas o podría enfriarse.

Ella arrugó el entrecejo y gimió. Intentó revolverse, pero a penas le quedaban fuerzas para resistirse.

—Le prometo que no la miraré. Se lo prometo, Beatriz —aseguró, respetuoso.

Ella volvió a gemir como única respuesta.

Adrián cumplió su promesa. No miró. O al menos no lo hizo en lugares que pudieran comprometerla. Le quitó el chaleco, luego le desató el cinturón y le quitó el vestido por la cabeza. Al instante la cubrió con una manta y después le quitó los mocasines.

Dios santo, sus pies estaban helados… Era imperativo que entrara en calor, así que se acostó a su lado. Suspiró y se arropó junto a ella con la manta.

Afuera se había desatado un diluvio. Las gruesas gotas y el viento golpeaban el tejado de los establos, como si de un momento a otro fueran a agujerearlo. Era una locura intentar salvar la distancia que los separaba de la casona principal, donde podría dar aviso al patrón y a María, la ama de llaves. Pero tenía que hacerlo. María calentaría botellines de agua para mantenerla en calor y don Rodrigo debía ser informado de inmediato. Esperó unos segundos para que ella pudiera mantener el calor de su cuerpo bajo las frazadas.

—Señorita —habló con dulzura, acariciándole la mejilla—, aguarde y no se mueva. Voy a ir a por ayuda.

Adrián se levantó, volvió a taparla, y le echó un vistazo antes de salir de las caballerizas. Tras comprobar que estaba dormida, cruzó la puerta y corrió como alma que lleva el diablo hasta la casona.

Entró en la cocina, pero María no estaba. Eran pasadas las dos de la madrugada y todos dormían. Suspiró, frustrado, y se llevó las manos a la cabeza para apartarse el pelo mojado.

No había tiempo, debía preparar él mismo el agua caliente y verterla en los botellines. Empezó a rebuscar por la alacena y dio con una cazuela. Por fortuna, la lumbre seguía encendida. Llenó la marmita de agua y la colocó sobre el fuego. Cuando iba a por las botellas, el patrón entró en la cocina en busca de una nueva botella de vino, como solía hacer cada siete de septiembre.

—¡Adrián! —exclamó, sorprendido. Lo miró de arriba abajo, y al ver que estaba empapado, entrecerró los ojos, suspicaz.—. ¿Está todo bien? ¿Estrella…? —inquirió, al pensar en la yegua preñada. Las noches de tormenta no eran bien recibidas por los caballos.

La pregunta era lógica, pues Adrián no solía entrar en la casa principal, mucho menos a esas horas.

Don Rodrigo era un hombre que inspiraba temor, pero era juicioso y casi siempre comprensivo y justo. Casi siempre, pues cuando entraba en cólera podía llegar a ser muy despiadado. Era alto, con las sienes aún sin trazos blancos y, en su madurez, bien parecido. Esos ojos verdes y de expresión dura eran exactamente del mismo tono que…

—Señor —dijo Adrián, negando con la cabeza ante la descabellada idea que estaba pasándole por la cabeza—. Por favor, acompáñeme a los establos.

A pesar de saberse a salvo en aquel lugar seco y cálido, Brisa detestaba la sensación de sentirse sin fuerzas, de no valerse por sí misma. Se acurrucó con la manta, entre la paja, y agradeció estar a solas en un lugar seguro para poder entrar poco a poco en calor. Pero cada vez que estallaba un trueno su cabeza parecía romperse.

No dejaba de lamentarse por lo imprudente que había sido al presentarse de aquella forma en la hacienda de su padre.

Tal vez ya la hubiese olvidado. Tal vez…

En esos momentos, don Rodrigo entró en los establos seguido de su capataz. Observó a su alrededor, inquieto. Quería asegurarse de que sus caballos estaban bien. Después de un rápido vistazo, sus ojos cayeron sobre el catre.

—¿Qué significa esto, Adrián? —inquirió el patrón, con voz grave, al ver que en allí descansaba alguien cubierto con una manta.

—Yo…—intentó responder Adrián, con el rostro como la grana. No había hecho nada malo, pero ahora ante el patrón se sentía cohibido.

Don Rodrigo frunció el ceño, severo. No iba a permitir comportamientos licenciosos en su hacienda.

—¿Quién demonios es? —insistió, acercándose al estrecho lecho.

Adrián suspiró y se apresuró a contestar.

—Es una joven que...

—¿Y este caballo? —lo interrumpió don Rodrigo, una vez más, al reparar en Lucero, muy cerca del jergón de paja

El espléndido animal pacía con tranquilidad, ajeno a todo lo que no fuese su amiga, que en esos momentos parecía estar a salvo.

—Lo trajo ella —informó Adrián, señalando el bulto bajo las frazadas.

—¿Quién es ella? —interrogó don Rodrigo, impaciente—. ¡Descúbrela! —ordenó, dispuesto a echar a quien fuese de su hacienda, a pesar de la lluvia. Su casa no era un lupanar.

Adrián se acercó a la joven y comprobó que aún temblaba como una hoja. Tendría que haber traído las botellas de agua caliente, pero la impaciencia de su patrón no se lo permitió.

—Señorita —llamó, con voz suave. Le descubrió el rostro y luego miró a don Rodrigo—. Tiene fiebre, debe entrar en calor o de lo contrario… —intentó explicar, pero no pudo pronunciar una palabra más. Don Rodrigo lucía el rostro demudado; jamás había visto antes en él una expresión semejante. Adrián frunció el ceño, confuso. El patrón pareciera que estuviese viendo a un fantasma. Y tal vez fuera así.

Don Rodrigo se acercó con lentitud a la joven convaleciente. Se agachó a su lado y le

apartó el pelo del rostro con suavidad. Ya no había rastro en él de enfado o ultraje.

Adrián, por su parte, no podía creer lo que estaba viendo. Su señor era un hombre duro, hacía gala de un corazón de piedra y en aquellos instantes de sus párpados manaban, abundantes, las lágrimas.

—Beatriz —dijo, don Rodrigo—. Oh, mi amada Beatriz, has regresado…

CAPÍTULO 11



San Diego de Alcántara, California

Cinco años después

—Oh, señorita. ¡Mire! —exclamó Lorena, señalando los dulces que más le gustaban a su señora en uno de los puestos cercanos—. ¿No quiere uno? Lucen tan deliciosos…

Beatriz Álvarez de Guzmán sonrió a su dama de compañía, se detuvo en el puesto de pasteles que una encantadora señora preparaba con mucho esmero, y compró uno.

—Anda, cómetelo, golosa —invitó, sonriente. Se lo ofreció a Lorena, que lo miró con apetito y asombro. De inmediato se sonrojó, y tras tomar el dulce de manos de su señora, la miró con culpa.

—¿Y usted, señorita?

Beatriz desplegó el abanico con donaire, se refrescó el rostro para evitar que el bochorno reinante le humedeciera la piel, y continuó andando.

—No, gracias. No pienso echar a perder mi figura por un placer tan efímero, y más estando tan cerca la fecha de mi cumpleaños, donde pienso lucir la más bella de San Diego de Alcántara.

Lorena miró su dulce con un arrepentimiento que poco le duró, pues no tardó en hacer buena cuenta de él.

—De seguro la señorita Carmen se pondrá muy celosa —comentó Lorena a la

declaración de su señora, con la boca llena—. Puedo asegurar, porque me lo ha contado la pobre Emilia, que también está llevando una rigurosa dieta para tan esperado evento, pero que cuando este acabe, se inflará a comer bollos.

Beatriz se sonrió, con suficiencia.

—No hay persona más envidiosa en este pueblo que mi hermana —afirmó, ufana.

Sonrió con malicia al pensar en Carmen. Esa arpía había dejado de ser la malcriada de don Rodrigo, su padre, para pasar a ser la segundona, y Dios sabía que no le perdonaba haber aparecido de nuevo después de tantos años. Pero si por Beatriz fuese, que reventase de celos y rabia. Le resoplaba en las orejas lo que hiciera esa resentida.

Desde que llegó a Hacienda Esmeralda, la actitud de su hermana fue de inmediato de rechazo y rencor, y continuó de mal en peor. Aunque al principio, tras el retorno de Beatriz actuó con cautela, incluso fue amable con ella en alguna ocasión, hasta que al poco tiempo no pudo más y descubrió ante ella la cara oscura tras su bello rostro. Carmen resultó ser una persona egoísta, ególatra, y acostumbrada a que todos cumpliesen su voluntad, pero pronto se dio cuenta de que Beatriz era un hueso duro de roer. Si en un principio su relación fue distante pero cordial, tras cinco años ya eran enemigas declaradas. Su padre, aparentemente ajeno a esa hostilidad, agasajaba a la hija pródiga mientras que Carmen pensaba que había sido relegada a un segundo plano.

Y eso era algo que ese demonio con rostro angelical no podía soportar.

Beatriz pensó en su padre y sonrió con afecto. Se llevó una grata sorpresa al comprender, nada más despertar, que no la había olvidado. Le había demostrado en más de una ocasión que la quería y que se enorgullecía de ella. Aún recordaba cómo la cuidó nada más llegar a la hacienda aquella noche de tormenta en la que Adrián, el capataz, la había resguardado en los establos. Había despertado al día siguiente en una bella habitación, y descubrió a su padre junto a ella, dormitando en un sillón. Su corazón se ensanchó al recordar ese momento. Habían pasado ya cinco años desde entonces y su nueva vida le resultaba apasionante.

—Beatriz, hija, ¿eres tú? —Le había dicho don Rodrigo cuando ella despertó.

Brisa lo había contemplado con asombro al hallarlo a su lado, y como si de un velo se tratara su memoria recuperó el tiempo y la distancia, y las facciones de su progenitor se mostraron ante ella como en su niñez. Conmovida y emocionada había intentado una sonrisa, pero no fue capaz de esbozarla.

Él se había acercado al lecho de inmediato y la había tomado de la mano, preocupado.

—No hables, querida. No digas nada. Descansa —pidió, con la voz impregnada de dulzura y cariño.

Un cariño que Beatriz sentía y vivía cada día que pasaba a su lado. Sonrió al recordar el ansiado reencuentro.

Días después de su llegada, cuando ya se había recuperado, su padre le había confesado que en un primer momento la había confundido con su madre. Y no le extrañó: era cierto que su parecido resultaba increíble. Y lo pudo corroborar al ver un retrato de su madre cuando tenía su misma edad. Eran como dos gotas de agua.

—Señorita —llamó su dama de compañía, sacándola de sus recuerdos—, ¿qué le sugiere esta horquilla?

Beatriz se interesó, atraída por el alegre colorido del objeto, y se acercó al tenderete, donde una mujer regordeta sonreía pensando que acababa de asegurarse una buena venta. Pero ella al ver el gesto se encogió de hombros, mostrando indiferencia.

—Demasiado simple —alegó, y miró hacia el otro lado de la mesa de exposición, donde vio unos encajes que sí fueron de su agrado.

—¿Cuánto por este encaje? —preguntó a la tendera, señalándolo con la mirada.

—Dos reales, mi señora.

—Humm…

Al ver la expresión contrariada de Beatriz, la tendera se puso nerviosa.

—Un real —rebajó, servicial—, y puede llevarse también la horquilla —ofreció, mientras movía los dedos hacia ella con nerviosismo.

Al percibir el cambio de actitud de la vendedora por un momento Beatriz se preguntó si su comportamiento se asemejaba al de su hermana Carmen, pero le vino a la memoria que esa misma mujer la había timado, nada más llegar a San Diego, con un anillo de plata que resulto no ser de tal material. Entonces sonrió, segura. Luego miró a su doncella, que pagó y guardó las compras en el bolso que acarreaba.

Siguió caminando, feliz y sin ninguna preocupación, y cerró los ojos para disfrutar del sol en el rostro.

El pueblo era maravilloso los días de feria. Le encantaba el bullicio, los olores de los puestos de comida, los gritos de los niños correteando y jugando con los perros callejeros. No muy lejos, la molinera regalaba gatitos, que jugaban dentro de un cestillo. Se acercó y cogió uno en brazos. El dulce cachorrillo blanco y negro le regaló unos ronroneos que provocaron en Beatriz una carcajada musical.

—Oh, eres tan adorable… Pero no te puedo llevar conmigo, ya tenemos demasiados gatos en Hacienda Esmeralda —comentó, con lástima. Entonces le ofreció a la mujer el real que se había ahorrado con la horquilla, y se lo tendió—. Por favor, asegúrese de que van a parar a un hogar donde los quieran mucho. Mientras tanto, que coman bien y crezcan sanos.

—Por supuesto, doña Beatriz —dijo la esposa del molinero, y se guardó la moneda en el bolsillo.

Tras devolver al adorable gatito a la cesta, siguió disfrutando del paseo. Lorena se acercó más a su señora y le susurró al oído:

—Ha dejado a doña Encarnación más feliz que una perdiz. Espero que cumpla su palabra y entregue esos gatitos a personas responsables.

—Lo hará, si quiere que Hacienda Esmeralda siga comprándole la harina a su esposo Eustaquio —respondió Beatriz lo bastante alto como para que doña Encarnación la oyese bien.

Ambas doblaron una esquina y se encaminaron a la plaza principal.

Aquel día se celebraba la feria equina más importante de la comarca, donde gentes de las villas aledañas exponían los más bellos ejemplares, para venderlos, o para cubrir a las yeguas por un precio a veces más elevado que justo.

A Brisa le encantaban los caballos, en especial los de raza española. En su opinión todos eran maravillosos, pero su corazón solo pertenecía a uno: su fiel amigo Lucero, que la había acompañado en su viaje y que en esos momentos disfrutaba de los más cómodos establos y del mejor heno de todo San Diego de Alcántara.

Buscó entre las indicaciones a los diferentes eventos, y al fin divisó la exhibición ecuestre. Amplió la sonrisa.

—Lorena, fíjate qué yeguas tan espléndidas —indicó con entusiasmo al llegar junto a la cerca. Se alzó la falda del vestido y apuró el paso. Pero en sus prisas por llegar no miró bien dónde ponía los pies y justo antes de llegar a su destino, se tropezó con un adoquín. Sus rápidos reflejos adquiridos en su vida al aire libre no le sirvieron de nada con el miriñaque, el abanico y la sombrilla, que solo coartaban su libertad de movimientos, y no pudo evitar perder el equilibrio. Cuando estaba a punto de caer al suelo cerró los ojos, esperando un golpe que al final no se produjo.

Alguien la sostuvo en brazos, quedando Beatriz suspendida en el aire, a escasos centímetros del suelo.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —preguntó una profunda voz masculina, cultivada, en un perfecto español.

Al oírla, Beatriz tragó saliva y se estremeció de vergüenza. ¡Oh, virgen santa! ¿cómo

podía ser tan torpe? Con todo, despegó los párpados con lentitud y cuando los abrió del todo se topó con unos iris negros como un abismo, tan profundo que sintió vértigo por un momento.

—¡Oh! —exclamó, ante la mirada preocupada del hombre que la sostenía en volandas. Su rostro se tornó del color de las granadas. Se removió, avergonzada, y él se apresuró a depositarla en el suelo. Sin atreverse a mirar de nuevo a ese hombre a los ojos, Beatriz se alisó la falda del vestido, pero con el gesto se le cayó un guante, y el caballero se agachó a recogerlo. Se puso en pie de nuevo, y la miró con ardiente fijeza. Beatriz, que no había podido evitar coser la mirada a esa oscura intensidad, se sonrojó aún más.

—Gra… gracias —logró decir, abrumada. Y regresó la vista al suelo. ¡Maldición! ¿Por qué se comportaba de forma tan apocada?

No estaba en su naturaleza avergonzarse ante un hombre, por muy caballero y apuesto que fuera. Santo cielo, ella era una dama de la alta sociedad, una mujer altiva, que miraba a todos desde su privilegiada posición. Pero la mirada de ese hombre era tan penetrante que tenía la capacidad de cortarle la respiración. De reojo lo vio ladear la cabeza y curvar las comisuras de los labios, demasiado sensuales para su tranquilidad de espíritu. Ella tragó saliva y desplegó el abanico para ocultar la mitad del rostro, como si el simple objeto fuese un poderoso escudo que pudiera protegerla de ese hombre.

—¿Seguro que se encuentra bien, señorita? —insistió el caballero, entre divertido y preocupado por la cándida reacción de la muchacha.

—S… sí —balbució, nerviosa. En un alarde de dignidad, continuó—: De nuevo, gracias. —¿Por qué seguía azorada? No era propio de ella. Tal vez fuera por la apostura del galán. ¿O habían sido sus ojos, que la miraban con un brillo peculiar?

En ese momento Lorena entró en escena, interrumpiendo los pensamientos de su señora y haciendo también que su corazón regresase a la normalidad.

—¡Señorita Beatriz! ¿Está usted bien? —preguntó, preocupada.

Beatriz asomó los ojos tras el abanico y le dedicó a Lorena una sonrisa tranquilizadora y agradecida que la muchacha no pudo apreciar.

—Sí, Lorena, no te apures, no ha sido nada—respondió. Miró de nuevo al caballero y casi se quedó muda otra vez—. Mu… muchas gracias —musitó, plegando el abanico sin darse cuenta.

Era alto, tanto como una montaña. Y fornido. Iba elegantemente vestido con un traje de fino brocado, camisa blanca y un exquisito pañuelo de seda granate anudado al cuello. Su mandíbula era cuadrada y sus labios de un grueso perfecto y exquisito. El pelo era sedoso, liso y negro como una noche sin luna y aunque largo, le sobrepasaría los hombros si no lo llevase atado con una cinta a la nuca.

Pero…

Algo le resultaba demasiado familiar.

¿Lo había visto antes? Esa piel bronceada y esos ojos tan negros... ¿Acaso lo conocía? No recordaba haberlo visto antes por el pueblo, de ser así, lo recordaría sin ninguna duda. Ese hombre tenía una presencia y una apostura difíciles de pasar por alto. No obstante, ese rostro le resultaba tan…

—Señorita —interrumpió Lorena las elucubraciones de Beatriz, nerviosa, al ver a su dama actuar de esa forma tan peculiar, pues no conocía al caballero. Había presenciado el percance a lo lejos, y resultaba del todo inapropiado que su señora hablase con él—, debemos irnos.

—Oh, sí —reaccionó Beatriz—. Debemos marchar. Caballero, de nuevo le agradezco su ayuda.

El hombre inclinó la cabeza, protocolario. Luego achicó los ojos y la vio darse la vuelta con premura para después desaparecer entre el gentío. Acarició el guante que aún mantenía entre

las manos y su mirada se tornó anhelante.

Ella no lo había reconocido. Y eso le dolió más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Don Diego —sonó una voz tras él, y se dio la vuelta, recuperando la compostura. A un caballero se le suponía un carácter regio, cabal, con toda la audacia de un indio salvaje y toda su pasión, pero atemperada. Un temperamento que casi no había logrado dominar al toparse con esa mujer.

—Carlos. —pronunció Diego, al reconocer a su interlocutor, y sonrió sin demasiado entusiasmo.

Carlos Velázquez no solo era un buen amigo, era también el capataz del rancho De La Cruz. Un hombre muy joven, que no contaría con más de veinte años, pero inteligente y muy trabajador, que gozaba de toda la confianza de su señor.

—Tenemos problemas, patrón.

—¿Los indios? —preguntó don Diego, al instante alerta, frunciendo el ceño, y cerrando el puño sobre el guante de Beatriz en un gesto inconsciente.

Carlos asintió, muy serio.

—¿Qué hacemos? ¿Enviamos a nuestros hombres a su campamento? Debemos acabar con esto don Diego, o su padre entrará en cólera.

Don Diego de la Cruz suspiró. Luego se metió el guante en el bolsillo.

—Yo me ocupo —afirmó, con determinación. Empezó a andar, pero a los pocos segundos volteó el rostro, clavó la mirada hacia donde se había marchado la señorita Álvarez de Guzmán y, una vez más, su corazón se desbocó.



Horas después Beatriz descansaba, apoyada en la pared del balcón de su habitación, que daba al patio principal de la casona.

Un galán de noche trepaba por el muro y sus flores diminutas desprendían un aroma exquisito. La luna, llena como los quesos que preparaba María, lucía espléndida aquella noche. No había nube que manchara el cielo de basalto y millones de estrellas brillaban, intentando restarle protagonismo a la Princesa de la Noche.

Nostálgica, se preguntó si su madre las estaría mirando en esos momentos. Sonrió con tristeza y deseó que así fuera. A menudo su corazón lloraba de añoranza. La echaba mucho en falta. Su madre había sido su gran amiga, su apoyo, todo. ¿Sabría de la muerte de su hermano?

Al pensar en Sol Radiante sus ojos se empañaron, como siempre que pensaba en él. El vacío que sentía ante la muerte de su hermano le desgarraba el alma. Y al instante siguiente el corazón se le llenó de amargura. Apretó los párpados y movió la cabeza de un lado a otro, con energía. No podía permitir que el odio la embargase. Esa emoción transformaba a las personas, las debilitaba, les restaba luz. Pero su dilema era terrible, porque ni una sola noche había dejado de pensar en lo que sucedió aquel fatídico día, en el que su hermano perdió la vida a manos de ese maldito lakota.

Un hombre que a pesar de todo invadía sus sueños, llenándolos de…

No.

No podía tratarse de deseo, se dijo, por millonésima vez.

No sabía de qué se trataba, pero era algo tan fuerte, una sensación tan intensa, que solo podía achacarla al resentimiento.

Aunque…

Ella había respondido a sus caricias, a su abrazo, había correspondido a sus besos, compartido la calidez de su lengua. Y después…

Después ese lakota había acabado con la vida de su hermano.

Oh, eso la martirizaba. No podía perdonarse. ¡Había besado y deseado al hombre que había asesinado a su hermano!

Se apartó del balcón y, sin poder soportar más sus emociones, entró en la alcoba. Dejó abierto el gran ventanal para que la brisa le trajera junto a su frescor, el dulce aroma de la

enredadera. Sopló la llama de la lámpara de aceite que había sobre la mesilla de noche y se quedó a oscuras, tendida sobre el lecho.

Cerró los ojos, pero Nube de Fuego asaltó de nuevo sus pensamientos. Esos ojos negros como el carbón, escrutándola.

De súbito, recordó la mirada del hombre del mercado y su corazón empezó a latir con rapidez.

Ese hombre…

Recordó su gallardía, lo apuesto y lo caballeroso que le había parecido. También había atisbado el fuego en su mirada, tan parecida a la de…

¡Qué extraño! ¿Podían dos hombres tan distintos contener la misma ardiente pasión en sus pupilas? ¿O es que en realidad…?

—No, no puede ser —negó la idea que se le acaba de ocurrir, en el silencio de la habitación, en un murmullo—. Es imposible.

Tenía que ser la mente que le estaba jugando de nuevo una mala pasada, confundiéndola. Lo mejor sería intentar dormir.

CAPÍTULO 12



Beatriz acercó los dedos a sus cabellos recogidos, pero no llegó a tocarlos. Volteó el rostro, estiró más el cuello y no convencida con la imagen que proyectaba su imagen en el espejo, hizo un mohín. Frunció el ceño y se aplicó un toque de carmín en los labios, los unió, quedó satisfecha con el color y se pellizcó las mejillas. Cuando al fin su propio reflejo la agradó, entonces sí sonrió y se alejó del tocador para apreciar mejor el precioso vestido que su padre le había regalado para lucir aquella noche, en la celebración de su veintisiete cumpleaños.

Giró sobre sí misma siguiendo con los ojos su propio rostro, con el largo cuello estirado y alta la barbilla, en un grácil y elegante molinete, digno del baile de un cisne.

Sí, valoró convencida, era precioso. El color claro con delicados bordados verde oliva en mangas y encajes, ensalzaban sus cabellos, de tono violáceo. Y los pendientes de esmeraldas hacían juego con sus ojos. El escote era cuadrado, enmarcando los pechos, cubierto el canalillo con un fino pañuelo de seda blanca. Las mangas francesas se ajustaban a los antebrazos y unos delicados volantes de tela y encaje se abrían en los codos. Tomó aire, pero no fue capaz de inflar los pulmones pues el corsé se lo impidió.

—Luce preciosa, señorita Beatriz —afirmó Lorena, orgullosa de su señora. Pero al verla algo pálida, se inquietó—. ¿No desea que le afloje el corsé?

Beatriz frunció el ceño y miró a la joven doncella. Su dama de compañía la observaba maravillada, aunque algo preocupada por su comodidad.

—En absoluto —replicó—. Alguien dijo que para lucir bella es necesario sufrir.

Regresó la vista hacia el espejo y sonrió al ver la voluminosa falda, bajo la que se

escondía un amplio miriñaque.

—Estos arcos metálicos sí me son incómodos, más incluso que el corsé. Pero ensalzan el vestido, y le dan el volumen perfecto. Así es como deseo lucir esta noche: admirable.

—Me alegra que lo aprecies, querida.

Fue su padre, don Rodrigo Álvarez de Guzmán, quién habló bajo el marco de la puerta.

—Don Rodrigo —musitó Lorena, haciendo una reverencia al hombre, que continuaba parado junto a la puerta, observando a su hija. La dama de compañía clavó la mirada en las baldosas de cerámica con motivos florales y se hizo a un lado, esperando a que su patrón entrase en la alcoba.

Don Rodrigo caminó hasta Beatriz con el orgullo impregnado en el rostro. Su hija lo recibió con una sonrisa radiante.

—Puedes irte, Lorena —ordenó Beatriz, a lo que ella se apresuró a obedecer—. Y gracias —añadió, sonriente—, has hecho un excelente trabajo.

Lorena le dedicó una tímida sonrisa cargada de satisfacción, y abandonó la estancia.

—Si estuviésemos en España, despertarías las envidias de las damas de la corte —afirmó don Rodrigo, con vanidosa admiración—. Luces como una reina, Beatriz.

Ella se sintió halagada y su rostro se iluminó.

—Gracias por el cumplido, padre.

Don Rodrigo la miró con orgullo, y con un deje de nostalgia.

—Eres la viva imagen de tu madre —afirmó. Le ofreció el brazo a su hija. La impresionante semejanza con su madre era algo que seguía sorprendiéndolo cuando contemplaba a Beatriz— ¿Vamos?

—Vamos —convino, con alegría.

Mientras Beatriz descendía la enorme escalinata de mármol hacia el patio español del brazo de don Rodrigo. Recordó, con algo de culpa que no le había contado el destino de su madre. Por el contrario, le había dicho que estaba muerta. Su madre era feliz junto a Buen Cantor y, leal a su progenitora, no iba delatar su paradero. Pero ese pensamiento se diluyó con rapidez al

ver las atónitas y extasiadas expresiones de los asistentes. Presuntuosa, amplió la sonrisa, dirigida en especial a sus enemigas.

Asistía al evento la flor y nata de San Diego y, tal y como había sucedido con los apsalookes, su altivez solo le había creado enemistades al llegar a California. O eso pensaba Beatriz cada vez que veía a Carmen, su medio hermana, cuatro años menor que ella. Era una beldad rubia, de ojos azules y exquisita elegancia, pero todo lo que tenía de bella lo tenía de taimada, egoísta y ruin. Iba acompañada de sus tres inseparables amigas, las hermanas Ruiz: Laura y Antonia, quienes desplegaron los labios en señal de sorpresa y admiración, mientras Carmen alzaba la ceja izquierda tras su abanico para ocultar un mohín de envidia. O eso creyó Beatriz al pasar por su lado, cuando su padre, don Rodrigo, la dejó con ellas para apresurarse a saludar al alcalde.

—Carmen —saludó Beatriz, sonriendo como si el sol iluminara de lleno su cara, y luego miró a sus amigas, una a una—. Hermanas Ruiz.

—Oh, Beatriz, luces preciosa. —Antonia, la más joven y menos agraciada, calló de repente tras sufrir en el costado el codazo de su hermana Laura, de la misma edad que Carmen y su mejor amiga.

—Tú también estás muy bella, Antonia —devolvió el cumplido, sincera. En realidad le caía bien. Si no fuera porque siempre seguía a su hermana y a Carmen, estaba segura de que podrían ser amigas.

—¡Oh! —exclamó, Carmen, cerrando el abanico para mostrar su bello rostro, bañado por el sarcasmo más cruel—. ¿No crees que estás siendo condescendiente, hermana? —La palabra «hermana» la dijo con sorna, y deteniéndose en cada sílaba—. Todos sabemos que Antonia no es la más bella, y que tú te burles asegurando lo que no es… Dice mucho de tu salvaje educación.

Beatriz frunció el ceño. Esa arpía era incluso capaz de humillar ante todos a una de sus amigas con tal de ganar una batalla dialéctica. También sacaba a relucir su poca inteligencia. Aparte de taimada, era estúpida. Pues una amiga era el más valioso de los tesoros, y debía ser tratada como tal.

—Te equivocas, Carmen —alegó, adelantando la barbilla, altanera—, de todas vosotras, Antonia es la más bonita y dulce. Y la única que tiene corazón —afirmó, contundente. Antonia sonrió con timidez a Beatriz, quien no pasó por alto ese gesto—. Y ahora, si me disculpáis, tengo que ir a saludar al resto de invitados.

Beatriz se alejó de ellas, buscó a su padre con la mirada y vio que estaba hablando con el alcalde. Don Rodrigo le hizo una señal para que se acercase a saludar y Beatriz se preparó para la siguiente batalla: Lucía Reverte era otra enemiga con la que lidiar.

—Felicidades, Beatriz —felicitó la esposa del alcalde. Una mujer que trataba de esconder con una gran sonrisa toda la inquina que sentía hacia ella por haber sido criada por los indios.

—Gracias, doña Lucía —respondió Beatriz con una sonrisa no menos amplia.

—Don Rodrigo, mi enhorabuena. Su hija es una divinidad —halagó el alcalde, ajeno a la enemistad de ambas mujeres—. Recuerdo a su madre y son como dos gotas de agua.

En el rostro de Don Rodrigo apareció un deje de dolor. Aunque solo Beatriz se percató, pues sabía el sentir de su padre.

—Sus palabras me halagan, señor Reverte —se apresuró a responder, Beatriz—. Espero que disfrute de la celebración —dijo, dispuesta a despedirse.

Pero la señora del alcalde no había quedado satisfecha, y se dispuso a expulsar su veneno.

—Estás ya en edad casadera, Beatriz —repuso, dejando ver la malicia en el brillo de sus ojos—. Veintisiete años son demasiados para estar soltera, y si no te apuras, podrías quedar para vestir santos. ¿Cómo es que don Diego de la Cruz no ha sido invitado? Es un hacendado muy importante, pues su rancho linda con vuestras tierras. Sería un buen partido, ¿no te parece?

Beatriz no podía creer que esa mujer mostrara de forma tan abierta su desfachatez. Se decía de don Diego de la Cruz hijo, que era un hombre infame, huraño y malcarado, una auténtica bestia que no se dejaba ver en público. Para peor, era el hijo del mayor enemigo de su padre.

En cualquier caso, ese hacendado era todo un misterio. Al parecer, apareció de la nada tras el accidente que sufrió el viejo, al cual no se le conocía descendencia. El rancho De la Cruz

era uno de los más extensos de San Diego de Alcántara y se dedicaban a la cría de caballos. Tenían los más bellos ejemplares de la región, pero se decía también que las tierras estaban muy descuidadas. Y otro de los motivos por los que Diego de la Cruz hijo, no gozaba del beneplácito de la sociedad, era ser un mestizo.

Las malas lenguas decían que el hacendado tuvo una relación con una india y el niño había sido criado por los salvajes hasta que el viejo estuvo impedido para cuidar de su propia hacienda, y que por eso lo había mandado llamar años después.

Y de ahí el malicioso comentario de Lucía Reverte, que no había tenido otra intención que humillarla.

Pero solo humillaba quien podía hacerlo.

Beatriz sabía muy bien cómo defenderse. Empezó a dibujar una espléndida sonrisa, desplegó los labios para responder, pero don Rodrigo se adelantó con la elegancia que lo caracterizaba.

—¡Doña Lucía! —exclamó, irónico—. ¿Hace tan poco que la he recuperado y ya me la queréis casar? ¿Y con don Diego, ni más ni menos?

—Cierto, cierto —añadió el alcalde azorado, pues era conocedor de la enorme enemistad entre los vecinos—. Querida Lucía, deja que la joven disfrute de su soltería y al padre de su recién recuperada hija.

Beatriz sonrió, cínica. Valoraba la buena intención del alcalde, pero no estaba en su naturaleza el darle a una arpía como doña Lucía motivos para la satisfacción. Así que contraatacó:

—Le agradezco la sugerencia, doña Lucía. No obstante, como bien dice mi amado padre, prefiero quedarme para vestir santos. —Hizo una dramática pausa, y añadió, con malicia—: Y aunque no conozco a don Diego de la Cruz, podría ser un buen partido para quien estuviese interesada. Por lo que dicen de él, parece ser un hombre valiente, fuerte, e intrépido. Algo innato en los indios salvajes.

La última frase dejó pálidos a sus interlocutores. Pero fue doña Lucía la que no pudo

evitar replicar.

—¡Dios bendito! ¡Otro mestizo, como ese de ahí! —Doña Lucía parecía estar a punto de caer desmayada cuando señaló con la mirada al capataz de Hacienda Esmeralda.

Adrián Lobo acababa de entrar en el patio.

Don Diego miró a la esposa del alcalde, fingiendo estar sorprendido.

—No es novedad que una hacienda de prestigio goce de los servicios de un capataz criollo. De hecho, son los mejores para tratar con los animales.

Beatriz casi puso los ojos en blanco, menos mal que doña Lucía acaparó toda la atención de su padre.

—No lo dudo, pero…

El alcalde cogió del brazo a su esposa para recriminarle su comportamiento. No es que fuese muy amigo de los indios, pero don Diego era el hombre más rico de la región, y molestarlo no era prudente.

—Querida... —empezó a decir, cuando Beatriz lo interrumpió.

—Deseo que sepa, señora, que la persona de Adrián Lobo es del todo bienvenida en mi fiesta de cumpleaños —alegó sonriendo con dureza al alcalde—. De hecho, si me disculpan, debo ir a saludarlo.

Tras dedicarle una mirada a su padre, quién asintió con aprobación, Beatriz se apresuró a ir al encuentro de Adrián.

El joven aguardaba, apoyado en una columna, incómodo. Vestía con un traje sencillo, pero su porte y elegancia inspiraban grandeza. Llevaba el pelo largo atado con una cinta y un sombrero negro le ocultaba medio rostro. En la bota lucía una brizna de hinojo.

No apartaba los ojos de Carmen, que en aquellos instantes coqueteaba con un empresario norteamericano, bastante mayor que ella. De vez en cuando le echaba una mirada a Adrián, y él sentía que se le rompía el corazón por momentos.

—La vas a gastar con la mirada —dijo Beatriz, cuando llegó hasta él.

Adrián arrugó el entrecejo bajo el ala del sombrero, pero siguió mirando a Carmen.

—Ojalá se dignase a mirarme.

—Se comporta así a propósito.

—Lo sé. Pero, ¿qué hace con Newton? —se quejó, inquieto—. Tiene una fama terrible con las mujeres.

—Adrián, ten cuidado —aconsejó Beatriz, preocupada.

—Cuidado… —repitió Adrián, resignado. Y sonrió, irónico—. Hace tiempo que dejé de tener cuidado, Beatriz. Lo único que puedo tener es…

—Adrián —interrumpió Beatriz, con la advertencia que precede a la preocupación—. Carmen es una bruja que te llevará por el camino de la amargura si se lo permites.

Adrián necesitaba cambiar de tema, así que posó los ojos en el rostro de Beatriz, se tocó el ala del sombrero a modo de reverencia, y le dedicó a su patrona una bonita pero, a la vez, triste sonrisa.

—Feliz cumpleaños —deseó, sincero.

Ella le devolvió una sonrisa cariñosa.

—Gracias, Adrián.

Él se llevó la mano a la espalda, y siguió mirándola con fijeza.

—Me habría gustado regalarte algo más valioso, pero solo he encontrado esto en el jardín —. Le tendió una rosa roja, galante, que Beatriz tomó con agradecimiento.

—Pues es el regalo más sincero que he recibido hoy —admitió, cogiendo el tallo de la flor. Cuando vio de reojo la mirada que le lanzaba Carmen al recibir de Adrián tan íntimo obsequio, Beatriz amplió la sonrisa—. ¡Oh! Y acabo de recibir un segundo obsequio. ¿Sería muy mala persona si confieso que me gusta más que el primero?

Adrián volvió la vista hacia Carmen y cerró los ojos, buscando una paciencia que hacía años que habría perdido si no la amase con locura.

—Esa mujer va a matarme, Beatriz —declaró, dejando ver de nuevo la pena en sus ojos grises.

La dama asintió, convencida.

—Lo hará, Adrián, si no dejas de mirarla con los ojos del deseo. ¿No ves que no es para ti?

—Sé que no tengo un buen linaje que ofrecerle, mucho menos riquezas, pero te ruego que no me lo recuerdes. Ya es demasiado aterrador pensar que el día menos pensado la casarán, y me obligarán a conducir el carruaje que la lleve al altar.

Beatriz lo miró con ternura y lástima. Pero acto seguido lo cogió del brazo y lo instó a dar un paseo por el jardín. Cuando estuvieron un poco alejados del bullicio, se detuvo y lo encaró.

—No me refería a eso, y lo sabes.

—¿Perdón?

—A tu linaje, o a tu escasa economía.

—Oh, no seas absurda. Es tan obvio que no hace falta ni que lo menciones.

Beatriz suspiró, molesta por su falta de seguridad en sí mismo o en su valía.

—Adrián, Carmen es una delicia, pero su belleza es como la de una serpiente de cascabel. El brillo que se refleja en sus escamas es tan hipnótico como letal. No te hará ningún bien si sigues viéndote con ella.

Él suspiró, derrotado.

—¿Crees que no lo sé?

—Por supuesto que lo sabes.

Adrián miró a Beatriz, con desesperada fijeza.

—Tal vez no pueda deshacerme de su embrujo.

—O tal vez no quieras —replicó Beatriz, sin dar su brazo a torcer. No iba a rendirse con él ni iba a darlo por perdido—, pero de poder, puedes.

—Oh, Beatriz… ¿Por qué eres tan severa conmigo?

—¿Porque te quiero bien?

Adrián la contempló, emocionado. Le agradecía su amistad, y su sinceridad, pero también sabía que estaba demasiado enamorado como para hacerle caso. Y como no se podía luchar

contra los elementos, decidió dar por zanjado el asunto.

—No puedo, Beatriz. Aunque mi mente grite lo contrario, ni mi corazón ni mi carne están dispuestos a evitarla.

—Está bien, como quieras. No voy a convencerte, así que si quieres lanzarte por ese precipicio, hazlo. Pero no lo hagas hoy, estropearías mi fiesta de cumpleaños.

Beatriz le había dicho eso arrugando la nariz en un gesto que pretendía ser el de una niña malcriada y egoísta. Actitud muy alejada de la realidad, pues él la conocía bien y sabía que bajo su altiva apariencia se escondía una persona buena y generosa. Adrián sonrió y le apretó el brazo con cariño.

—De acuerdo. No hablemos más de Carmen —convino, empezando a caminar hacia la fuente.

Por el camino se encontraron con una pareja de inversores llegados de Boston, los Hamilton, a los que Beatriz saludó con una inclinación de cabeza y siguió su camino del brazo del apuesto y al mismo tiempo inadecuado capataz.

—Reconozco que disfruto haciéndola rabiar. Ella se niega a mostrar afecto hacia ti y te vapulea a la vista de todos, pero se muere de celos al vernos juntos.

Adrián puso los ojos en blanco.

—He dicho que no hablemos más de ella.

—Fíjate, está ahí, escondida tras los arbustos, y hay tanto fuego en su mirada…

—¡Beatriz! —se quejó Adrián, pero no pudo evitar mirar por si era cierto, o bromeaba.

La joven soltó una carcajada.

—Siempre caes en la trampa.

El joven frunció los labios, herido.

—A veces hallo cierto parecido en vosotras.

—¡Adrián! —clamó, Beatriz, ofendida. Alzó el mentón—. Carmen no es como yo, ni mucho menos. No sabe ni montar a caballo. Diría que no sabe hacer absolutamente nada, a parte de escupir veneno y conspirar.

El capataz aprovechó el comentario para aconsejar, recordando un comentario escuchado con anterioridad.

—Por cierto, mañana no deberías salir a cabalgar.

Ella lo miró, preocupada.

—¿Por qué? ¿Aún no se ha recuperado Lucero del golpe en el corvejón?

—Por favor, Beatriz, lo revisas a diario y sabes mejor que yo que tu corcel está recuperado por completo.

—No puedo evitar preocuparme. Es mi mejor amigo, mi príncipe. El único galán, a parte de ti, que estoy dispuesta a tolerar y admirar.

Adrián sonrió ante el cumplido.

—Tenías razón —sonrió—. El cambio de dieta le ha venido bien, pero no es un animal al que le agrade permanecer estabulado.

Beatriz resopló.

—¿Y a quién le agrada eso? Incluyo yo estoy deseando que acabe esta fiesta para poder salir a cabalgar mañana. Adoro los vestidos, las joyas y las atenciones de hombres apuestos como tú, pero sólo durante un rato. Me gusta mucho más sentir el viento golpeándome el rostro durante una carrera al galope.

Adrián sonrió. Ahí estaba la auténtica Beatriz, la que él admiraba.

—Eres la única española que conozco que monta como una india.

—Y tú eres el único por estos lares que me supera.

—Yo tengo sangre india. Lo tuyo tiene más mérito.

Beatriz miró a Adrián, a la vez que le daba con el puño cerrado un golpe amistoso en el hombro.

—¿Por qué te has enamorado de mi hermana y no de mi?

Beatriz notó la tensión en el brazo de Adrián. Entonces, miró en la dirección que lo hacían sus ojos y descubrió a Carmen, avanzando hacia ellos con los puños cerrados. Si hubiese sido posible, habría soltado humo por las orejas.

—¡Qué ternura! —señaló, rezumando veneno en cada sílaba, con una cínica sonrisa—. ¿Cuándo tenéis pensado celebrar el matrimonio? Adrián, ¿ya has pedido la mano de Beatriz a nuestro padre? Seguro que estaría encantado.

Beatriz resopló y sonrió, satisfecha, asiendo con más fuerza el brazo de Adrián.

—Carmen, no es lo que parece…—empezó a decir el capataz, pero al ver el brillo de celos en sus iris del color del cielo, enmudeció.

Beatriz se obligó a reconocer que su hermana era hermosa como un ángel, pero su interior era el de un diablo. Jugaba con ese hombre como lo hace un gato con un ratón antes de comérselo.

—Oh, sí es lo que parece, Carmen. Pero dime, ¿acaso es de tu incumbencia?

Los ojos de Carmen parecieron arder en llamas ante la provocación de Beatriz. Adrián negó con la cabeza.

—En absoluto —mintió la arpía—. Pero os han visto todos pasear a solas en el jardín. Oh, la hija de un hacendado del brazo de… ¿un don nadie? Por desgracia eres mi hermana, así que sí, me incumbe tu mala reputación.

Beatriz achicó los ojos.

—¿Quién te crees que eres?

—Aunque no la comparto, comprendo tu forma de pensar. Al fin y al cabo, has vivido como una salvaje toda tu vida. Pero ya llevas cinco años en el mundo civilizado y deberías saber que tu comportamiento no es adecuado. Y tú —se dirigió a Adrián, con dureza—. Deberías saber también cuál es tu lugar, y es en los establos, recogiendo las boñigas de mis caballos.

Adrián miró a Carmen con el dolor impreso en el rostro, hecho que enfureció a Beatriz, quien tomó aire para dominar las ganas de escupirle a la cara.

—Lamento decirte esto Carmen, porque creo que Adrián es el mejor partido que hay en esta fiesta, pero no te mereces la admiración y el respeto que siente hacia ti.

Mucho menos mereces su adoración, pensó, pero eso no se lo dijo. Habría sido demasiado para el orgullo del capataz.

Sin embargo, había dicho suficiente, porque Carmen sonrió como una loba saciada al ver la expresión herida de su amante. Beatriz había expuesto sus sentimientos y él no se lo iba a perdonar con facilidad.

Y así fue.

Adrián le apartó el brazo a Beatriz.

—Si me disculpáis, debo marchar al que es mi lugar.

Tras un breve saludo se fue, dejándolas solas.

—Eres cruel, Carmen —le reprochó Beatriz, enfadada.

—Y tú una usurpadora. Y no descansaré hasta que te hayas marchado de esta casa —aseguró, en un tono cargado de veneno—. Pero pronto lo harás, puedes creerme.

Dicho esto, Carmen se sacó un sobre del bolsillo y se lo ofreció a su hermana. Sonriente, vio como Beatriz se sorprendía al leer el remitente.

—¿De dónde lo has sacado? —musitó, sorprendida, con el sobre entre las manos.

Carmen se encogió de hombros.

—Lo acaba de traer un emisario del Rancho de la Cruz. Al parecer, tienes otro pretendiente —sonrió, malévola—. Dios los cría y ellos se juntan.

Dicho esto se marchó, airada. Solo cuando Beatriz quedó a solas abrió el sobre y descubrió el guante que perdió días atrás en el mercado.

Entonces, los ojos negros de ese caballero español aparecieron en su mente, y junto a ellos, un fuerte estremecimiento que estuvo a punto de provocar que se le doblaran las rodillas.

El hombre que la había sostenido entre sus brazos en el mercado era, ni más ni menos, que don Diego de la Cruz.

CAPÍTULO 13



Esa misma madrugada, en el Rancho de la Cruz.

Diego se dejó caer en el sillón de su despacho con una taza humeante de café recién hecho entre las manos.

La aurora lamía ya el cielo, dándole un tono granate que pronto se transformaría en azul celeste a medida que el sol ascendiera. El enorme ventanal que daba al exterior estaba abierto y las finas cortinas, mecidas por un suave viento, casi le rozaban el rostro. Esa misma brisa acariciaba las vastas tierras del Rancho de la Cruz, donde pacían sus caballos, a quienes en breve iría a revisar, uno a uno, como hacía cada día desde que había llegado a San Diego de Alcántara.

Cinco años habían pasado ya, pero seguía añorando las interminables llanuras de su tierra, y también la brisa que hacía bailar las altas hierbas de la pradera. Los cielos interminables y su largo horizonte. En aquel lugar se hacía llamar Nube de Fuego pero, ¿qué quedaba de ese hombre? Diego era una persona distinta, más templada, pero también triste, con seguridad por la derrota y la culpa.

Las tierras del Rancho de la Cruz eran hermosas, pero de una belleza distinta. Tenían una extensión de diez mil acres, el doble que su vecina la Hacienda Esmeralda.

No comprendía aún la forma de interpretar las escrituras que su padre adoptivo le había intentado explicar hasta la saciedad. Había aprendido el idioma y las costumbres españolas con relativa fluidez, pero los números y las letras se le resistían; no era algo que estuviese en su naturaleza. Era una extraña medicina[12] dibujar las palabras, los espacios y las cantidades sobre

una superficie plana, y le costaba interpretarlas en un mapa, o con símbolos en un papel.

Según las costumbres y creencias lakota, la tierra era un regalo de los hijos y no una herencia de los padres. El hombre le pertenecía a ella y no ella al hombre. Cualquier otra idea era complicada de entender para él, en especial la de representar toda su grandeza en un papel.

No obstante, cumpliría la palabra dada a don Diego, su padre. Ayudaría al hombre al que salvó, cinco años atrás, de morir asesinado por unos malhechores. Ese hombre había resultado ser don Diego De La Cruz, uno de los más importantes hacendados de San Diego de Alcántara, que había caído en desgracia a causa de una mala gestión debida a su enfermedad.

Nube de Fuego sonrió al pensar en el viejo. Era un cascarrabias, pero muy agradecido. Necesitabala ayuda de alguien de confianza y por eso él aceptó su oferta: hacerse pasar por su heredero para ayudarlo a salvar su patrimonio. En principio, aceptó porque pensó que esa sería la mejor forma de hallar a Brisa. Después lo hizo por lealtad y porque, por primera vez en su vida, halló en alguien la figura de un padre afectuoso. Tiempo después descubrió que Brisa en la Pradera era la hija de su vecino, don Rodrigo, y que ahora se hacía llamar Beatriz Álvarez de Guzmán.

Pero…

El tiempo había transcurrido como un suspiro.

Don Diego apreciaba su toque con los caballos. Animales que quedarían a merced de don Rodrigo, que no dudaría en comprar esas tierras si el viejo falleciese sin heredero. El anciano no soportaba esa idea. Odiaba a Álvarez de Guzmán. Nube de Fuego desconocía el motivo, y jamás se lo había preguntado, pero prometió ayudarlo en todo lo posible hasta que diese con una solución.

Y después se llevaría a Beatriz. Mejor dicho a Brisa en la Pradera.

No sabía cuando, pero lo haría.

Suspiró con anhelo al recordar el encuentro que mantuvo con ella la pasada semana, en el mercado. Lucía bellísima, y sus ojos verdes y brillantes como la hierba impregnada de rocío, seguían siendo tan hermosos como los recordaba. Pensó en la palabra dada a Pluma Roja. El

conflicto con Buen Cantor, de haber sucedido, habría sido hacía ya demasiado tiempo. En cualquier caso, había fallado en su misión. Pero si algo destacaba a Nube de Fuego era su terquedad y siempre cumplía su palabra.

Beatriz, o Brisa en la Pradera, tarde o temprano sería devuelta al jefe apsalooke. Se lo debía a su kholà.

Sus pensamientos regresaron a ella, como siempre. Durante todos esos años no había podido olvidar sus besos, su forma de moverse, el tono de sus suspiros cuando…

Y el deseo dio paso a la culpabilidad.

Sabía que ella jamás le perdonaría la muerte de su hermano, y eso lo torturaba día y noche, como un cuchillo clavado en el corazón.

Él siempre había sido el centro de los problemas de quienes le rodeaban. Pluma Roja, su propia madre…

¡Basta! Se amonestó. Era inútil seguir martirizándose.

Dio otro sorbo al café para matar la culpa. No funcionó. El rostro desencajado de Brisa cuando los ojos de Sol Radiante abandonaban el brillo de la vida todavía hacía que su corazón le martillease en el pecho. Cada día sentía el alma más pesada. Si no hubiese sido por esa desgracia, tan involuntaria que todavía hoy temblaba al recordarla, tal vez habrían podido entenderse.

Dio otro sorbo y recordó a su madre, que había perdido la razón. Eso lo recondujo al rostro de Brisa cuando ella creyó que la forzaría, tal y como había hecho un hombre blanco con su madre. Él era el fruto de esa violación, y sus rasgos lo delataban. Siempre había querido ocultarlo, pero ahora esos mismos rasgos le eran útiles. Su aspecto no desencajaba entre las gentes de San Diego de Alcántara.

En ese momento alguien llamó a la puerta y se sobresaltó.

—Don Diego —saludó el capataz, cuando su señor le dio paso.

—Carlos, ¿qué sucede? —respondió, aún con la mirada perdida en algún punto del firmamento, ya de un tono más claro.

—Los comanches, señor. Están acampados en el Rancho de la Cruz, los han visto

vadeando el río.

Nube de Fuego se puso en pie. Se dio la vuelta con lentitud y encaró a Carlos.

—Iré a hablar con ellos.

—Pero señor… —intentó disuadirle el capataz.

—Yo me encargo —declaró, inamovible.



Asomaba la mañana en Hacienda Esmeralda cuando Beatriz entraba en las caballerizas, ataviada con un elegante vestido de amazona. Estrella fue la primera en saludarla, lo que la hizo sonreír.

—No me mires así —alegó, en tono cariñoso, acariciando a la yegua de Carmen—. No estás en condiciones de dar un paseo como el que yo preciso, estás embarazada y necesitas descanso. Hoy es el turno de mi amor verdadero: Lucero. —Acarició el morro de su querido caballo y este lo movió como solía hacer, de un lado a otro, arrancándole una carcajada a su dueña.

Estrella resopló, buscando atención. La acarició también, pero luego la yegua se volteó, mostrándole la grupa, enfurruñada.

A pesar del desaire, Beatriz sonrió con ternura.

—No finjas ser tan mala como quieres aparentar —suspiró—. Ojalá mi hermana Carmen se pareciese un poco a ti.

—A Carmen solo hay que entenderla.

Beatriz se dio la vuelta para descubrir a Adrián, que acababa de entrar en los establos.

—¿Ya no estás enfadado? —preguntó, mientras se encaminaba hacia el guadarnés para coger la silla portuguesa.

—¿Cuándo me he enfadado yo contigo? —inquirió Adrián, alzando las cejas.

Ella se dio la vuelta, sonriendo.

—Estrella, este pobre infeliz no sabe lo que dice con respecto a tu amiga, la serpiente de cascabel.

—Según tengo entendido, es una cobra.

—¡Oh! —Beatriz se llevó el dedo índice a los labios—. Tienes razón. Una hermosa y traidora cobra, con un veneno tan letal que es capaz de volver tonto al mismísimo Lobo de Hacienda Esmeralda.

Adrián suspiró y se apresuró a cambiar de tema.

—No creo que sea buena idea que salgas hoy.

—La semana pasada era porque iba a llover, y no llovió. ¿Por qué es esta vez, Adrián Lobo?

—Ha corrido la voz de que unos comanches han acampado en el Rancho de la Cruz. Además, parece que va a llover.

Beatriz hizo una mueca graciosa mientras le ofrecía una zanahoria a la yegua de Carmen, que en un principio rehusó, pero luego aceptó. Lucero pidió otra, alzando las orejas, con un suave relincho.

—No temo a los indios —respondió, mientras su caballo masticaba—. Ni a la lluvia.

—Pues deberías. Porque si se entera don Rodrigo…

—Si crees que vas a detenerme cuando algo se me mete entre ceja y ceja mentando a mi padre, es que no me conoces.

Tras ensillar a Lucero, Beatriz puso el pie en el estribo y se impulsó. Como solía hacer siempre, el caballo dio varios pasos mientras ella aún no se había colocado en su lomo, impaciente.

—¿Seguro que no deseas que te acompañe? —preguntó Adrián, inquieto—. Don Rodrigo no está muy tranquilo con esos salvajes merodeando como lobos hambrientos. Y si te ve montando a horcajadas…

Beatriz le dedicó una mueca, al tiempo que tiraba con suavidad de las riendas para

detener a Lucero.

—Ya te he dicho que esa gente no es un problema para mí, al contrario, puedo lidiar con ellos.

—Beatriz… —suspiró, Adrián.

—Recuerda, Lobo —instó, perentoria. Lo miró, altanera desde su elegante montura—: Valiente no es el que no tiene miedo, sino quien lo enfrenta. —Apretó los flancos de Lucero y salió trotando de las caballerizas.

CAPÍTULO 14



La hacienda de Don Rodrigo era inmensa, y estaba dedicada en gran parte al cultivo de vid, aunque también criaban caballos cartujanos; algo que entusiasmaba a Beatriz.

Las parras se extendían en fila hasta lo que abarcaba la vista, y los recolectores, en su mayoría indios o mestizos, protegidos con amplios sombreros de paja, se afanaban en recoger las uvas que darían uno de los mejores vinos de la región, bajo un sol de justicia.

Pero ella no había salido con Lucero para dar un simple paseo. Se adentraría en las tierras del vecino, don Diego, y galoparía como una auténtica apsalooke.

La Hacienda de la Cruz era aún más extensa que la de su padre, y mucho más salvaje, pues estaba dedicada al pasto. Otros habrían dicho que estaba muy descuidada, pero Brisa adoraba sus amplias llanuras, sus arroyos vírgenes y mágicos, donde perderse y disfrutar de un buen chapuzón. Y sus montañas, donde uno podía escuchar su propia voz en soledad. Ese día Beatriz decidió visitar su lugar secreto favorito, en el que le gustaba evadirse.

Apretó los flancos de Lucero, y el caballo le regaló un cómodo galope.

Cabalgó durante menos de media jornada, feliz por sentir la brisa acariciándole el pelo, y agradeciendo el calor del sol que le besaba el rostro. El rítmico paso de su caballo la tranquilizaba y expulsaba todas sus preocupaciones.

Le encantaba la alianza que tenía con él, y solo necesitaba la voz, o el peso de su cuerpo, para que él supiese con exactitud adónde ella quería ir. A veces parecía que no hacía falta darle ninguna indicación; estaban tan compenetrados, que su amigo parecía leerle el pensamiento.

No tardó en llegar a Arroyo Claro. Así llamaba ella a un pequeño recodo del río principal, donde las aguas cristalinas destellaban a la luz del medio día. Jamás se había encontrado allí con

nadie, aunque tal vez los comanches estuviesen cerca.

No les temía, pero sabía que podían ser peligrosos si se les provocaba. Pero ella no era un riesgo para ellos y tampoco el miedo estaba hecho para Beatriz.

Llegó al linde del riachuelo, donde había una pequeña playa arenosa que era besada por las tranquilas y cristalinas aguas, a su vez protegidas por altas rocas por las que se deslizaba una limpia cascada.

Desmontó, palmeó el cuello de su amigo, y miró a su alrededor con una sonrisa de paz en el rostro. Cuando tuvo la certeza de encontrarse a solas, soltó a Lucero, que se puso a pastar en el prado, se deshizo de sus ropajes y también se descalzó. Sintió la tibieza de la hierba en los pies y gimió de puro placer.

Caminó por la pequeña playa y poco a poco se fue adentrando en las cristalinas aguas, hasta que se zambulló por completo.

En verdad existía el paraíso y estaba en aquel lugar.



En el Rancho de la Cruz, padre e hijo discutían cada vez más, y de forma más acalorada. No se ponían de acuerdo con el problema de los comanches.

—Debemos avisar al alcalde —insistió De la Cruz.

Nube de Fuego miró a don Diego con respeto, pero negó con la cabeza.

Este estaba sentado en su sillón, con un gato en su regazo, un atigrado, gordo y lustroso, llamado Nerón. Sus manos temblorosas acariciaban el pelaje mientras el animal ronroneaba de puro placer.

En cinco años su padre adoptivo había envejecido mucho debido a una enfermedad pulmonar que tarde o temprano lo llevaría a la tumba. Debido a ello había desmejorado su aspecto, y en los últimos tiempos gozaba de muy mal genio. Tampoco podía culparlo por su

desconfianza hacia los comanches. Era lógico que estuviese preocupado, pero Nube de Fuego más que nadie en ese lugar comprendía las motivaciones de los indios, aunque perteneciese a otra nación.

—Dudo que el alcalde y sus hombres los acobarden.

—¡Por supuesto que no! —La acalorada exclamación provocó en don Diego una tos, y Nerón saltó de su regazo, incómodo. Cuando se repuso, continuó en un tono más bajo, aunque no menos encendido—: Han venido a por mis yeguas, hijo, y no es la primera vez que lo hacen. ¡Y por todos los demonios, sé que eres indio, pero se trata de mis yeguas!

Nube de Fuego se acercó y le posó una mano tranquilizadora en el hombro.

—Si han venido a por ellas, se las llevarán igualmente, sea yo indio o no. Lo que sí puedo hacer es hablar con ellos y ofrecerles un trato.

—¿Un trato? ¿Qué trato? —inquirió, con sulfurada indignación—. ¡Te digo que son mis yeguas!

El viejo volvió a toser y cuando se recuperó, Diego le habló en un tono calmo.

—Lo sé, son tus yeguas, y estás en tu derecho de defenderlas. Pero para ellos, son solo animales libres que pacen por las que aún consideran sus tierras, y no creen que te pertenezcan. Además, no habrán venido solo los guerreros, también los acompañarán sus familias. Hablo de mujeres, niños y ancianos… Me siento en la obligación de evitar una masacre, que es exactamente lo que sucederá si dejamos el asunto en manos del alcalde. Permíteme hablar con ellos antes de tomar una decisión.

Don Diego suspiró, rendido. Habían discutido asuntos como ese en otras ocasiones, y las mentalidades de padre e hijo eran tan contrapuestas que al viejo lo cargaban de frustración. Pero tenía que reconocer que al joven no le faltaba razón. Si esos indios venían con sus niños y sus mujeres, lo mejor sería no avisar al alcalde, aunque con total seguridad ya estaría informado de ello.

Por otra parte, Diego era para él como el maná caído del cielo. Dirigía el rancho como jamás nadie lo había hecho y, para qué negarlo, él ya era un anciano, pronto se iría al otro

mundo, y solo podía confiar en su buen hacer. Tal vez tenía que empezar a delegar en él. Aun así, disparó su último cartucho.

—Diego, hijo mío, si quieres sacar buen provecho de estas tierras a mi muerte, deberás cambiar de actitud. Sé que quieres proteger a esos niños, pero no me gustaría que sufrieses al ver que no siempre será posible. Desconozco cómo son las cosas en tu tierra, pero aquí los indios no son muy queridos.

—Padre —pronunció Diego, con cariño. Se sentó frente a al anciano, a quien había aprendido a querer como si fuera su propio progenitor y lo miró con el afán de transmitirle confianza—, deja el asunto en mis manos. Lo solucionaré sin derramamiento de sangre. Lo prometo.

Don Diego miró a su hijo adoptivo, y sonrió. Luego lo cogió de la mano, y se la apretó.

—Qué suerte he tenido de encontrarte.

Diego se despidió de su padre y no tardó en salir en busca de los comanches. Debía dar con ellos lo antes posible.

No era la primera vez que entraban en el rancho, ni en las tierras colindantes, pero jamás habían sido tan atrevidos como hasta ahora. No tenía la certeza de si se habían asentado con sus familias, o habían enviado solo una partida de reconocimiento. Aunque varios de sus hombres aseguraban que sí se habían trasladado al completo, y era preocupante, ya que habría problemas mayores si la cosa se ensuciaba. Los comanches no atendían a las leyes del hombre blanco, como tampoco lo hacían los lakota, ni ninguna de las naciones libres, pero eso no le importaba al alcalde ni a sus hombres, ni a la mayoría de los españoles que allí vivían, pues los consideraban unos salvajes.

Nube de Fuego no entraría a juzgar eso, pues no estaba en su territorio, ni los españoles eran su pueblo, aunque la sangre blanca corriese por sus venas. Pero haría todo lo posible para evitar el derramamiento de sangre. Lo que tenía claro por el momento era que se estaba arriesgando, porque los comanches no lo verían como a un amigo, al menos durante el primer

contacto. Y en el caso de que hubiese una segunda reunión, ni siendo lakota se aseguraría un buen acuerdo.

No podía vender la piel del oso antes de cazarlo, primero tenía que encontrarlos. Y no tardó en dar con un rastro. Tres caballos sin herrar, así que supo que había dado con al menos tres exploradores. En lugar de seguir sus huellas en la dirección a la que se dirigían, inició la marcha en el sentido opuesto. Así hallaría el origen.

Tardó una hora en vislumbrar su campamento, a lo lejos. No tenía mucho tiempo, pues con total seguridad ya se habrían percatado de su presencia, así que no desmontó y echó un rápido vistazo.

Los tipis se alzaban junto a un pequeño arroyo a resguardo del sol en el sotobosque, confundiéndose con la maleza y el terreno. Para un ojo poco entrenado habrían pasado desapercibidos, pero no para él. Dedujo que serían unas dos o tres familias, no más. Y todos los que allí acampaban eran niños, ancianos, y mujeres. Solo había un muchacho joven con ellos, vigilando a los caballos, que abrevaban tras los juncos. Los hombres adultos no estaban, con seguridad estarían buscando a las yeguas de don Diego.

Decidió volver grupas. Si hubiese irrumpido en el campamento sin estar presentes los guerreros, se lo habrían tomado como una amenaza.

De regreso al rancho otras huellas captaron su atención.

Esta vez se trataba de un caballo herrado. Podía distinguir a todos sus caballos por las marcas de las herraduras y ese no era de los suyos. Decidió seguirlas, por si se trataba de algún cuatrero que buscase a los comanches por cuenta propia. No deseaba problemas en sus tierras, y tampoco quería que las mujeres y los niños resultaran heridos.

El rastro lo llevó hasta un recodo del río, bordeado por un pequeño bosque. En un pequeño prado, bajo un árbol, distinguió un caballo blanco, dormitando a la sombra. Tomó las debidas precauciones y avanzó al paso con el viento a favor. También pinzó la nariz de su montura a fin de no delatar su presencia, y cuando el caballo blanco lo hiciese, él ya estaría lo bastante cerca como para sorprender al intruso. Logró acercarse sin alertar al caballo. Bajó del

suyo, y antes de llegar al lugar al que se dirigía, a unos veinte codos de distancia, la brisa le trajo una melodiosa voz femenina. Era hechizante, con una preciosa cadencia, suave, elegante, parecida al gorjeo de un pájaro. Jamás había oído nada igual.

Ató el caballo a un árbol, y caminó hasta ocultarse tras unos matorrales.

Y entonces la vio.

La muchacha estaba desnuda, de espaldas a él. Tenía el cabello pegado a la piel, blanca como la luna, que se le antojó suave y delicada. Lucía perlada de diminutas gotas de agua y el sol se reflejaba en cada una de ellas, haciéndola resplandecer como una estrella, como un ser mágico y brillante nacido de las aguas.

Diego tragó saliva ante tan hermosa visión y se preguntó por qué estaría allí sola. Esa muchacha se arriesgaba demasiado y no pudo evitar preocuparse. Si no la hubiese encontrado él y sí los exploradores comanches… Se habría visto en un aprieto, sin lugar a dudas.

Se acercó un poco más y vio sus ropas colgadas en unas ramas, pero cuando regresó la vista hacia el estanque, la ninfa se había esfumado. La buscó con los ojos y no dio con ella. Como tampoco vio el proyectil que voló por los aires y acertó de lleno en su sien.

—Maldita sea… —mascullo, al tiempo que la sangre le empezaba a gotear por el rostro hasta la barbilla. Se llevó la mano al lugar del impacto, y los dedos se le tiñeron de rojo.

¡Esa mujer le había lanzado una piedra!

La buscó de nuevo con la vista y la encontró. Esta belleza lo miraba de frente, con medio rostro hundido en el agua, intentando protegerse de él tras unos juncos.

Sus ojos verdes estaban llenos de miedo y valentía, a partes iguales.

—¡Mujer! —bramó, acercándose al linde del rio—. ¡Casi me matas!

Ante el grito del desconocido, Beatriz dio un respingo y el agua se removió con ella. Estaba aterrada, pero también se sentía indignada, y la rabia empezaba a recorrerle las venas. En un impulso incontrolable, se puso en pie descubriéndose hasta la cintura.

—¿Cómo te atreves a espiar a una mujer que se baña en el rio? —gritó, apretando los puños.

Diego pasó del enfado a la sorpresa, y se quedó mudo por unos instantes al ver su cuerpo desnudo. Sus largos cabellos esta vez se le pegaban al pecho, pero entre los mechones podía percibir los pezones endurecidos. Luego alzó la ceja izquierda y la miró a los ojos.

La había reconocido.

Tendría que haberlo sospechado al ver a su caballo blanco, inconfundible, pues no cabía duda de que se trataba del mismo que ella le había robado años atrás. El animal ya no dormitaba a la sombra de los árboles, sino que se había adelantado unos pasos y los observaba atento, con las orejas en punta, como si no quisiese perderse la escena.

Ella era Brisa en la Pradera.

Y el que fuese precisamente ella quien se ponía en peligro sin razón, lo enfadó aún más.

—¿Si tanto te preocupa que pueda ver tu desnudez, para qué te descubres?

Beatriz se puso del color de la grana al darse cuenta de que se había puesto en pie sin darse cuenta. Se cubrió los pechos de inmediato y se agachó de nuevo, para protegerse con el agua.

—¡Eso no te incumbe! —gimió, lamentando su torpeza.

Como de costumbre, su temperamento salía a flote en los momentos más inadecuados.

—¿Qué hace aquí? —espetó él, intentando calmarla, o más bien calmarse a sí mismo—. ¿No ve lo peligroso que es el hecho de que una mujer sola se bañe desnuda en un lugar tan apartado? ¿Acaso quiere resultar malparada?

Beatriz no podía estar más indignada ante la velada acusación del intruso. Era cierto que se arriesgaba, pero llevaba haciéndolo desde hacía un tiempo y jamás había visto un alma por allí. Había tomado las debidas precauciones. ¿Quién se creía ese hombre para acusarla de imprudente?

—Oh, es usted quien me espía tras unos setos, ¿y después tiene la desfachatez de culparme de provocación?

Esas palabras le sentaron a Diego como si le hubiesen echado un jarro de agua fría. Porque él no la había culpado de nada, tan solo se había preocupado por su seguridad. Por otra

parte, había sido ella quien lo había herido, lanzándole una piedra.

—¿Nunca le han dicho que es una malcriada? —refunfuñó, airado.

—¡Lárguese!

Por supuesto que se iría, pero antes la haría salir de allí para devolverla a su hacienda. Avanzó un paso y cogió las ropas que colgaban de la rama. Se las mostró muy serio, mientras las agitaba.

—Me marcharé cuando usted salga del agua y se vista adecuadamente.

Estaba decidido a que saliese de allí de la forma que fuera.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —gritó Beatriz, indignada.

Haciendo caso omiso de su terquedad, Diego insistió:

—Luego se montará sobre su caballo y yo mismo la escoltaré hasta su casa, para asegurarme de que llega sana y salva.

Ella le dedicó una sonrisa sarcástica, pero estaba loca si pensaba que la dejaría regresar sola, estando los comanches rondando por esas tierras.

—¿Cómo se atreve? —exclamó Beatriz—. ¡Márchese para que pueda vestirme! ¡Regresaré sola cuando me venga en gana!

—Se lo repito: la escoltaré y me aseguraré de que regresa a su hogar, sana y salva.

—¡Usted sólo pretende humillarme! Quién sabe qué intenciones tendrá.

—¿Bromea? —inquirió él, sin poder creer que no atendiera a razones—. ¡Es usted quien me ha agredido en primer lugar! —replicó, señalando la herida de su cabeza con un dedo, de forma notoria.

—¡Me estaba defendiendo! —refutó, altanera. ¿Quién se creía que era para decirle lo que podía o no podía hacer?— ¡Y puedo seguir haciéndolo, con ropa o sin ella!

Nube la contempló, con estupor y a la vez con admiración. Era valiente, sin duda. Valiente y temeraria.

Pero eso él ya lo sabía. Conocía su temperamento. Por fortuna, ella seguía sin reconocerlo. Hablaban en español, y ahora quien se hacía llamar Diego, se había esforzado

durante años en practicar su locución. No la dominaba del todo, al igual que ella, y tal vez por eso Beatriz lo había pasado por alto. En cualquier caso, acababa de cambiar de opinión. Si esa terca no salía por su propio pie, vestida o desnuda, él iría a por ella.

Se sentó sobre la piedra y aguardó con las ropas en sus manos.

—No tengo mucho que hacer, así que, si no desea permanecer en remojo todo el día hasta que se le arruguen las manos y los pies, le sugiero que salga del agua y se vista cuanto antes.

—Qué testarudo —masculló Beatriz.

Pero era un ingenuo si pensaba que le obedecería, así que se quedó un tiempo en la misma posición, aguardando a que ese hombre cediera. Pero eso no sucedió. Por el contrario empezó a coger frío, y comprendió que tenía que salir del agua cuanto antes o agarraría un resfriado. Pero de ninguna manera podía hacerlo estando desnuda y él mirándola. ¿Qué pretendía? ¿Reírse de ella?

De repente, el cielo eligió por ella. Negras nubes tormentosas lo cubrieron y en un parpadeo descargaron un aguacero.

Diego se levantó de un salto cuando los rayos empezaron a iluminar el cielo, de un color azul oscuro.

—¡Salga del agua! —gritó, temeroso de que un relámpago la alcanzase.

Beatriz sabía muy bien el peligro que corría, pero de ninguna forma iba a ceder ante ese hombre.

—¡Márchese, entonces saldré!

—¡Es usted una terca!

—¡Le dijo la sartén al cazo! —contrarrestó, impaciente.

Diego perdió toda paciencia. El cielo era un espectáculo de luces y truenos que hacían retumbar la tierra. Y no iba a permitir que le sucediera nada malo, a pesar de toda esa testarudez. Sin mediar una sola palabra más se metió en el agua y empezó a nadar hacia ella.

Beatriz agrandó los ojos al ver que él se acercaba y reaccionó. Se dio la vuelta y empezó a nadar en la dirección contraria. Pero de nada sirvió, él pronto la alcanzó, la agarró por un pie y

logró atraerla hacia sí.

—¡Suélteme! —gritó, forcejeando, mientras él intentaba inmovilizarla.

—¡Deje de chapotear! —exigió. El agua le chorreaba por la cara y apenas conseguía verla.

—¡Cuando me suelte! —rebatió, entre asustada y furiosa.

Beatriz lo empujó con los pies, le salpicó en la cara con las manos, pero ni de lejos logró zafarse de él. El hombre la agarró por la cintura cuando ella se volteó, la abrazó desde atrás y entonces sí, la inmovilizó contra su pecho.

—¡Quédese quieta, señorita! —susurró en su oído, de forma imperiosa.

—¡No! —jadeó ella, sin fuerzas. Ni de lejos pensaba rendirse. Ella era Beatriz Álvarez de Guzmán, toda una dama de alta alcurnia. Y nadie pisotearía su voluntad. Ni siquiera ese hombre de músculos de acero y pecho tan amplio que la hacía sentirse diminuta a su lado—. Suélteme…

Diego al notar su piel desnuda y suave contra su cuerpo, no pudo evitar excitarse. Sin querer, rozó uno de sus pezones con los dedos, y notó las prietas nalgas, empujando su entrepierna. Cerró los ojos e intentó pensar en salir de ahí cuanto antes.

—¡Suélteme! —repitió Beatriz, con renovadas fuerzas, al notar la ineludible excitación de ese desconocido.

—¡Estese quieta! —ordenó. Cuánto más se restregaba ella contra él en su afán de huir, más se excitaba.

—¡Le ahorcarán por esto! ¡Me encargaré de ello!

Él la apretó aún más fuerte.

—¿En serio cree que es una buena idea? Si hace tal cosa, su reputación quedará en entredicho.

—¡No me importa! ¡Suélteme le he dicho!

—¡Deje de moverse y permita que la saque del agua!

La lluvia seguía cayendo sobre ellos de forma intensa, como si fuese una espesa cortina tras la que a duras penas se podía ver a más de cuatro codos de distancia, pero Diego conocía el

lugar y sabía a dónde dirigirse para sacarla del agua. Pero Beatriz no paraba de moverse, era tenaz, y más fuerte de lo que aparentaba. Tenían que salir cuanto antes.

Rodeó su cintura más fuerte con el brazo y con la otra mano intentó dar unas brazadas. Logró arrastrarla a pesar de sus pataleos, en poco tiempo encontró un lugar en el que apoyar los pies y se impulsó.

—¡Basta! —susurró al oído femenino al llegar a la orilla, cuando ella redobló sus esfuerzos por escapar al sentirse aún más desnuda fuera del agua—. Deje que salgamos del agua, o podríamos morir si un rayo nos alcanza.

Brisa tragó saliva. La suave voz de ese hombre contra su oído la dejó aturdida por unos instantes. Empezaba a sentirse cansada, agotada…

—Está bien —cedió, rígida entre sus brazos.

—Voy a soltarla, ¿de acuerdo? —indicó, también cansado de forcejear—. ¿Promete que no escapará?

Beatriz tardó en responder, luego asintió con la cabeza.

Él la fue soltando poco a poco y ella se sorprendió añorando de repente su cálido contacto. Pero solo fue un instante. En cuanto se vio liberada, incumplió la promesa dada e intentó escapar de nuevo.

Diego ya se lo esperaba, así que la agarró por la muñeca y le torció el brazo hacia atrás.

—¡Ay! —gritó ella, pero él no hizo caso de la queja. Cuando logró que se quedara quieta, le soltó el brazo y la volvió a atraer hacia sí, envolviéndola en los suyos.

Finalmente salió del agua con ella en volandas y corrió bajo el aguacero. Miró a su alrededor, apenas podía ver a causa de la cortina de lluvia, y casi por casualidad percibió junto a unas rocas una apertura escondida entre la maleza. No se lo pensó y se metió en el hueco. La depositó en un rincón, y ella se acurrucó contra la fría piedra de la pared, abrazándose las rodillas, temblorosa.

Beatriz estaba avergonzada, se sentía humillada y sus ojos amenazaban con expulsar un diluvio parecido al que caía afuera. Se contuvo, porque de ninguna forma quería darle el placer a

ese hombre, del que desconocía sus intenciones, de mostrarle su debilidad.

Diego miró en derredor y recordó el lugar. Descubrió la cueva el año anterior, porque la había ocupado una osa que la usó como guarida durante el invierno y tras parir a los oseznos en primavera, se marchó. Pero debía permanecer atento y lo más importante, encender un fuego cuanto antes, por si merodeaba por allí algún otro depredador.

Se puso en pie y la inspeccionó con rapidez. Encontró restos de leña seca y hojarasca. Luego buscó las piedras adecuadas para encender el fuego, y la fortuna le sonrió.

Tras colocar los troncos para después prenderlos, miró a Beatriz. Ella seguía acurrucada y desnuda, con la espalda pegada contra la roca, abrazada a sus piernas. Tenía el rostro oculto entre las rodillas, y temblaba.

—En breve encenderé un fuego y podrá calentarse —explicó en un tono suave, intentando tranquilizarla. Pero ella no respondió, ni tan siquiera lo miró. Lamentó su ánimo derrotado. No había pretendido ser tan rudo, pero debía sacarla de ahí cuanto antes, por su seguridad.

Suspiró, frustrado, sin saber qué hacer para hacérselo entender, y se quitó la camisa.

—Cúbrase —exhortó, adusto. Se la lanzó, y ella levantó la cabeza al notar el peso de la prenda mojada sobre ella.

Cuando se dio cuenta de que él le había dado su camisa, se sintió aliviada, pero no quiso demostrarlo y no se lo agradeció. Se la puso con rapidez y, por fortuna, aunque estuviese empapada, le venía grande por lo que servía para cubrir gran parte de su vergüenza. Algo más tranquila por el resguardo que le proporcionaba la prenda, y que a pesar de estar mojada conservaba el calor masculino y le proporcionaba la sensación de sentir sus fuertes brazos envolviéndola otra vez, empezó a observar en derredor.

La cueva era más grande de lo que le pareció en un principio. La entrada era tan solo una pequeña abertura que tenía la altura de un hombre mediano, pero se ensanchaba a varios pasos hasta conformar una bóveda que abarcaba en alto y ancho a dos hombres con los brazos extendidos. Una suave brisa llegaba desde sus entrañas, donde se iba cerrando en una garganta

oscura, lo que significaba que la gruta era más amplia y tenía otra salida, aunque era imposible saber adónde ni cual era su extensión.

Más serena, se atrevió a posar la vista en ese hombre, y lo observó formar un montículo de leña seca y colocar encima algunas ramas secas. Acto seguido, golpeó unas piedras y una chispa voló, iluminando su rostro, hasta acabar prendiendo la hojarasca. No había demasiada, pero la suficiente como para permanecer calientes las horas que durase la tormenta.

Tragó saliva cuando lo observó mejor a la luz de la hoguera. En esos momentos, él también la miró, con una intensidad que la estremeció.

No pudo apartar los ojos de él. Su negra mirada tenía la capacidad de hechizarla, como si de un brujo se tratase.

De pronto vio la sangre que manaba por un lado de su cabeza, y sintió un deje de culpabilidad del que renegó de inmediato. Ella no era la culpable de eso. Solo se había defendido.

Pero la herida no dejaba de sangrar.

—Deberías… —Brisa interrumpió la frase y se mordió el labio inferior. Él frunció el ceño.

—¿Qué debería? —espetó Diego, con una sequedad que no pretendió.

—Nada —respondió, desviando la vista y el rostro, altanera. ¡Menudo patán! Si fuera por ella ya podía desangrarse.

Diego dejó de mirarla, se agachó, y sopló con suavidad, hasta que las llamas se extendieron aún más.

Beatriz lo observó a hurtadillas, a su pesar y a la luz de las llamas pudo ver mejor su rostro. Ladeó la cabeza y achicó los ojos.

Esos rasgos…

Le resultaban muy familiares. No lograba averiguar dónde lo había visto antes, pero estaba segura de que lo conocía.

Era alto, de espaldas anchas y un potente torso. Los brazos eran poderosos. La negra y

lacia melena, que antes había llevado atada a la nuca, ahora caía húmeda tras la espalda y algunos mechones le perfilaban el rostro hasta rozarle la barbilla. Beatriz no podía negar que fuese atractivo. Aunque el porte y la expresión le inspiraban temor, tampoco podía obviar que le provocaba atracción.

Frunció el ceño y lo escrutó. Sí, había algo en él que le resultaba conocido. Apartó la vista cuando él la miró otra vez, y volvió a morderse el labio, intentando recordar dónde lo había visto antes.

—Diego de la Cruz.

Lo escuchó decir, sacándola de dudas y haciendo que los ojos de Beatriz regresaran a él.

—Lo he deducido hace un momento —reconoció.

Él apretó la mandíbula, molesto. Ella había reconocido a Diego de la Cruz, pero seguía sin ver a Nube de Fuego.

—Y usted es doña Beatriz Álvarez de Guzmán.

La dama tragó saliva y asintió como única respuesta.

Diego de la Cruz había pronunciado su nombre de tal forma que creyó que se le congelaba la sangre.

CAPÍTULO 15



Diego de la Cruz.

Claro que había oído hablar de ese hombre, pensó Beatriz, más asustada de lo que le habría gustado reconocer, y disgustada con el cruel destino que la había puesto en tan horrible situación. Se corrigió, pues no había sido el destino. Había sido su estúpida imprudencia. Estúpida, sí, porque se había bañado en el río desnuda, con los comanches rondando cerca y en tierras del enemigo de su padre. E imprudencia que no sólo a ella podría salirle cara porque su padre, don Rodrigo de Alcántara, odiaba profundamente a don Diego de la Cruz, por algún motivo que ella jamás había logrado averiguar. Tampoco le interesó hacerlo, y en esos momentos lo lamentaba, pues tal información le habría sido útil en aquel momento tan delicado.

Era cierto que el hijo de don Diego no le había hecho ningún daño, y aunque no era un hombre amable, sino más bien tosco, había prendido una hoguera y le había dado su camisa para salvar parte de su honor. Aunque no había sido honorable espiarla mientras se bañaba desnuda, la había salvado de morir a causa de un rayo. Los terroríficos truenos que resonaban a su alrededor se lo recordaban a cada instante.

Vio cómo de la herida de su sien había cesado de manar sangre, pero seguía abierta. Y sintió de nuevo la culpa golpeándole el pecho.

Oh, si su padre los hallara en semejante situación…

Beatriz no dudaba lo más mínimo de que removería cielo y tierra para enviarlo al cadalso. La cuestión era: ¿se lo merecía?

—Yo… don Diego… —balbució. Lo miró, sin querer reconocer que su tono de voz

revelaba súplica—, déjeme ir a buscar mi ropa. Si alguien nos encuentra, usted… —*Usted corre peligro*, quiso a decir, pero no se atrevió a acabar la frase.

—Nada me gustaría más, doña Beatriz, pero me temo que eso está fuera de nuestras posibilidades —afirmó, sin acritud. Lo dijo con cierto pesar, pues él mismo veía que era una situación comprometida, más si alguien los encontraba en esas circunstancias.

Eso fue demasiado para la sensibilidad femenina, superada por la vergüenza, el miedo, y el enfado. Y luchó por contener las lágrimas de rabia y frustración. Ese hombre era un terco. ¿Acaso no se daba cuenta de la horrible situación en la cual se hallaban ambos? ¡Necesitaba ir a por sus ropas! ¡Por el bien de los dos!

—No puede obligarme a permanecer desnuda en su presencia, don Diego —señaló, con toda la dignidad que pudo. El desconsuelo empezaba a hacer mella en Beatriz.

—Yo no, pero el rio sí.

—¿Qué quiere decir?

—Que la crecida de las aguas ya se habrá llevado sus ropas, con seguridad. ¿O no escucha cómo está rugiendo? —interrogó, con un ademán de la cabeza hacia la entrada de la cueva. Echó otro leño para alimentar el fuego—. Le aconsejo que se acerque a la lumbre, si no desea enfermar de una pulmonía.

—Caer enferma es la menor de mis preocupaciones. Mi caballo, Lucero, también está afuera y corre peligro.

—Con que se llama Lucero —dijo, enfurruñado.

—¡No se burle!

Él la miró, severo.

No, no se burlaba. En realidad, le seguía pesando que antaño ese animal la hubiese preferido a ella. Tuvo mucho tiempo para reflexionar al respecto desde entonces y había llegado a la conclusión de que un animal como ese, tan orgulloso y carismático, no cedería ante las imposiciones, sino que debía ser seducido.

Al igual que Brisa en la Pradera.

—No lo hago —respondió, mirándola otra vez con ardor.

Suplicar era algo que Beatriz detestaba, pero dadas las circunstancias no le quedó otro remedio.

—Le ruego que me permita salir a por mis ropas.

Diego la observó, con la idea en mente de Lucero. Debía convencerla y no obligarla. Así que cambió de estrategia.

—No soy nadie para dejarle hacer o impedir que haga algo, pero no me podría considerar un caballero si la dejara salir en medio de este temporal, señorita. Me preocupo por su seguridad y no puedo permitir que salga. Entiéndame, doña Beatriz. Aguardaremos a que amaine, y después veré qué puedo hacer por usted y sus ropas.

Beatriz no pudo replicar ante esa lógica, pero se impacientó. Su actitud había cambiado, pero el resultado seguía siendo el mismo: ella continuaba medio desnuda en el interior de una cueva, junto al hijo del mayor enemigo de su padre. Y no únicamente su reputación quedaría en entredicho, sino que la libertad y salvaguarda de ese hombre peligraba a cada hora que pasaba.

Se armó de valor e insistió.

—Para entonces en Hacienda Esmeralda ya se habrán percatado de mi ausencia y vendrán en mi busca. Y en cuanto den con nosotros, le aseguro que lo lamentará.

Vio que Diego la miraba con escrutadora intensidad. ¿Había interpretado sus palabras como una amenaza, o entendía que se trataba de una preocupación real? ¿Cómo saberlo? Ese hombre era todo un misterio.

Él permaneció mirándola durante unos segundos más. La hoguera había aumentado y la luz anaranjada de las leguas de fuego acariciaban su rostro de facciones duras. A Beatriz le parecía aterrador. Pero de pronto lo vio sonreír y tragó saliva, amedrentada por lo que provocaron en ella esos sensuales labios distendidos.

—En ese caso, deberé reclamarla como mi esposa —alegó, sin bromear del todo.

Beatriz abrió mucho los ojos, y la mandíbula casi se le desencajó.

—¿Cómo dice?

No sabía si estaba espantada o sorprendida ante semejante y absurda proposición. ¿O era una amenaza? De cualquier forma, ¿cómo era capaz de decir algo así? ¿Cómo se atrevía? Su rostro empezó a volverse rojo como una ciruela y cerró la boca con rapidez.

Pero por mucho que detestase la idea, don Diego tenía razón. ¡Por todos los santos! Si los hombres de su padre los encontraban en semejantes circunstancias, a ella solo le quedaría la opción de aceptar su mano para que no acabase en la horca. ¡Oh, maldición! ¡O la horca para él o el matrimonio para ambos! ¡Menuda disyuntiva!

Diego pareció leerle la mente y le dedicó otra sonrisa.

—No tardarán en dar con nosotros, Beatriz. Y cuando lo hagan, no me quedará otro remedio que defender su honor.

—¿Mi honor? —exclamó espantada ante la perspectiva de desposarse con él—. ¡Qué sabrá usted de honor! —repuso, alterada, sin pensar en lo que decía.

Él entrecerró lo ojos, exagerando su leve indignación. ¿Acaso no había demostrado su honor, rescatándola del aguacero después de que ella lo hiriese? O estaba ciega o era encarecidamente orgullosa. En cualquier caso, pasaría lo que tuviese que pasar, y el matrimonio era la opción más plausible. Y la más conveniente para él, eso por descontado.

—Lo hará, Beatriz —aseguró, pomposo, casi como si regresase a los tiempos en los que su boca hablaba antes de que su mente pensase—. Se casará conmigo.

Ella abrió la boca para responder que jamás se casaría con un hombre como él, pero la volvió a cerrar. Algo en su manera de mirarla, ese brillo de anhelo en los ojos, se lo impidió. Nunca lo admitiría, ni siquiera ante ella misma, pero tal vez porque, en el fondo, no le parecía tan mala idea.



Ya había anochecido en Hacienda Esmeralda, pero el cielo parecía no querer cesar en

llanto.

Adrián ensillaba a Azafrán en los establos, y Carmen lo observaba encrespada.

—No sólo estás preocupado por la india, sino que también estás enfadado contigo mismo por haberla dejado partir salir sola. ¿O me equivoco?

Carmen sentía unas ganas irrefrenables de llorar y lo achacaba a la frustración, aunque no estaba del todo segura. Enredó un dorado mechón en el dedo índice, mientras pensaba que tenía que tratarse de eso, porque sus planes de pasar la noche con Adrián se acababan de evaporar por culpa de Beatriz.

Frunció el ceño al pensar en su medio hermana.

Beatriz, Beatriz. Siempre tenía que aparecer Beatriz cuando ella se reunía con Adrián.

—Tendría que haberme dado cuenta de que iba a llover —dijo él para sí mismo, esquivándola para coger una cabezada del guadarnés—. Esta mañana he pasado por alto las señales que la naturaleza me ha dado. ¿Por qué he sido tan estúpido?

Carmen puso los ojos en blanco. Pero cuando se sentó sobre una bala de heno, su mente empezó a imaginar las formas más creativas de martirizarlo.

—Pues… —empezó a decir, fingiendo ser la más inocente de las doncellas—, he oído por ahí que los comanches rondan no muy lejos de aquí, amén del peligro que supone el haberse perdido en las tierras de don Diego de la Cruz, que además de ser el mayor enemigo de mi padre, tampoco el hijo es trigo limpio.

Tras ver la expresión de pánico que le dedicó Adrián, la beldad rubia sonrió, satisfecha de sí misma.

—¿Por qué crees que podría estar ahí, Carmen?

Ella se encogió de hombros, inocente, y sonrió de forma angelical. En realidad, no tenía la menor idea de adónde podría haber ido la tonta de su hermana, pero Dios le había otorgado una imaginación privilegiada a la hora de inventar y también de una gran creatividad para hurgar en las llagas de los que padecen. Sonrió, prometiendo rezar un padrenuestro en agradecimiento al Salvador, por tales dones. Y como se sentía de pronto muy animada, continuó:

—Y qué decir de los animales salvajes que pueblan esos bosques. —Lo miró, fingiendo estar espantada—. Ayer, cuando me peinaba, mi doncella me contó que hace dos días uno de los vaqueros del Rancho de la Cruz, en la taberna del pueblo, dijo haber visto un puma. ¿Se puede tener peor suerte, Adrián? Oh, pobre Beatriz, acabará siendo la cena del gran felino y tú aquí, muriéndote de preocupación por ella sin poder hacer nada porque no para de llover.

Adrián desvió la vista hacia ella, dolido.

—¿Por qué eres tan cruel, Carmen? —preguntó, sin poder creer que esa beldad contuviera tanto veneno dentro.

Ella se encogió de hombros. Pero luego lo miró, alzando la ceja izquierda.

—¿Acaso crees que ella no lo celebraría, si el puma me comiese a mi?

Adrián parpadeó, en rechazo.

—¡Claro que no!

Carmen volvió a encogerse de hombros, mostrando total indiferencia.

—Pues yo te digo que sí. Beatriz me odia. Y por eso yo la odio a ella.

—Carmen —pronunció Adrián su nombre con reverencia. Se arrodilló a sus pies, tomó su rostro entre las manos y le apartó un mechón rebelde para colocárselo tras la oreja, mientras ella hacía un puchero—. Es tu hermana, ¿no crees que deberías ser más considerada?

—¡Ja! —exclamó, frunciendo el ceño de súbito—. Una hermana que jamás me brindó su amistad. ¡Ojalá se la coma el puma! —deseó, mientras un relámpago de odio cruzaba sus iris azulados.

Adrián puso los ojos en blanco, se levantó y regresó con Azafrán. Cuando Carmen se enfurruñaba era inútil hacerla entrar en razón.

—No sabemos si lo del puma se trata de un rumor que expanden esos hombres para alterar el humor de los nuestros —repuso, mientras ensillaba el caballo—. Y no gozaremos de suerte en esta hacienda, si don Rodrigo pierde a una de sus hijas.

Ella hizo un gesto como si quisiera restarle importancia.

—Lo que le pase a la usurpadora a mi me importa un bledo.

—No me lo creo. Y en verdad, lo que te pasa es que estás celosa de Beatriz.

Carmen abrió la boca y ahogó un grito.

—¿Celosa yo? Ni en tus sueños más dulces despertarías semejante emoción en mí. Tú solo eres mi pasatiempo, nada más —afirmó, con más fuerza de la necesaria. La última frase la dijo canturreando, y Adrián volvió a poner los ojos en blanco.

—Deberías madurar, Carmen, y reconocer de una vez por todas que la animadversión que sientes hacia tu hermana es a causa de tus celos. Tal vez si fueras amable con los demás, te prestarían más atención.

—Oh, no seas aburrido y volvamos al puma. Tampoco es extraño que el león de montaña haga acto de presencia en esta época del año, ¿verdad? —insistió, haciendo un puchero—. ¿Y qué puedo decir de los lobos?

—¿Qué sabrás tú de todos esos animales, Carmen?

Ella achicó los ojos y se acercó a Adrián, sinuosa.

—Me gustan los lobos —dijo, refiriéndose a él.

Adrián negó con la cabeza.

—No juegues conmigo, Carmen. No ahora.

Ella dejó caer las largas pestañas en un gesto tan delicado como sensual, mientras sus suaves caderas salvaban la distancia que había entre ambos. Una vez estuvo frente a él, alzó la mano y le rozó el mentón con el dedo índice.

—Espero que esta sea la última vez que le permitimos a Beatriz cabalgar sola —dijo, acariciando sus labios con el dedo—. Porque tienes razón, tu preocupación me pone muy celosa.

Carmen le acarició la mejilla para después apartarle el pelo húmedo del rostro. Luego posó la mano sobre su hombro, y acercándose más a él, le acarició la espalda.

Ella esperaba un beso. Adrián lo sabía y tembló. Y lo habría hecho si el atronador sonido de unos cascos al galope entrando en las caballerizas no los hubiese interrumpido.

Azafrán se alzó de manos cuando Lucero frenó en seco en el pasillo que separaba las cuadras.

—Maldita sea —masculló Adrián, al ver que la montura de Beatriz llegaba enjaezada, pero sin su amazona.

Carmen se apartó a regañadientes, y permitió que el capataz reuniese a sus hombres para ir en busca de su odiosa hermana.

—Beatriz, Beatriz, Beatriz. Siempre Beatriz… —remugó, hastiada. Se sentó de nuevo sobre la bala de paja y suspiró. Pero poco a poco, una malévola sonrisa brotó de sus labios. ¿Se estaba comportando como una villana, o simplemente luchaba por lo que le pertenecía? Tal vez las dos cosas. De cualquier forma, Carmen mostraba su parecer, tal y como lo sentía. Quería la atención de Adrián, suspiraba por sus besos, añoraba sus abrazos, lo deseaba entero para ella sola, durante todos y cada uno de los minutos del día. Y por las noches no podía dormir pensando en que, tal vez, Beatriz se lo intentaba arrebatar. Pues que se preparase esa advenediza porque usaría toda su hiel para conseguir que ella y solo ella, fuese el centro en la vida de Adrián Lobo.

—Tú lo has querido, Beatriz —murmuró, posando el dedo índice sobre sus labios, que seguían curvados hacia arriba—. Ya es hora de contarle a papá las travesuras de su hija favorita.



Beatriz no dejaba de preguntarse si casarse con Diego de la Cruz era lo mejor que podía hacer para salvaguardar su honor, en el caso de que los encontrasen en semejante situación.

No, se estaba engañando a sí misma. Lo que en realidad se preguntaba era si estaba dispuesta a casarse con él por voluntad propia.

O… Si le gustaría, de algún modo…

¡Demonios! La respuesta era un no rotundo. Por supuesto que no quería. Ni lo haría. ¡Jamás! Pero se mordió el labio inferior al darse cuenta de que no veía otra salida. No, ni hablar. Negó con la cabeza una y otra vez y contuvo un gemido. Alzó los ojos hacia él y se estremeció.

Sentado junto al fuego, Diego tenía la mirada perdida en las llamas. Sus cabellos ya se habían secado, caían en cascada por su espalda, y algunos mechones le enmarcaban el rostro. Su cabellera era hermosa y abundante, negra como un cielo sin estrellas. Su rostro era igualmente atractivo, pero su expresión era de preocupación, y si lo vio sonreír en algún momento, había sido con ironía, o de forma ladeada, para mofarse de ella. Ninguna de todas esas sonrisas había logrado iluminar sus ojos, de un tono tan oscuro como sus cabellos y sus ojos.

Todo en él era oscuridad. Sin embargo, Beatriz tenía la certeza de que no corría peligro a su lado.

—¿No piensa acercarse al fuego? —preguntó él, al percatarse de que lo estaba mirando.

Beatriz desvió la vista.

—Déjeme ir a por mis ropas —insistió. Era lo único que había salido de su boca desde hacía varias horas.

Diego negó con la cabeza, en un gesto de hastío.

—Es terca, Beatriz. Muy terca.

Ella puso los ojos en blanco.

—Oiga, ¿qué le he hecho yo que merezca semejante acritud para conmigo?

Él la miró alzando la ceja izquierda. ¿En verdad tenía la desfachatez de hacerle esa pregunta?

Al ver su herida, Beatriz suspiró.

—Me asustó, don Diego.

Esta vez él alzó la otra ceja, expectante y Beatriz apretó los labios.

—Si espera una disculpa, no la va a tener —dijo, convencida—. Le repito que me asusté y me defendí. Cualquier doncella en mi situación, habría reaccionado igual.

—Bien. —Él alzó ambas manos, en señal de rendición—. Comprendo que la asusté, Beatriz. Y acepto las consecuencias. —Se señaló la herida con el dedo índice—. No obstante, llevamos aquí cálculo que unas seis horas, y no veo razón para que siga empeñada en agarrar una pulmonía, o en que se exponga a ser arrollada por la crecida del río.

—Aceptaré las consecuencias yo también, don Diego, si me permite salir a por mis ropas.

Esta vez fue él quien puso los ojos en blanco al mismo tiempo que resoplaba. Después la miró con una mueca de fastidio y movió la cabeza, en señal de rendición.

—De acuerdo —cedió—, pero seré yo quien lo haga. No se mueva de aquí.

Beatriz asintió, esperanzada, y él salió de la cueva.

El intenso aguacero era ya una fina llovizna y el cielo empezaba a despejarse. Sin embargo, todo en derredor estaba encharcado. Localizó el vestido de Beatriz a unas veinte zancadas de distancia, entre el barro, completamente inservible. Su ropa interior estaba aún colgada de una rama y no había sufrido tanto daño, pero aun así estaba empapada. La cogió, y cuando iba a introducirse de nuevo en la cueva, escuchó el sonido de unos caballos acercándose al galope. Entró de nuevo en la cueva, y le lanzó las ropas a Beatriz.

—Cúbrase lo que pueda, ¡rápido! —apremió.

—Pero, ¿y el resto? —inquirió ella, con desesperación, al ver que solo le había traído una fina camisola y unos pololos.

—Se acercan unos jinetes, ¡dese prisa! —respondió él ante la súbita palidez de Beatriz. —Creo que me han visto, así que vístase como pueda mientras yo los entretengo.

Adrián junto a tres de sus hombres se adentraron en el Rancho de la Cruz. A parte de su intuición, el joven capataz no tenía pista alguna de que Beatriz estuviese allí, pero Carmen le había dado sin querer la idea de inspeccionar la hacienda vecina. Bajo orden estricta de don Rodrigo, los hombres de Hacienda Esmeralda llevaban la búsqueda con suma discreción, por lo que aún no habían alertado a las autoridades. Pero si no hallaban con presteza a Beatriz tendrían que hacerlo.

Llegaron a un recodo del río, un lugar que Adrián conocía, y que era relativamente seguro, un sitio donde la joven se podría haber resguardado de la tormenta.

Avanzaron despacio. El terreno estaba embarrado y los caballos pisaban con precaución. Caía una suave llovizna, pero de pronto dejó de llover y el cielo empezó a despejarse.

Adrián frunció el ceño. Acababa de percibir la silueta de un hombre, sobre una roca en un claro, junto al arroyo que estaba crecido. Tal vez fuera un indio, aunque desde aquella distancia no lo pudo apreciar bien. Los había visto, pues miraba en su dirección.

—Cautela —murmuró Adrián, alzando el brazo—. Seguidme al paso, y permaneced alerta —indicó a sus hombres.

Los cuatro jinetes se acercaron con lentitud. El hombre se quedó en el sitio, a la espera.

—¡Quién va! —exclamó, desde la distancia.

Adrián alzó los brazos para mostrar que iba desarmado, pero no dejó de avanzar. No tardaron en llegar hasta él. No era un comanche, pero sus rasgos le resultaron peculiares.

Diego los vio avanzar y cuando llegaron hasta él, alzó una ceja, expectante.

Reconoció a Adrián Lobo, el capataz de Hacienda Esmeralda. Sus ojos grises eran inconfundibles. A los otros tres no los había visto jamás, pero supuso que serían algunos de sus mejores hombres. Así que centró la atención en el capataz.

—¿Qué los trae por aquí, caballeros?

Adrián frunció el ceño. Ese hombre no tenía el aspecto de un simple trabajador, hablaba con seguridad y su postura era firme.

—Buenas tardes. Buscamos a una dama que se ha extraviado —dijo Adrián, buscando alguna señal en su mirada, que no halló.

—¿Con quién estoy hablando? —inquirió Diego, mirando a su interlocutor con una dura expresión.

Adrián frunció el ceño.

—Adrián Lobo, capataz de Hacienda Esmeralda.

Diego sonrió, no se había equivocado.

—Estas son mis tierras, Adrián Lobo.

El gesto de Adrián fue de sorpresa.

—¿Es usted don Diego de la Cruz? —preguntó, en un tono más respetuoso.

Tan solo lo había visto una vez y de pasada, jamás fueron presentados formalmente. En

esos momentos don Diego no lucía el aspecto de un caballero, iba a pecho al descubierto, los cabellos sueltos y los pantalones y las botas embarrados.

Diego se pensó la respuesta. Si revelaba que Beatriz estaba con él, se arriesgaba a ser acusado de secuestro. Por otra parte, también estaba la opción de pedir la mano de Beatriz ante el escándalo que suponía hallarse en semejantes circunstancias. En cualquier caso necesitaban ayuda, porque sus monturas habían escapado y ella no estaba en condiciones de avanzar a pie.

Se arriesgó.

—En efecto, mi nombre es don Diego de la Cruz, y sí, doña Beatriz Álvarez de Guzmán está aquí, conmigo.

CAPÍTULO 16



—¡No volverás a hacer algo tan imprudente!

Beatriz jamás había visto a su padre tan enfadado. Siempre se había mostrado afectuoso con ella, y desde su regreso a la hacienda, la había colmado de caprichos.

Pero aquella mañana la había mandado llamar tras haber sido rescatada por Adrián la pasada jornada y estaba furioso.

Beatriz apartó la vista de la alfombra del despacho de su padre y lo miró a los ojos para excusarse.

—Padre, yo…

—¡No volverás a salir sola! ¿Me has oído bien? —interrumpió su padre, rojo de ira con un golpe de puño en la mesa, haciendo que sus útiles de escritura temblaran a causa del impacto —. Si Adrián no llega a dar contigo, no sé qué habría podido sucederte en manos de ese… de ese… ¡Malnacido! —bramó al fin, colérico.

Beatriz abrió la boca para decirle que don Diego no le había hecho ningún daño, pero su padre no se lo permitió.

—¡Y en el rancho De la Cruz, ni más ni menos! ¡Medio desnuda y retozando con ese mestizo! ¿Qué será de tu reputación, si alguien más lo descubre?

Beatriz miró a Adrián, allí presente. Él le devolvió la mirada y negó con la cabeza, en un gesto que quería decirle que él no había revelado las circunstancias en las que las cuales la había hallado. Ella volvió a mirar a su padre y tomó aire antes de hablar.

—Padre, no sucedió nada de lo que piensas. Don Diego solo me rescató de…

—¿¡Qué demonios hacías en ese lugar!?

Beatriz se mordió el labio inferior y volvió a clavar la vista en la alfombra. ¿Cómo explicarle a su padre que se estaba bañando desnuda en el rio? Suspiró.

—Yo… yo me perdí a causa de la tormenta y mis ropas se llenaron de barro —mintió, en parte—. Me metí en el agua y…

—¿Qué excusa tan ridícula es esta, Beatriz? —bramó su padre, dando otro golpe sobre la mesa, esta vez con las palmas abiertas, y levantándose de la silla—. ¿Acaso crees que soy ingenuo?

La joven cerró los ojos ante los gritos de don Rodrigo.

—Lo lamento, padre. Le pido disculpas. Pero le repito que entre don Diego y yo no sucedió nada que pueda comprometer mi honor.

—¡Tu honor ya está comprometido, insensata!

Beatriz abrió la boca, indignada.

—¡No me fue arrebatada la virtud!

—¡Cuanto mejor! —Don Rodrigo pareció calmarse, pero nada más lejos de la realidad. Miró a su hija con fijeza, y concluyó, en un tono frío y distante—: No quería tener que llegar a esto Beatriz, pero te voy a tener que casar.

¿Casarla? ¿Con quién? ¿Con don Diego? ¡Sobre su cadáver!

—¡Padre, no! —negó, con la voz aguda—. No puedo, no deseo casarme.

—Pues no te quedará más remedio. Porque vas a casarte, Beatriz. ¡Y no se hable más!

—Pero apenas conozco a don Diego. ¡No deseo casarme con él!

—¿Casarte con ese advenedizo? —repitió su padre, atónito. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una amarga carcajada antes de continuar—: No, Beatriz, no es con ese mestizo con quien te casarás. Sino con Alfred Newton.

Beatriz sintió que la recorría la ansiedad y las rodillas le flaquearon.

—Pero, ¿quién es ese hombre? —musitó, casi sin aliento.

—Lo conocerás a su debido tiempo. Por el momento, aguardarás en tu alcoba y no saldrás hasta que yo te lo diga.

—¡Padre, no!

—¡No te atrevas a contradecirme! —bramó—. ¡Harás lo que te ordene! Ahora retírate, tengo asuntos que atender, entre ellos, enviar un mensaje urgente a tu futuro esposo. Y recuerda, te prohíbo que salgas de tu habitación hasta nueva orden.

Beatriz estaba tan perpleja por la reacción desproporcionada de su padre que fue incapaz de replicar. Se había quedado muda y un gran nudo en pecho le impedía respirar con facilidad. Fue Adrián quien la tomó del brazo y la instó a abandonar el despacho de su padre. Como si no pudiese caminar por sí misma, se dejó llevar por el capataz hasta su habitación.

Él avanzaba en silencio por el pasillo y cuando llegaron a la puerta de su alcoba, Beatriz reaccionó.

—Espera, Adrián —pidió—. No te marches aún, deseo hablar contigo.

—Beatriz, no puedo permanecer aquí por mucho tiempo, yo…

—Gracias —interrumpió ella, mirándolo a los ojos.

Adrián negó con la cabeza.

—Beatriz, yo no le dije a tu padre que te encontramos con Diego de la Cruz, y mis hombres son discretos. Se lo pedí expresamente.

Beatriz cambió su expresión y suspiró.

—Ya sé que tú no dijiste nada. Pero, ¿crees que habrá sido el mismo don Diego quien me ha delatado para intentar forzar un matrimonio? Porque él…

Iba a decirle que él se había ofrecido a ello, cuando Adrián negó con la cabeza y la interrumpió.

—Lo dudo mucho, Beatriz. Don Diego tiene mala fama, pero creo que es un caballero.

Beatriz tragó saliva. De repente, pensó en la posibilidad de casarse con un desconocido y… el miedo la atenazó.

En ese mismo instante escucharon un carraspeo tras ellos, y cuando se dieron la vuelta se

toparon con Carmen que sonreía, malévola. Había espiado tras la puerta del despacho de don Rodrigo durante toda la conversación, y su rostro era de pura satisfacción.

—Enhorabuena por tu futuro enlace, Beatriz.

—Has sido tú —comprendió Beatriz, arredrada—. ¿Cómo supiste que…?

—Me lo dijo un pajarito —respondió Carmen, divertida—. Solo tuve que darle un poco de alpiste y se puso a cantar.

Adrián la miró, perplejo. Él no le había dicho que Beatriz se resguardó de la tormenta con Diego de la Cruz, pero la muchacha era persuasiva. Con seguridad sobornó a alguno de sus hombres. Malditos fueran, se las verían con él.

—¡Serás bruja! —exclamó Beatriz, furiosa. Adrián tuvo que agarrarla por el hombro para que no cometiese una insensatez. Carmen soltó una carcajada musical, luego entrecerró los ojos y amplió su sonrisa.

—No te enfades, hermanita. El señor Newton es un hombre rico. Yo misma lo recomendé ayer noche a padre tras averiguar como perdiste la vergüenza. El único inconveniente es que es un poco viejo y no es muy apuesto.

—¿Cómo has podido hacerme esto, Carmen? —preguntó Beatriz, mientras lágrimas de rabia amenazaban tras sus párpados.

Su hermanastra volvió a echarse a reír.

—Oh, padre… Nuestra amada Beatriz… ha… ¡desaparecido! Corre el rumor de que estaba con Diego de la Cruz, en una situación muy comprometida. —Carmen fingió estar apesadumbrada y se llevó un pañuelo invisible a la cara, para secar una lágrima inexistente. —Oh, ¡pobre hermanita mía! Ahora la va a tener que casar con un hombre decente. ¿Verdad que es la única solución, padre?

Adrián miró a Carmen, indignado.

—¿Cómo puedes ser tan cruel?

Sin borrar la sonrisa de complacencia del rostro, Carmen se encogió de hombros, luego dio media vuelta y regresó a su habitación, dando un portazo.

Beatriz tuvo que apoyarse del brazo a Adrián para no caerse al suelo.

—¿Necesitas algo? —interrogó, preocupado.

Beatriz tardó en responder.

—No puedo entender ese cambio tan repentino en la actitud mi padre. ¿Por qué no se ha dignado a escucharme?

Adrián suspiró, y negó con la cabeza.

—Beatriz… Lo siento.

—¿Y si hablas con él? —rogó ella, cogiéndolo por las manos—. Sé que confía en ti, estoy segura de que te escuchará.

—Beatriz, ya te dije una vez que don Rodrigo… —Adrián bajó la voz y miró alrededor. Cuando se aseguró que estaban libres de oídos indiscretos, continuó—: Don Rodrigo puede llegar a ser un hombre extremadamente cruel a veces.

Beatriz tragó saliva. No se lo podía creer. Su padre no podía ser como decía Adrián.

—¿De verdad crees que me obligará a casarme? —gimió, asustada— ¿De verdad crees que esto no es un simple enfado pasajero, y que luego entrará en razón?

Adrián la miró con lástima. Le apretó las manos, para tranquilizarla.

—No conoces a tu padre, Beatriz. Y creo que es mejor así. De momento intenta comportarte como todos esperan que lo hagas, o tu vida en Hacienda Esmeralda se puede convertir en un infierno.

—Pero… Adrián...

—Debo irme. No puedo estar más tiempo aquí.

La soltó y se dio la vuelta para marcharse, pero ella lo retuvo, interponiéndose en su camino.

—Adrián, dime qué está pasando.

—No puedo hablar, Beatriz. Deja que me vaya.

Antes de marcharse, él miró a su amiga de tal forma que la preocupó. Vio la duda, vio el temor, y vio la culpabilidad en sus ojos grises. La última emoción fue la más presente, y supo

que algo sucedía en aquella hacienda que nadie le había contado. Algo que tenía que ver con Adrián y con don Rodrigo. Pero, ¿el qué?



Diego permanecía sentado junto a la fuente central del patio. Tenía la mirada sobre el reflejo de la luna, que esa noche lucía la forma de un cuerno de bisonte. Nerón, el gato rayado de la casona, subió a su regazo y empezó a ronronear. Lo acarició y el simpático felino se frotó contra su pecho.

Cuando Brisa en la Pradera huyó de él cinco años atrás, también había estado observando el reflejo de la luna en el agua. Y también, como en ese momento, lo había intentado borrar agitando las aguas con un tiro de piedra.

Pero el reflejo insistía en regresar al agua. Y así sería siempre. Por mucho que intentase olvidar a Brisa, jamás lo lograría.

¿Cómo estaría? ¿La habría castigado don Rodrigo por su imprudencia?

Diego debería sentirse tranquilo, pues la había dejado marchar en buenas manos. Adrián Lobo era un hombre de honor. Pero algo le decía que las cosas no andaban bien.

Su padre aseguraba que don Rodrigo era un mal hombre. ¿Qué habría sucedido entre ellos? No dejaba de preguntarse cual era el motivo de esa rivalidad. La causa tenía que ser personal, no económica. Las yeguas de don Diego pocas veces traspasaban las fronteras de la hacienda vecina y jamás hicieron estropicios en sus viñedos. Don Rodrigo mostró interés en las tierras de don Diego en alguna ocasión, pero nada más preocupante. ¿Qué estaba pasando?

Su mente regresó a Beatriz. La había dejado marchar con Adrián, y el capataz había prometido no desvelar las circunstancias de su rescate, por lo que él no podía pedir su mano para salvaguardar su honor sin delatarla. Entonces, ¿qué debía hacer?

Lo que debía estaba muy claro, robársela a su padre y regresarla a Buen Cantor pero…

No podía abandonar a su padre, y menos estando enfermo.

Suspiró, cansado, y rascó la cabeza de Nerón, justo entre las orejas. El gato ronroneó aun más fuerte y maulló de placer. Diego sonrió. Nunca antes había visto un animal como ese hasta que llegó a tierras españolas.

—Los gatos sois sabios. Entonces dime, ¿qué debo hacer?

Nerón lo miró con sus ojos amarillos y luego bajó de su regazo para desaparecer de su vista.

Suspiró de nuevo, se puso en pie, y se encaminó hacia sus aposentos, pero Carlos Velázquez lo interceptó a la salida del patio.

—Buenas noches, don Diego —saludó el capataz y se quitó el sombrero en señal de respeto.

—Buenas noches, Carlos —respondió, con gesto cansado. La expresión del capataz le decía que se avecinaban más problemas—. ¿Sucede algo?

—Me preguntaba si dio con los comanches. Su caballo regresó herido y…

—Todo está bajo control, Carlos. Gracias por preguntar —interrumpió, pero el capataz insistió en quedarse.

—¿Son muchos, don Diego?

—Tres familias y cuatro cazadores, uno de ellos es aún un muchacho.

Carlos suspiró.

—Reconozco que temí por usted cuando su caballo regresó sin su jinete a los establos. Tan solo se hizo un rasguño en la mano derecha, nada grave, pero…

—Ya lo he visitado esta mañana, y en efecto, no es grave. ¿Algo más? —inquirió, en un tono impaciente. El hombre arrugaba el ala de su sombrero una y otra vez. ¿Por qué?, se preguntó, frunciendo el ceño.

—En cuanto a los comanches… ¿no son demasiados? Quiero decir… ¿No deberíamos avisar al alcalde?

Diego se lo quedó mirando, pensativo. Alzó la mano, y le mostró los cinco dedos y luego

cerró el puño.

—¿No más de un puñado te parecen demasiados? —interrogó, con la voz endurecida.

—Bueno, pues depende… —respondió el capataz, con gesto torvo.

—Eso, depende. En este caso son tres familias, cuatro hombres, mujeres, niños y unos pocos ancianos. No deseo que el alcalde intervenga en este asunto, ni propiciar una masacre por un puñado de yeguas. Yo mismo solucionaré el asunto sin derramar una sola gota de sangre —declaró, contundente. Miró a su capataz, severo, y este bajó la cabeza—. ¿Ha quedado claro? —insistió, con una mirada de hielo que no admitía un no por respuesta.

—Cristalino.

Cuando el capataz se hubo marchado, Diego empezó a subir las escaleras hacia su alcoba, reflexivo. Al llegar se sentó en la cama y se dejó caer de espaldas sobre el colchón mullido de lana. Intentó vaciar su mente para poder dormir, pero le fue imposible. El encuentro con Beatriz ocupaba cada recoveco.

Su piel desnuda. Sus ojos color esmeralda llenos de afrenta y rabia. Su largo y violáceo cabello, húmedo, con miles de gotas que asemejaban diamantes entre sus hebras. El temblor de su cuerpo contra él. El roce de sus caderas contra…

Emitió un largo suspiro y se tapó los ojos con el antebrazo. El deseo no hacía sino incrementarse cada día más.

Era la segunda vez que se veían en aquellas tierras, y todavía no lo había reconocido.

¿Tanto había cambiado?

Tal vez fuera mejor así, por el momento. Pero, en su opinión, alargar la confusión era peor. Aún lo atormentaba la muerte del joven cuervo, y Brisa con seguridad pensaba que había sido intencionada. La había herido de una forma demasiado profunda. Y él se había pasado cinco años rumiando la forma de hacerse perdonar cuando la encontrara. Pero, tras hacerlo, ella no lo reconocía.

Suspiró de nuevo, frustrado, porque recordar ese episodio solo lo llenaba de dolor, de inquietud y de dudas.

Él no la olvidaba, jamás podría.

Y tal vez fuera mejor así o su odio hacia él regresaría para destruirlo.

Si cerraba los ojos, aún podía ver la pasión y el deseo en su preciosa y verde mirada el día que se besaron en la pradera. Después, todo se transformó en odio. Llevaba años con esa escena grabada a fuego en las retinas, y le taladraba el corazón de agonía.

Se incorporó con ímpetu, incapaz de seguir debatiéndose en la incertidumbre y la culpa. Determinado, tomó una decisión: era hora de empezar a pensar en cómo devolverla a Buen Cantor. A pesar de que habían transcurrido ya cinco largos años, él había dado su palabra. Tras solucionar el asunto de los comanches, hablaría con su padre, y después se marcharía.

En ese instante alguien golpeó su puerta.

—¡Don Diego! ¡Don Diego!

La voz alterada de Velázquez lo obligó a levantarse. Caminó hasta la puerta y la abrió, alarmado. Tras hacerlo pasar, pudo ver la preocupación en el rostro del capataz.

—Se trata de su padre.

Diego no se lo pensó, echó a correr y entró en la alcoba de su padre, en el piso inferior ya que desde que estaba enfermo no podía subir las escaleras. Estaba inquieto, pero no perdió la compostura.

Don Diego de la Cruz yacía en el lecho. Su rostro estaba pálido y la muerte asomaba en él.

—Padre —pronunció, sintiendo como si unos dedos helados le envolvieran el corazón.

—Diego —susurró el hombre—, hijo…

Nube de fuego miró a Carlos

—Ve en busca del doctor García —ordenó—. ¡Rápido!

Cuando el capataz salió de la habitación, Diego regresó de inmediato la atención a su padre.

—Descansa, debes guardar las fuerzas —recomendó, con el cariño vertido en cada

palabra.

—Hijo, escúchame —dijo don Diego, con dificultad—. Necesito… La muerte me acecha. Necesito que te hagas cargo del rancho hasta que la verdad salga a la luz.

—¿La verdad? —repitió Diego, confuso. Se inclinó más hacia él—. ¿Qué quieres decir, padre?

—No puedo permitir que don Rodrigo se salga con la suya. ¿Me das tu palabra, hijo? ¿Te quedarás?

Nube de Fuego cerró los ojos y suspiró. Ya había dado su palabra a Pluma Roja, debía regresar con su pueblo, ya había estado demasiado tiempo ausente.

—Padre, usted no va a morir ahora, no diga…

—Debo contarte algo que… —insistió don Diego, apretándole la mano con desesperación, con los últimos restos de fuerza que le quedaban.

—Pero…

—Escúchame, es importante —interrumpió el anciano—. Se trata de Adrián Lobo, el capataz de Hacienda Esmeralda. Necesito que… Lo hagas venir de inmediato.

CAPÍTULO 17



Carmen regresó a él. Y Adrián sucumbió, una vez más, a los crueles encantos de la beldad rubia de ojos de cielo.

Sus besos de serpiente eran mortíferos. Y tan dulces, al mismo tiempo, que podría morir en cada uno de ellos.

Carmen gemía contra su boca, lamía sus labios, acariciaba la piel de su pecho desnudo. Sus suaves dedos descendieron hasta rozarle los pezones. Con el dedo índice y el pulgar, le pellizcó el derecho, mientras la otra mano navegaba por su vientre.

Adrián no se atrevía a tocarla. Era demasiado valiosa para que sus sucias manos la mancillaran. Pero Carmen no se lo estaba poniendo fácil.

Estaban en los establos, era noche cerrada y ella había se había metido en su catre, solo cubierta con una bata de seda. Se había colocado sobre él, a horcajadas, y en esos momentos ondeaba las caderas, frotándose contra su miembro, mientras sus manos y sus labios lo torturaban.

—Carmen, te lo suplico… —murmulló, trastornado.

—Cállate —ordenó ella, exigente. Deslizó la mano por el calzón de Adrián, se abrió paso hacia él, y su suavidad lo envolvió.

—Eres mío —ronroneó, apoderándose de su miembro, masajeándolo, torturándolo—. Me perteneces, Lobo. Y te tendré siempre que lo desee.

Maldita sea, ella tenía razón. Pero tenía que resistirse.

—Por favor, no…

Carmen lo miró a los ojos con una ardiente necesidad en el fondo de las pupilas.

Continuaba tocándolo, frotando su miembro con delicadeza. Adrián pensó que iba a morir de placer de un momento a otro.

—Dilo. Di que eres mío, di que me perteneces —demandó, implacable.

Estaban a oscuras, pero la luz del farol que colgaba de la pared, a varios metros de distancia, se proyectaba en Carmen, haciendo que sus cabellos resplandeciesen como el sol.

—Soy tuyo —confesó—. Te pertenezco.

—Di que me amas.

Adrián cerró los ojos. Notaba los labios suaves y cálidos, besando la piel de su pecho.

—Ya lo sabes, Carmen.

—Te lo ordeno.

Adrián abrió los ojos, la agarró por las muñecas, y la obligó a apartar las manos de su entrepierna. Luego la miró a los ojos, y negó con la cabeza.

—No me hagas esto —suplicó.

Ella frunció el ceño.

—¿No me amas? —interrogó, con los ojos muy brillantes.

—No es eso, y lo sabes…

—¡Pues dilo! —apremió. De repente, su voz sonaba rasgada. Cuando intentó zafarse de su agarre, él la apretó más fuerte.

—No quiero, Carmen. Porque ya lo sabes. Como yo también sé que tú no me amas. Soy solo un capricho, un pasat…

—¿Un trozo de carne? —dijo ella, con las lágrimas a punto de brotar como una fuente de sus párpados—. ¿Es eso lo que crees?

Adrián cerró los ojos. No la entendía y jamás lo haría. Solo sabía que tenía que alejarse de ella, o su corazón no dejaría de sangrar jamás.

—Márchate —pidió, sin poder evitar que su tono de voz sonara poco convincente.

Ella lo miró, enfadada, pero sus ojos seguían brillantes a causa de unas lágrimas que se esforzaba en no derramar.

—¿Cómo dices? ¿Me rechazas? —preguntó, alterada, con la rabia burbujeando en sus venas, como un veneno que se hacía cada vez más fuerte, apoderándose de todo—. ¿Es por Beatriz otra vez? —inquirió, en un tono letal.

Él la empujó con suavidad, obligándola a apartarse. Luego se puso en pie y se ató los pantalones.

—Ya me has oído. Vete. —repitió. La miró, con toda la determinación que logró reunir, una determinación que pendía de un hilo.

—¿Cómo te atreves a…? —increpó sulfurada, herida, vulnerada y colérica.

—¡Fuera! —gritó Adrián.

Por vez primera Carmen dio un paso atrás. Él jamás le había hablado así, mucho menos le había dado una orden, y por descontado, nunca antes le había gritado.

Su esbelto cuerpo estaba erguido, sus músculos en tensión, los puños apretados. Los cabellos revueltos le tapaban medio rostro y en sus ojos grises brillaba la rebeldía, la desesperación, pero también una férrea determinación. Adrián sufría, pero por primera vez acababa de tomar una decisión. Ella lo supo, y empezó a temblar como una hoja.

—No volveremos a estar juntos. —Lo oyó decir en un tono más calmo, pero no menos firme—. Nunca más.

En ese momento, algo cambió en el interior de Carmen. No supo el qué, pero se asemejó al miedo que sintió cuando una vez, de pequeña, encontró sobre la cama a Nilo, su gato atigrado, al borde de la muerte. Alguien lo había envenenado y murió a las pocas horas en terrible agonía. Desolada, lo enterró en el jardín, bajo un hermoso bellasombra. Y bajo ese árbol, ella y Adrián se dieron su primer beso, un tiempo después. Solo Dios sabía cuanto amó Carmen a ese animalillo, que fue su única compañía durante años. Perderlo hizo que el miedo y el dolor la oprimiesen hasta casi enloquecer. Y eso, exactamente era lo que estaba sintiendo en esos instantes. Acababa de perder también a Adrián.

—Está bien —dijo, fingiendo a la perfección una compostura que no sentía—. Me marcho—. Se dio la vuelta y empezó a caminar. Pero cuando estaba a punto de salir por la puerta

de los establos, volteó el rostro y miró a Adrián con un brillo aterrador —. Esto no se va a quedar así. Tarde o temprano lo lamentarás.

Volvió a girar la cabeza y abandonó de las caballerizas.

Adrián se dejó caer sobre el catre. Se llevó la mano al pecho y se concentró en su propia respiración. Tenía el corazón desbocado, le latía tan rápido que a duras penas podía moverse. La ansiedad era tan fuerte que las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, sin ningún control.

Al fin lo había hecho. Acababa de poner punto y final a la relación. Dolía mucho más de lo que pensó que dolería. Pero hacía mucho tiempo que tendría que haber parado lo que jamás debió empezar.

Aún con todo, Carmen tenía razón: Él era suyo y no dejaría de serlo. Nada se podía hacer al respecto. Ella era su dueña.

Recordó el día en que llegó a Hacienda Esmeralda, cuando apenas era un niño. Estaba sucio, hambriento, y era incapaz de apartar los ojos del suelo. Tras haber vivido toda su vida en un convento donde sufrió malos tratos, apareció don Rodrigo buscando un mozo de cuadras. Con el tiempo, y tras muchos esfuerzos, consiguió ser el capataz de Hacienda Esmeralda.

Don Rodrigo se lo había dado todo: su confianza, una forma de vida, todo. ¿Y cómo se lo había pagado Adrián? Mancillando a su hija.

Carmen llegó a la hacienda cuando él tenía diecisiete años, recién nombrado capataz. La muchacha había pasado la mayor parte de su infancia en España, acompañando a una tía soltera. Una tarde apareció con sus preciosos ojos azules, y un gatito atigrado en el regazo. Lo miró con altanería, pero le mostró con orgullo a su mejor amigo y permitió a Adrián que lo acariciase. Desde entonces quedó fascinado, pero jamás se atrevió a mirarla por más de cinco segundos. Era un ser tan delicado, un ángel del cielo, lo más hermoso que había visto jamás. Sus labios gruesos y rojos como las rosas, sus ojos del color del cielo en verano y una elegancia innata. Quedó prendado y desde entonces nunca pudo mirar ni tocar a otra mujer.

Adrián no podía seguir así. No solo peligraba el honor y la honra de Carmen, tenía que poner fin a esa relación de una vez por todas o su corazón acabaría enfermo. Por mucho dolor

que le causara, tenía que hacerlo.

Pasó la noche en el catre, con los ojos abiertos y el pulso martilleando su sien de forma cruel. Hasta que la aurora se dejó ver, atravesando con su luz violácea los ventanales de los establos.

Se aseó, se vistió y enjaezó a Azafrán.

Lo sacó al potrero y empezó a darle cuerda. Mientras tanto, seguía sumido en sus pensamientos de los que Carmen era dueña, la única e indiscutible. Adrián era prácticamente incapaz de arrancarse de la cabeza a esa dama ingobernable.

En eso estaba pensando cuando de repente, un vaquero irrumpió en la hacienda al galope tendido.

Adrián arrugó el entrecejo, al reconocer a Carlos Velázquez, el capataz del rancho vecino. Recogió la cuerda y soltó a su aire a Azafrán.

—¿Qué se te ha perdido por aquí, Velázquez? —espetó cuando el joven desmontó de su yegua pía para atarla a la baranda del potrero circular.

—Adrián Lobo —saludó, tocándose el ala de su sombrero.

—El mismo.

—Verás… —Velázquez miró a un lado y a otro con tal de asegurarse de que nadie los escuchaba—. Es mi patrón, el viejo don Diego de la Cruz. Desea verte.

Adrián arrugó el entrecejo, sorprendido. Se pensó muy bien su respuesta, pero no tardó mucho en responder.

—Lo siento, pero no tengo nada que hablar con ese hombre.

CAPÍTULO 18



Al día siguiente, Beatriz caminaba ensimismada por las calles de San Diego de Alcántara. Era día de mercado y estaban lo suficientemente llenas teniendo en cuenta el calor que despuntaba a medida que el sol se alzaba en lo alto. La seguía Lorena a escasa distancia. La joven doncella no dejaba de mirar a su alrededor, ansiosa y preocupada. Quienes se cruzaban a su paso miraban a Beatriz de reojo y luego cuchicheaban, pero retiraban la vista cuando su señora pasaba por su lado, con la intención de no saludarla. Incluso doña Consolación, la viuda del notario, se cambió de acera para no tener que toparse con ella. Entonces se dio cuenta Beatriz de que algo no iba bien.

—¿Qué está pasando? —preguntó a Lorena.

Y como no podía ser de otra forma, la muchacha dio rienda suelta a sus preocupaciones.

—Ay, doña Beatriz —suspiró, afectada—, no creo que haya sido buena idea desobedecer a su padre. Se va a enfadar, y puede que me mande a azotar.

—No va a hacer tal cosa.

—Regresemos, se lo ruego…

—Oh, no. Ni hablar, Lorena. —La interrumpió Beatriz, apurando el paso—. En casa va a estallarme la cabeza. Necesito salir a tomar el aire, ver gente, relacionarme. No he nacido para vivir en una prisión.

—Pero don Rodrigo…

—Mi padre lo entenderá. Siempre lo hace.

Se detuvo en una mercería y la tendera desde el mostrador tragó saliva al verla. Forzó una

sonrisa cuando le vendió un lazo de raso, y Beatriz se extrañó, pues siempre la había tratado con simpatía.

—¿Qué le pasa a Amparo? —preguntó a Lorena, tras proseguir su camino.

—Doña Beatriz, será mejor que regresemos a la hacienda.

—He dicho que no, Lorena.

Voltearon la esquina de la plaza mayor y se toparon con Carmen.

Su hermana había salido de compras, y sus dos amigas, las hermanas Ruiz, la custodiaban como Cancerbero a las puertas del averno. Beatriz hizo una mueca, esas dos tontas se comportaban como si Carmen fuera la reina de España y ellas unas simples cortesanas. Resopló de forma poco elegante e iba a esquivarlas cuando la beldad rubia le cortó el paso. La vio curvar los labios hacia arriba y Laura y Antonia hicieron lo propio, entre risas ahogadas.

—¡Oh! —exclamó Carmen, moviendo hacia atrás los rubios tirabuzones en un encantador golpe de melena—. ¿La señora Amparo te ha vendido un lazo? —Miró lo que Beatriz llevaba en la mano, para después fruncir el ceño—. Qué extraño.

Beatriz torció el gesto.

—¿Y por qué te parece extraño?

Carmen transformó la sonrisa fingida en una expresión que demostraba toda la inquina que sentía hacia Beatriz.

—Porque eres una descocada.

—¿Ah, sí? —preguntó, alzando una ceja.

—No te hagas la sorprendida. —Carmen desplegó el abanico para ocultar una sonrisa ladeada—. Todo el pueblo sabe que estuviste retozando con don Diego de la Cruz en el río. Y que te arrebató la virtud. ¿O se la entregaste gustosa?

Beatriz alzó el mentón y rio soltando el aire por la nariz, irónica. Luego la esquivó. No estaba dispuesta a perder ni un solo minuto más con Carmen. Pero su fiel doncella, Lorena, la obligó a detenerse.

—¡Eso es mentira! —exclamó, dolida—. Mi señora jamás haría tal cosa.

—¡Es la pura verdad! —respondió Carmen, con los puños apretados y pateando el suelo con el tacón derecho, en un gesto poco elegante—. Y por eso me he asegurado de que todo el pueblo se entere. ¿Y sabes por qué, estúpida criada? Porque Beatriz es una atrevida y lo único que sabe hacer es coquetear con todos los hombres que se cruzan en su camino. ¡Incluso con Adrián Lobo!

Lorena no lo soportó más, apretó los puños y la empujó, haciendo que a Carmen se le cayera el abanico al suelo. A la dama le cambió el rictus. Dejó de lado el odio que sentía hacia Beatriz, para proyectar toda su rabia contra la doncella. El bofetón que le propinó en la mejilla hizo que hasta sus amigas dejasen de reír y se taparan la boca con las manos enguantadas.

Beatriz se encaró con Carmen.

—¿Cómo te atreves a golpear a Lorena? —inquirió—. ¡Mereces que te devuelva el bofetón!

Carmen curvó la comisura del labio superior.

—Mereces que te devuelva el bofetón —canturreó, curvando la comisura del labio superior.

—Ella la empujó primero. —Se atrevió a decir Antonia Ruiz, pero calló al notar el codazo de su hermana Laura—. ¡Ay!

—La próxima vez que hagas algo así, te arrancaré de cuajo esos ridículos tirabuzones —dijo Beatriz.

—Anda, atrévete —retó Carmen. E iba a decir algo más cuando apareció el señor Newton.

—Señoritas…—saludó fingiendo sorpresa, cuando era evidente que había disfrutado del espectáculo—. ¿Qué hacen peleando, acaso se ha declarado la guerra a los comanches?

Beatriz miró con sobresalto al hombre que acababa de hablar con acento inglés. Tendría unos cincuenta años y un bigote rubio y espeso, que se movía cada vez que movía los labios. Era alto, algo entrado en carnes, pero fornido. Sus ojos azules eran pequeños y muy juntos, como los de una comadreja, y era evidente que le clareaba la testuz, pues la mirad del mismo lo llevaba

peinado hacia un lado para disimular su calvicie. Lo que no podía ocultar era su mirada lasciva, como si desease desnudarla allí mismo.

—Señor Newton —saludó, pero no extendió la mano, no quería que la tocase ni siquiera a través de los guantes.

—¡Oh, qué agradable coincidencia, Alfred! —exclamó Carmen, adelantándose, pero también escondió la mano—. Laura, Antonia, os presento a mi futuro cuñado. —Carmen no podía estar más contenta, tenía la satisfacción impresa en el rostro.

Beatriz evitó una mueca de repulsión, pero no se amedrentó. Les saldrían alas a las vacas antes de casarse con ese despreciable ser.

—Te equivocas, hermana —aclaró—. No tengo intención de desposarme, ni con Newton, ni con ningún otro hombre.

El inglés soltó una carcajada. Parecía muy seguro de sí mismo.

—Mi querida Beatriz, me temo que don Rodrigo no es de la misma opinión.

—Mi padre no decide por mí, señor Newton.

Newton la agarró del antebrazo y acercó los repulsivos labios al oído de Beatriz.

—Todo parece indicar que el pasar la noche con ese mestizo le ha nublado el juicio, señorita —dijo, taimado—. Pero créame, entrará en razón, por su propio bien. Lástima que yo no vaya a tener la oportunidad de desvirgarla, Beatriz, pero créame, realmente valdrá la pena el sacrificio.

—¡Apártese de mi! —exclamó, soltándose de su agarre para después retarlo con la mirada.

Newton soltó una carcajada, acto seguido se tocó el ala del sombrero.

—Beatriz —dijo, para después mirar a Carmen y a sus amigas—. Señoritas, ha sido un placer. —A Lorena solo la miró de arriba abajo para después hacer un gesto de desprecio.

Tras la marcha de ese hombre, Beatriz ya no pudo reprimir el asco que le producía. Carmen se adelantó un paso, y soltó aire por la nariz, con una sonrisa de satisfacción.

—No te inquietes, hermanita. El señor Newton es uno de los hombres más ricos de la

región. No te faltará de nada, aunque… —La miró y no pudo reprimir la carcajada—. No me gustaría estar en tu lugar la noche de bodas.

Beatriz apretó los labios, pero no se dignó a mirar a su hermana cuando ella y sus amigas se marchaban. Las carcajadas fueron alejándose con sus dueñas, y solo cuando dejó de escucharlas cerró los ojos y suspiró. Luego miró a su doncella, y la tomó de la mano.

—¿Estás bien? —preguntó—, ¿te duele?

Lorena negó con la cabeza.

—No, señora. Más me duele cómo la tratan a usted. No es justo.

Beatriz tomó aire, para después expulsarlo con lentitud.

—No, no lo es. Pero si creen que se saldrán con la suya, es que no me conocen.



Como cada noche, Beatriz se asomó al balcón de su habitación. La luna era una pequeña línea curva incapaz de restar el brillo de las estrellas, pero Venus resplandecía como una diosa.

Pensó en su madre, y en los apsalooke. Habían pasado muchas lunas y cada día los echaba más a faltar. Por primera vez en toda su vida se preguntó si había hecho bien en dejarlos para ir con don Rodrigo.

¿Era infeliz en Nueva España?

En ese momento sí, pues no entendía por qué su padre la obligaba a casarse con alguien tan malvado. Buen Cantor jamás habría hecho nada parecido y su madre, Beatriz, tampoco lo habría permitido. Oh, ¿de verdad era feliz en aquel lugar? Sus únicos amigos eran Adrián, y Lorena. Y Diego…

¿Qué significaba para ella ese hombre?

Decidió echarlo de su cabeza. Y también decidió no lamentarse más por las decisiones tomadas, pues de nada servía volver la vista atrás. Brisa en la Pradera siempre dirigía la mirada

hacia el futuro.

Sin embargo, cuando acudió a su mente la radiante sonrisa de su hermano, se le formó un nudo en el estómago que la dejó sin respiración. Cinco años habían pasado y aún se le hacía insoportable.

Desolada, caminó hacia el tocador, se sentó frente al espejo ovalado y empezó a deshacerse la trenza. Peinarse la relajaba, le recordaba a su madre. Pasó el cepillo por sus largos cabellos, y cerró los ojos cuando las púas acariciaron el cuero cabelludo.

Su mente viajó a lugares donde no debería estar.

—Diego de la Cruz —pronunció, acariciando ese nombre con las palabras.

Luego suspiró.

Tenía que reconocer que la atraía, daba calidez a su corazón, pero también su piel se encendía, y al mismo tiempo, sentía que debía luchar contra todo eso. Cerró los ojos y visualizó su fuerte pecho. Recordó el agua de la lluvia resbalando por la bronceada piel y sus ojos negros mirándola, mientras los negros cabellos se pegaban a la humedad de su rostro. El fuego, bailando en su piel y…

Negó con la cabeza y luego apretó los párpados.

—¡Basta!

Se hizo el firme propósito de no pensar más en ese hombre.

No pudo cumplirlo.

CAPÍTULO 19



Dos días después, a primera hora de la mañana, don Diego de la Cruz, se presentó en la Hacienda Esmeralda. Entró al trote en su caballo negro, Humo, y desmontó en el patio empedrado. El mozo, tan sorprendido como atemorizado ante la presencia de un hombre que, con total seguridad, no sería bienvenido, tomó las riendas con la mirada clavada en el suelo.

Diego lo ignoró y subió las escaleras del porche con brío, haciendo notar sus pasos.

Adrián lo interceptó a la entrada.

—¿Qué se le ofrece, don Diego? —interpeló, con el ceño fruncido.

—Adrián Lobo —respondió Diego, sonriente, aunque con una mirada tan amenazadora como la de un puma—. Dime si debo matarte por haber esparcido el falso rumor del que todos hablan.

Adrián cerró los ojos, y negó con la cabeza.

—Jamás dañaría la reputación de Beatriz —aseguró.

—¿Beatriz? —repitió Diego. Lo miró con fijeza y luego torció la sonrisa—. Me sorprende tanta familiaridad.

—Beatriz, sí. ¿Acaso le molesta? —cuestionó, audaz. Esa mujer era su única amiga y estaba dispuesto a defenderla, costase lo que costase.

Esta vez fue Adrián quien miró con fijeza a Diego. Ambos hombres mantuvieron un silencioso duelo, hasta que se dieron cuenta de que varios trabajadores de la hacienda los observaban.

—¿Es que no tenéis nada que hacer? —exclamó, Adrián—. ¡A trabajar!

La gente se dispersó, y Diego curvó los labios otra vez hacia arriba.

—Y dime, Adrián Lobo. ¿Para qué quería verte mi padre?

Al capataz de Hacienda Esmeralda le cambió la cara.

—Eso no es asunto suyo.

Diego resopló.

—Ni tuyo el motivo por el que estoy hoy aquí. Así que anuncia mi presencia a don Rodrigo, o fuera de mi camino.

Mientras Diego, seguido de cerca por Adrián, empezaba a subir las escaleras en dirección al despacho de su padre, Beatriz contuvo la respiración desde el primer piso. Lo había visto llegar desde el balcón de su alcoba, y en esos momentos aguardaba su llegada oculta tras una columna, junto a la balaustrada de la escalera.

¿A qué habría venido ese hombre? ¿No pensaría cumplir lo de pedir su mando, tal como aseguró en la cueva? Gimió, arredrada, y cuando Diego entró en el despacho, expulsó el aire contenido. No pudo evitar quedarse junto a la puerta, mirando a Adrián con un gesto de interrogación.

—No lo sé —respondió a la silenciosa pregunta de Beatriz con un susurro—. Pero al parecer, algo se trae entre manos.

—Vigila que no venga nadie —pidió ella, susurrando también—, no quiero que me sorprendan escuchando conversaciones ajenas. En especial, Carmen.

—Pero…

Beatriz se puso el dedo índice en los labios para hacerlo callar y luego pegó el oído a la puerta.

Don Rodrigo levantó la mirada de los documentos que estaba examinando para clavarla en don Diego de la Cruz, con gesto de contrariedad por tan indeseada visita. Aunque al contemplarlo de cerca se vio obligado a reconocer que el hijo de su enemigo, ese usurpador, lucía como todo un caballero. Vestido con una chaqueta de corte triple, azul oscuro, con una

botonada de oro, aunque llevaba los dos últimos desabrochados. Un corbatín de seda con una pequeña vuelta, collarín encarnado y el cabello recogido a la nuca con un lazo de espléndido raso negro. Los calzones eran elegantes, ribeteados de oro en los costados. Las botas de montería, impecables. No portaba espuelas, algo que extrañó al prohombre, ya que todo el mundo las llevaba y exhibía con orgullo.

Tuvo que recordarse que las vestiduras no definían la nobleza. Y ese hombre era un mestizo, un ladrón, y un pretendido. No había honor, mucho menos grandeza en él.

—¿A qué debo tan desagradable visita? —dijo, sin evasivas.

Diego achicó los ojos. Si lo que estaba buscando don Rodrigo era una guerra dialéctica, no la encontraría, aunque le dejaría bien claras sus intenciones desde el principio.

—Deje de lado sus diferencias con mi padre, pues el motivo de mi visita es otro que nada tiene que ver con el Rancho de la Cruz.

—Sin embargo, esas diferencias se extienden a… usted —replicó, arrogante y lo miró con desprecio.

—Primero escuche lo que le tengo que decir —solicitó, sin perder la compostura ante tantas afrentas.

Rodrigo dejó caer los párpados para mirarlo entre las pestañas, se recostó en el sillón para después hacer una seña, indicándole a don Diego que hiciera lo propio. Debía agradecer esa excelente oportunidad para humillar al hijo de su enemigo. No iba a desaprovecharla.

—Lo escucho.

—He venido por su hija, Beatriz.

Don Rodrigo expresó su sorpresa y enfado, incorporándose de golpe.

—¿Cómo osa expresar tan alegremente su atrevimiento? ¿No tiene vergüenza?

—Si no tomo cartas en el asunto, la reputación de doña Beatriz se verá arrastrada por el lodo.

—¿Y quién es el culpable de eso? —contraatacó el padre, sonriente.

Diego no sabía qué pensar. Esa sonrisa lo confundía. ¿Acaso le importaba Beatriz, o

únicamente su orgullo? No podía leer más allá del rostro de ese hombre, era hermético. Lo que sí pudo ver era que se trataba de un vanidoso, eso era evidente, y Beatriz en ese aspecto era exacta a él. En cualquier caso, no iba permitir que la reputación de ella se viese manchada por un error.

—Jamás toqué a su hija, don Rodrigo. Le doy mi palabra.

—Su palabra no tiene validez para mi —respondió, rezumando odio.

—Los conflictos pasados con mi padre no tienen nada que ver con lo que estamos hablando.

—Usted no es un De la Cruz. Si lo fuera, tendría una pizca de mi respeto. Solo es un usurpador con ínfulas, que abusó de mi hija, y que se cree con el derecho de venir a darme lecciones. Pues no estoy dispuesto a permitirlo.

—Don Rodrigo —dijo, calmo, Diego—. Estoy dispuesto a lo que sea para reparar el daño que ella está sufriendo y puedo asegurar que le daré la mejor vida que un hombre puede ofrecerle a una mujer, si me da su mano en matrimonio.

A su pesar don Rodrigo admiró la bravura y la nobleza en ese hombre. Pero instantes después, esa consideración se transformó en desprecio, y lo hizo odiarlo aún más.

—¿Qué te hace pensar que estés a la altura? —espetó, despectivo—. Eres un mestizo, un embaucador y un fraude. Beatriz es mi hija, una Álvarez de Guzmán y se casará con el hombre más rico del pueblo. Le he concedido su mano al señor Newton, y los esponsales serían dentro de un mes —anunció, ufano, lleno de orgullo por el trato que había hecho con el inglés, satisfecho por poder desairar al mestizo al mismo tiempo—. Por supuesto, usted no estará entre los invitados.

Diego achicó los ojos, furibundo. Apretó los puños en un intento de contener su temperamento para poder hablar con voz serena.

—Sé qué clase de hombre es ese Newton. La crueldad que ejerce hacia sus trabajadores es bien conocida por todos, y estoy seguro de que usted mismo conoce los rumores.

—No sé de qué me está hablando —espetó don Rodrigo, acompañando la frase con un gesto de la mano derecha que denotaba desinterés y al mismo tiempo desidia.

—Hubo una mujer, su antigua prometida, que murió a causa de una caída según los informes oficiales, pero todos en el pueblo comentan que él la mató a golpes. ¿En verdad va usted a poner a su hija en manos de alguien así? No puedo creer que sea tan irresponsable —admitió, escéptico.

Don Rodrigo se puso en pie, enfurecido.

—No voy a permitir que me falte al respeto en mi propia casa. Márchese y no regrese, o pagará las consecuencias.

Diego de la Cruz lo contempló sin poder creer que no atendiera a razones. Se levantó con lentitud y lo encaró, desde su altura.

—Lo lamentará, don Rodrigo —afirmó, con dureza.

—¿Me está amenazando?

—No, solo le estoy advirtiendo. No permitiré que entregue a Beatriz a un hombre así. Y tenga claro que, tarde o temprano, ella se casará conmigo.

—¡Márchese!

Diego dio media vuelta y empezó a caminar hacia la salida.

En ese momento, Beatriz despegó la oreja de la puerta y empezó a correr por el pasillo, para ocultarse en el salón contiguo, donde aguardaba Adrián. Lo miró y luego, al escuchar los pasos de Diego de la Cruz bajando las escaleras, cerró los ojos y aguantó la respiración. El corazón le palpitaba demasiado rápido y tuvo la sensación de que él podría escucharlo.

—Beatriz. —La voz de Adrián la sacó de ese estado—. Abre los ojos y respira, que ya se ha marchado.

Ella caminó hasta la puerta y se asomó. Volvió a entrar, cerró los ojos y pegó la espalda contra la pared, con la mano en el pecho para aquietar los rápidos latidos de su corazón.

Acto seguido, miró a Adrián.

—Necesito tu ayuda —indicó—. Esta noche ensilla a Lucero. Tengo que hablar con ese hombre.

—Beatriz, si vuelves a escaparte, don Rodrigo…

—Lo haré, quieras o no —interrumpió, decidida.

—Pues yo te acompañaré, lo quieras o no.

Beatriz resopló como un bisonte.

—Adrián —advirtió y lo miró con fijeza—, no soy una niña, puedo valerme por mi misma.

—No pienso discutir, Beatriz. O dejas que te acompañe, o yo mismo te encerraré en tu habitación y después me tragaré la llave.

CAPÍTULO 20



A última hora de la tarde Adrián esperaba a Beatriz en los establos y al mismo tiempo rezaba para que Carmen no apareciese. Aunque después de la última discusión era probable que no lo hiciese. La mayoría de las veces el orgullo de la joven era más poderoso que sus deseos, pero tal vez tampoco lo amara. Oh, estúpido ingenuo, ¿cómo podía dudarlo? Estaba claro que no lo quería, jamás lo había hecho y jamás lo haría. Carmen solo se divertía, y en cuanto encontrase un pretendiente adecuado, no regresaría a sus brazos.

—Maldita sea —masculló, mientras subía dos puntos a las acciones de los estribos, pues a Carmen le gustaba montar con las piernas recogidas.

Y ese era el problema, que todo lo que hacía, aunque fuera de forma inconsciente, estaba relacionado con Carmen. Ella era el ángel que lo llevaría a la perdición y al mismo tiempo la necesitaba como el aire que ansía quien ha sido enterrado en vida. La amaba, y se sentía desconsolado al no ser correspondido. Tal vez fuera obsesión, o dependencia, pero era algo que no podía o no sabía cómo gestionar. La última vez que estuvieron juntos, fue valiente por primera vez al decirle que no quería volver a verla. Si ella regresaba, tenía que mantenerse firme en su decisión.

Volvió a poner las acciones dos puntos más abajo, y en ese momento Lucero resopló.

—No pasa nada, amigo —tranquilizó con voz suave al bello animal. Luego le palmeó el cuello, ligeramente caído hacia la izquierda. Un defecto físico que al caballo no le molestaba en absoluto.

—Jamás me importó el cuello de gato[13] —dijo Beatriz, que acababa de entrar en los establos.

—Mejor para ti, así nadie lo codiciará.

Beatriz sonrió con tristeza.

—No estés tan seguro —repuso, sin querer recordar tiempos pasados. Palmeó el cuello de Lucero, y lo acarició con ternura. Tenía también una pequeña verruga en el lado izquierdo, otro fallo que para Beatriz era un símbolo de su identidad. Para su pueblo esos defectos eran algo excepcional, incluso mágico. Por eso lo robaron a los lakota, y a su vez estos quisieron robárselo de nuevo a los apsalooke. Ella no lo permitió, Lucero era su amigo, su compañero, sus alas—. Te amo, caballito —declaró. Le dio un beso en el morro y cerró los ojos, pensativa.

Adrián la miró, preocupado.

—No es propio de ti estar tan seria, en especial cuando agasajas al amor de tu vida.

—¿En serio crees que Lucero es el amor de mi vida? —preguntó, afectada, pues no había una verdad más absoluta.

—No solo lo creo, lo aseguro.

Brisa volvió a besar a su caballo y después miró a Adrián.

—¿Y como es que el amor de tu vida no está espiando tras la puerta del establo?

—No estés tan segura —respondió, al sentir un pinchazo en el corazón al oír que nombraba a Carmen—. Pero no quiero hablar de ella. Nunca más.

—De acuerdo —convino, sin querer ahondar en el tema. Estaba demasiado nerviosa por tener que ir a hablar con Diego.

Beatriz comprobó la cincha. Lucero tenía la costumbre de inflar la barriga para que después no le molestase el apretón, pero era peligroso para el jinete pues después la desinflaba y el aparejo quedaba mal ajustado. Por eso, ambos preferían montar sin silla, aunque en San Diego no estaba bien visto, y menos cuando lo hacía una mujer. Y ya era suficiente escándalo que montase a horcajadas, y no al estilo amazona.

Sí, así era ese mundo. En unas cosas le resultaba apasionante, pero en otras sentía que se ahogaba, que no gozaba de la libertad que con los apsalooke sí podría.

—Mi padre pretende casarme con un hombre despreciable —desveló, y Adrián la miró,

desconcertado.

—¿Cómo? ¿Con quien?

—Es extraño que no lo sepas. Con el señor Newton, el tratante de caballos.

Adrián frunció el ceño con preocupación.

—No puedes casarte con ese hombre, Beatriz. Serás infeliz y… hay rumores de que…

—Conozco los rumores, Lorena es un pozo de cotilleos. Pero no sé qué hacer.

—¿Te planteas desposarte con él? —inquirió, con sorpresa.

—Jamás. Pero no sé cómo hacer para que mi padre entre en razón.

—No lo hará.

Beatriz suspiró. No comprendía por qué Adrián pensaba así de su patrón y, aunque le había preguntado varias veces, él no había querido responder. De cualquier forma, no se casaría con Newton.

—Esta mañana, Diego de la Cruz pidió mi mano —continuó. Adrián la miró con el ceño todavía fruncido, aunque su expresión denotaba sorpresa en ese momento—. Todo el pueblo habla del día que pasamos juntos en aquella cueva, por lo que mi reputación ya está enfangada. Mi padre está decidido a casarme, y al parecer Newton es su única opción. O tal vez la que mejor le conviene. Es un hombre adinerado y Hacienda Esmeralda no ha tenido buenas cosechas los últimos años. Sospecho que quiere entrar en el negocio de los caballos, y tal vez por eso también ambiciona las tierras y las yeguas del rancho de la Cruz, de ahí su enemistad con don Diego.

—Tiene sentido —repuso, pensativo—, pero no te mereces un matrimonio tan desafortunado. Debiste actuar con más responsabilidad. Entiendo que pasaste tu infancia con los salvajes y que allí gozabas de más libertad, pero…

—No son salvajes, Adrián —corrigió Beatriz, molesta.

—Está bien, pero…

—Necesito hablar con Diego —interrumpió las buenas intenciones de su amigo—. Necesito…

Darle las gracias.

No era sólo eso. Había algo más. Necesitaba ir a verlo, necesitaba darse cuenta de qué era lo que sentía en realidad por ese hombre. Se estaba planteando en serio su petición de mano; tal vez así se libraría de Newton. Frunció el ceño. ¿Solo era para evitar el matrimonio con ese desaprensivo?

—Una vez más, actúas con el corazón y no con la cabeza —advirtió Adrián.

Eso la hizo dudar por un segundo, pero ella al final sonrió.

—Le dijo la sartén al cazo.

Adrián negó con la cabeza, pero también una sonrisa nació en sus labios.

—Siempre me dices lo mismo. Tal vez no seamos tan distintos.

—Jamás dije que lo fuéramos. Al contrario, nos parecemos más de lo que a ti te gustaría.

Esta vez Adrián soltó una carcajada.

—Gracias, Beatriz.

—¿Por qué? Solo he sido sincera —afirmó, afectuosa. Terminó de ensillar a Lucero, y estiró la acción de la silla para colocar el pie en el estribo—. Iré a hablar con Diego. Podría esperar a mañana, pero ya no lo soporto más. Temo que mi padre tome medidas que no vayan a ser de mi agrado.

—Te acompañaré.

Beatriz fingió un suspiro de hastío.

—¿Me queda otra opción?

Montaron en sus caballos y ambos salieron trotando de las caballerizas.

Sin saber que Carmen había escuchado toda la conversación, oculta en una de las cuadras y que en esos instantes miraba alejarse a la pareja, con los ojos brillantes de pura rabia.

Adrián y Beatriz llegaron al rancho de la Cruz media hora después. Había anochecido y los trabajadores ya estaban descansando. La casa grande del rancho se alzaba hacia el cielo, imponente, con sus paredes granates y exquisitos balcones de madera labrada. La finca había gozado de tiempos mejores porque, tras pasar el arco de entrada se dieron cuenta de que estaba

descuidada. El patio empedrado era presidido por una fuente de mármol. No estaba sucio, ni había nada estropeado, pero las flores brillaban por su ausencia, y las malas yerbas crecían por doquier. Era evidente que hacía falta una mano femenina en aquel lugar.

Desmontaron, Adrián ató los caballos en las argollas y Beatriz miró en derredor. Vio el resplandor de una vela en una ventana.

Justo en el centro del patio, en la fuente, había un gato atigrado sentado en el mármol, junto al agua. Saludó a Beatriz con un maullido, y ella pasó su mano por el suave pelaje.

—¿Podrías esperar aquí, junto a los caballos? —pidió a Adrián— Iré a buscar a Diego.

Adrián asintió, pero en ese momento una puerta lateral se abrió, y apareció el anciano don Diego.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó, sorprendido.

Avanzaba con pesadez, ayudándose con un bastón. En la otra mano llevaba un platillo con algo de comida para el gato, que de inmediato saltó de la fuente y fue a restregarse contra las piernas de su adorado amo.

—Nerón, déjame caminar o me despeñaré por las escaleras —advirtió don Diego, con dulzura.

Beatriz se apresuró a ayudar al anciano. Tenía el rostro pálido, y avanzaba con mucha dificultad. La enfermedad podía leerse en sus ojos acuosos.

—Por favor, deje que le ayude —pidió ella, agarrándolo por el brazo.

—Oh, gracias, señorita. Estos huesos están quebrados, y mis pulmones se deshacen. La enfermedad es aún más terrible para alguien que aún no ha dejado sus asuntos arreglados —manifestó, con pesar. Cuando hubieron bajado el último escalón, Beatriz se resistía a soltar a don Diego, al notarlo tan frágil—. Pero dígame, señorita, ¿quién es usted? ¿Y a qué ha venido?

—Oh, sí, discúlpeme —alegó, azorada y se presentó—: Soy Beatriz Álvarez de Guzmán.

El viejo agrandó los ojos y frunció el ceño, receloso, al darse cuenta de que era la hija de su vecino. Tendría que haberse dado cuenta antes. Esos ojos verdes, ese rostro de ensueño, tan parecido al de su madre, doña Beatriz. Se estaba haciendo viejo, se lamentó de haber perdido

facultades y no haberla reconocido antes.

—Te pareces a tu madre —dijo, casi balbuceando.

Beatriz esbozó una sonrisa cortés, pero tenía demasiada prisa para hablar de banalidades y declaró:

—He venido a ver a su hijo, Diego. Sé que son horas inapropiadas para una visita formal, pero…

—Acompaño a doña Beatriz —intervino Adrián, de súbito, adelantando un paso hacia ellos—. No podía a permitir que viajase de noche y sola.

Don Diego desvió la vista hacia él, parpadeó al ver a Adrián y su rostro demudó. Al tercer parpadeo, una lágrima resbaló por su mejilla, desconcertando a Beatriz y al propio capataz.

—Adrián —dijo el anciano, con la voz entrecortada.

El capataz se tocó el ala del sombrero, pero no se movió ni un ápice. Beatriz se percató de que estaba tenso, y por la emoción que expresaba el rostro de don Diego, supo que algo sucedía entre ellos.

—¿Dónde está su hijo, don Diego? —preguntó Adrián, con voz fría.

El anciano tragó saliva, y asintió con la cabeza.

—Está en los establos —respondió.

—Adrián —intervino Beatriz. Sentía mucha curiosidad por averiguar qué era lo que ocurría entre ellos, pero el asunto que la traía era más acuciante. Ya tendría tiempo de saber—, ¿puedes esperarme aquí?

Adrián iba a rehusar, pero ella no iba a permitir que la siguiera. Tenía que hablar con Diego a solas.

—Vaya tranquila, señorita —indicó el anciano—. A Diego le gusta cepillar a los caballos a estas horas, en especial cuando algo lo mantiene inquieto. —La miró con ternura, y algo de picardía—. Empiezo a comprender cuál es el motivo.

—No tardaré —dijo Beatriz, con rubor en las mejillas ante la insinuación del anciano.

—No te preocupes, Adrián; mi hijo es un caballero —expuso, volviendo la vista hacia él.

El capataz asintió, y cuando Beatriz los dejó solos, el anciano dibujó en el rostro una triste sonrisa.

—Llevo un tiempo queriendo hablar contigo —aseguró—. ¿Cómo has estado?

Mientras Beatriz caminaba hacia los establos, su corazón latía desbocado y sentía en el vientre una presión contra la que era incapaz de lidiar. Sus piernas flaqueaban, como si a medida que avanzase hacia él, las fuerzas la abandonasen por momentos. Y, al mismo tiempo, la dominaba la euforia. Era algo tan desconocido como incontrolable. Ir en busca de un hombre, de noche, aún en compañía de Adrián, la hacía entender que no era lo adecuado. Pero el deseo de ir en su busca la impulsaba hacia él como si el propio destino la influyera.

Llegó a la entrada de los establos y pudo ver al final del pasillo la luz suave de un farol de aceite pendiendo en la pared. Tragó saliva, y tras unos segundos de dudas, se atrevió a entrar.

Mientras avanzaba valoró la idea de anunciar su llegada, de hecho, abrió la boca para hacerlo, pero sus cuerdas vocales no estaban por la labor. Tomó aire para calmarse, y siguió caminando.

No tardó en ver a Diego.

Estaba limpiando los establos, separando el estiércol en un carretón viejo, y colocando heno fresco después. Ese era el trabajo de un mozo de cuadras, lo que extrañó a Beatriz. Pero Diego, al igual que ella, no era un hombre común.

Parecía tener dos rostros, y ambos la atraían.

Era un hombre elegante y contenido, pero parecía guardar una poderosa y primigenia fuerza en su interior. Era como el fuego, que alivia y acoge cuando tienes frío, y al mismo tiempo, quema y provoca llagas en la piel.

Pronto, él se percató de su presencia, y dejó la horquilla a un lado.

—Beatriz —dijo, con los ojos negros cargados de sorpresa.

Ella se acercó varios pasos más, y se aclaró la garganta.

—Buenas noches, Diego —musitó.

Él clavó la horquilla en un montículo de heno, y se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Una sonrisa de esperanza y alegría iluminó sus ojos, lo que provocó en Beatriz un estremecimiento de placer. Era la primera vez que lo veía sonreír de ese modo.

No pudo evitar devolverle la sonrisa, ante ese gesto espontáneo y tan rebosante de sinceridad. Pero pronto se le borró al recorrer su imponente figura con la mirada.

Tenía la cualidad de desconcertarla, de acelerarle el pulso, de atraerla como el dulce néctar de la flor a la abeja. Llevaba el cabello suelto. Una larga y negra melena, que le recordó a los hombres de su pueblo. Reconoció de inmediato su lado salvaje, el que quemaba, el que la excitaba. Portaba una camisa blanca arremangada hasta los codos y abierta hasta el tercer o el cuarto botón, que mostraba el imponente pecho, bronceado y carente de vello. Beatriz recordó la noche que pasaron juntos, en aquella cueva, donde las llamas bailaban por su piel de bronce, y se le encendieron las mejillas. De forma inconsciente, entreabrió los labios.

—Disculpa que haya… venido sin… avisar —exhaló, de forma atropellada. Escuchó su propia voz, entrecortada e insegura, y se la aclaró de nuevo—, pero necesito… hablar contigo —continuó. Supo en su fuero interno, tras decir esto último, que hablar no era lo único que deseaba, pero no quiso profundizar en ello.

Diego asintió, y Beatriz se puso aún más colorada cuando se acercó a ella, como un elegante depredador, seguro de sí mismo, y al mismo tiempo cuidadoso, sin querer espantarla.

—Discúlpame tú a mi —apostilló él, señalando con un gesto sus ropas de trabajo, de nuevo con esa sonrisa que la desconcertó—. Suelo guardar mis mejores galas para asuntos importantes y este, sin duda, parece uno de ellos.

Diego la observó sin ningún disimulo. Se percató de su rubor, y algo en su interior se calentó. Ella no llevaba un vestido, sino una camisa de lino, unos calzones y unas botas altas de montar. Un cinto rojo abrazaba su estrecha cintura, y hacía resaltar sus caderas. Si no fuera por eso, y por la trenza larga, que casi le rozaba las nalgas, la habría confundido con un muchacho: un bello muchacho de ojos verdes y labios carnosos.

—Yo... —empezó a decir ella—. Te sorprenderá mi inoportuna visita, pero…

—Beatriz, ¿qué sucede? —interrumpió, mostrando su preocupación al verla tan alterada y nerviosa, algo impropio de ella. También era extraño que estuviese ahí, pues era esquiva y orgullosa. No había mostrado interés alguno hacia él, al menos de forma consciente, antes de ese momento. Sabía que jamás se le habría ocurrido encontrarse con él a solas, en mitad de la noche, y vestida de semejante forma. Algo le sucedía, estaba inquieta, asustada también. Se alegró de que lo hubiera buscado en ese estado en el que parecía necesitar ayuda, pero debía ser cauto. En cualquier momento ella podría echar a correr.

—Diego, escuché la conversación que mantuviste con mi padre esta mañana y… —reveló, muy seria. Hizo una breve pausa y acto seguido fue directa al grano—. No deseo casarme con ese hombre.

Antes de que Beatriz pudiera continuar, Diego se adelantó. No estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad que se le ofrecía.

—Cásate conmigo, Beatriz. —solicitó, anhelante. También fue directo y claro. Ninguno de los dos merecía menos.

Ella parpadeó, aturdida. Abrió la boca para responder, pero en realidad no sabía qué decir. O sí lo sabía, se corrigió. En realidad, ahora que lo tenía delante, lo tenía claro. Había necesitado verlo en persona para saberlo, y su imagen, su nobleza y su seguridad le acababan de dar la respuesta. Y esa contestación era un sí más que rotundo.

Pero él volvió a hablar, interrumpiendo lo que estaba a punto de decir.

—Sé que apenas nos conocemos, pero puedo hacerte feliz. Me gustas, Beatriz. Me atraes muchísimo desde… —se interrumpió antes de desvelar demasiado y continuó—: Desde aquel día en el mercado. Lo intentaré con todo lo que soy, intentaré hacerte una mujer dichosa.

Diego se acercó más, con sigilo. Ella lo miraba a los ojos, su cuerpo temblaba. Por unos instantes se negó a parpadear, hasta que su iris se secó y tuvo que hacerlo. Cerró los ojos varias veces, y Diego comparó esas largas pestañas negras con las alas de las mariposas. Tragó saliva, y tanto se acercó que quedó a escasos centímetros de sus labios. Sus ojos negros la miraron con intensidad, con pasión contenida. Ella estiró el cuello y le sostuvo la mirada. Estaba nerviosa,

pero no había dudas en su expresión. Le estaba pidiendo ayuda porque confiaba en él.

—Te haré feliz —repitió Diego, mostrando convicción—. Es una promesa. —Aunque más parecía que estaba intentando convencerse a sí mismo. Porque cuando ella descubriese quien era él en realidad, cuando la llevase de nuevo junto a Buen Cantor, esa unión quedaría invalidada, y ella jamás querría volver a verlo. Y de nuevo lo odiaría. Tal vez incluso, le desearía la muerte. Y no la culparía por eso. Podría vivir con ello, se intentó convencer, pero a cada paso que daba hacia ella, cada vez que su corazón se acercaba al suyo, sabía que la pérdida sería más dolorosa.

Beatriz no se movió del sitio cuando él extendió la mano y le acarició el rostro, con extrema dulzura. Esas manos grandes, poderosas, de dedos largos y fuertes, capaces incluso de matar, eran delicadas al tacto. Tampoco se movió cuando él se inclinó para besarla.

Y de nuevo, cuando los labios de Diego se posaron en los suyos, notó esa sensación, una emoción que la dejó perpleja, y que no logró identificar, pero que jamás había podido olvidar.

La había sentido cuando Nube de Fuego la besó.

Siempre creyó que era odio, pero regresaba para afianzarse en su pecho. No podía ser enemistad. Era una delicia lo que Diego estaba haciendo en esos momentos con su boca. Hacía palpitar su corazón, y en el nacimiento del vientre notó un calor exquisito, mientras los labios de ese hombre se movían sobre los suyos. Su lengua pidió permiso para abrirse paso hacia su interior, para conquistarla. Entonces, Beatriz cerró los ojos, le rodeó el cuello con los brazos, y se entregó a sus caricias.

Diego sentía el fuego en su interior. La piel le ardía. Sabía qué sucedería a continuación, y al mismo tiempo, empezó a temer las consecuencias. Su fuerza, su falta de control, su deseo desbocado. Beatriz, con su sensualidad, lo acentuaba, y dominarse se le haría difícil, casi imposible.

Por eso no se había acostado antes con otras mujeres, porque sentía repulsión hacia sí mismo. Él era el fruto de una abominación, de una agresión. Creía, y tenía grabado a fuego en el corazón, que el motivo de la locura de su madre la había causado él con su nacimiento. Cada vez

que una mujer lo miraba, veía en ella los ojos de su madre, aterrados, recordándole lo que realmente era: un monstruo que únicamente traía la desdicha a quienes lo amaban. Y forzar a una mujer a yacer con él, alguien con tan poco valor, lo había martirizado toda la vida.

Pero Beatriz…

Beatriz gemía mientras lamía sus labios, y con las cálidas manos rodeaba su cuello, atrayendo su boca hacia sí. Sus ojos lo miraban con deseo, y su cuerpo cálido se pegaba al suyo, buscándolo, ansiándolo, incluso exigiendo más. Ella no lo rechazaba, ella lo deseaba.

Notó como los dedos, finos y suaves, acariciaban su clavícula, siguiendo el surco del hueso, hasta detenerse en el hueco, justo debajo de la nuez. Notó como su suave tacto iba descendiendo, sintió como lo acariciaba, lentamente, dejando un reguero ardiente por donde pasaba.

Diego temía que su excitación, que su propio ardor, la quemase, y por ello hacía todo lo posible por controlarse, para ser delicado, porque sabía que era capaz de transformarse en una bestia, como aquel hombre que deshonró a su madre.

No podría…

No podría controlarse por más tiempo si ella seguía mostrándose tan ardiente.

—Beatriz, yo…

Posó ambas manos sobre los hombros de la mujer y la empujó un poco, apartándola de él.

Ella abrió los ojos, turbada y decepcionada. Él la miró por unos instantes, con deseo, ansia e inseguridad. Después posó la frente sobre la suya, y tomó aire con estudiada lentitud.

Ella gimió, vehemente, y él suspiró.

—No quiero hacerte daño —respondió al silencioso ruego de Beatriz, con la voz enronquecida por la pasión.

Ella no respondió con palabras. Tomó su rostro con ambas manos, y le apartó la melena de la frente. Un mechón, largo, liso y sedoso. Una cabellera maravillosa, que enmarcaba un rostro de facciones duras, angulosas, pero que en aquellos momentos lucían una expresión dulce y entregada. Regresaba la cálida llama del hogar, que la acogía, y la protegía de todo mal.

—Sé que no me harás daño, Diego. Porque… —murmulló, mordiéndose el labio—. Eres un buen hombre.

Él fue quien gimió al ver la confianza en esos ojos verdes y luminosos.

¿Un buen hombre? Tal vez, pero ella no lo vería así cuando supiese quién era en realidad, el por qué estaba allí, y lo que había venido a hacer; regresarla y entregarla a Buen Cantor.

Seguía sin reconocerlo, tal vez Brisa hubiese borrado el rostro de Nube de Fuego después el incidente en el poblado Lakota. Sucedía a veces, cuando alguien sufría un gran impacto emocional. Pero llegaría el día en que ella supiese que él era el hombre que había acabado con la vida de su hermano y…

Entonces…

—Bésame, Diego —suplicó, Beatriz, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Estás segura?

—¡Sí!

Decidió olvidarse de todo. La deseaba, necesitaba sentirla cerca, tenerla junto a él, piel con piel. Eso era lo único que en ese momento podía obtener, y lo aprovecharía, agradecido.

Después…

Ya lidiaría con todo lo que viniera.

La besó, pero esta vez su boca no fue tan delicada. La abrazó con fuerza, con un brazo rodeó su cintura, y con la otra mano, extendidos los dedos, abarcó su cráneo para atraer su rostro al suyo. La lengua de Beatriz lamió la suya y él bebió de ella, al tiempo que ambos gemían, se acariciaban, se sentían.

Estaba inflamado, el deseo hacía tan insoportable la contención, que gruñó como un animal. Se sintió culpable de nuevo, pero ella reaccionó en igual medida y lo abrazó con fiereza.

—Oh, Diego… ¡Te deseo!

Fue Beatriz quien empezó a desabrocharle los botones de la camisa, los pocos que quedaban por desabrochar. Le abrió la tela para descubrir su pecho de bronce, y gimió contra su boca al tocarlo con las manos. Notó una cicatriz, luego otra, a cada lado del pecho, pero siguió

bajando, encendida por el ansia.

—Estás ardiendo —dijo, cuando le rozó un pezón.

Diego no podía, no quería moverse. Si lo hacía, temía transformarse en un diablo, en una nube de fuego, que la abrasaría, la consumiría, la engulliría. No tenía experiencia, no sabía cómo controlarse. Él era demasiado grande, estaba demasiado duro, era fuerte como un tornado. Ella era delicada y fresca como la hierba, como la suave brisa que mece la pradera.

Pero a Beatriz no pareció importarle cuando posó la mano sobre el bulto en sus pantalones.

—Beatriz —suplicó él, al notar los dedos abriéndose paso hacia su virilidad. Ella desoyó el ruego y le desabrochó los pantalones—. Yo… Ahh… —gimió con pasión, arrebatado. Echó la cabeza hacia atrás cuando ella lo tomó con la mano. Notó la calidez de la palma, su suavidad, se sintió rodeado, aprisionado, a punto de estallar.

—Detente, te lo ruego —suplicó, temblando.

—No quiero —respondió ella, fascinada por la respuesta de su cuerpo bajo sus manos, besándolo en la barbilla. Hacía ya un rato que su espalda estaba pegada a la pared de piedra del establo, y no sabía cuanto tiempo hacía que la llama del candil había empezado a menguar. Pero sí sabía que no quería detenerse. Sí, tal vez lo que estaban haciendo era incorrecto a ojos de aquella sociedad, tal vez sí iba a perder la honra al final, o tal vez ya la había perdido, pero no le importaba el qué ni el cómo. En esos momentos lo único que deseaba era tocar la cálida piel de Diego, hacer que ardiese, arrancarle gemidos, suspiros, gritos. Aprovechó que tenía el cuello estirado hacia atrás para besarlo en la clavícula. Era tan alto que casi no llegaba a sus labios si él no se inclinaba.

—Beatriz —susurró Diego, ardoroso, como un ruego, como una promesa. La tomó de la muñeca, inmovilizando esa mano que lo estaba haciendo enloquecer—. Por favor, no puedo…

—Pero sí quieres, lo noto en tu piel —repuso, segura.

—Pero yo jamás… —Apretó los párpados, interrumpiendo la frase. No podía decirle eso. No podía decirle que su inexperiencia era peligrosa para ella, maldita sea.

—Tómame, Diego, te lo suplico.

Él gimió de nuevo cuando la suave mano de Beatriz se desembarazó de su débil agarre y empezó a masajearle el miembro de nuevo. Con un esfuerzo titánico se obligó a agarrarla otra vez por la muñeca para detener esos exquisitos movimientos.

—Vas a matarme si sigues haciendo eso.

—Dios no lo quiera —rio ella, de forma encantadora.

—Escúchame, por favor —rogó, desesperado. Se estaba quemando en vida y no sabía cuánto tiempo podría seguir conteniendo la hoguera en su interior antes de que se desatase un infierno de pasión y los engullese a ambos. No soltaría esa muñeca. No, hasta que ella apartase la mano de su miembro.

Beatriz tragó saliva, confusa y, se sonrojó hasta las orejas al creer que él la estaba rechazando.

—Yo… Pensé que te gustaba.

Él hundió el rostro en su melena, abrazándola con ternura. Nada más lejos de su intención que hacerla sentir mal.

—Claro que sí. Me gusta mucho, Beatriz —garantizó, impetuoso.

El alivio la inundó y preguntó:

—¿Entonces?

—No puedo hacerte esto —explicó. La miró de nuevo, y sus ojos parecían suplicar que parase, pero también el deseo los embargaba, invitándola a continuar. Él era quien dudaba y ella la que estaba segura.

—¿Hacerme el qué? —preguntó, aleteando las pestañas, coqueta.

Maldición. Era tan hermosa, tan sensual y dulce al mismo tiempo que… ¡Por todos los espíritus, era tremendamente difícil luchar contra el deseo!

—No quiero hacerte daño.

Beatriz negó con la cabeza. ¿Daño? Él solo estaba siendo maravilloso, delicioso, encantador, y sensual. ¿No se daba cuenta de que se moría de deseo por él? Se mordió el labio

inferior y exhaló un gemido incontrolable antes de hablar.

—Sé que jamás me harás ningún daño, Diego. Eres un caballero, uno de verdad, y mis labios son sinceros. Te deseo, y tú me deseas. Quiero que…

—Primero cásate conmigo.

La declaración la sorprendió. Lo miró muy profundo a los ojos y vio que era franco, ella también.

—Sí —accedió—, me casaré contigo. Pero ahora quiero que me ames con tu cuerpo y con tu corazón.

El alma de Diego brincó de alegría, pero el corazón de Nube de Fuego sintió tal tristeza que casi se le nubló la vista. Ambos hombres, tan distintos y tan iguales, la vieron en ese momento como uno solo. Diego y Nube de Fuego, Nube de Fuego y Diego. Los ojos de Beatriz, verdes, frescos como las gotas del rocío, reflejaban anhelo y pasión. No mentían, eran honestos. El deseo también se reflejaba en su rostro. No había miedo, ni repulsión, ni nada parecido. Ella lo deseaba, lo aceptaba, y lo anhelaba. No lo veía como una abominación, ni como el fruto de un acto vil y despreciable. Para Beatriz, él era deseable. Pero él no estaba siendo honrado. Ella no sabía que era el hombre que le había arruinado la vida, y tampoco sabía que la raptaría para devolverla a los apsalooke.

—Hagamos las cosas bien. Esperemos a que seas mi esposa.

—No quiero esperar —aseveró Beatriz—. Y tú tampoco quieres. Lo noto en tu cuerpo y lo veo en tus ojos.

Era muy difícil luchar contra esa mujer. Pero tenía que intentarlo.

—Sí, te deseo, y es cierto que tampoco quiero esperar, pero es que no sé si podré ser delicado —jadeó, contra su boca.

—¿Y si no quiero que lo seas?

Él sonrió.

—Beatriz, no me estás ayudando…

Ella se mordió el labio, sonriendo también. Oh, ese gesto tan habitual en ella era una

incitación al pecado.

—Ríndete, Diego —insistió.

Y eso hizo, se rindió, y la besó con hambre. No fue delicado, ni tan siquiera lo intentó.

Ella respondió gimiendo contra sus labios. Notó como él la alzaba en brazos y se colgó de su cuello.

Diego avanzó unos pasos hasta colocarla sobre el suave heno de una cuadra vacía. Arrodillado junto a ella, dudó por unos instantes, y Beatriz aprovechó para desatarse la camisa. Preso del embrujo y muerto de deseo, observó como esa ninfa se desnudaba para él. Sus pechos quedaron expuestos, y se quebraron sus últimos restos de cordura. Ella continuó y se sacó las botas con las puntas de los pies. Se quitó los pantalones y después, poco a poco, fue deshaciéndose la trenza hasta que sus cabellos ondulados, con suavidad, enmarcaron su belleza. Quedó completamente desnuda, expuesta frente a él, como una visión. Acarició su cuerpo con una mirada ardiente. Después, su mano la tocó, primero en el rostro, luego fue bajando por el cuello. Al llegar a uno de sus pechos, la mano le tembló y ella gimió cuando le pellizcó con suavidad el pezón. Se inclinó sobre ella, y la aprisionó con su cuerpo. Besó cada centímetro de su piel, que antes había tocado con sus manos. El cuello, la clavícula. Besó su pecho, mientras con la otra mano le aprisionaba el otro seno y se lo apretaba con suavidad. Lamió su pezón, y luego el otro. El fuego empezaba a quemar, a abrasarlos a ambos. La boca de Diego estaba sobre el ombligo de Beatriz, lo lamió, y ella, de forma instintiva, separó los muslos. Eso fue demasiado para él. Cuando vio su sexo, húmedo y rosado, gimió. Acercó los labios, y lamió sus pliegues.

Ella se retorció al notar la lengua de Diego rozando su sexo. El placer era intenso, e iba creciendo. No sabía qué le estaba pasando, jamás lo había sentido, pero sí sabía que no quería que él se detuviese. Quería que continuara haciendo eso, y también quería algo más, aunque no tenía muy claro el qué. Pero no le importaba, solo deseaba más y más.

—Ahhh —gimió—, me quemas, me abrasas…

Él apartó los labios unos instantes para observarla. Jamás se había sentido tan deseado como en ese momento. Le estaba dando placer, lo veía en sus ojos, nublados por la pasión, en sus

labios hinchados y en las mejillas sonrosadas. Por cómo se movía, por cómo gemía, y por la expresión de su rostro, supo que ella deseaba llegar hasta el final.

Y él también.

Esta vez la acarició con la mano, porque deseaba ver con sus propios ojos cómo llegaba al éxtasis. Le introdujo un dedo, y luego otro. Fue suave y delicado, mientras, con el dedo pulgar masajeaba su pequeño botón, duro y palpitante.

—Diego, no pares —gimió, necesitada…

Él negó con la cabeza. No, no se detendría. Por primera vez en su vida se sentía aceptado, deseado por una mujer. Y él la ansiaba de igual forma. Necesitaba hundirse en ella. Pero antes del dolor, iba a darle todo el placer posible.

Llegó el éxtasis de Beatriz y Diego pudo notar en sus dedos como palpitaba, como se contraía para después expandirse, varias veces. La escuchó gemir de una forma que se le clavó en el corazón, y vio como se mordía el labio, hasta casi hacerse sangre.

Reptó por su piel. La besó, lamió su boca, sus labios, y las lenguas iniciaron una nueva danza. Mientras, se desató los pantalones y, una vez libre de las molestas ropas guio su miembro hacia la suave y resbaladiza hendidura.

Ella notó cómo él la rozaba con su virilidad y se abrió para él. Lo quería, lo ansiaba, lo deseaba dentro, que la llenara, que la conquistara. Se retorció y con las manos aprisionó las nalgas de Diego. Empujó hacia sí y abrió más las piernas, invitándolo a entrar.

—Te haré daño —gimió él.

—¡Por favor! ¡Te necesito! —suplicó, Beatriz.

De nuevo, el roce de su miembro contra sus pliegues le provocó otro estallido de éxtasis. Y justo en ese preciso instante, él dio un golpe de cadera y la atravesó.

Beatriz abrió mucho los ojos al notar como su carne se abría para dar paso a Diego. Gritó, pero él la acalló con un beso al tiempo que acunaba su rostro entre las manos, con infinita ternura, y se quedaba quieto.

— Perdóname —imploró, temblando—. Lo siento. ¡Oh, Dios! Me odio por hacerte

daño…

—No… no pares —exigió, Beatriz, en un hilo de voz. Sí, le dolía, pero ese padecimiento se confundía con un intenso placer y con un anhelo que jamás había experimentado hasta el momento. La invasión era desgarradora, pero lo ansiaba tanto... Quería más de él.

Apretó las nalgas y se movió un poco. De nuevo apareció el dolor cuando él retrocedió, y más dolor cuando se adentró de nuevo. Sin embargo, iba menguando, mientras que el placer crecía cada vez más y más, y más. Enredó las piernas en las suyas, y él volvió a retroceder, para conquistarla de nuevo.

—¿Es… estás bien? —jadeó.

—S… sí. No p… pares. ¡Ahh!

Diego continuó, despacio, suave. Al mismo tiempo acariciaba sus labios con los suyos. La adoraba con las manos, la honraba con los ojos. Ella los tenía abiertos y lo miraba con esos iris verdes y luminosos, como si no quisiera perderse ni un solo detalle.

El dolor casi había desaparecido de su expresión, el roce era exquisito, el placer aumentaba, y necesitaba ir más rápido. Poco a poco fue acrecentando el ritmo y ella se fue abriendo más para él. El saber que Beatriz había sentido por dos veces lo que él estaba a punto de sentir, que había sido el artífice de ello, lo hizo sentirse dichoso.

—Brisa… Oh… ¡Brisa!

El placer iba en aumento. El fuego se intensificó pues la suave brisa lo alimentaba.

Y llegó el momento. Se vació en ella, entre temblores y gemidos.

Luego la besó, la acarició, hundió el rostro en su melena, y sintió en el pecho una sensación intensa, explosiva, que viajó por su cuerpo, hacia abajo, para acabar transformándose en placidez.

Cuando todo se aquietó no la soltó, ni salió de su interior. Solo la besó, esta vez con tranquilidad, con ternura. Sonrió contra sus labios, mientras notaba como los dedos de Brisa acariciaban sus cicatrices. Adoraba sus caricias, le encantaba la forma en que se movía debajo de él, el deseo que se reflejaba en su rostro era de una belleza tan genuina...

Si eso era el amor, al fin lo conocía.

Apartó los labios, la miró a los ojos y lo que vio lo desconcertó.

Estaba llorando.

—Beatriz —susurró, amedrentado. Le acarició el pelo y le secó las lágrimas, que corrían por sus mejillas hasta despeñarse sobre el heno. La inseguridad lo inundó, y acabó sintiéndose un patán, un desgraciado, un monstruo, al ver de repente en su mirada la sorpresa y el dolor—. Beatriz —repitió, con la voz entrecortada—, ¿te he hecho daño?

Rogó para que ella respondiera que no. Lo imploró con toda el alma.

Beatriz cerró por un momento los ojos, y cuando los abrió, los clavó en las pequeñas cicatrices que tenía a cada lado del pecho, justo encima de los pezones. A escasos centímetros, lucía una marca de nacimiento. La recordaba perfectamente, era la misma que vio en el pecho de Nube de Fuego, cuando la besó entre las hierbas de la pradera, antes de que su hermano…

—Esto —señaló ella, sollozando—. Es una maldición, ¿verdad?

—Yo… ¿el qué? —inquirió, desconcertado. En un principio no supo a qué se refería. Pero al mirar hacia dónde ella tenía el dedo, instantes después, entendió que acababa de reconocer las cicatrices de la Danza del Sol y el lunar. Y por como lo miraba, comprendió también que acababa de reconocer en Diego a Nube de Fuego.

Brisa en la Pradera se lo confirmó.

—Eres… tú —afirmó. Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca—. Me has llamado Brisa. Eres tú, ¿verdad? Eres… —Se le quebró la voz en un sollozo y de nuevo, sus ojos verdes y vidriosos se clavaron en los suyos, inquisidores.

Toda la dulzura acababa de desaparecer de su faz para dar paso a una inmensa tristeza. Una gruesa lágrima resbaló por la mejilla de Nube de Fuego, se despeñó por su barbilla y cayó en los labios de Brisa en la Pradera.

Esa lágrima la abrasó.

CAPÍTULO 21



Adrián no podía creer ni una sola palabra de lo que ese anciano acababa de confesarle. Pero tampoco era un ingenuo. Siempre había sospechado que su presencia en Hacienda Esmeralda, desde que era un niño, guardaba algún secreto por parte de don Rodrigo. A veces era su mirada llena de orgullo, otras cargada de culpa, o su trato diferente para con el resto de trabajadores, a pesar de ser un mestizo. Pero el capataz siempre había pensado que era por su buena disposición y su buen hacer.

Adrián era el mejor en su trabajo, y se lo había ganado a pulso, con esfuerzo y constancia. Conocía muy bien el odio que sentía don Rodrigo hacia los indios, y el que hubiese acogido a un niño mestizo no era propio de él. Pero… Jamás pensó que don Diego de la Cruz pudiese inventarse una falacia semejante, un enredo tan absurdo, solo para confundirlo, o para molestar de alguna forma a su enemigo.

—No puedo creerlo, señor De la Cruz. Es absurdo.

—Es la verdad, hijo.

—No me llame así. No soy su hijo —repuso, molesto, incluso podría decirse que hasta enfadado.

Caminaba en círculos por el patio, mientras el anciano lo miraba con sus ojos llenos de esperanza, admiración y también una tristeza que no ocultaba. Tal vez la desconfianza de Adrián se debiera a que don Diego era el enemigo declarado de don Rodrigo, y por ello era incapaz de pensar con claridad. Pero también era cierto que las dudas empezaban a asaltar su corazón. Ese viejo parecía muy convencido de lo que decía. Sus ojos no mentían.

—Tu madre… Fue una mujer maravillosa.

Adrián negó con la cabeza.

—Cállese.

—Era la hija de un jefe comanche. Se llamaba Estrella.

Adrián miró con dolor a ese hombre. Estaba enfermo, débil, y al borde de la muerte, y aunque su mirada parecía sincera, no podía creerlo. No podía asimilarlo.

—Mi madre fue una prostituta —aseguró, con rabia y dolor—, una india sí, que me abandonó en un convento tras dar a luz. Jamás he vuelto a saber de ella, y es mejor así.

—Rodrigo te mintió, Adrián. Tu madre no te abandonó. Él lo sabe, pero te engañó para no reconocer su pecado. Te sacó de allí porque creyó, y sigue creyendo, que eres su hijo. Pero eso no es cierto.

—Don Rodrigo no puede creer algo así, lo conozco y jamás se acostaría con una india. Le conozco bien, los desprecia, los odia. Siente auténtica repugnancia hacia ellos.

—Adrián, escúchame —insistió don Diego—. Cree en las palabras de un viejo moribundo. No me queda mucho tiempo de vida.

—¡Era una prostituta india! —clamó, al tiempo que las dudas le carcomían el alma. ¡No! ¡No podía ser verdad!

Don Diego negó con la cabeza. Sus ojos estaban cada vez más empañados.

—Cuando mi padre compró a Estrella, llegó al rancho de la Cruz asustada. Era muy joven, tímida y frágil, no hablaba mucho, pero era inteligente y compasiva. Yo no era mucho mayor que ella, y mi padre la puso a trabajar en la cocina. Pasaron los años y nos enamoramos, aunque llevamos nuestra relación en secreto. Pero se quedó embarazada y supe que quería a ese niño, y a ella. Estrella tenía miedo, pero yo me sentía el hombre más feliz de la tierra, y prometí hacerla mi esposa a toda costa. Así se lo hice saber a mi padre. Pero, como era de esperar, se opuso.

Adrián observaba el rostro de don Diego de la Cruz mientras este hablaba, con ansia. Tenía los ojos vidriosos, y la voz sesgada. Si realmente mentía, lo hacía bien.

—Me enfrenté a él —continuó el viejo—, y le juré que no la abandonaría, pero mi padre no me escuchó. Al día siguiente, ella desapareció. La busqué con desesperación, removí cielo y tierra, pero no logré dar con ella. Fue como si se la hubiese tragado la tierra. Tiempo después, cuando mi padre falleció supe, por el capataz de aquel entonces, que la había vendido a un burdel.

—Pero… —Adrián no podía creerlo, aunque el rostro de don Diego así lo evidenciaba—. ¿Por qué el capataz de entonces no le dijo nada antes?

—Temía a su patrón, y con razón. Mi padre era un hombre muy estricto. A veces, si lo consideraba necesario era cruel, y solo tras su muerte, se atrevió a contármelo. En cuanto supe a dónde se la llevó mi padre, fui en su busca, pero ya no estaba allí. —A Don Diego se le quebró la voz, y se le saltaron las lágrimas, pero al cabo de unos instantes inspiró hondo y continuó narrando la triste historia de su amada—: Se me rompió el corazón al pensar en lo que mi Estrella tuvo que sufrir, sola y desamparada, a merced de tantos hombres. Sin poder protegerla, sin ser capaz de hacer nada para salvarla. Hablé con todas las mujeres que allí trabajaban. La recordaban bien. Estrella era tímida, débil, y no paraba de llorar. Intentó escapar en varias ocasiones, y hasta amenazó con arrebatarse la vida si algún hombre la tocaba. Les dijo que estaba embarazada, aunque no se le notaba aún. Por aquel entonces, regentaba el burdel una mujer llamada Luisa Sánchez, era comprensiva con sus mujeres y gracias al cielo la trató bien durante un tiempo. Pero una noche apareció Rodrigo… —reveló don Diego, con la voz contenida. Luego hizo una larga pausa y su rostro se tornó frío. Adrián sintió que la tristeza lo invadía a él también —. Ese malnacido se encaprichó con ella y una noche la violó. Luego amenazó a Luisa con incendiar su burdel si no se la ofrecía en exclusiva.

—Pero… ¿Entonces él…? —barruntó, alarmado y asqueado. Adrián apenas podía pronunciar una frase seguida tras lo que acababa de escuchar.

—Él estaba obsesionado —declaró el anciano con rabia y pesar. El tono de voz rezumaba odio—. Estrella era la mujer más hermosa que he conocido y a Rodrigo, por extraño que te pueda parecer, siempre le gustaron las mujeres indias.

—No lo puedo creer —negó el capataz, mortificado.

Don Diego comprendía a la perfección lo que estaba sintiendo Adrián, pues él lo había sentido durante todos esos años en los que se vio obligado a callar. Pero ahora que estaba al borde de la muerte, no podía marcharse sin que su hijo supiera la verdad. Se lo debía a Estrella, y se lo debía a Adrián. Y también tenía que saber quién era don Rodrigo.

—Cuando el embarazo se hizo evidente, Rodrigo aseguró que el hijo que esperaba era suyo, a pesar de que sabía que no era así. La encerró en un convento para que diera a luz. Y finalmente mi Estrella… Murió en el parto.

Adrián tuvo que sentarse en un banco de piedra, junto a la fuente, pues sus piernas amenazaban con no sostenerlo por mucho más tiempo. Apoyó los codos en las rodillas y agachó la cabeza. A los pocos instantes se incorporó para mirar a los ojos del que aseguraba ser su padre.

—¿Por qué? —preguntó, confuso—. No lo comprendo. ¿Por qué encerrarla en un convento? ¿Por qué don Rodrigo pensó tiempo después que usted era el padre de ese niño?

—Ella misma se lo dijo.

Adrián se puso en pie de nuevo, incapaz de estarse quieto de los nervios. Caminó unos pasos, dándole la espalda al viejo.

—Esto no tiene ningún sentido —replicó, con una risa hueca. Después se dio la vuelta para encarar a don Diego—. Me ha dicho hace un momento que no volvió a saber de ella tras su estancia en el burdel. ¿Cómo si no podría habérselo dicho? ¿Y cómo sabe usted que don Rodrigo pensaba que yo… —cerró los ojos, y se corrigió—, quería creer que ese niño era su bastardo?

Don Diego emitió un largo suspiro.

—Hace pocos años, tras conocer a Diego, me llegó una carta de sor María, la abadesa del convento Niño Jesús, donde me lo confesaba todo —explicó don Diego. Dio varios toques al bolsillo de su chaleco, y sonrió con tristeza—. Desde entonces, la he llevado conmigo. Es la única forma que tengo de que Estrella esté a mi lado. Estas viejas letras y tú, sois lo único que me queda de ella—. El anciano miró a Adrián por un largo rato, y luego sacó la carta de su bolsillo. Era un sobre arrugado, amarillento, envejecido. Se lo tendió, con ojos suplicantes—.

Quédatela, Adrián. Es tuya, y es la prueba de que todo esto que ves a tu alrededor, te pertenece. Lleva la firma de sor María, pero las palabras son de Estella, ella la dictó. Pronto dejaré este mundo y eres tú quien debe heredarlo. No dejes que don Rodrigo compre estas tierras tras mi muerte.

Adrián lo escrutaba con el alma en vilo, con el corazón disparado en el pecho. Recordó los largos días en el orfanato. La soledad que siempre sintió como una manta helada que le envolvía el alma. La inquina y el desprecio que siempre recibió por parte de todos los que lo rodeaban, hasta que llegó Rodrigo y se lo llevó de allí. Movió la cabeza, dolido, y soltó una amarga carcajada. O ese viejo estaba loco, o decía la verdad. Pero, ¿por qué ahora? ¿Qué se suponía que debía hacer con esa carta? ¿Y dónde quedaba Diego, su hijo adoptivo, en esa ecuación?

—No sé leer —confesó, pesaroso.

—Cógela de igual forma. Que te la lea Beatriz, u otra persona de tu entera confianza. Verás que estoy en lo cierto, que no te miento. Es una prueba de mi paternidad. Te servirá a la hora de reclamar estas tierras, cuando yo me marche para estar junto a mi Estrella.

Adrián seguía teniendo dudas.

—¿Y por qué no puede sor María corroborar su historia?

El viejo negó con la cabeza.

—Ya sabes cuánto poder tiene Rodrigo en la región, y las suculentas donaciones que realiza a la Iglesia. Ella informó al arzobispado, pero no le permitieron actuar en mi favor, por lo que la buena mujer se vio obligada a guardar el secreto durante todos estos años, y solo me mandó llamar cuando estaba en su lecho de muerte, atormentada por la culpa. Entonces, me entregó la carta.

—¿Por eso don Rodrigo me sacó del convento cuando tenía cinco años? ¿Por qué creía que yo era su hijo?

—Lo desconozco. Puede que lo pensase al principio, o puede que su obsesión se extendiera a tu persona. Pero en cuanto sor María me informó de la verdad, fui a reclamarte a

Hacienda Esmeralda. Pero él me echó a patadas, no me permitió verte, y amenazó con matarte si algún día te enterabas de que yo había intentado contactar contigo. Desde entonces me odia. Estoy convencido de que sabe que digo la verdad, pues Estrella ya estaba embarazada de varios meses cuando la violó. Pero se niega a reconocerlo.

—Esto es increíble —murmuró Adrián, tras apartarse el pelo de la frente en un gesto de desesperación e incredulidad.

—Voy a morir, Adrián —aseguró el anciano, sereno—. No tengo por qué mentir.

—¿Y qué opina Diego de todo esto? Él es su hijo legítimo, a ojos de la ley.

—Diego es un buen hombre. Un hombre de honor. Cuando me salvó la vida, hace cinco años, pensé en que, estuvieses donde estuvieses, tenías que parecerte a él… Tenéis la misma edad, os asemejáis, ambos sois mestizos. No pude sino pensar en él como si fuese el hijo que me arrebataron. Jamás le hablé de este asunto, ni siquiera cuando me llegó la carta hace unos años, pero siempre he sabido que Diego se marchará algún día.

—¿Se irá? —se extrañó—. ¿Cómo está tan seguro?

—Soy viejo, mis ojos ven lo que los jóvenes no queréis ver. Él vino del norte, en busca de una mujer, y ya la ha encontrado. Se la llevará de vuelta. Lo sé.

De inmediato la mente de Adrián ató cabos.

—¿Está hablando de… Beatriz?

El anciano asintió.

—Cuando Diego se haya marchado, este rancho pasará a manos de Rodrigo. Hace tiempo que lo codicia, tú lo sabes. Y me corroe la idea de que se lo quede cuando te pertenece a ti. Rodrigo me lo ha arrebatado todo. ¡Todo! Y a ti también. Mató a tu madre, te ocultó la verdad. No dejes que te quite también estas tierras. Son tuyas, Adrián. ¡Tuyas! Tú eres el auténtico dueño del Rancho de la Cruz.

Adrián no podía hablar, tenía una piedra en la garganta tan grande como una montaña. Aunque no habría sabido qué decir. La confesión de Diego de la Cruz lo acababa de dejar exhausto, agotado. Si lo pensaba bien, ese hombre no tenía por qué mentir, ¿qué ganaba con

ello? Había insistido hasta la saciedad en que era su padre, había hablado con vehemencia, y en su rostro seguía esa expresión de esperanza, y de anhelo. Era evidente que había sufrido mucho. Pero, ¿por qué revelarlo ahora? ¿Solo porque se moría? ¿Cuánto tiempo había creído él que su madre lo había abandonado? Toda la vida. Y cambiar esa forma de pensar le resultaría difícil, necesitaría tiempo para asimilarlo. Pero el anciano no tenía tiempo. Se le estaba acabando.

—Señor, yo…

—Hijo, sé que es difícil —interrumpió don Diego—. Sé también que ese cruel hombre te habrá contado en infinidad de ocasiones que una mala mujer te abandonó, dejándote en el torno de los huérfanos, porque no te quería. ¿Cuántas veces te dijo que solo tenías que agradecerle a esa furcia el que no te hubiese ahogado en el rio? Muchas, lo sé. Conozco a Rodrigo, sé lo cruel y taimado que puede llegar a ser. Pero no debes creerlo. Nunca más. Tu madre te quiso. Cuando supo que estaba embarazada, lloró de alegría. Te cantaba, te acariciaba cuando estabas en su vientre, y decía que eras su luz. Cuando hablaba de ti, de cómo serías, de las ganas que tenía de ver tu rostro, se le iluminaban los ojos. Te ruego que si no quieres saber de mí, no me aceptes, lo entiendo. Pero al menos créeme cuando te digo que ella te amaba.

Una lágrima resbaló por el rostro de Adrián. El nudo en la garganta se agrandaba más y más y apenas le dejaba respirar.

Entonces, el gato que hasta el momento había dormitado en las rodillas de don Diego, alzó las orejas y dio un salto, cayendo a sus pies. Se le erizó el pelo, y bufó hacia la oscuridad.

—Alguien se acerca —indicó De la Cruz, frunciendo el ceño—, Nerón siempre actúa así cuando llega alguien que le disgusta.

Adrián entrecerró los ojos y aguzó el oído. En efecto, a lo lejos podían oírse los cascos de varios caballos al galope. Con seguridad sería don Rodrigo y sus hombres tras percatarse de la ausencia de Beatriz.

—¿Y ahora qué, don Diego? ¿Qué debo decirle a ese hombre?

El anciano asintió, con aceptación.

—Las decisiones marcan nuestro destino, Adrián. Este momento tenía que llegar —dijo,

con la tristeza impregnada en el rostro—. Aunque, esta vez, don Rodrigo no viene por ti.

No tardaron en llegar al rancho cinco jinetes, armados.

—¡Diego de la Cruz! —bramó don Rodrigo Álvarez de Guzmán, irrumpiendo en el patio sobre un caballo castaño. Iba armado con una pistola y en sus ojos se podía leer el odio. Su montura piafaba, y al verse obligada a detenerse pateó el suelo con impaciencia.

Adrián se puso en pie y caminó hacia él. Su mirada ya no era la misma y don Rodrigo se dio cuenta enseguida. En esos momentos, infinidad de preguntas y reproches pugnaban en los ojos grises del capataz, como si estuviesen a punto de descargar una tormenta.

—¡Traidor! —gritó Rodrigo, rabioso—. ¿Dónde está mi hija? ¡Responde! —Luego miró a Diego de la Cruz—. Y tú… ¡Maldito viejo! —El odio en sus ojos se hizo aún más evidente—. ¿Qué falsedades le has contado a mi hijo? ¡Responde!

Don Diego de la Cruz se alzó con la ayuda de su bastón. Dio varios pasos y se colocó junto a Adrián. Miró de forma muy directa a don Rodrigo, sin pestañear.

—Nada más y nada menos que la verdad.

Don Rodrigo se puso rojo de ira.

—Maldito… —escupió, echando mano de su arma para acabar con ese hombre de una vez por todas.

—¡Basta! —gritó Adrián, haciendo enmudecer a Rodrigo, asombrado de que su fiel sirviente se rebelara con tal fuerza.

Pero la sorpresa del prohombre duró poco. Al punto, miró a su capataz con desconcierto y después como si estuviese siendo víctima de la peor de las afrentas.

—¡Tú! —rugió, tan lleno de cólera que tenía el rostro congestionado. Lo señaló con el dedo, acusador—. ¿Dónde está Beatriz? ¿Dónde la tiene escondida ese sucio mestizo? —Regresó la vista a don Diego y garantizó—: ¡Acabaré contigo y prenderé fuego al rancho si no me devuelves a mis hijos! —Miró a sus hombres, y les hizo un gesto que no admitía demora—. ¡Acabemos con todo esto!

Los hombres de Hacienda Esmeralda miraron con dudas a Adrián y apuntaron a don

Diego con sus pistolas, pero sin convicción. Adrián era su capataz y le guardaban un gran respeto. El Lobo de Hacienda Esmeralda lo sabía, y se adelantó, protegiendo a don Diego con su cuerpo. Esos hombres no se atreverían a herirle.

—¿Qué diablos estáis haciendo? —vociferó Álvarez de Guzmán—. ¡Disparad al viejo!

—¡Marchaos! —ordenó Adrián, a su vez.

Entonces, Rodrigo apuntó hacia él.

—Eres un desagradecido —escupió—. Jamás debí traerte a Hacienda Esmeralda. ¡Nunca debí tratarte como a un hijo, cuando solo eres un maldito mestizo, hijo de una puta india! ¡Tráeme a Beatriz!

Esas palabras golpearon el corazón de Adrián. Ni siquiera Carmen había sido tan cruel con él.

Pero no se achantó. Retó a ese hombre con la mirada, como nunca había hecho y cerró los puños.

—Ya no puedes darme órdenes —respondió, tranquilo. Irguió la cabeza con orgullo, cuadró los hombros y se enfrentó al que siempre pensó que le debía lealtad. Pero después de escuchar la manera en la que se refería a su madre, ese respeto se desintegró como el polvo en el viento—. A partir de ahora renuncio a ser tu capataz.

—¡Malnacido! —gritó Rodrigo— ¿Cómo te atreves? ¡Trae a Beatriz ahora!

—Ya es suficiente —intervino don Diego—. Doña Beatriz no corre ningún peligro, tienes mi palabra.

—¿Tu palabra? —rio don Rodrigo, lleno de desprecio—. ¡Tu palabra tiene la validez del estiércol!

—Piensa lo que quieras, Rodrigo. Pero Beatriz regresará en cuanto haya hablado con mi otro hijo, Diego.

—¿Tu otro hijo? —repitió, con una mueca de burla. Rodrigo desvió la vista hacia Adrián —. Y tú, ¿es que acaso te crees todas las estupideces que es capaz de inventar este viejo decrépito? ¡Traédmela o ateneos a las consecuencias! ¡Mi hija no debe permanecer ni un instante

más junto a ese advenedizo!

Adrián cerró los ojos por unos momentos. Cuando los abrió, la determinación era latente en ellos.

—Ordena a tus hombres que bajen las armas, o de lo contrario sabrás lo que es ser un malnacido.

Don Rodrigo se quedó pasmado. Adrián jamás había osado amenazarlo. La culpa la tenía ese viejo mentiroso. Ese estúpido anciano le había llenado la cabeza de mentiras y no estaba dispuesto a consentirlo. Alzó el arma y la amartilló.

—Ve a por ella o mataré al viejo —amenazó, apuntando a don Diego.

—¡No será necesario! —La voz de Beatriz se escuchó tras los hombres de Hacienda Esmeralda, quienes se voltearon para mirarla. Pero ella tenía la vista clavada en Rodrigo—. Baje el arma, padre. No es necesario este alboroto.

Su hija acababa de irrumpir en el patio acompañada de ese mestizo y don Rodrigo no tuvo que pensar demasiado para saber qué habían estado haciendo. Una intensa ira le inundó las venas. Desmontó de un salto del caballo y se encaminó hacia ella, dispuesto a arrastrarla de vuelta a su hacienda.

Diego se interpuso de inmediato.

—No haga nada que pueda lamentar, don Rodrigo —avisó. Su voz sonó neutral, pero la advertencia que lucía en los ojos no admitía discusión.

Beatriz se asustó. Conocía esa mirada, ya la había visto antes cuando su hermano se enfrentó a él. Su actitud era posesiva, amenazante, rezumaba peligro por todos los poros de su piel. Y su padre no pensaba con claridad, lo dominaba la ira. Parecían dos ciervos a punto de chocar las cornamentas.

—Por favor, dejad de…

Rodrigo miró a su hija y Beatriz ennudeció.

Llevaba briznas de paja en el pelo y también la camisa mal abrochada. Supo que acababa de entregarle la virtud a ese maldito mestizo. —¡Sucio bastardo! —aulló, fuera de sí, y se

abalanzó sobre él.

Diego no opuso resistencia, no se retiró, protegiendo en todo momento a Beatriz. No hizo nada y recibió un puñetazo de don Rodrigo, que lo tumbó al suelo.

—¡Padre, no! —chilló ella, conmocionada.

Rodrigo agarró los hombros de su hija y la zarandeó hasta casi descoyuntarle los huesos.

—¡Tú te vienes ahora mismo conmigo! —aseveró, implacable. La cogió del brazo con violencia, al tiempo que la arrastraba hacia su caballo—. ¿Qué has hecho, Beatriz? ¿Qué diablos has hecho?

Adrián y el anciano de la Cruz observaban la escena con horror. La certeza de que algo grave estaba a punto de suceder recorrió la sangre del antiguo capataz. Después de que el anciano asintiera, Adrián se acercó a Diego y le tendió la mano. Cuando este se puso en pie vio la rabia en sus ojos, pero también la contención. Por alguna razón Diego evitaba enfrentarse a don Rodrigo. Lo que no sabía Adrián era que temía acabar también con su vida. Ya había matado al hermano de Beatriz y no quería matar también a su padre.

Mientras tanto, ella se revolvía, a pesar de tener los dedos de su padre clavados en el brazo, hasta que logró zafarse de él.

—¡No! —gritó, y corrió hasta Diego, colocándose ante él y Adrián, un paso por delante —. No pienso regresar a Hacienda Esmeralda.

Diego apretó los puños. Le estaba costando la cordura el no lanzarse contra ese hombre tan cruel.

—Ya ha escuchado a su hija. Ella se queda. Nos casaremos, y usted se marchará por donde ha venido.

—¡Por encima de mi cadáver! —bramó don Rodrigo. Llegó junto a su montura, cogió el arma otra vez y lo apuntó.

Beatriz alzó las manos, como si así pudiera parar las balas, espantada.

—No… Por favor —sollozó. Un miedo atroz la atenazaba ante ese hombre, en el que no reconocía al padre cariñoso que la había acogido hacía cinco años—. Se lo suplico, padre…

No solo temía por él sino también por ella porque, que Dios la perdonara, ya no se imaginaba la vida sin Nube de Fuego.

Don Rodrigo, ajeno a todo eso e ignorando las súplicas de su hija, amartilló el arma y apuntó al pecho del lakota.

—¡Has deshonrado a mi hija! —aulló. El desagravio que sentía, unido al odio que le recorría la sangre, lo trastornaban, lo enloquecían.

Diego negó con la cabeza, adelantándose. Deslizó el brazo en torno a la cintura de Beatriz, protector, y enfrentó la mirada desquiciada de Álvarez de Guzmán.

—No hay deshonra cuando hay amor.

Brisa en la Pradera sintió un aguijonazo en el alma, y giró la cabeza hacia Nube de Fuego, quien la miró también a ella. Por eso no se dieron cuenta de que el anciano, don Diego de la Cruz, como si por arte de magia hubiese recuperado las fuerzas, se encaminaba hacia su enemigo, ayudado por el bastón.

Adrián sí lo vio, y se adelantó tras él cuando…

Don Rodrigo disparó.

Brisa soltó un grito desgarrador cuando la sangre le salpicó el rostro.

Adrián solo tuvo tiempo de sostener a su padre en brazos, evitando que se desplomase.

—No… —jadeó, mientras poco a poco lo iba depositando en el suelo, con la mano sobre el enorme boquete que el plomo había horadado en su carne.

Las lágrimas caían a borbotones por el rostro de Beatriz, entremezclándose con la sangre de don Diego. ¿Cómo había podido suceder algo así? ¿Cómo había podido su padre, asesinar a ese anciano indefenso? Miró a Rodrigo, y sólo pudo ver odio en sus ojos. No había rastro del hombre cariñoso que otrora fue. No podía entenderlo.

Desolada, vio como Nube de Fuego se agachaba junto a Adrián.

—Don Diego… ¡Don Diego! —llamó, conmocionado. Miró al hombre que lo había tratado como a un hijo, y apreció como la vida escapaba de sus ojos. Miró a Adrián, y luego a Beatriz con desesperación y tristeza. De nuevo regresó la vista a su padre adoptivo, con la

impotencia reflejada en el rostro. A su lado, el Lobo de Hacienda Esmeralda estaba arrodillado junto al cuerpo del anciano. Soltó un grito desgarrador.

Don Rodrigo, aprovechando la confusión, no perdió el tiempo. Agarró la muñeca de Beatriz y la arrastró otra vez hasta su caballo.

—¡Padre, suéltame! —exigió esta vez, intentando liberarse.

—¡Suéltela!

Diego se había puesto en pie mientras Adrián seguía con la mirada clavada en su padre, ya cadáver. Los hombres de Hacienda Esmeralda apuntaron a Diego con sus pistolas. Ahora que su capataz estaba distraído, no dudarían en disparar. Beatriz lo supo y palideció.

—¡No! —gritó—. ¡No disparéis, os lo suplico!

—¡Silencio! —bramó don Rodrigo— ¡Ese malnacido merece morir, como todos los de la Cruz! ¡Acabaré con esta odiosa estirpe de una vez por todas! ¡Matadlo! —ordenó a sus hombres —. ¡Matad a Diego de la Cruz!

—¡No! —Beatriz logró zafarse de la mano de su padre, se colocó delante de Diego y extendió los brazos en cruz.

—¡Beatriz! ¡No! —clamó Diego, aterrado al verla de pie ante las armas, pero ella no le escuchó.

—Haré lo que me pidas —declaró hacia su padre, convencida—. Me casaré con Newton, mañana mismo si lo deseas. Pero te lo ruego, no lo mates.

—¡Beatriz, ya basta! —suplicó Diego alterado e incrédulo al escucharla.

—¡Cállate! —gritó, volviéndose hacia él, aún con los brazos extendidos. Volteó el rostro de nuevo hacia su padre, y frunció el ceño—. Te juro que, si lo matas, me arrebataré la vida en cuanto tenga oportunidad. ¡Lo juro por tu Dios!

Rodrigo pareció dudar. Luego entrecerró los ojos y movió la cabeza de un lado a otro.

—Maldita sea —masculló—. Está bien. ¡Regresemos!

No hizo falta que don Rodrigo la agarrase de nuevo. Ella silbó y Lucero no tardó en responder con un suave relincho. Lo desató de la argolla, montó en su lomo de un salto y miró a

su padre, quien con un gesto indicó a sus hombres que ya nada más tenían que hacer en el Rancho de la Cruz.

Diego la observó marchar, con el corazón roto de dolor y rabia.

Vio también como ella volteaba el rostro para mirarlo justo antes de ser engullida por la oscuridad de aquella noche en la que la luna se había escondido tras las nubes.

Cuando ya no se oyeron los cascos de los caballos alejándose, volvió la vista a Adrián. Se le partió el corazón una vez más al ver como un hijo acababa de perder a su padre recién encontrado.

CAPÍTULO 22



Mientras Lucero galopaba hacia Hacienda Esmeralda, Beatriz no podía arrancarse de la cabeza la mirada desolada que le lanzó Diego cuando la vio marchar con su padre. La había mirado con los mismos ojos con los que la miró el día que escapó del poblado lakota.

Beatriz no podía olvidar aquel terrible suceso. No podía olvidar el instante en el que los ojos de su querido hermano se vaciaron hasta quedar exentos de todo brillo. Y ahora, su padre acababa de asesinar a don Diego de la Cruz, había visto lo mismo en el rostro del anciano. Después escuchó el terrible grito de Adrián y el rostro desencajado de Nube de Fuego.

Pero el lakota no estaba libre de culpa.

La había engañado haciéndose pasar por Diego y, con dulces y apasionados besos le había robado el corazón.

Pero su padre… Don Rodrigo había resultado ser aún más cruel.

Seguía notando en las muñecas su agarre. En mitad del galope hacia Hacienda Esmeralda, no se podía quitar de la cabeza su brutalidad. Sus retinas estaban llenas de imágenes de la escena de muerte. Su mente viajó de nuevo hacia Nube de Fuego que, con su oscura mirada, la había visto marchar cinco años atrás, sin poder hacer nada por evitarlo. Con impotencia, suplicando perdón. Un perdón que no sabía si podría concederle.

Desvió la vista hacia la espalda de su padre. En su interior algo se había roto. Lo sentía en el alma, en la sangre. ¿Conoció a aquel hombre alguna vez? Siempre se preguntó por qué su madre se había enamorado con tanta facilidad de Buen Cantor, si antes amaba a su padre. Ahora empezaba a comprender que quizá nunca lo amó. Porque conocía su alma oscura y llena de podredumbre.

Al llegar a Hacienda Esmeralda, don Rodrigo la obligó a bajar del caballo sin ningún miramiento. No medió palabra, solo la agarró del brazo y la arrastró hasta la casa. Subieron la gran escalinata y por el corredor, donde estaba su alcoba, se encontraron con Carmen.

Su hermana estaba en camisón, acababa de salir de su habitación, sorprendida por las voces ahogadas de los criados, que se escuchaban por toda la casa preguntándose qué habría sucedido para que don Rodrigo tratase de semejante forma a doña Beatriz.

Carmen portaba una candela que la iluminaba en un extraño ángulo que volvía su expresión indescifrable.

Con todo, Beatriz supo que había sido ella, de nuevo, quien había alertado a su padre de su salida. La miró a los ojos y Carmen rehuyó su mirada. Daba la impresión de estar serena, pero la mano que sostenía la candela le temblaba. Con seguridad temía por Adrián. Era probable que su hermana pensase que las salpicaduras rojas que manchaban su rostro eran las del joven capataz.

Los habría visto partir juntos, y movida por los celos —si es que un ser como ese podía albergar en su interior alguna emoción que no fuera odio, u envidia—, había alertado a su padre. Sí, pensó Beatriz, seguro que esa preocupación se debía a Adrián. No la sacaría de dudas, no le diría que había resultado ileso. Si en algo le importaba su amante, cosa que Beatriz dudaba, que sufriera. Podría decirse que lo sucedido era culpa suya; pues que pagara por el mal que había hecho.

Cuando dejaron atrás a su hermana y llegaron a la habitación de Beatriz, Rodrigo abrió la puerta de una patada y la empujó hacia adentro. Ella cayó al suelo, de rodillas. No alzó la vista, ni miró a su padre, se sentía rendida y derrotada.

—Te quedarás aquí hasta que yo lo diga. Hasta entonces, reflexiona sobre el mal que has hecho —lo oyó decir—. Mañana, o pasado a más tardar, acudirás a la iglesia y te casarás con Newton. A partir de entonces, no quiero volver a verte.

Esas palabras le martillearon la cabeza, pero no fue consciente de ellas hasta pasado un tiempo.

En ese momento, solo escuchó un portazo que la obligó a cerrar los ojos. Luego se llevó las manos a cada lado de la cabeza, y se tapó las orejas, por eso no escuchó el sonido de la llave volteando en la cerradura.

Estaba encerrada, pero eso era lo que menos le preocupaba.

En su cabeza solo cabían Diego y la muerte. La muerte y Nube de Fuego. Allá donde fuera él, esa dama oscura lo acompañaba. Tal vez aquella mujer lakota, su madre, tuviese razón y allá donde estuviese, la desgracia lo perseguía. Beatriz había sido una ingenua.

¿Cómo no lo había reconocido?

Eran tan distintos…

El caballero español, elegante, sofisticado y amable, el lakota, una bestia iracunda, un zoquete y un asesino despiadado. ¿Cómo habría hecho para llegar a San Diego de Alcántara y acabar convirtiéndose en el hijo de un apoderado? No lo sabía, ni le importaba. Pero estaba claro que había cumplido su amenaza: el muy canalla había ido en su busca y la había encontrado, para acabar arruinándole la vida, una vez más.

Sonrió con sarcasmo, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. ¿Debía felicitarle? Oh, claro que sí. Cinco años había aguardado ese hombre, oculto en su telaraña de embustes para urdir su plan. Se había esforzado en aprender a hablar perfectamente el español, en transformarse en un caballero, en adaptarse a un mundo nuevo, hasta que ella bajó la guardia, hasta que se entregó a él por propia voluntad.

Hasta que se había enamorado de él.

Beatriz soltó una amarga carcajada que pronto se transformó en un sollozo.

¿Cómo había estado tan ciega? No fueron pocas las noches en las que soñó con el asesino de su hermano, en las que anheló sus caricias y sus besos, para después odiarse a sí misma por ser tan estúpida. Así como había borrado su rostro, no olvidó las sensaciones que le provocó antes de aquel fatal desenlace.

Beatriz había ignorado todo hasta que vio sus cicatrices, hasta que distinguió la marca con forma de media luna sobre una de ellas. Solo un guerrero que ha consumado la ceremonia de

la Danza del Sol las portaba. Esas cicatrices, y esa marca, habían hecho que su mente y sus recuerdos despertaran. Y después había recordado cómo él había pronunciado, lleno de pasión, su nombre en lakota: Brisa.

Entonces se dio cuenta. Su mente reconoció ese rostro. Diego de la Cruz era el mismo hombre que había asesinado a su hermano.

Diego era Nube de Fuego.

No obstante, al ver a su padre apuntándolo con la pistola, Beatriz había sentido pánico, auténtico terror. ¿Y si moría? ¿Y si… jamás volvía a verlo, a sentirlo?

Movió la cabeza de un lado a otro, con violencia. No quería pensar en él, pero tampoco podía evitarlo. Se hizo un ovillo en el suelo y lloró toda noche y el resto de la mañana. Por haberse enamorado de su enemigo. Por la muerte del anciano don Diego. Y por su hermano, Sol Radiante. Pero lo que más le pesó a Beatriz en el alma fue Nube de Fuego: un hombre al que había odiado todos estos años y que se había convertido en el dueño de su corazón.



Pasadas las doce del mediodía Beatriz aún estaba en el suelo, acurrucada, abrazándose las rodillas. Esta vez sí oyó la llave accionar la cerradura. La puerta se abrió y entró su doncella, Lorena. Detrás de ella lo hizo su padre.

Beatriz alzó el rostro, y achicó los ojos cuando miró en su dirección. Los tenía tan hinchados que apenas podía ver sus rostros con claridad.

—Haz que se lave —ordenó Rodrigo a la doncella, sin mirar a su hija—. Y que se ponga esto.

Le lanzo un vestido que Beatriz no quiso ni mirar. Cogió la prenda y apretó con los puños la suave y delicada tela. Estaba enfadada, cansada, dolida con su padre, con Diego y con ella misma.

Ahora se daba cuenta de lo estúpida que había sido al abandonar a los apsalooke, para confiar en que su padre la recibiría con los brazos abiertos. Así había sido en un principio, pero después todo se torció y acababa de canjear su libertad por la vida del asesino de su hermano. Sonrió, irónica, al darse cuenta de que únicamente había tomado malas decisiones.

Don Rodrigo cerró de un portazo y dejó a Beatriz y a su doncella encerradas. De inmediato, la muchacha dejó la palangana de agua y la toalla que colgaba de su brazo sobre una mesilla auxiliar y se agachó junto a Beatriz.

—Mi señora —lamentó, preocupada—, ¿qué os han hecho?

—Estoy bien —respondió ella—. La sangre es de don Diego de la Cruz.

La doncella se quedó aliviada, pues al igual que Carmen había pensado que se trataba de Adrián, ya que todos en la hacienda comentaban que no había regresado. Aun así no dejaba de preguntarse a qué Diego se refería Beatriz.

—Pero…

—La de su padre, no la del joven —aclaró su señora—. Aunque tampoco ese es su verdadero nombre —apuntó, con un deje de rabia. Miró a Lorena, quien creyó que su señora empezaba a perder el juicio, pues una sonrisa desquiciada empezaba a asomarse por sus labios—. Se llama Nube de Fuego y es un mentiroso, un ladrón y un asesino.

—¡Mi señora! —exclamó Lorena horrorizada, sin comprender del todo lo que doña Beatriz le estaba diciendo—. ¿Acaso os ha hecho algo? ¿Os ha dañado? ¿Es a causa de eso el enfado de don Rodrigo? ¿Estáis bien? ¡Oh, no! —se lamentó, llevándose las manos unidas a la boca, con los ojos llenos de horror—. ¿Os ha… os ha arrebatado la virtud?

Beatriz soltó de nuevo una amarga carcajada, que resonó por toda la habitación.

—No me la ha arrebatado. Se la he entregado yo.

Tras decir eso, las lágrimas brotaron de sus ojos y rompió a llorar con desconsuelo.

CAPÍTULO 23



Beatriz caminaba hacia el altar con la mano apoyada en el brazo de don Rodrigo Álvarez de Guzmán. Si antes ese mismo brazo se había mostrado acogedor, solícito y protector, en ese momento la hacía sentirse prisionera. Su querido padre se había convertido en captor y verdugo, y la conducía al patíbulo para venderla a un hombre repugnante.

A pesar de que don Rodrigo solo había tenido un día para preparar el enlace, la iglesia de San Diego de Alcántara estaba a rebosar de invitados. Beatriz, al pasar entre ellos, mantenía el rostro altivo y la mirada clavada en el enorme crucifijo de madera, que pendía sobre el altar.

Bajo esa cruz la esperaba Newton. Y a su vera dos de los hombres de don Rodrigo como testigos. Justo en el centro se hallaba el sacerdote, biblia en mano.

Un tupido velo cubría el rostro de la condenada, que apenas podía ver la cara de su futuro esposo. Pero la recordaba bien. Era el rostro de un infame villano. En sus ojos azules podía leerse la crueldad y la perversión. Ese era su destino, pensó, destrozada, y más le dolió reconocer que preferiría desposarse con el cruel asesino de su hermano.

Al pensar en Diego, las piernas le fallaron y tuvo que detenerse. Lejos de mostrarse compasivo, su padre le apretó el brazo y la instó a continuar.

—Recuerda tu promesa, Beatriz —susurró en su oído, perverso.

La recordaba bien: su libertad a cambio de la vida de Diego. ¿Lo merecía? Tal vez no, pero jamás se habría perdonado si él hubiese corrido la misma suerte que don Diego de la Cruz.

Llegaron al altar, el sacerdote les dio la espalda y comenzó la misa. Durante ese tiempo, mientras las palabras sin sentido de ese sacerdote resonaban en su mente, Beatriz se evadió de lo

que ocurría y viajó con la mente a sus queridas praderas.

Añoró los regaños cariñosos de su madre, la forma en la que le peinaba el pelo, con amor y cuidado. Sus palabras de aliento, sus sonrisas y su felicidad al haber hallado una nueva vida junto a Buen Cantor. Beatriz empezaba a comprender por qué su madre jamás había hecho nada para regresar con don Rodrigo. Ahora que su padre se había quitado la máscara era capaz de alegrarse por ella. Beatriz, por desgracia, no correría la misma suerte.

Miró a Newton de reojo, a través del velo. No se atrevió a voltear el rostro hacia él. Le resultaba demasiado repulsivo. Un halo de crueldad lo rodeaba, podía percibirlo. Él sonreía, satisfecho, como aguarda la araña a que el estúpido mosquito caiga en su red. Beatriz sabía qué clase de espantos la esperaban, y no encontraba la manera de desenredarse de esa cruel seda. Pero de alguna forma lo haría. No estaba dispuesta a rendirse. En cuanto pudiera, escaparía.

—Beatriz Álvarez de Guzmán. —Las palabras del sacerdote la sacaron de sus pensamientos—. ¿Aceptas a Alfred Newton como legítimo esposo, hasta que la muerte os separe?

Beatriz desplegó los labios, pero ningún sonido salió de ellos.

Nube de Fuego galopaba sobre su negro corcel como si los espíritus le hubiesen prestado las alas del viento. Sentía el frescor en el rostro pintado para la guerra y su melena ondeaba tras su espalda como si fuese una bandera que clamaba libertad. Llevaba el pecho desnudo, mostrando con orgullo sus cicatrices. Era de nuevo un guerrero lakota y estaba dispuesto a pelear e incluso morir por lo que consideraba que era lo más justo.

Adrián y un tropel de hombres lo seguían, armados y rabiosos, reclamando venganza por el cruel asesinato de padre y patrón.

Cuando llegaron a la puerta de la iglesia, los hombres del rancho De la Cruz se abrieron en abanico tras él, pero Nube de Fuego no se bajó del caballo. Entró al galope en la iglesia, y atravesó el corredor que formaban los bancos, repletos de invitados, con el puño en alto y un grito de guerra.

Todos los allí presentes enmudecieron ante la irrupción. Algunas damas se desmayaron, otras empezaron a abanicarse. Y algunos hombres se levantaron, airados y ofendidos ante semejante afrenta en la casa del Señor.

Beatriz se dio la vuelta y lo vio.

Lucía el rostro pintado de negro hasta el puente de la nariz. Su mirada era aterradora. Sus ojos, oscuros como un abismo insondable, relucían con un brillo asesino. Su cuerpo, su porte y su mirada demostraban orgullo, honor, dignidad y pasión, pero también declaraban que venía a reclamar lo que le pertenecía: a ella.

—¡Brisa en la Pradera! —gritó en español, haciendo que su negro caballo se alzase de manos—. ¡Yo, Nube de Fuego, vengo a reclamarte!

Brisa tragó saliva. Pero se armó de valor y se quitó el velo. Lo miró a los ojos y le sostuvo la mirada. Alzó la barbilla y tomó aire con lentitud, antes de responder también en español, orgullosa:

—¿Con qué derecho?

El caballo posó las manos en el suelo de la iglesia, pero Nube de Fuego no desmontó.

—¡Perteneces a Buen Cantor! —gritó—. Te gané en contienda contra los apsalooke, pero el Jefe de los lakota oglala, Pluma Roja, me ordenó que te devolviese. Por ello, te llevaré de vuelta con tu padre.

Los labios de Brisa lucharon por ocultar una sonrisa. De súbito, sentía en su interior algo parecido a un tornado que lo arrasaba todo y contenía toda clase de emociones, desde la rabia, pasando por el alivio, hasta acabar en admiración.

—¿Cómo te atreves a irrumpir en la boda de mi hija? —vociferó don Rodrigo, asombrado y rabioso—. ¡Maldito salvaje! ¡Nada te da derecho a reclamarla!

Nube de Fuego cambió la dirección de su mirada y sus ojos se clavaron en ese hombre, en el asesino de Diego de la Cruz. Por un momento, Brisa pudo ver cómo su padre retrocedía un paso ante la fuerza y la dignidad de ese lakota, que no estaba dispuesto a ceder en sus exigencias.

—Ella —la señaló—. ¡Brisa en la Pradera me concedió el derecho! —respondió,

eufórico. No añadió: «Cuando me eligió, cuando yacimos juntos y cuando unimos nuestros cuerpos», para que esos caras blancas no pudieran ensuciar el nombre de Brisa en la Pradera ni siquiera con el pensamiento—. Obtendré lo que quiero, así que apártate de mi camino —advirtió Nube de Fuego.

De reojo, Beatriz vio como Newton retrocedía y esbozó una mueca de desprecio. Era un maldito cobarde. Pero su instinto la avisó de que no debía perderlo de vista. Las serpientes acorraladas eran las más peligrosas.

—No te llevarás a Beatriz —aseveró don Rodrigo, casi desgañitándose. Nadie, nadie iba a impedirle hacer su voluntad.

Nube de Fuego dibujó una aterradora sonrisa.

—Oh, sí lo haré —respondió, justo en el instante en que Adrián entraba en la iglesia seguido por los hombres del rancho De la Cruz, tras haber dejado sus monturas en la puerta. Carlos Álvarez, el capataz, estaba a su lado, fiel—. No me corresponde a mi vengar la muerte de don Diego, pero no te interpondrás en mi camino si deseas vivir.

Adrián y los hombres del rancho se colocaron tras Nube de Fuego, apuntando a don Rodrigo con sus pistolas. El rostro del que otrora fue el capataz de Hacienda Esmeralda lucía desgarrado por el odio y el dolor. Carmen se llevó las manos al pecho al verlo. Sintió que le faltaba el aire y que su corazón latía desbocado. Jamás había visto en los ojos grises de Adrián un brillo tan aterrador.

—Te conviene hacerle caso —intervino Adrián, temblando de ira—, o seré yo quien te agujeree el pecho.

—¿Cómo te atreves? —bramó don Rodrigo, mirando con inquina a ese mestizo—. ¡Te lo he dado todo! ¡Todo! ¿Y así me lo agradeces?

—No me has dado nada —respondió Adrián—, solo tu compasión. Y no la quiero. Deberías haberla tenido con mi madre, a quien encerraste en un convento, haciéndome creer después que fue una prostituta. —Entonces, el joven miró a todos y a cada uno de los asistentes con sus ojos grises sedientos de venganza, para anunciar después—: ¡Don Diego de la Cruz era

mi padre, y este hombre, este maldito hijo de una serpiente, ayer le arrebató la vida tras dispararle en el pecho! ¡Don Rodrigo Álvarez de Guzmán es el asesino de don Diego de la Cruz! ¡Mi padre!

Los presentes estallaron en gritos ahogados. Carmen dejó de abanicarse y contempló a Adrián, sin poder creer el giro que acababan de dar los acontecimientos. Don Rodrigo, por su parte, palideció.

—¡Eso es mentira! —bramó, con los ojos inyectados en sangre.

Pero Adrián no iba a achantarse. Ya no. No pudo evitar echar un rápido vistazo en dirección a Carmen. Ella tenía los ojos abiertos como platos, y las manos le temblaban. Se obligó a retirar los ojos de ella y egresó la vista a don Rodrigo.

—Tengo documentos que lo confirman y ya están en manos del procurador. Ahora, devuelve a Beatriz a Diego. Se pertenecen el uno al otro.

—¡Es una falacia! —gritaba don Rodrigo—. ¡Es todo mentira!

Nube de Fuego presionó los flancos de su caballo y se acercó a Beatriz. La miró a los ojos y le tendió la mano. Las palabras no fueron necesarias, se dijeron muchas cosas con los ojos. Ella mantenía una gran lucha en su interior, sabía al igual que él que había venido a rescatarla, pero de igual forma no podía olvidar su afrenta. Si aceptaba esa mano tendida, lo haría para salvarse y no porque lo perdonase. Decidida se acercó un paso y luego otro. Sin dejar de mirarlo a los ojos, Beatriz alzó el brazo y lo tomó de la mano. Nube de Fuego tiró de ella para subirla al caballo, pero algo se lo impidió.

—¡Jamás lo consentiré! —bramó Newton, agarrando por la cintura a Beatriz. La estiró hacia atrás, aprisionándola contra su cuerpo y le colocó un cuchillo en el cuello—. ¡Lárgate, o la mato! —rugió, amenazador, con la locura impresa en el rostro.

La gente empezó a gritar, pero nadie hizo nada. Estaban espantados y al mismo tiempo anonadados, jamás habían presenciado en San Diego de Alcántara semejante esperpento.

—Suéltala —exigió Nube de Fuego.

—¡Newton, déjala en paz! —intervino Adrián, asustado al ver el filo rasgar la fina piel

femenina. Sabía lo que era capaz de hacer ese hombre.

Don Rodrigo apretó los puños, pero no habló ni hizo nada para proteger a su hija.

—Hijo, suelte a la dama. ¡Está en la casa de Dios! —intercedió el sacerdote.

Pero Newton no parecía dispuesto a soltar a Beatriz. Empezó a retroceder, con el cuchillo en la garganta de su víctima. Nube de Fuego entró en cólera al ver que un trazo de sangre resbalaba por su cuello y teñía de escarlata el blanco escote. Pero debía ser cauteloso, los ojos azules de Newton rezumaban odio. La mataría si ella no accedía a marcharse con él, y Nube de Fuego no podía arriesgarse a perderla.

—¡Marchaos o morirá! —gritó Newton, desquiciado y Beatriz gimió al sentir la hoja clavarse más en su piel.

Nube de Fuego bajó del caballo con los brazos en alto.

—Está bien —cedió—, pero aparta ese cuchillo del cuello de la dama.

—¡Fuera! ¡Es mi esposa! ¡Es mía y de nadie más! ¡La mataré si no os largáis todos de aquí!

—Suéltala, Newton —empezó a decir Adrián, intentando distraerlo—. Todos te están mirando, si la matas solo te aguarda el garrote vil.

Newton miró a Adrián, dibujando una sonrisa burlona en los labios.

—No voy a dejar que ese maldito salvaje se salga con la suya —escupió, con la mirada clavada en el capataz—. ¡Beatriz es mía, y puedo matarla si así lo deseo!

Nube de Fuego actuó con rapidez. Mientras Newton estaba distraído con Adrián, se lanzó sobre el inglés. En un rápido movimiento lo agarró del brazo y apartó el cuchillo del cuello de Beatriz.

Ella tropezó con la falda del vestido y cayó al suelo, pero se puso en pie de inmediato y corrió a colocarse tras el altar, junto al sacerdote. Mientras el capellán la miraba con preocupación, ella buscaba algo con lo que golpear al inglés, que forcejeaba con Nube de Fuego. Encontró un cáliz de oro macizo y lo sopesó.

—Que su Dios me perdone —le dijo al párroco, que parecía espantado. Luego agarró la

copa dorada con las dos manos y frunció el ceño, calculando el momento de lanzarlo.

Newton y Nube de Fuego seguían forcejeando. El inglés agarraba el cuchillo mientras intentaba horadar la carne de su oponente, pero el lakota era más fuerte y logró arrebatárselo de las manos con un empujón. El arma cayó al suelo y Newton se arrastró para cogerla de nuevo, pero Nube de Fuego lo agarró por los hombros, le dio la vuelta, lo alzó y le propinó un puñetazo. El hombre se tambaleó, y cayó al suelo estrepitosamente sobre sus nalgas.

—¡Pagarás por esto, salvaje! —gritó don Rodrigo, mientras Newton permanecía en el suelo, lamentándose.

Nube de Fuego le dio la espalda a Newton para encaminarse, furioso, hacia don Rodrigo.

—¿Cómo te haces llamar padre? —exclamó, indignado—. Has entregado a tu hija a un hombre que acaba de amenazar su vida. ¿Dónde queda tu responsabilidad? ¿Y tu honor?

—Tú no eres más que un salvaje, ¿qué sabrás de honor?

Don Rodrigo miraba a Diego con auténtica rabia. Y todos los presentes vieron, con sus propios ojos, lo poco que le importaba su hija. Solo pensaba en el odio que sentía hacia los indios, no era capaz de ver más allá.

Nube de Fuego sintió lástima por él. Luego alzó la vista y habló a todos los asistentes.

—Los blancos habláis de honor continuamente, pero yo he visto pocos hombres honorables aquí. Doña Beatriz estaba siendo obligada a casarse con un hombre cruel y despiadado, y no habéis dicho nada. Ese hombre casi le corta el cuello, y nadie de vosotros ha movido un dedo. Ayer murió don Diego de la Cruz, asesinado por este hombre —señaló a don Rodrigo, pero nadie dijo nada. Nube de Fuego sonrió con ironía, para continuar—: Nos llamáis salvajes a nosotros, los indios, pensando que es un desprecio, sin saber que pensamos que eso está bien. Los vientos que llaman nuestras almas son salvajes. La brisa que acaricia los rostros y aviva el fuego, que acoge, pero también quema, es salvaje. Y cuando en el suelo, con nuestros pies descalzos, sentimos las pezuñas del hermano Bisonte, reconocemos el auténtico significado de la palabra libertad. ¿Cómo es que no podéis ejercer la justicia de la que tanto presumís, para defender a los más vulnerables, como las mujeres y los ancianos? —Los contempló con

conmiseración, alzó el mentón, irguió los hombros y proclamó—: ¡Elijo ser un salvaje!

Algunos de los rostros de los asistentes se tiñeron de vergüenza, pero nadie pudo decir nada porque don Rodrigo intervino a gritos.

—¡Palabrerías! ¡Todo eso son palabrerías! Jamás permitiré que mi hija sea de nuevo una salvaje. ¡Jamás!

Nube de Fuego no oyó los pasos que se aproximaban a él desde atrás, pero sí escuchó el grito de Beatriz.

—¡Diego, detrás de ti!

Antes de poder reaccionar Nube de Fuego sintió una punzada de dolor en el costado. Acto seguido escuchó un sonido metálico golpeando algo de forma seca y contundente, y después un fardo cayendo al suelo.

Se dio la vuelta y vio a Newton a sus pies, con una herida abierta en la cabeza. En la mano derecha sostenía un cuchillo teñido de sangre. Nube de Fuego alzó la vista y se encontró con los ojos de Beatriz, que sostenía con las manos temblorosas una copa de oro ensangrentada.

—Brisa —llamó. Luego se llevó la mano al costado con una mueca de dolor. Cuando se miró la palma, vio que estaba bañada por su propia sangre.

CAPÍTULO 24



Tres días después.

Beatriz dormitaba en el sillón del despacho de don Diego de la Cruz. En su regazo descansaba el bastidor de un bordado. No había podido dar ni tres puntadas a la tela, el temblor de sus manos era incontrolable.

Habían pasado tres días desde que se intentó celebrar su boda con Newton. Gracias al cielo Nube de Fuego y Adrián, custodiados por los hombres del rancho De la Cruz, lograron impedirla. El inglés fue apresado por apuñalar a Diego y amenazarla a ella con un cuchillo. Pasaría un tiempo en la cárcel si no era finalmente ejecutado. No obstante y aunque también había sido apresado, don Rodrigo había quedado a la espera de ser investigado por la muerte de su vecino. El juez quería estar seguro y por eso antes interrogaría a los testigos, entre los que estaba Diego.

Beatriz ya no sentía ninguna lástima por su progenitor, y esperaba que pagase por su terrible crimen, aunque no siempre la justicia castigaba a los culpables, y más si se trataba de un hombre tan poderoso.

Aunque eso era lo que menos le preocupaba en esos momentos. Diego había resultado herido de gravedad y Beatriz no podía sentirse más desdichada.

Despegó ligeramente los ojos cuando oyó la puerta abrirse, y se incorporó con rapidez al escuchar unos pasos entrar. Con el movimiento se le cayó el bordado al suelo.

—Doña Beatriz —saludó Engracia, la única sirvienta del rancho De la Cruz que se

encargaba de atender los invitados. Era una muchacha joven y simpática, que le dedicó una sonrisa de aliento. Portaba una bandeja con algo de comida y un vaso de agua. La depositó sobre una mesilla auxiliar y se apresuró a recoger el bordado para entregárselo a Beatriz.

—Gracias.

La muchacha la miró con preocupación.

—Necesita reponer fuerzas, señorita. Lleva tres días sin probar bocado.

—En realidad cuatro, creo. Pero no tengo apetito.

—Por favor, al menos tome un poco de agua. El señor Adrián ha sido bien claro en este aspecto. Está muy preocupado por usted.

Beatriz no podía pensar en otra cosa que no fuese Diego. Se le rompió el corazón de nuevo a recordarlo, tan fuerte y vigoroso, postrado en el lecho. Su vida pendía de un hilo. Las manos le volvieron a temblar cuando pensó en la posibilidad de que no lograse superarlo y tuvo que entrelazar los dedos.

—El médico lo está visitando de nuevo —informó la joven, adivinando su inquietud—. ¿Desea estar presente en cuanto informe al señor Adrián de su estado?

—Sí, gracias.

Beatriz no entendía el motivo por el que esa doncella trataba a Adrián con tanta ceremonia, pero no dedicó demasiado a pensar en ello.

—Yo me ocupo de doña Beatriz —intervino Adrián, que acababa de llegar y se había parado junto a la puerta abierta. Le dedicó una mirada tranquilizadora, pero no logró su objetivo. Los ojos de Beatriz se le llenaron de lágrimas.

—Adrián… —sollozó, poniéndose en pie.

Él se acercó y la tomó de la mano.

—No te preocupes, Diego es fuerte como una roca, esto es pan comido para alguien como él.

La doncella se apresuró a dejarlos a solas y Adrián le apretó varias veces la mano temblorosa.

—No puedo soportarlo más —confesó Beatriz, pálida, mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la otra mano.

Él le pasó las manos por los hombros y después la abrazó. Era inadecuado que hiciese algo así, pero la alivió profundamente.

—Tranquila —exhortó, y le palmeó la espalda, dándole consuelo—. Todo saldrá bien.

—Él… yo… —Beatriz temblaba, y de nuevo las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas, incontrolables, empapando la camisa de su mejor amigo.

—Shhh. Nada de lo que haya podido suceder entre vosotros es importante ahora, Beatriz. Solo piensa en su recuperación.

Ella lo miró a los ojos.

—Lo amo, y lo odio de igual forma.

Él se separó para acariciarle el rostro y secarle las lágrimas.

—Eso no es cierto. No lo odias.

—Sí, lo odio, o así debería ser. Porque él…

—No vuelvas a decir eso —regañó Adrián, aunque sin severidad—. Diego…

—Se llama Nube de Fuego, y él me raptó —interrumpió Beatriz, entre gemidos y sollozos—. Después asesinó a mi hermano. Luego me persiguió, se hizo pasar por un caballero español y…

—Beatriz, para—instó Adrián. Posó el dedo índice en sus labios—. Lo hablaréis cuando se haya recuperado.

—Si se recupera, porque de lo contrario, mi corazón… mi corazón…

—Pase lo que pase tu corazón sanará.

—No estoy segura, Adrián.

—Te salvó la vida, Beatriz, y el anciano don Diego le tenía en muy alta estima. No puede ser tan mal hombre como dices. Lo de tu hermano habrá sido un malentendido.

Beatriz rompió a llorar.

—Yo estaba ahí, y lo presencié. Vi lo que vi y pasó lo que pasó.

Adrián tomó aire y lo expulsó con lentitud.

—Aun así, espera a que se recupere y después escucha lo que tenga que decir. Puede que la verdad tenga otro rostro.

Alguien carraspeó para hacerse notar y Beatriz y Adrián voltearon la cabeza hacia la puerta. Era de nuevo la doncella y en su rostro se podía ver la esperanza.

—El doctor Vázquez ya ha atendido a don Diego, ¿le hago pasar?

—Sí, gracias —dijo Adrián.

Beatriz se secó las lágrimas, se recolocó el vestido y se aclaró la voz. Cuando el médico entró en el despacho, ella le dedicó una sonrisa trémula.

—Doña Beatriz —saludó, y luego se dirigió a Adrián, sin saber muy bien cómo dirigirse a él—. Señor…

Todos en el pueblo sabían ya que Adrián era el hijo de Diego de la Cruz y Beatriz recordó en ese momento que él mismo lo proclamó en la iglesia. Pero toda su atención estaba puesta en Nube de Fuego y no dedicó más tiempo a pensar en ello.

—Díganos, doctor, ¿cómo se encuentra don Diego de la Cruz? —preguntó la joven, haciendo acopio de todas sus fuerzas para pronunciar una frase seguida sin ser interrumpida por un lamento.

—Por fortuna el puñal no dañó ningún órgano vital, pero ha perdido mucha sangre y eso es preocupante.

—¿Sobrevivirá? —indagó Adrián, al ver que Beatriz palidecía.

—Confío en que sí. Es un hombre fuerte. Mientras el mal humor no se extienda, todo irá a mejor. Habrá que cambiar los vendajes una vez al día, y limpiar la herida con agua caliente y luego regarla de alcohol. No debe infectarse.

—Yo misma me ocuparé —aseguró Beatriz, dispuesta a lo que fuera y añadió—: ¿Cuándo despertará?

—Ya lo ha hecho —respondió el doctor—. Pero aún necesita reposo, no es conveniente que se esfuerce, necesita un ambiente de tranquilidad. La herida podría abrirse si se siente

alterado.

Beatriz miró a Adrián, suplicante y él asintió.

—Ve a ver cómo está —indicó—, yo aguardaré afuera por si me necesitas.

Beatriz caminó presurosa por el corredor, hasta llegar a la alcoba de Diego. Se detuvo frente a la puerta, alzó la mano, pero cuando estaba a punto de rozar con los dedos el pomo, se detuvo.

Cerró los ojos y tomó aire, hasta que se armo de valor y abrió.

Diego yacía en el lecho. La sábana lo cubría hasta la cintura, y Beatriz respiró hondo al ver su pecho desnudo. El movimiento causado por su respiración era pausado, pero también débil. Tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la almohada, algo ladeada hacia el lado contrario a donde ella se encontraba. Sus cabellos, largos y lacios, negros como la obsidiana, se le pegaban al sudoroso rostro. Se acercó un poco más, y le palpó la frente con delicadeza. Lo notó frío y sintió alivio al comprobar que le había bajado la fiebre, pero su rostro lucía pálido y en él destacaban unas terribles ojeras violáceas.

Beatriz creyó que su corazón se partía en mil pedazos y se llevó las manos a la garganta para soportar la presión que el llanto ejercía en ella.

Cuando él, al sentir su toque, abrió los ojos y giró la cabeza en su dirección, ella tragó saliva. Los labios de Diego intentaron dibujar una sonrisa, sin lograrlo, y dos lágrimas escaparon de los párpados de Beatriz.

Él frunció el ceño, preocupado y abrió la boca para hablar. Ningún sonido salió de sus labios. Beatriz se sentó en una silla, a su vera, se aclaró la garganta y se secó las lágrimas.

—No… llores —pidió él, con voz débil.

—Discúlpame —respondió Beatriz, intentando que su voz no sonase entrecortada—, no sé qué me sucede, tal vez sean los nervios. Esta situación es… —No acabó la frase, porque era ridículo lo que intentaba decirle.

El cerró los ojos por un momento. Cuando los abrió, alargó la mano al tiempo que la

miraba con la súplica estampada en ellos.

Beatriz miró su mano, dudó, pero no tardó ni tres segundos en tomarla. El alivio se reflejó en el rostro de Diego, y ella tomó aire para tranquilizarse.

—Yo…

Le apretó la mano y Beatriz sintió como de nuevo el llanto amenazaba con dominarla. Entonces, él estiró su mano y se la llevó al rostro. Con los ojos cerrados, posó los labios en su tibia piel y la mantuvo así, en contacto, por un largo tiempo.

Beatriz rompió a llorar, desconsolada.

Diego no apartó los labios de su piel, pero sí la apretó aún más.

Sabía qué atenazaba el corazón de Brisa. El miedo, la culpa, también la rabia por sentir lo que no debía por alguien que le había arrebatado algo muy valioso: la vida de un familiar.

La comprendía, y no podía culparla. Estaba luchando consigo misma. Él también estaba desolado. Sabía que era altiva, y que su orgullo no le permitiría perdonarlo tan fácilmente. Lo sabía, lo aceptaba, a pesar de lo doloroso que le resultaba. Pero lo intentaría hasta el último respiro.

Colocó su mano sobre el pecho, y la miró con tanta devoción que ella tembló como una hoja.

—Brisa…

—No hables —instó, en un susurro. Lo miró, temerosa—. No hagas un sobre esfuerzo, podrías empeorar.

Él negó con la cabeza. No estaba dispuesto a hacerle caso.

—Sé que no querías verme —admitió. Hizo una pausa, pues le costaba hablar—. Pensaste que, si lo hacías, podrías cambiar de opinión. Pero no es así, ¿verdad? No has cambiado de parecer.

Brisa lo miró con toda su tristeza. Tenía razón. Estaba a su lado ahora, y aun así, a pesar de amarlo con todo su corazón seguía sin poder perdonarlo.

Él leyó todo eso en sus ojos verdes y asintió.

—No te sientas mal por ello. Es lo justo y lo acepto.

—No… no puedo, Diego —sollozó ella, mientras las lágrimas viajaban ya por su rostro sin ningún control.

—Brisa…

—No hables.

—Me niego a renunciar a ti. No lo haré. Te esperaré hasta que me perdones. Pero si no lo haces, rogaré para que al menos los espíritus me absuelvan.

—Cállate.

—Por favor, si no me permites hablar, entonces déjame morir.

—¡No! —gimió ella, aterrorizada. Pero poco a poco, el miedo la abandonó para dar paso a la indignación—. ¿Acaso no has tenido suficiente? No me rompas el corazón una vez más. ¡Egoísta! —acusó, impulsiva. Le dolió decirle aquello, pero ya estaba dicho.

—Entonces, escúchame, Brisa.

Ella asintió, sin oponer más resistencia.

—Habla pues —cedió, con suavidad, más calmada.

Nube de Fuego se asió a su mano, la aprisionó, temeroso de que fuese la última vez que la tocaba.

—No puedo renunciar a ti porque te amo.

—No, basta… —Beatriz movía la cabeza de un lado a otro. Pero él no estaba dispuesto a callar.

—No hay día que no me odie por lo sucedido aquella noche. No sabía que era tu hermano, y no quise matarlo. —Beatriz sollozó. No apartaba la mirada de él. En sus ojos verdes había tristeza, también amor, pero no había perdón y tal vez nunca lo hubiese—. No hay nada que pueda calmar tu dolor, ni siquiera el hecho de que fue un desafortunado accidente. Estaba mareado, había tomado algo. —Movió la cabeza, confuso—. Creo que un brebaje que solía preparar mi abuela. No sabía lo que hacía. Te besé, nos besamos. Entonces ese chico apareció y… —Nube de Fuego cerró los ojos y Beatriz ahogó un gemido—. Jamás pretendí hacerle daño,

solo quería apresarlo para llevarlo ante Pluma Roja. Ruego y seguiré rogando por siempre tu perdón—. Beatriz ya no lo miraba, tenía el rostro ladeado, pero las manos de ambos seguían entrelazadas—. Tras tu marcha Pluma Roja me hizo prometer que te traería de vuelta. Capturar a la hija de Buen Cantor no fue una buena idea y la muerte de ese muchacho traería más problemas a mi kholà. Siempre he causado dolor a las personas a quienes he amado. Mi madre es infeliz por mi causa, el simple hecho de estar en mi presencia la hace gritar. Tu hermano está muerto. Y don Diego…

Beatriz interrumpió a Nube de Fuego con una severa mirada. Pero al ver que ahora era el guerrero quien tenía el rostro bañado en lágrimas, su rabia se transformó en compasión. Quiso secárselas, besar sus labios, consolar su corazón herido, pero no se atrevió.

—No digas más, te lo ruego.

Él negó con la cabeza. Necesitaba desobedecer para limpiar su alma y calmar su corazón.

—Por eso te seguí hasta aquí —continuó—. Porque hice una promesa. Debo cumplir la misión que me encomendó Pluma Roja: regresarte a tu pueblo para reparar el daño causado. Si me lo permites te devolveré a Buen cantor. Y si él desea ajusticiarme en ese mismo instante, estoy dispuesto a aceptar mi destino.

Beatriz se olvidó de respirar. Lo miró fijamente, sin pestañear, por unos segundos. ¿Qué estaba diciendo? ¿Acaso pretendía regresarla con su pueblo, los apsalooke, para pagar con su vida?

—Te matarán —aseveró, en un hilo de voz.

—Me arriesgaré.

—No puedes —negó, asustada. Su voz sonó más firme, aunque enronquecida por el dolor y el miedo—. Mataste al hijo de un caudillo. Los apsalooke no te perdonarán.

—Que así sea.

—¡No! —exclamó, Brisa—. ¡No lo permitiré!

Nube de Fuego sonrió al ver de nuevo en Brisa en la Pradera su carácter combativo. La admiraba y era uno de los motivos por los que la amaba.

—Brisa, entiende que no tiene sentido mi vida si no puedo estar junto a la persona a la que amo. Déjame hacer lo correcto.

—No, ni lo sueñes. No regresaré contigo. Lo haré sola. En este mismo momento empacaré mis cosas y me alejaré de este lugar. No podrás seguirme, estás herido. Le diré a Adrián que te retenga. ¡No dejaré que cometas semejante estupidez!

Él la apretó de la mano, para calmarla.

—Ahora no puedo obligarte, pero… —Hizo un mal movimiento y el dolor se reflejó en su cara—. Pero lo haré cuand…

—Discúlpame —lo interrumpió ella, atenazada por el dolor y al mismo tiempo, convencida. Luego cerró los ojos y tomó aire, necesitaba ordenar sus pensamientos—. Discúlpame por no querer volver a verte nunca más. Lamento que estés herido, y también que sufras por mi. Pero lo que más lamento es no ser tan buena persona como para no odiarte de la misma forma en que… —Hizo una pausa; se había prometido ser sincera, y sincera sería—: De la misma forma en que te amo. Regresaré con Buen Cantor y así se cumplirá la promesa que le hiciste a Pluma Roja. Pero lo haré sola. Y tú vivirás. Vivirás, porque me lo debes. Accidentalmente o no, mataste a mi hermano y quiero que este sea tu castigo: deseo que vivas amándome por el resto de tu vida al tiempo que sabes que yo jamás dejaré de odiarte con la misma intensidad con la que te amo.

Nube de Fuego cerró los ojos y más lágrimas escaparon de sus párpados cuando Beatriz se puso en pie y abandonó la habitación.

Solo cuando escuchó la puerta cerrarse y quedó a solas, rompió a llorar como si le acabasen de arrancar el corazón.

CAPÍTULO 25



El cielo henchido de nubes ostentaba un color gris férreo, como si contuviese el llanto, y a su vez proyectaba sobre el féretro de don Diego de la Cruz una luz azulada. El ataúd descendía con lentitud hacia el nicho excavado en la tierra, únicamente sostenido por unas cuerdas que a su vez eran mantenidas por poleas, que chirriaban como si fueran plañideras. Ese era el único sonido que se escuchaba, pues ni los pájaros osaban cantar en aquel día tan deslucido.

Nube de Fuego mantenía la vista clavada en el féretro. Se preguntaba cómo encontraría el espíritu del anciano el camino hacia las hogueras de sus antepasados, o lo que los españoles llamaban estrellas, si tenía que acabar sepultado bajo tres metros de tierra, en el interior de una caja. A pesar de que había vivido con los españoles cinco largos años, había cosas que Nube de Fuego jamás llegaría a comprender.

Miró a Brisa en la Pradera y se preguntó si estaría pensando lo mismo. Tal vez no, pues ella era española, aunque se hubiese criado con los cuervos.

El dolor de la pérdida era difícil de soportar. Diego no solo había perdido a un padre, también el amor de Brisa en la Pradera.

Jamás dejaré de odiarte con la misma intensidad con la que te amo.

Dolía. Y mucho más que la herida que le laceraba el costado. No obstante, lo soportaría, como llevaba soportando el peso de la culpa desde que nació.

También Beatriz observaba a Diego con la discreción que le permitía la red oscura que le cubría el rostro. Permanecía en pie, hierático como una estatua de mármol. Sabía que en su interior rugía el desconsuelo, pero algo en él había cambiado: ya no lo expresaba como otrora

había hecho, lo contenía como las nubes que amenazaban una tormenta eléctrica.

Había acudido al funeral con su hermana Carmen, que no había proferido queja alguna, al contrario, se había mostrado especialmente callada y solícita. Algo la había hecho cambiar de actitud, pero Beatriz no se fiaba ni un ápice de la serpiente que tarde o temprano agitaría el cascabel. Volteó un poco la cabeza hacia ella y la descubrió observando a Adrián con anhelo. Él, junto a Diego, aguardaba a que el sacerdote dijera unas palabras de consuelo.

Ya no era necesario acallar los rumores de enemistad entre ambas familias. Don Rodrigo no había hecho acto de presencia. Lo habían apresado esa misma mañana, y en estos momentos aguardaba en una celda, junto a Newton, el juicio que no tardaría en celebrarse. Serían declarados culpables, había pruebas más que suficientes para ello, y tal vez ambos fuesen sentenciados al garrote. Suspiró, lamentando la suerte de su padre, pero Beatriz nada podía hacer por él. En cuanto acabase el sepelio, empezaría a planear su regreso a tierras norteñas.

Casi todo el pueblo asistía al entierro. Incluso los trabajadores de Hacienda Esmeralda y varias personalidades de San Diego de Alcántara, como el alcalde y algunos apoderados de la zona con sus esposas e hijos. A pesar de que don Diego se pasó los últimos años sin hacer vida social, había sido una persona muy querida en aquellas tierras.

—Todavía no puedo creer que Adrián sea el legítimo hijo de don Diego de la Cruz. —Carmen rompió su silencio en un susurro, casi para ella misma, ocultando los labios tras un negro abanico de fino encaje—. Entonces, ¿qué hará don Diego, el mestizo? ¿Regresará con los indios o compartirá su fortuna con Adrián?

Beatriz no respondió. No le sorprendía que Carmen mostrase más preocupación por ella misma que por el destino de su propio padre, don Rodrigo, mucho menos por el fallecido. Sin embargo, Beatriz pudo distinguir la inquietud en el tono de su voz, tal vez hablar con frivolidad era la única forma que tenía Carmen de sosegar unos nervios que era evidente que sentía, pues no paraban de temblarle las manos desde que había visto a Adrián.

Regresó la vista a Diego y agradeció tener el rostro cubierto para que él no viese sus ojos enrojecidos a causa del llanto.

Pero ella sí podía ver su rostro. Lucía pálido y, a pesar de que se esforzaba en caminar de forma que nadie notase sus heridas, las sufría en silencio. Beatriz también soportaba el dolor de la pérdida, y del mismo modo sentía una gran preocupación por él, aunque no lo expresara. Pero ni una sola palabra de consuelo escaparía de sus labios, únicamente se permitiría mirarlo. Nada más.

Vestía un traje negro, sobrio pero elegante. La postura regia y el rictus impertérrito. Beatriz sabía que ese hombre era capaz de expresar fuego en la mirada, pero en aquellos momentos sus ojos estaban vacíos, ni tan siquiera mostraban el dolor que, con seguridad, bullía en su interior. También su cuerpo parecía sobrellevar la herida del costado que aún lo obligaba a guardar reposo. Solo los párpados rojos e irritados delataban un llanto contenido y silencioso.

Beatriz bajó la cabeza y clavó la vista en la hierba del camposanto, afligida. Pronto sus caminos se separarían. Ella estaba dispuesta a iniciar el viaje de regreso a las amplias planicies y olvidar todo lo sucedido, pero sobre todo, borraría de su corazón a Nube de Fuego y a Diego de la Cruz. A pesar de que estaba a punto de convertirse en una rica heredera y de ser nombrada, aunque no de forma oficial, la cabeza de la familia Álvarez de Guzmán, no se quedaría por más tiempo en aquel lugar. Dejaría en manos de Adrián, ya reconocido de forma oficial como el legítimo hijo de Don Diego de la Cruz, la Hacienda Esmeralda, de forma que ambos ranchos quedasen unidos para siempre.

Ese joven se lo merecía, por todo lo que había sufrido a manos de don Rodrigo, y también por el tiempo invertido en el negocio de la vid. Carmen tendría que aceptarlo, de no ser así siempre podría regresar a España con su tía viuda.

Para Beatriz ya no quedaba nada de valor en esas tierras, a excepción de su mejor amigo. Echaba en falta a su madre y, tras meditarlo mucho, llegó a la conclusión de que nunca se había sentido tan malquerida en la pradera, como sí lo era aquí.

El sacerdote pronunció las últimas palabras, y Diego, junto con Adrián, echaron un puñado de tierra sobre el ataúd, dando paso a los sepultureros, quienes echaron el resto a paladas.

Cuando todo acabó los asistentes se encaminaron a dar el pésame a los familiares. Beatriz

hizo lo propio y se acercó primero a Adrián.

—Te acompaño en el sentimiento —condolió, apretándole la mano.

Él le dedicó una triste sonrisa y le devolvió el apretón para instantes después seguir atendiendo al resto de asistentes.

Cuando le llegó el turno a Diego, Beatriz le dedicó un sutil movimiento de cabeza y, sin mediar palabra, se alejó de él lo más pronto posible. No pasó por alto el brillo de sus ojos, suplicantes de perdón, pero la muchacha no tenía nada que decir y se encaminó, presurosa, hacia la salida del cementerio. Necesitaba abandonar cuanto antes ese lugar o de lo contrario la presencia de ese hombre la mataría en vida.

—¡Beatriz! —oyó que Carmen la llamaba, pero siguió avanzando. Tampoco tenía ganas de compartir el tiempo con la arpía—. ¡Beatriz, te estoy llamando!

La joven se detuvo y tomó aire antes de darse la vuelta hacia su hermana.

—¿Qué quieres, Carmen?

—Que me esperes. ¿No piensas regresar conmigo?

Beatriz alzó la ceja izquierda.

—¿Acaso no te has divertido lo suficiente?

Carmen abrió la boca como un pez fuera del agua, y ni se acordó de ocultar el gesto con su abanico.

—¿Por qué estás tan molesta conmigo? —se quejó, pero en opinión de Beatriz, fingía estar asombrada. Pero la sorpresa era suya. ¿Desde cuando le importaba a Carmen lo que pensase de ella?

—¿De verdad tengo que decírtelo?

—¡Beatriz! —Carmen pateó el suelo con el pie izquierdo, en un gesto muy poco elegante, signo más que evidente de su enfado y sorpresa.

—Está bien, te lo diré: No has mostrado ni un ápice de compasión por el difunto. No te engañes, ya no me molesta que seas así, estoy acostumbrada. Pero al menos podrías tener la decencia de no sacar a relucir tu falta de empatía en un funeral, pues es de muy mal gusto incluso

para alguien como tú.

Carmen exhaló el aire contenido con la boca abierta. Luego negó con la cabeza.

—¿Acaso estás en mi cabeza para saber qué pienso o qué dejo de pensar, Beatriz?

—No hace falta. Tus actos han hablado por sí solos desde que te conozco.

—Como si mis actos, mis sentimientos o mi persona, te hubiesen importado alguna vez.

Ahora fue Beatriz quien mostró su sorpresa. De pronto vio en Carmen una expresión que jamás había visto antes. O fingía, o era una excelente actriz, pero en esos instantes parecía una persona completamente distinta. No obstante, no se dejaría envolver por esa serpiente.

—¿Y por qué habrían de importarme, Carmen? Desde que llegué a…

—Desde que llegaste —interrumpió, aparentemente dolida—, jamás mostraste el más mínimo interés hacia mi, o hacia la familia.

Beatriz abrió la boca, impresionada ante tamaña desfachatez.

—¿Cómo te atreves?

—No puedes verte con mis ojos, Beatriz, pero créeme, tú tampoco has sido una hermana cariñosa. ¿Qué querías que hiciera?

—¡Por favor, Carmen! ¿No te da apuro manipular a las personas de forma tan evidente? ¿Acaso crees que soy tonta?

—¿Y desde cuando te ha dado apuro a ti coquetear con Adrián delante de mis narices?

Beatriz abrió los ojos de forma desmesurada, luego parpadeó varias veces. Era incapaz de creer lo que Carmen acababa de señalar.

—¿Cómo…?

—Te hiciste su amiguita y yo tuve que soportarlo durante años. En los establos, riendo, saliendo a cabalgar, gastando bromas. Sabías lo que yo sentía por él, y no dejaste de recomendarle que me abandonara ni un solo día ¿No te da apuro a ti venir a reclamarme mi falta de simpatía?

—¿Me hablas de simpatía? No me lo puedo creer, Carmen. Tú no eres antipática, eres taimada y cruel. ¿Sientes celos por mi amistad con Adrián? Pues aprende a soportarlo.

—¿Celos? —repitió. Parecía disgustada y decepcionada— ¿Cómo podría sentir celos si, según tú, carezco de sentimientos?

En ese punto de la conversación, a Carmen se le empañaron los ojos. Beatriz nunca había visto a su hermana mostrar emoción alguna y apenas podía creer lo que veían sus ojos.

—Pero…

—Cuando te vi llegar aquella noche a Hacienda Esmeralda, con el rostro salpicado de sangre yo… —sollozó—. Pensé que Adrián había resultado herido, o peor aún, asesinado por nuestro padre, porque tú…

—¿Me tomas por tonta, o pretendes hacerme creer que no veo más allá de mis narices? —interrumpió Beatriz, resentida—. Fuiste tú y solo tú quien provocó lo sucedido. Yo escapé para hablar con Diego, Adrián me acompañó para que mi virtud no quedase bajo sospecha, y tú nos delataste a padre sin sopesar las consecuencias. Por tu culpa y solo por tu culpa, don Diego de la Cruz murió asesinado y ahora Adrián ha perdido a su padre. Supongo que estarás satisfecha, pero por el bien de ese hombre, espero que no se digne a dirigirte la palabra el tiempo que le resta de vida. Por supuesto que le dije unas mil veces que te ignorase, porque en mi opinión eres una serpiente cuyo veneno podría matarlo, como casi sucede hace poco menos de una semana. Así que aléjate de él, no vuelvas a mirarlo con los ojos del deseo y deja que viva en paz de una vez por todas.

Carmen miraba a Beatriz con una mezcla de rabia, odio, desolación, tristeza e impotencia. Sí, parecía una serpiente a punto de atacar, y podía verse el veneno en sus ojos azules como el cielo. Pero había algo más.

—Amo a Adrián —confesó, en un hilo de voz, mientras sus párpados se llenaban de más lágrimas. A pesar de ello, Beatriz no era capaz de sentir compasión. Habían sido demasiadas traiciones, demasiados desplantes, demasiada crueldad. Y no pudo más que soltar una amarga carcajada.

Carmen la miró dolida, y cuando su hermana acabó de reír, la vio mover la cabeza de un lado a otro, con una expresión sarcástica.

—Ahora que Adrián ya no es un maldito mestizo hijo de una prostituta india, sino el heredero legítimo de don Diego de la Cruz, es digno de tu amor, ¿no es así? Ay, hermana, he de decirte que ni en la literatura más grosera encontrarías una villana tan predecible.

Carmen tragó saliva ante las palabras de Beatriz.

—¿Así es como tú me ves? —asintió, afectada—. He hecho un buen trabajo, entonces.

Sí, se consideraba a sí misma una excelente actriz, de eso podía enorgullecerse. Si su hermana no iba a creerla, que así fuera, pero Carmen le había dicho la verdad. Amaba a Adrián, lo amaba hasta el punto de transformarse en el ser más ignominioso que hubiese pisado la tierra. Pero no sabía querer de otra forma. Sí, lo amaba, desde que llegó a Hacienda Esmeralda tras pasar la infancia en España, acompañando a una tía viuda. Lo amaba desde que él la descubrió aquella tarde, bajo su árbol favorito, arañando la tierra con las manos para enterrar a su querido gato, mientras las lágrimas goteaban por su barbilla temblorosa. Él era el único que la había visto expresar dolor por una perdida. La conocía mejor que nadie. Reconocía que lo había torturado, lo que la convertía en una mala persona, y aunque no era excusa, lo hacía para sentirse querida, para llamar su atención, porque pensaba que era la única manera de que alguien calmase su soledad que, día tras día, le estrujaba el corazón. Era muy consciente de que no merecía la devoción que él demostraba por ella, pero que lo amaba era una verdad absoluta, como la realidad de que cada mañana saldrá el sol.

De repente sus ojos azules no soportaron más la presión y empezaron a descargar una lágrima tras otra. Beatriz parpadeó, anonadada. Hasta que la voz de Adrián se dejó oír.

—Lamento interrumpir…

Ambas hermanas voltearon el rostro hacia la izquierda y se encontraron con él, a escasa distancia. Por su expresión, supieron que había escuchado la conversación.

—Adrián —musitó Carmen.

Beatriz miró a su hermana de nuevo, y otra vez a Adrián.

Él no dijo nada, y para cuando volvió a mirar a Carmen, ella estaba totalmente repuesta y, como si su presencia la trajese sin cuidado, se secaba las lágrimas con un pañuelo.

—Vaya —empezó a decir, mientras fingía una perfecta sonrisa—. Al parecer, se me acaba de meter una mota de polvo en el ojo. ¡Qué incomodidad!

Adrián la miró ocultando su dolor. Luego miró a Beatriz, con una sutil sonrisa que dejó a Carmen desolada. Siempre sucedía igual, Beatriz era más importante.

—Os acompañaré a Hacienda Esmeralda—. Tras decir eso, él se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida del camposanto, donde aguardaba un carruaje.

Carmen miró a Beatriz con envidia, pero su hermana la ignoró y siguió los pasos del que antes fue capataz. Ella hizo lo propio, y al llegar al carruaje, las miró a ambas.

—Subid.

—Yo deseo caminar —se apresuró a responder Beatriz.

Carmen sonrió ampliamente y se apresuró hacia él. Le ofreció la mano enguantada, pero Adrián no le devolvió la sonrisa cuando la ayudó a subir.

Beatriz vio como el carruaje se alejaba, y cuando desapareció de su vista, tomó aire y exhaló un hondo suspiro. Empezó a andar a paso lento, ensimismada en el paisaje que le ofrecía el camino. Los árboles ya dejaban caer sus hojas, y la hierba aún estaba seca por la escasez de lluvia. No hacía demasiado calor, ni tampoco frío. El otoño estaba a punto de acabar, pero al echarle un vistazo al cielo se dio cuenta de que tendría que haber aceptado la invitación de Adrián.

Pronto empezaron a caer suaves gotas, hasta que la lluvia se hizo más intensa. Se cobijó bajo un árbol, y en pie esperó a que amainara.

No fue así. Pronto los relámpagos sesgaron el cielo, y los truenos que los acompañaban se dejaron oír.

San Pedro está moviendo los muebles, y los ángeles riegan las rosas del Cielo.

Eso decía siempre su madre cuando había tormenta. Sin poder evitarlo esas palabras le arrancaron una trémula sonrisa.

Pronto regresaría con los apsalooke, en cuanto hubiese solucionado el asunto de la tutela de su hermana. No sería fácil que Carmen aceptara estar bajo el ala de Adrián, o sí, lo que estaba

claro era que él no la abandonaría a su suerte. Pero ella tendría que moderar su carácter pues algo le decía a Beatriz que el joven había gastado toda su paciencia.

La lluvia se hizo más intensa, y los truenos ya resonaban al mismo tiempo que lucían los relámpagos, lo que le indicó que la tormenta estaba justo sobre ella. Pegó la espalda aún más contra el tronco del nogal y miró hacia la copa, preocupada. Sabía que si caía un rayo lo haría en el lugar más alto, pero no podía seguir caminando bajo la lluvia, la senda se empezaba a embarrar. Raras veces Beatriz se asustaba, esa era una de esas ocasiones. Hasta que escuchó los cascos de un caballo al trote y su corazón se llenó de alivio.

Sin embargo, cuando vio a Nube de Fuego sobre su oscura montura aparecer de entre la cortina de agua que caía sin piedad, se le aceleró el pulso. Tragó saliva cuando lo vio detenerse, mientras la lluvia resbalaba por su cuerpo. Parecía un diablo negro, con el cabello pegado al rostro y sus ojos, oscuros como pozos, la miraban con reproche.

—Al parecer te agrada ponerte en peligro —acusó. Su voz sonó ronca, como si guardara un enorme sufrimiento que no deseaba mostrar.

—No ha sido a propósito.

Nube de Fuego frunció el ceño.

—¿No sabías que iba a llover? Solo tenías que echarle un vistazo al cielo.

Beatriz alzó la barbilla, orgullosa. También estaba empapada, y sabía que no le quedaba otra opción que aceptar su ayuda, aunque eso la disgustara.

—Quería estar a solas.

—Puedes estar a solas bajo un techo seguro. ¿Por qué eres tan temeraria?

—No soy yo quien está herida y cabalga, seguramente sin el permiso del médico.

—Sube —ordenó él, estirando el brazo hacia ella después de instar a Humo a acercarse —. Si sigues bajo ese árbol, puede que te parta un rayo.

En ese momento como si el cielo lo hubiese escuchado, resonó un fuerte trueno y Beatriz se apresuró a tomar la mano tendida. Él la estiró con fuerza y la sentó frente a él. Si le dolió el costado no lo demostró. La agarró por la cintura, apretó los flancos de su caballo y lo instó al

galope.

Ninguno de los dos pronunció palabra. No hizo falta. El corazón de Brisa latía desbocado mientras el brazo de Nube de Fuego rodeaba su cintura, posesivo. Le hizo recordar el viaje en que él la secuestró para llevarla con los lakota. Las circunstancias eran completamente distintas, pero las emociones eran las mismas. Su fuerte pecho, pegado a su espalda, su aliento acariciando tibiamente su cuello, su mano, que descansaba posesiva en su vientre, era algo difícil de olvidar. Ese hombre la inflamaba, la desconcertaba, la hacía odiarse a sí misma por el deseo que provocaba en su cuerpo. Al caer la noche la dominaba el temor a perderlo, y también se le ensanchaba el corazón cuando recordaba su primera noche de pasión, en los establos del rancho De la Cruz. Suspiraba por sus labios, añoraba sus caricias y rememoraba sus besos, cálidos a veces y abrasivos otras. Tenía que alejarse de él o su cordura se vería comprometida.

La lluvia continuó cayendo sobre ellos mientras Humo pateaba el suelo con los cascos, levantando barro a cada zancada.

Cuando llegaron a Hacienda Esmeralda, Adrián ya había enjaezado a su yegua para partir en su busca. Al verlos entrar por la puerta del establo, el alivio se hizo evidente en los ojos grises del joven.

—¡Gracias a Dios! —exclamó, ayudando a desmontar a Beatriz, asiéndola por la cintura. Luego miró a Diego, con agradecimiento—. Quédate, el camino no es seguro, la lluvia no va a amainar en horas, y es posible que haya una crecida del río.

—No te preocupes, he sobrevivido a cosas peores.

—¡Deberías quedarte! —exhortó Beatriz, sin pensar. Luego, al darse cuenta de cómo había expresado su ansiedad y su preocupación, volteó el rostro a un lado y carraspeó—. Adrián tiene razón, te resguardarás aquí, seguro que él puede dejarte algo de ropa limpia, tenéis la misma talla. Te alojarás en la habitación de invitados, y no aceptaré un no por respuesta.

Él abrió la boca para responder, pero Beatriz lo interrumpió.

—Y que alguna doncella te cure esa herida, no vaya a ser que se infecte.

Dio media vuelta y se alejó de los establos, no sin antes acariciar el morro de Lucero.

Adrián y Diego se quedaron mirando cómo se adentraba en la casona. Cuando la dama hubo desaparecido, Diego dejó que su rostro revelara el dolor que sentía, y al mismo tiempo se llevó una mano al costado.

Adrián elevó los ojos al cielo, en un gesto de exasperación.

—¿Quieres morir desangrado? —acusó, ayudándolo a descender de Humo—. ¿A quién se le ocurre cabalgar con una herida de puñal tan reciente?

—Mis antepasados llevan siglos haciéndolo.

—Sí, y con seguridad la mitad de ellos murieron a causa de una infección, o desangrados.

—Deberías agradecerme el haberla encontrado y traído de vuelta —replicó, refiriéndose a Beatriz—. De no haber sido así, quién sabe qué habría podido sucederle a esa imprudente mujer.

Adrián le quitó las riendas de Humo, y obligó a Diego a sentarse sobre una alpaca de heno. Luego lo miró con una sonrisa sarcástica.

—Nunca falta un roto para un descosido.

CAPÍTULO 26



Muy entrada la noche Beatriz permanecía echada en el lecho boca arriba, con la vista clavada en el dosel bordado con motivos florales que rodeaba su cama.

La mente no le daba tregua, y el corazón pulsaba descontrolado. No dejaba de pensar en que Nube de Fuego dormía en esa misma casa, no muy lejos de ella, pues la habitación de invitados estaba en la misma planta. Tampoco dejaba de pensar en cómo se encontraría. ¿Tendría fiebre? ¿Le habrían atendido bien la herida? ¿Estaría durmiendo? ¿O por el contrario, al igual que ella, estaría pensando en los besos y en las caricias compartidas?

Cerró los ojos y se llevó el dedo índice a los labios. Con la mano, fue descendiendo por la tela de su camisón hasta que…

Hasta que abrió los ojos para darse cuenta de que sería imposible mantener la cordura sabiéndolo tan cerca.

—¡Ahhh! —pateó el colchón, haciendo que el cobertor se deslizara hasta las rodillas. Giró sobre sí misma hasta quedar boca abajo. Suspiró hondo y cerró los ojos.

¿Dormir?

Imposible.

Se incorporó, se bajó del lecho y se colocó una bata sobre el fino camisón de seda. Encendió una vela y descalza, abrió la puerta de su habitación. Caminó por el pasillo, de puntillas y en silencio. Pasó por el cuarto de Carmen y al llegar a la habitación de invitados alzó la mano y la cerró en un puño, dispuesta a llamar a la puerta. Pero cuando estaba a punto de hacerlo, se lo pensó mejor, dejó caer el brazo y movió la cabeza de un lado a otro. Después puso

los ojos en blanco mientras sus labios articulaban una silenciosa palabra:

¡Cobarde!

Giró los pies de regreso a su habitación, cuando de repente la puerta se abrió.

Beatriz se dio un susto de muerte, trastabilló y alzó los brazos, haciendo que la candela saliese volando por los aires.

Por fortuna, Diego la asió por la cintura antes de que cayese de forma estrepitosa al suelo. Cuando la sostuvo entre sus brazos, los labios de ambos quedaron a escasos centímetros el uno del otro.

Beatriz parpadeó ante su cercanía, pero después abrió mucho los ojos. La luz de la luna entraba por el ventanal del corredor, y pudo verle el rostro. También pudo sentir su cuerpo caliente, y de inmediato, la vista descendió hasta su pecho desnudo, que subía y bajaba, preso de la excitación. De repente, Diego frunció el ceño y gimió. Sus piernas flaquearon y cayó de rodillas. Beatriz le rodeó el cuello en un acto reflejo, pero quedó con la espalda pegada al suelo. No se golpeó, él la sostuvo, sin embargo, su preocupación fue evidente cuando notó que su blanco camisón se teñía con unas pequeñas gotas escarlata.

—¡Diego! —exclamó, ahogando un grito—. ¡Estás sangrando!

Él intentó fingir una sonrisa que resultó una extraña mueca.

—No es nada.

—Oh… —Beatriz se deshizo de él y posó las manos en su pecho. Fue bajando hasta el vendaje, y lo notó empapado—. ¿Cómo es que no te han limpiado la herida? Hay que curarla antes de que sea demasiado tarde.

—No quise molestar a la doncella por algo tan intrascendente.

—Yo diré qué es o no intrascendente. —Se puso en pie y le tendió la mano. Él se la quedó mirando con una ceja alzada, pero después se la tomó y con su ayuda se puso en pie.

—Exageras.

Ella se miró las manchas del camisón, y después el vendaje empapado de su costado.

—Aguarda, voy a por vendas limpias y un poco de ron.

Él sonrió mientras la veía marchar escaleras abajo.

Cinco minutos después Beatriz ya estaba de regreso.

Cuando entró en la habitación, tragó saliva y cerró la puerta tras de sí. Jamás se acostumbraría a la apostura de ese hombre. Estaba sentado al borde del lecho, pero al verla se puso en pie, galante. Era grande, de hombros poderosos y fuertes músculos, como un garañón salvaje en el esplendor de la juventud. Estaba herido, y aunque ella sabía que sentía dolor y estaba algo débil por la pérdida de sangre, no lo demostraba. Sus ojos la atravesaban y su mirada tenía el don de enardecerla.

Carraspeó, y apartó la mirada de la suya.

—Voy a curar esa herida —afirmó, determinada, y él sonrió ante la evidencia. Colocó el cestillo con los utensilios al otro lado de la cama, y lo invitó a dejarse hacer con la mirada. Él se relajó y se puso en sus manos.

Los dedos delicados de Beatriz tocaron su piel. Nube de Fuego se estremeció con el suave tacto. Ella empezó a deshacerle el vendaje hasta que la herida quedó al descubierto.

—Oh, santo cielo —exclamó, al ver como sangraba. Luego lo miró con reconvención—. ¿Acaso no te dijo el doctor que guardaras reposo?

Nube de Fuego ladeó la cabeza.

—No haber hecho tanto ruido frente a mi puerta en mitad de la noche.

Beatriz boqueó como un pez.

—¿Tienes la desfachatez de culparme por tu escasa responsabilidad?

Él alzó una ceja.

—Fue a ti a quien rescaté de Newton, después te perdiste en mitad de la tormenta, y ¿a quien he tenido que sostener hace unos instantes para que no se cayese al suelo?

Ella negó con la cabeza y resopló. No podía lidiar contra ese argumento. Tenía razón, él estaba herido por su causa.

Cogió un paño limpio y lo empapó de ron. Lo colocó sobre la herida y lo miró con disimulo. Él hizo una sutil mueca de dolor, y Beatriz mantuvo la presión.

—Ya ha dejado de sangrar —declaró, mientras rebuscaba en el cestillo—. Ahora te pondré este emplasto, es para que la herida cicatrice lo antes posible.

Nube de Fuego sonrió.

—Lo conozco, mi abuela prepara algo parecido.

Beatriz le devolvió la sonrisa al recordar a la anciana, mientras con los dedos iba extendiendo el ungüento.

—La Anciana Bisonte es una gran mujer —aseguró.

—Ha visto muchas cosas.

—Ella fue la que preparó ese brebaje —dijo Beatriz, de pronto muy seria—. Pero yo fui quien te lo dio a beber. —Él arrugó el entrecejo, sin comprender—. El día que escapé —aclaró.

La culpabilidad se reflejó en el rostro de Nube de Fuego.

—Brisa, yo…

—Lo sé —respondió Beatriz, mientras rodeaba su costado con el vendaje—. Por tu forma de ser y de actuar, entiendo que fue un accidente. Me costó, pero al fin lo he entendido. Sin embargo…

Él puso la mano en su barbilla, y la instó a mirarlo. Cuando sus ojos quedaron entrelazados, ella tragó saliva.

—Necesito tu perdón —musitó, en un susurro ronco.

Los dedos de Nube de Fuego dejaron de ejercer presión en la barbilla de Brisa, y el agarre se convirtió en caricia. Ella cerró los ojos y se concentró en la calidez de su toque. Sería tan fácil si pudiese olvidar lo sucedido. Sería maravilloso rendirse al amor cálido y excitante de ese hombre.

Pero no podía. No sabía cómo hacerlo sin sentirse culpable.

Abrió los ojos y lo miró con los párpados a punto de descargar las lágrimas contenidas.

—Es lo único que no puedo darte.

La tristeza se dejó ver en el rostro de Nube de Fuego, pero se negaba a rendirse.

—Esperaré a que me des tu perdón.

Ella negó con la cabeza.

—Eso no suced…

Los labios masculinos la acallaron. Su tibia lengua la acarició, arrancándole un gemido y haciendo que su mente olvidase todo lo demás. Ella posó las manos en sus hombros y regando su piel de suaves caricias, le rodeó el cuello con los brazos.

Él gruñó contra su boca, la asió por la cintura y la instó a echarse sobre el lecho. Se colocó sobre ella, aprisionándola con su cuerpo, y la miró con devoción mientras le acariciaba el rostro.

—Eres un sueño —afirmó, para después atrapar su boca de nuevo.

Brisa gimió y él sintió la vibración de ese sonido en los labios. Las lenguas iniciaron una atávica danza, más antigua que el mundo, o tal vez la fuente de su creación.

—No te detengas —imploró cuando él guardó un segundo para observar su rubor.

—Deja que te mire —respondió, acariciando sus labios con el pulgar.

Era tan hermosa. Sus ojos verdes y brillantes lucían el tono de las hierbas de la pradera salpicadas por las gotas del rocío, sus labios estaban inflamados y parecían haberles arrebatado el color a las cerezas maduras. Sus mejillas estaban encendidas y sus cabellos, largos y de amplias ondas, como las olas de un mar embravecido, se extendían en abanico tras un rostro divino.

No pudo soportarlo más, y de nuevo conquistó su boca.

Brisa gemía. extasiada, y se retorcía bajo el inmenso y ardiente cuerpo de ese hombre. Notó como sus manos recorrían su cuerpo, por encima de la ropa. Cuando llegó a los muslos, estiró el camisón y la bata hacia arriba para descubrir su piel. Ella alzó el trasero para facilitarle el trabajo, aunque lo hizo de forma inconsciente, para después arquear la espalda. Nube de Fuego aprovechó para sacarle las prendas por encima de la cabeza, dejándola desnuda, expuesta ante él.

Se inflamó como nunca al ver su piel de luna. Los pechos, llenos y turgentes, se movían con la acelerada respiración de Brisa y los pezones, rosados y erectos, eran una tentación al más delicioso pecado. Alargó la mano y acarició uno. Ella gimió como una gata cuando esos dedos de fuego la pellizcaron con delicadeza. Después, fueron sus labios los que la abrasaron.

Era deliciosa, la mujer más dulce y exquisita que podía existir. La única que había probado y la única que probaría. Jamás se saciaría de ella.

Pero de pronto, Brisa colocó las manos en sus hombros y lo empujó.

—No —jadeó. De repente tenía la mirada cargada de preocupación.

Nube de Fuego quedó desconcertado, su pecho subía y bajaba, y el anhelo era evidente en su expresión.

Brisa cerró los ojos y acarició la nariz contra la suya.

Era hermoso sentirlo sobre ella, con la inmensidad de su cuerpo cubriéndola. Era un hombre con una fuerza innata, pero estaba herido.

Al abrir los ojos, se topó con su negra mirada y con esos cabellos largos y lacios, rodeando su rostro.

—No debes hacer esfuerzos —aclaró, para que no pensara que lo estaba rechazando.

Él sonrió y le dio un corto beso.

—No es esfuerzo, es placer.

—Aun así —protestó ella. Lo empujó un poco más, hasta colocarlo de espaldas, boca arriba—, estás herido.

—Iré con cuidado, te lo prometo.

Brisa cedió. ¿Cómo no hacerlo? Reptó por su cuerpo, desnuda, con sumo cuidado de no rozarle el vendaje. Él llevaba puestos los pantalones, y toda su piel tembló cuando los dedos de Beatriz lo acariciaron. Empezó por la frente, apartándole un lacio y oscuro mechón. Después trazó con el dedo índice la línea de su mandíbula, hasta que se detuvo en su mentón. Acercó los labios y con la lengua los acarició. Lo notó temblar de placer contenido. Sintió que extendía las manos para acariciar su cintura, sus glúteos llenos, y cómo empezaba a descender por sus muslos. Ella tenía las piernas abiertas sobre él, con las rodillas a cada lado de su cintura, sin tocarlo. Sus pechos pendían y temblaban, ronzando sus pectorales. Con las manos fue ascendiendo por su cintura hasta que los rozó, y los masajeó. Brisa gimió contra su boca, pero no se detuvo ahí. Con extremo cuidado, fue repartiendo besos, desde la barbilla hasta el pecho,

deteniéndose en la cicatriz, en el suave pezón, en su vientre musculado. Cuando llegó a los pantalones, le desató el lazo.

—Brisa —gimió él, cuando ella liberó su miembro.

Lo acarició con ambas manos, y él echó la cabeza hacia atrás, al tiempo que apretaba los dientes. Los dedos de Beatriz eran suaves, cálidos. Su toque era exquisito. Jamás una mujer lo había acariciado así, y su mente quedó en blanco.

Hasta que notó la humedad de sus labios, rodeándolo.

Alzó la cabeza y la vio, acariciándolo con la lengua, aprisionándolo con su boca. Llevó las manos a su melena, y la acarició. Los ojos verdes de Brisa lo miraban con un brillo de excitación. Estaba duro, palpitante, en cualquier momento se derramaría. Cerró los puños en su melena y estiró hacia atrás.

—Por favor —suplicó, sin saber muy bien el qué, pues no quería que ella se detuviese, pero tampoco deseaba mancillar su boca.

Brisa sustituyó sus labios con las manos y empezó a masajear el enarbolado miembro, lento, con suavidad, sin apartar sus ojos verdes de la oscuridad de los suyos. Adoraba su dureza, su fuerza, su rostro masculino rendido a la pasión. Adoraba darle placer.

No pudo continuar. Él se incorporó y la asió por la cintura. Poco a poco, sus manos fueron descendiendo hasta sus nalgas, y rozó su suave y húmeda hendidura.

Brisa echó la cabeza hacia atrás, estiró el cuello y gimió. Él acarició los húmedos labios, con suavidad, con lentitud. Introdujo un dedo en su resbaladizo interior, y ella arqueó la espalda. Después, con ambas manos, él guio sus caderas hasta su miembro, y con él se abrió paso y la atravesó con toda su dureza.

Se quedó quieta un instante, con el cuerpo tembloroso y la piel ardiendo, se sintió llena, completa. Esta vez no hubo dolor, sino placer. Nube de Fuego acariciaba sus glúteos y ella empezó a moverse con lentitud, descubriendo nuevas sensaciones. Su plenitud la rozaba en lugares que jamás habría imaginado, dándole un placer distinto y al mismo tiempo embriagador. Sus caderas no tardaron en aumentar el ritmo, en busca del éxtasis. Cada movimiento era

acompañado por un suave gemido, por una ligera oleada de goce que prometía una explosión de acalorado placer.

Nube de Fuego tenía los ojos clavados en el rostro de Brisa en la Pradera. Se mordía el labio, gemía, cerraba los párpados y echaba el cuello hacia atrás, como si estuviese saboreando el más dulce de los manjares. Su miembro estaba más inflamado que nunca, y se esforzaba en no culminar el acto con el único fin de que ella disfrutara más y más. Era una belleza, sus cabellos de amplios y oscuros caracoles, caían en cascada por sus hombros, rozando los pezones, duros y rosados. Su piel era blanca como la luz de luna y sus labios rojos como fresas. Su voz, cargada de excitación, se dejaba oír en cada fricción, incluso podía notar las vibraciones de sus gemidos en su miembro.

—Brisa… Oh, mi dulce aliento…

Iba a derramarse. No podía consentir llegar al culmen antes que ella.

Abandonó su cadera y viajó hasta la apertura de su sexo con la mano derecha. Con delicadeza, se abrió paso hasta su duro punto de placer. Ella seguía moviéndose, pero al notar el roce de sus dedos se detuvo. Nube de Fuego lo pellizcó, trazó varios círculos a su alrededor, hasta que notó como su vientre pulsaba y su garganta soltaba un gemido de placer.

Brisa colocó las palmas de las manos en su pecho, y empezó a mover las caderas sin mucha delicadeza. El placer era tan intenso, tan potente, que era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera galopar sobre él.

Nube de Fuego echó la cabeza hacia atrás en el instante en que su miembro descargó su esencia. Brisa notó su cálida humedad, y el orgasmo se intensificó, recorriendo su piel desde la coronilla hasta los dedos de los pies.

Después las miradas se cosieron y los jadeos se acompasaron.

Se lo dijeron todo sin palabras.

Te amo, perdóname.

Soy incapaz de perdonar.

Jamás quise hacerte daño, moriría ahora mismo si pudiese regresar al pasado para

corregir lo sucedido.

La tristeza es demasiado intensa, necesito tiempo para sanar.

No puedo seguir viviendo así, necesito tenerte cerca para poder respirar.

Pues aprende a respirar sin mí.

Nube de Fuego extendió las manos y colocó una a cada lado del rostro de Brisa en la Pradera. Una lágrima resbaló por su mejilla y acercó los labios a su boca. La besó con ternura y anhelo.

Hasta que ella posó las palmas en sus hombros, y lo apartó. Con lágrimas en los ojos, Brisa empezó a vestirse. Al acabar, dio media vuelta y lo miró con los párpados enrojecidos.

—Mañana me marcharé —reveló—. No me sigas.

CAPÍTULO 27



Beatriz regresó a su habitación, pero el sueño no la acompañó. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no llorar durante el resto de la noche. No dejaba de rememorar la forma en que él la había mirado justo antes de atravesar la puerta, y eso le rompió de nuevo el corazón en mil pedazos. Estar con Nube de Fuego era algo maravilloso. Sus caricias y sus besos habían marcado su piel, y jamás se borrarían. No quería reconocerlo, pero lo amaba, sin embargo, era incapaz de olvidar lo sucedido. No sabía cómo hacerlo. Ojalá todo fuera más sencillo.

La decisión estaba tomada, abandonaría Hacienda Esmeralda para no regresar jamás y se marcharía al norte, en busca de los apsalooke. E intentaría ser feliz sin él.

Apuntó el alba y ya había empacado sus pocas pertenencias: una muda de ropa, comida y agua, nada más. Se trenzó el cabello, se vistió como un muchacho, y salió de su habitación, presurosa. Al pasar por la alcoba de invitados su corazón dio un vuelco y casi se olvidó de respirar. Se detuvo y cerró los ojos por unos instantes, tentada de quedarse junto a él, por siempre. Pero no lo hizo y se encaminó hacia los establos, decidida.

Allí se encontró con Adrián, trabajando en las cuadras. La miró con extrañeza, y dejó la pala a un lado.

—Beatriz, ¿a dónde vas?

Ella caminó hasta Lucero y le acarició la frente. Le rascó justo debajo del nacimiento del flequillo, y el bello caballo no tardó en frotar la frente contra su hombro, dejándole la chaquetilla llena de pelos blancos.

—Regreso al norte, con mi pueblo.

Adrián la vio enjaezar a su caballo en silencio. No podía hacer mucho por detenerla, pero debía intentarlo.

—Beatriz, piénsalo bien —aconsejó. Se acercó a ella—. Creo que deberías quedarte, aún te quedan asuntos por resolver aquí.

—De eso puedes ocuparte tú, eres perfectamente capaz —respondió, de espaldas a él.

—Pero… Tu hacienda…

—Carmen la merece más que yo. Es una mujer, y se quedará sola en un mundo de hombres. Te necesita, y con tu ayuda podrá sacarla adelante.

Él dejó la pala apoyada en la pared, y se acercó unos pasos más.

—No te lo discuto, pero te necesitamos. Eres de la familia.

Tras apretar la cincha de Lucero, Beatriz se dio la vuelta y miró a Adrián con cariño y tristeza.

—Te aprecio, eres mi mejor amigo, en realidad la única persona en quien confío en estos momentos, pero deseo regresar con mi madre, con mi tribu. Aquí jamás seré feliz. Si echo la vista atrás, pienso que jamás debí venir a este lugar.

—¿Y Diego?

Ella suspiró y bajó la mirada.

Diego, Nube de Fuego, ya daba igual como se hiciese llamar. Amaba a ese hombre, pero verlo aún le dolía. Por eso se marchaba tan temprano, sabía que la seguiría, pero no deseaba viajar con él. No podría soportar su compañía. Necesitaba estar sola para aclarar su mente y silenciar su tristeza. Si es que era posible.

—Diego también se marchará.

Adrián la miró con preocupación.

—¿Por qué?

—Porque ya nada lo retiene aquí. Vino a por mí, y si se quedó tantos años fue por don Diego de la Cruz, para cuidar de él. Pero ahora que ha muerto, tú ocuparás su lugar. Ese era el deseo del anciano.

—Beatriz. —Adrián la tomó por ambas manos y se las apretó con cariño—. ¿No puedes pensarlo un poco más antes de tomar una decisión tan imprudente? Viajar sola es muy peligroso. Ahora eres la dueña de esta hacienda. Y Carmen…

—Carmen tiene una gran capacidad para la supervivencia —interrumpió, Beatriz—, no debes preocuparte por ella en este aspecto. Sin embargo, tengo que pedirte que la cuides. ¿Lo harás?

—Por descontado, pero…

En ese momento, Carmen se asomó desde el pajar, a unos pasos de distancia. Su rostro lucía apesadumbrado, era evidente que había escuchado la conversación.

—Hermana —saludó, sin salir del todo del establo—. ¿Es cierto que te marchas?

Vestía una camisola, y el pelo dorado caía en cascada tras su espalda, estaba lleno de briznas de paja.

—Carmen, ¿qué haces aquí? —Beatriz miró a Adrián, y de nuevo a Carmen. Comprendió que habían pasado la noche juntos. Suspiró, y ató el macuto a la silla de Lucero.

—Esto… no es lo que parece, Beatriz —intentó excusarse Adrián.

—A pesar de tu rechazo, es exactamente lo que parece —intervino Carmen, molesta. Luego se acercó a ellos para después cruzarse de brazos, lo que arrancó a Beatriz una sonrisa.

—Espero que algún día no os ocultéis ante el mundo —deseó, con sinceridad.

—Si por mi fuera…

—Carmen, ya hemos hablado de esto —interrumpió Adrián, y la joven mostró enfado en su rostro. Pero Beatriz se dio cuenta de que su expresión ya no era como antes, o tal vez en esos momentos ya era capaz de mirar a su hermana y verla con claridad. Suspiró y le dedicó, por primera vez, una sonrisa cariñosa.

—Carmen, no le des muchos quebraderos de cabeza a Adrián. Y ten paciencia. Las heridas deben sanar y eso solo lo hace el tiempo. Y tú, amigo. —Lo señaló con el dedo—. Mantén las riendas cortas y aprieta bien los flancos si no quieres que el potro coja malos hábitos.

Puso un pie sobre el estribo y se impulsó mientras Lucero, impaciente, daba varios pasos

hacia el exterior. Cuando estaban a punto de salir por el portón, la voz de Carmen se dejó oír.

—¡Beatriz!

Ya sentada sobre el lomo de Lucero volvió grupas y miró a su hermana.

Carmen carraspeó, y entrelazó los dedos de las manos. Le dedicó una mirada sincera.

—Lamento haber sido tan odiosa —confesó—, pero te prometo que cuidaré de Adrián de la misma manera que él ha cuidado de mi todo este tiempo—. Lo tomó de la mano, pero él la apartó. Como había dicho Beatriz, solo el tiempo calmaría sus heridas. Luego regresó la mirada a Beatriz—. Cuídate, Beatriz. Espero que algún día volvamos a vernos.

Brisa les sonrió a los dos.

—Hasta la vista.



Un mes después.

Nube de Fuego llevaba siguiendo a Brisa en la Pradera a cierta distancia desde hacía ya una luna. Ella lo sabía, pero jamás echó la vista atrás. Y en ningún momento él permitió que desapareciera de su campo de visión.

Los días eran iguales e interminables, juntos en la distancia y en la soledad. Tan solo variaba el paisaje. Vadearon ríos y atravesaron valles, hasta que llegaron a la ansiada pradera donde estaba su hogar, con sus altas hierbas mecidas por la suave brisa y un cielo inmenso que besaba un horizonte sin fin.

Habían alcanzado las grandes planicies, pero aún quedaba bastante camino para llegar a territorio apsalooke.

Al caer la noche, acampaban cerca el uno del otro, pero jamás ninguno visitó el campamento del otro.

Brisa no lo había perdonado. Tal vez no lo hiciera jamás, pero no la dejaría sola. No, hasta que llegara segura a su destino. Y cuando así fuera… Nube de Fuego cumpliría su promesa: se ofrecería a Buen Cantor para pagar su deuda de honor. Tal vez no sobreviviera, pero si los espíritus reservaban ese destino para él, que así fuera.

Aquella noche de otoño era fresca y tranquila, la bóveda celeste estaba libre de nubes y la luna llena reinaba en el firmamento, restándole protagonismo a las estrellas más lejanas. Sin embargo, El Perro[14] brillaba exultante siguiendo al Gran Cazador[15]. Se echó sobre la manta, cruzó los brazos debajo de la nuca, y se la quedó mirando. El Perro parpadeaba, como riéndose de él y de sus malas decisiones. Nube de Fuego era un buen guerrero, también un caballero que había aprendido a dominar su temperamento. Nada de todo eso había servido para que Brisa lo perdonara.

Volteó el rostro hacia la izquierda y pudo distinguir a unos cien pasos de distancia el resplandor que proyectaba la hoguera de su campamento. Masculló una maldición. Era peligroso que delatara su presencia en mitad de la pradera. Aquellas eran tierras pownees, y esas gentes no eran amigables con los extraños, tampoco excluía a los lakota ni a los cuervos. Preocupado, pero sin querer intervenir, no descansó en toda la noche y por ese motivo, a la mañana siguiente se quedó dormido y para cuando despertó, Brisa ya se había marchado.

Recogió sus enseres lo más rápido posible y montó en Humo. Cabalgó hasta que el campamento abandonado de Brisa y comprobó que al menos había tenido la prudencia de tapar el fuego con tierra, aun así desprendía algo de humo. Frustrado, desmontó y lo pateó hasta que estuvo bien apagado. Después prosiguió su camino, siguiendo su rastro, tan evidente que hasta un niño de cinco inviernos lo habría percibido.

No tardó en dar con ella en menos de media jornada, y de nuevo la siguió a una distancia de cien pasos. La imagen de esa mujer era preciosa. Su cuerpo sobre el caballo blanco se recortaba en el horizonte. No apartó los ojos de su silueta hasta que ante ellos se dejó ver el rio Cheyenne en la parte que se ensanchaba, formando el lago Oahe. No quedaba demasiado para

llegar a su destino, a menos que los lakota no acamparan cerca. Escudriñó el horizonte en busca de alguna señal que revelara su presencia, pero no la halló. Habitualmente la tribu de Pluma Roja se asentaba más hacia el este, pero había otras bandas que podrían ser peligrosas para Brisa si desconocían la orden del jefe oglala, al fin y al cabo, era una apsalooke.

Suspiró, y decidió, por su seguridad, que ya era el momento de hablar cara a cara.

Al llegar a la linde del río, Brisa se deslizó del lomo de Lucero, le quitó la silla y lo desenjaezó. El caballo la miró con sus ojos expresivos que denotaban fidelidad y confianza, y que siempre parecían sonreír cuando ella estaba cerca.

En lugar de abrevar, frotó la larga frente contra su hombro, empujándola, y luego jugueteó con su trenza, atrapándola con su suave morro, pero ella se apartó y lo instó a acercarse al agua para que el frescor le aliviase los cascos y las articulaciones. Dichoso, el caballo se metió hasta los corvejones y posó el morro sobre el líquido elemento para beber.

Brisa lo miró con cariño. Ese caballo era en verdad su mejor amigo. ¿Qué haría su corazón cuando el del equino dejase de latir? No quería ni pensarlo.

—Cuídate, mi luz —pidió, cariñosa—, aún debes acompañarme durante muchos años.

Lucero se metió un poco más en el agua, dobló las patas delanteras y se echó en la orilla para revolcarse, al tiempo que resoplaba de puro éxtasis. Brisa dejó escapar una suave carcajada que fue interrumpida por el sonido de unos cascos acercándose. Lucero alzó la cabeza y miró en la dirección en que provenía quien fuera que se estaba acercando, pero Brisa ya sabía de quién se trataba.

Nube de Fuego.

Sabía, porque él se había dejado ver, que el lakota la llevaba siguiendo desde el principio, pero siempre a unos doscientos trancos de distancia, no más. Solía acampar cuando ella lo hacía, no antes, y tampoco lejos. Tenía que reconocer que su compañía, aunque alejada, la aliviaba: viajar sola, podía ser aterrador.

Pero no estaba preparada aún para enfrentarlo.

Y él no tardó en aparecer sobre su caballo, negro como la noche. Por ese motivo, se le anudó el estómago.

Había adelgazado, pero su rostro continuaba siendo apuesto a pesar de la tristeza y el anhelo que secuestraban sus ojos. Llevaba el cabello suelto, ondeando al viento, como si bailase con las altas hierbas de las planicies. Le había crecido y le sobrepasaba los hombros. A pesar de su salvaje apariencia, vestía al modo español: una camisa negra, un cinto abrazando la estrecha cintura, pantalones y botas altas de cuero. Sin embargo, su alma era la de un lakota. En aquellas tierras, donde descansaban los huesos de sus antepasados, Brisa podía percibirlo en sus gestos y en su mirada. La tierra lo definía.

—No deberías revelar tan a la ligera tu posición —espetó, pretendiendo un tono molesto que a Brisa le pareció preocupado—. Eres más indiscreta que un abejorro zumbando en la cocina.

Ella lo miró, arqueando la ceja izquierda. Después de una luna sin hablarse, ¿eso era lo primero que se le ocurría decirle? Se cruzó de brazos y desvió la mirada hacia otro lado, mostrando su perfecto perfil.

—¿No piensas responder? —insistió él, a lo que ella volvió a mirarle, esta vez alzando la otra ceja.

Nube de Fuego concluyó que no obtendría respuesta, por lo que bajó de Humo y lo desenjaezó. El caballo trotó hasta Lucero y ambos se adentraron un poco más en el río para disfrutar de su frescor. Blanco y negro, opuestos colores y al mismo tiempo, encajaban a la perfección.

Brisa volteó el rostro y lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó.

—Acampar —respondió él. Después extendió su manta en el suelo, y colocó sus pertenencias sobre ella.

Brisa odió que la ignorara de semejante forma.

—¿Acampar? —insistió.

—Ajá.

—¿Dónde? ¿Aquí?

—¿Dónde si no? —repuso él, con un gesto de obviedad. Dejó lo que estaba haciendo para mirarla a los ojos. Maldición, era preciosa hasta cuando le mostraba su enfado.

Brisa resopló y apartó la mirada, exasperada.

—Puedes hacerlo a distancia, como sueles hacer.

Él la miró juguetón, pues su tono de voz había sonado a chantaje. Y conociéndola como ya la conocía, sabía que su rechazo se debía a que lo deseaba en contra de su voluntad.

—Aunque estamos en tierras lakota, los pownees suelen pescar aquí en esta época del año.

—Prefiero mil pownees a un solo lakota.

—No hablas en serio.

—¿Eso crees?

Ahora fue Nube de Fuego quién habló en serio.

—Deja de comportarte como una niña ofendida y sé un poco más responsable. ¿Cómo se te ocurre encender un fuego en mitad de la pradera?

¿De veras tenía que darle explicaciones?

—Tenía que asar un conejo, no iba a comérmelo crudo.

—Igualmente podrías haber cubierto bien los rescoldos para que por la mañana no divisasen el humo.

—¿Y para eso estás tú aquí? —espetó— ¿Para enseñarme cómo se debe viajar de forma discreta?

—Estoy aquí para protegerte.

—Puedes protegerme desde la distancia.

Ahora fue él quien se cruzó de brazos y la miró a los ojos, retándola.

—Pues acabo de decidir protegerte de cerca.

Brisa refunfuñó, le dio la espalda y empezó a montar su campamento. Nube de Fuego

terminó de hacerlo para después sacar un pequeño arpón de sus pertenencias. Se quitó las botas, se arremangó los pantalones hasta las rodillas, se adentró en el río y esperó a que la suerte acudiera a él en forma de pez.

No tardó en ensartar dos enormes truchas arcoíris.

—¿Eso nos lo vamos a comer crudo, o ahora que estás tú podemos encender el fuego?

Él la miró como si fuese la persona más infantil del mundo, pero no se dignó a responder. Sacó las piedras de hacer fuego y se dispuso a encender la hoguera.

El astro rey hacía un rato que había desaparecido tras la línea del horizonte, y Brisa mantenía la vista perdida en las truchas que se asaban al fuego. Sus ojos pugnaban por viajar hacia Nube de Fuego, que permanecía sentado frente a ella, pero no estaba dispuesta a sucumbir.

Su sola presencia la encendía, la alteraba, y al mismo tiempo la apaciguaba, una contradicción que no sabía cómo gestionar. Durante la última luna lo había sentido tan cerca, y a la vez tan lejos…

Estaba confusa, sus sentimientos y emociones no le daban tregua. También estaba enfadada consigo misma. ¿Por qué se había mostrado molesta con él, cuando en realidad llevaba una luna deseando que se acercara a ella? ¿Acaso lo había perdonado?

Lo miró, y sus ojos negros se clavaron en los suyos.

Él le hizo un gesto, preguntándole en silencio si quería algo, y ella apartó la mirada a modo de respuesta.

Suspiró, enfadada consigo misma, y se puso en pie de súbito.

Él la miró, extrañado.

—¿Adónde vas?

—A darme un baño —respondió, sin mirarlo.

—Si tardas, me comeré yo las truchas.

—Hazlo, de repente se me ha cerrado el estómago.

Su vientre rugió, revelando la mentira y Nube de Fuego sonrió. Brisa se alejó,

enfurruñada. La sola presencia de ese hombre hacía que su sangre ardiese, no sabía si de rabia o de pasión.

Oh, claro que lo sabía. Pero no iba a reconocerlo.

Caminó con rapidez, alejándose del campamento, y cuando llegó a un recodo del río, oculto por las altas hierbas, miró en derredor. Solo cuando se sintió segura empezó a desvestirse. De forma inevitable recordó el encuentro que tuvieron cuando se desató aquella tormenta, en el rancho De la Cruz. Pero Brisa sabía, o al menos esperaba, que esa vez Nube de Fuego no escondiera sus ropas.

Una vez quedo desnuda, se fue metiendo poco a poco en el agua. Estaba fría, pero le gustó. Notaba las pequeñas piedras de la playa en las plantas de los pies, relajándola. A medida que avanzaba, sus pasos creaban pequeñas ondas, que distorsionaron el blanco rostro de la Princesa de la Noche.

Tomó aire y lo contuvo antes de zambullirse. Al hacerlo, la frescura del líquido elemento la envolvió. Buceó, estirando el cuerpo, abrazando el agua con las manos y pateando con los pies para impulsarse hacia adelante.

Hasta que salió a la superficie y se topó con algo inesperado, grande, fuerte y duro.

—Pero, ¿qué…? —tosió—. ¿Qué haces aquí? —inquirió, jadeante.

Nube de Fuego ladeo la cabeza, divertido.

—Acompañarte. No querría que te ahogaras.

Ella se agachó, ocultando su cuerpo en el agua, dejándose abrazar por la oscuridad del río.

—¿Qué parte de *quiero estar sola* no has entendido?

—No quieres estar sola.

Brisa soltó todo el aire contenido, al tiempo que chapoteaba con las manos para salpicarlo.

—Vete. ¡Largo!

Pero su boca no decía la verdad. Ni su cuerpo. Mucho menos sus ojos. Tuvo que apartar

la mirada para no ponerse más colorada cuando vio las gotas brillantes besando la piel de bronce del pecho de ese descarado.

Nube de Fuego parecía no saber lo que era la vergüenza. Se había metido en el agua desnudo, sabiendo que ella también lo estaría. Y permanecía ante ella de pie, con el agua cubriéndolo hasta la cintura.

Brisa se dio la vuelta para marcharse, pero él la alcanzó. No escaparía tan fácilmente. La asió por los hombros y la instó a darse la vuelta. Se colocó frente a ella y la miró a los ojos.

La muchacha se olvidó de respirar.

—Deja de mirarme —logró decir con el pulso desbocado.

Él sonrió, haciendo que sus ojos negros se iluminasen. Maldito fuera, pues al sonreír de semejante forma hacía que su corazón se ensanchase.

—No pienso hacerte caso.

—¡Pues deberías! —jadeó.

—No, no debería.

Brisa resopló, frustrada. Ese hombre era demasiado atrayente para mantenerse fiel a sus intenciones de permanecer alejada.

—Me gustaría pensar que no eres más que una piedra que hay en este río para sentir el placer de lanzarla lejos, muy lejos.

—¿Pero?

—Pero te has metido en mi zapato, y no hay forma de deshacerme de ti.

Nube de Fuego amplió la sonrisa, y la desarmó.

—Sé que me amas. Y me evitas porque ya has decidido que me has perdonado.

Brisa en la Pradera parpadeó, incrédula.

—¿Cómo puedes ser tan presuntuoso?

—¿Crees que no te leí el rostro cuando desmonté frente a ti esta tarde? Alivio y deseo. Eso sentiste.

Brisa en la Pradera suspiró de pura frustración.

—Está bien —cedió—, te quiero. Y sí, tal vez pueda llegar a perdonarte. Pero necesito más tiempo. Así que, aléjate de mí hasta que yo decida acercarme.

—Qué forma tan tierna de declararte.

—Confórmate.

Pero Nube de Fuego no estaba dispuesto a plegarse a sus dudas. Ya no iba a esperar más. La deseaba, la necesitaba. Se acercó, muy despacio, porque no quería espantarla. Ella estaba muy tensa, ocultaba su miedo con ásperas contestaciones aderezadas con un ácido sentido del humor. Pero al observarla bien se dio cuenta de que su piel temblaba, y no era a causa del agua fría, sino por su cercanía. Lo deseaba tanto como él a ella y no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad.

—El miedo se quita con un beso.

—Ni se te ocurr…

La tomó por la barbilla y ella se quedó sin voz. Nube de Fuego acercó su boca a la suya. Brisa cerró los ojos, esperando el beso prometido. Maldición, lo deseaba tanto que era incapaz de moverse. Reconoció que el tiempo transcurrido durante la luna en la que habían permanecido separados por la distancia autoimpuesta, había sido una tortura. Pero ahora lo tenía de nuevo frente a ella, con sus labios a punto de rozar los suyos, su alma se sentía en paz, aunque su corazón latiese desbocado.

Sucumbió.

Alzó los brazos y rodeó su fuerte cuello. Los labios de ambos estaban a punto de unirse y Nube de Fuego dejó que fuera ella quien iniciase el beso.

Y así fue.

Su dulce boca, de labios sensuales, acarició la suya. Luego fue la lengua la que lo honró con húmedas caricias, mientras las delicadas manos acariciaban su melena, y se hundían en ella para masajear su cuero cabelludo.

Fue él quien gimió, cuando Brisa empezó a recorrer su piel con una mano. Bajó por su mentón, por su cuello, capturando las gotas de agua que habían quedado suspendidas en su piel

de bronce.

Su mano ya estaba en su vientre y pudo rozar su virilidad.

Él la besó con ímpetu, y la abrazó con fuerza, pegando su piel a la suya.

Los besos se transformaron en una exquisita lucha de voluntades. Las caricias se volvieron intransigentes, queriendo abarcarlo todo, sin conformarse.

Brisa alzó las rodillas, y abrazó la cintura de Nube de Fuego. Él gimió contra su boca y todo su cuerpo vibró.

—Haces que pierda la razón.

—Entra dentro de mí… —gimió ella, antes de morderle el lóbulo de la oreja—. ¡Por favor!

Las caderas de Brisa se movían, sensuales, mientras las manos de Nube de Fuego asían sus nalgas y la guiaban hacia él. Cuando la penetró, ella gritó y arqueó la espalda, echando también el cuello hacia atrás. Él la sostuvo, se inclinó y besó el nacimiento de su cuello, donde se une la clavícula.

Apretó las rodillas para acercarlo más hacia sí. Él no dejó de besarla, en el cuello, en la barbilla, en los pechos. Las caderas se movían al unísono, y el placer a cada punto se intensificaba.

Las pieles de ambos ardían como si la lava del mismo volcán recorriese sus venas. Juntos aumentaron el ritmo, y acompasaron jadeos y suspiros, besos y caricias, en una danza más antigua que el mundo.

Hasta que Brisa lo abrazó con fuerza, lo besó en los labios al tiempo que sentía como todo su cuerpo convulsionaba de éxtasis.

Nube de Fuego sintió las pulsaciones de Brisa, abrazándolo, estrangulándolo, succionándolo. Solo entonces se dejó ir.

Ella notó su humedad invadiéndole el vientre, la calidez de sus caricias en la piel, y la pasión de sus besos le provocaron otro orgasmo, justo en el instante en que el placer prendía en él, como una sutil chispa que converge en un incendio incontrolable.

Se besaron, se acariciaron y gimieron. Luego, Nube de Fuego la abrazó contra el pecho. Ella apoyó la mejilla en la piel ardiente y húmeda, y cerró los ojos para escuchar sus desbocados latidos.

Estuvieron en esa posición durante un tiempo que ninguno de los dos supo contabilizar, él aún en su interior, y ella pegada a su piel como el náufrago se aferra a su tabla de salvación.

Hasta que Nube de Fuego notó que Brisa en la Pradera temblaba de frío.

—Salgamos o podrías enfermar.

—Tu herida aún no ha cicatrizado —dijo Brisa, sin apartar la mejilla de su pecho—. Has sido un imprudente al meterte en el agua.

¿Acaso se preocupaba por él? Eso lo hizo sonreír.

—Le dijo la sartén al cazo—respondió él en español, haciéndola reír.

La besó en la coronilla y ella separó la mejilla de su pecho para mirarlo a los ojos. Jamás dejaría de fascinarse ante su oscuridad, eran negros como abismos, pero ahora se daba cuenta de que también eran limpios y brillantes, con la pureza del agua limpia. Nube de Fuego era un hombre peligroso, acostumbrado a la muerte y casi siempre envuelto en oscuridad, pero también desprendía una luz cálida y acogedora.

—Te amo —confesó Brisa.

Él cerró los ojos, aliviado, y la besó en la frente.

—No me iré, Brisa —empezó a decir, inquieto, pues ya lo había rechazado demasiadas veces—. No me pidas que me aleje de ti porque…

—Quédate —interrumpió ella, sin apartar la mirada de él.

Nube de Fuego la abrazó con fuerza y su corazón se desbocó. Ella no lo vio, pero sus lágrimas de alivio se mezclaron con el agua del río.



La luz de la aurora besó sus pieles desnudas.

Brisa en la Pradera descansaba con la cabeza apoyada en el interior del hombro de Nube de Fuego. De su garganta brotaba una dulce melodía. Su mano izquierda descansaba en su pecho, rozando su marca de nacimiento, que tenía la forma de una media luna. Movía los dedos de forma inconsciente, siguiendo su trazo, honrándolo por primera vez.

Él disfrutaba de sus caricias y se estremecía con cada una de ellas. Tenía los ojos cerrados y con la mano del brazo en que ella se apoyaba, le acariciaba los amplios bucles de seda negra, enredándolos entre sus dedos. Sentía la fresca brisa del amanecer acariciando su rostro y el sonido de las altas hierbas que los rodeaban, meciéndose para bailar con ella. Nube de Fuego se sentía arropado por la suave cadencia de su voz y aliviado por el calor de su cuerpo.

Sonrió, giró la cabeza hacia ella y se topó con sus ojos verdes y brillantes.

—Hace tiempo que no te escuchaba cantar.

Brisa le devolvió la sonrisa.

—Dudo que alguna vez lo hayas hecho.

—Oh, te equivocas —respondió él, sonriente—. Te escuché una vez, en el río, mientras te bañabas.

Brisa abrió la boca, mezclando la sonrisa con una expresión de fingida indignación.

—¡Me espiabas! ¡Es usted un descarado, don Diego de la Cruz!

—Claro que lo soy. ¿Ahora te das cuenta?

Ambos rieron.

Hasta que de pronto escucharon los cascos de varios caballos, acercándose.

Brisa tragó saliva y Nube de Fuego la abrazó con fuerza al tiempo que se incorporaba para ver a través de las altas hierbas.

Eran varios jinetes y ya estaban casi sobre ellos.

CAPÍTULO 28



Nube de Fuego se incorporó sobre la manta, protegiendo con sus poderosos brazos a Brisa en la Pradera. Se quedó quieto y agudizó el oído en busca de algún sonido que le diera una pista de los movimientos de los recién llegados. Ella tenía el rostro apoyado en su pecho, y percibía la tensión en el palpitar acelerado de su corazón. No estaba nervioso, sino en guardia, dispuesto para luchar en cualquier momento.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a decir Brisa, en un susurro.

—Shhhh —chistó él, acercando los labios a su oído—, alguien se acerca.

Una vez más temió que se transformase en el poderoso guerrero que era, alguien que no dudaría en enfrentarse a cien hombres para protegerla, lo que pondría de nuevo su vida en riesgo.

Al menos las altas hierbas los protegían de la vista de los recién llegados, pero era cuestión de tiempo que los avistaran. Quienes quiera que fueran esos hombres, habían visto a sus caballos desde la distancia y tras valorar las posibilidades habrían decidido acercarse para robarlos. Humo y Lucero estaban herrados, por lo que al detectar su rastro ya sabrían que sus jinetes no pertenecían a una tribu de las praderas, sino a los caras blancas. Normalmente los grupos de cazadores conformaban un puñado cuanto menos, los guerreros unos dos, y los exploradores solían ir de tres en tres, a veces dos, pero jamás solos. Los asaltantes tenían que ser más de tres y eran conscientes de su ventaja.

En todo eso pensaba Nube de Fuego mientras sopesaba sus escasas opciones de éxito si se desataba un enfrentamiento. Lakotas, pownees o apsalookes, pronto se revelaría la incógnita. Por el momento los oyó avanzar en completo silencio, las pisadas se escuchaban suaves, como

las almohadillas del Hermano Puma, y con absoluta seguridad, en esos momentos estarían hablando en la lengua de signos, la que usaban todas las tribus de la pradera para comunicarse entre distintas naciones, o cuando daban caza o bien entraban en batalla, para no revelar sus posiciones.

Brisa y él los oyeron desmontar, y los pasos fueron acercándose a ellos. Nube de Fuego contó tres individuos, pero uno o dos no habían desmontado aún por precaución, lo que significaba que los habían visto y ya los rodeaban. Oyó otro salto, y unos pasos decididos.

Ya estaban sobre ellos.

Brisa abrió la boca y aspiró aire de forma ruidosa al ver una sombra cerniéndose sobre ellos. Inmediatamente después, Nube de fuego le puso la mano en los labios y la instó a callar.

Ya era demasiado tarde. Habían sido descubiertos.

Eran apsalookes.

Al fin Brisa pudo ver entre las hierbas a uno de ellos, lo reconoció de inmediato, era Buen Cantor. El corazón le brincó de alegría, sin embargo, a su padre adoptivo verla retenida por un desconocido no le agradó en absoluto.

Nube de Fuego la soltó, mostró las manos en señal de rendición en cuanto el jefe entró en su campo de visión seguido por dos de sus guerreros. Estaban armados. Se colocó frente a ella y la protegió con su cuerpo.

—¡Padre! —exclamó, ante la sorpresa del lakota.

Después se cubrió con la manta y se puso en pie. Al ver que los ojos del caudillo apsalooke se empañaban de emoción, ella corrió a sus brazos.

Fue una temeridad de la que se dio cuenta instantes después, cuando una flecha voló y se clavó a escasos centímetros de Nube de Fuego.

El jefe de los apsalooke alzó el brazo para detener el ataque de sus cuatro guerreros, que se dejaron ver tras él. Dos de ellos no habían desmontado y uno de los jinetes había disparado la flecha.

—Es mi hija, Brisa en la Pradera —anunció en voz alta, y los guerreros se mostraron tan

sorprendidos como su líder.

Brisa se separó de su padre y giró la cabeza hacia Nube de Fuego. Estaba desnudo, desarmado, indefenso. Pero lucharía, lo conocía bien. El miedo la embargó.

—No disparéis. Es un amigo —rogó ante la estupefacción de los apsalooke. Se volvió hacia su amado—. Nube de Fuego, él es Buen Cantor, mi padre.

El lakota, aún mostrando las palmas, se acercó con lentitud. Observó con respeto a Buen Cantor.

El Jefe de los apsalooke contaba con diez puñados de inviernos. A pesar de ello era un hombre apuesto, fornido y de una estatura considerable. Sus cabellos apenas lucían nevados y los llevaba sueltos al modo apsalooke, largos, casi rozando sus muslos. La cara pintada revelaba que habían salido a cazar, y que habían dado con el rastro de la pareja, desviando así su camino. Su rostro lucía sereno, pero la severidad se reflejó en él cuando miró más detenidamente a Nube de Fuego. La sorpresa ya no parecía reflejarse en sus ojos oscuros, su mirada era ahora desafiante e inquisidora. Sabía muy bien qué había sucedido y no lo aprobaba.

Nube de Fuego entendía la lengua de los apsalooke, era muy parecida a la de los lakota, pero acompañó sus palabras con la lengua de signos para enfatizar su discurso.

—Habla Nube de Fuego, Jefe de Guerra de los Lakota Oglala, de la tribu de Pluma Roja. —La mirada de Buen Cantor se heló, pero el guerrero continuó hablando sin mostrar temor—. Hace cinco inviernos rapté a Brisa en la Pradera y he venido a traerla de regreso con su pueblo.

—¡No! —intervino Brisa, sorprendida ante la innecesaria revelación, que lo ponía en evidente peligro—. No fue así.

Buen Cantor la instó a callar con una sola mirada. Luego posó los ojos sobre Nube de Fuego, atento.

—No has terminado de hablar —dijo, inclemente, acompañando las palabras también con la lengua de signos.

Nube de Fuego suspiró y Brisa palideció al escuchar lo que dijo a continuación:

—Su hijo, Sol Radiante, murió bajo mi puñal hace cinco inviernos. He venido para pagar

mi deuda.

—¡No! —gritó Brisa, aterrada—. ¡Fue un accidente!

Buen Cantor miró a su hija, y luego a nube de Fuego. No dijo más. Tras un gesto dirigido a sus guerreros estos prendieron a Nube de Fuego, quien no opuso resistencia.

—Brisa en la Pradera ha regresado —anunció Buen Cantor, solemne—. Este lakota desea pagar una deuda de sangre a los apsalooke. Regresemos al campamento, y que los ancianos dispongan. —Lo miró de arriba abajo, y frunció aún más el ceño—. Pero antes cúbrete, por el honor de mi hija.



Cuando llegaron al poblado el sol ya estaba en lo más alto. Los apsalooke habían alzado su campamento río arriba, a media jornada de camino. Los tipis se dispersaban junto a un amplio meandro algo más elevado, usando la curva del agua a modo de defensa frente a posibles incursiones enemigas, y la gente a salvo se afanaba en sus quehaceres diarios. Algunas mujeres curtían pieles a la sombra de un pequeño sotobosque, el resto transportaba agua a sus hogares mientras charlaban unas con otras. Los ancianos descansaban a la sombra de sus tipis, algunos habían alzado un pequeño resguardo de piel frente las entradas, y los hombres jóvenes se reunían en pequeños grupos, planeando futuras incursiones, mientras otros adecentaban sus armas o fabricaban flechas u arcos para la caza.

Una gran manada de caballos pacía junto a la linde, donde un grupo de potrillos chapoteaba en el agua y algunos niños nadaban no muy lejos de ellos. Desde esa distancia podían escucharse sus risas alegres. Brisa sintió como su corazón se ensanchaba, pero esa felicidad quedó truncada al mirar a Nube de Fuego, que le dedicó una sonrisa de aceptación. Quiso acercarse a él, pero los separaban tres guerreros a caballo, que le cortaron el paso cuando lo intentó.

Los primeros en salir a recibirlos fueron los niños, que corrieron hacia ellos entre gritos de júbilo. Pero al verla a ella y al guerrero lakota vestidos como caras blancas, quedaron estupefactos y poco a poco fueron siguiendo a la pequeña comitiva hasta que empezaron a adentrarse en el círculo que conformaban los tipis.

Una muchacha reconoció a Brisa en la Pradera y de inmediato se corrió la voz de su regreso por todo el campamento. Para cuando llegaron al Centro de la Nación[16], todos los habitantes ya aguardaban junto a sus hogares, y otros se acercaron para saludar a la joven con alegría. Las miradas de incomodidad y los murmullos se hicieron notar cuando vieron al prisionero que iba maniatado sobre su propio caballo y vestido con ropas extrañas. Beatriz, la madre de Brisa, surgió de entre la muchedumbre y salió al encuentro de su hija.

—¡Brisa! ¡Oh, gracias a los espíritus! ¡Estás viva!

La joven desmontó y corrió a los brazos de su madre. Las lágrimas rodaban por las mejillas de ambas cuando se unieron en un fuerte y sentido abrazo.

—Madre —sollozó, apretando fuerte el cuerpo de su madre contra el suyo. Oh, cuanto la había echado de menos.

—Oh, hija. —Beatriz besó su rostro y la estrechó aún más fuerte contra el pecho—. Pensé que jamás volvería a verte. —Se separaron y se miraron a los ojos. El cabello de su madre empezaba a teñirse de blanco, y las arrugas ya le arañaban la frente y los párpados, pero en los ojos lucía un brillo juvenil, causado por la alegría del inesperado reencuentro—. ¿Dónde has estado? —La miró de arriba abajo—. ¿Y estas ropas?

—Hay mucho que contar —respondió Brisa, y sin poder evitarlo desvió la vista hacia Nube de Fuego. Vio que lo obligaban a desmontar de Humo y lo ataban a un poste, justo en centro del poblado, donde no había sombra. Regresó la mirada a su madre, suplicante—. Tienes que ayudarnos.

Beatriz acarició el rostro de su hija, cariñosa. No pasó por alto el amor que destilaban los iris verdes, ni como ese guerrero vestido como un cara blanca la miraba con adoración.

—¿Es un buen hombre? —preguntó, regresando la vista a su hija.

—Lo es, madre —aseguró—. A pesar de lo que voy a contarte, es bueno y...

—¿Y lo amas?

—Más de lo que nunca imaginé.

Beatriz acarició el rostro de su hija, y suspiró.

—Hablaré con Buen Cantor. Pero antes cuéntamelo todo.



Cayó la noche sobre el poblado apsalooke, y los tipis se iluminaron. La gente permanecía en sus hogares y apenas se escuchaban ya las voces alegres con las que fueron recibidos los guerreros.

Nube de Fuego seguía maniatado. El sol y la falta de agua lo habían debilitado, pero mantenía la mente despierta y el alma tranquila. Lo único que le importaba era que Brisa estaba al fin a salvo, con su gente, con la familia que ella había escogido. Los cuervos no la abandonarían, ni la traicionarían. No desoirían su palabra, ni la forzarían a nada que ella no quisiera hacer.

Sin embargo, ¿qué sería de él?

No era un ingenuo y sabía que Buen Cantor no pasaría por alto la muerte de su único hijo varón, Sol Radiante. El jefe Apsalooke tenía fama de ser un hombre justo, pero no le temblaría el pulso a la hora de entrar en batalla, y de sobras era conocida su rigidez en las negociaciones. Era poco probable que saliese con vida de semejante embrollo. Pero Nube de Fuego tenía clara una cosa: jamás se había comportado como un cobarde y no empezaría a hacerlo ahora. No se resistiría a pagar su deuda de sangre, si así lo decretaba el Consejo de Ancianos. No era un hombre que despreciase su propia vida, pero nada podía hacer él para cambiar el pasado. Se enfrentaría a su destino con la cabeza alta pero…

¿Qué sería de Brisa? ¿Lo soportaría?

Angustiado más por el dolor de ella que por su propio e incierto futuro, miró al cielo, y de nuevo El Perro pareció reírse de él.

El Consejo seguía reunido. Era probable que lo ejecutaran y sería doloroso. No era inmune al miedo, la ansiedad se lo comía por dentro, pero entendía que era lo justo. Él habría hecho lo mismo, sin ninguna duda. Lo único que aliviaba su corazón era el saber que Brisa lo había perdonado. Que lo amaba. Al menos moriría en paz.

Escuchó unos pasos acercándose y giró la cabeza en esa dirección.

Esperaba que fuera ella, pero se llevó una decepción. Se trataba de una mujer de mediana edad, y cuando se colocó frente a él, supo que era la madre de Brisa, pues su rostro y sus ojos verdes eran casi idénticos, con la única diferencia del paso del tiempo.

—Señora —saludó en español, poniéndose en pie.

—¿Diego de la Cruz? —preguntó ella, con una sonrisa que en otras circunstancias habría sido burlona, pero que en esos momentos reflejaba dolor. Al fin y al cabo, ese hombre había acabado con la vida de su hijo.

—Nube de Fuego —aclaró—, de la tribu Lakota Oglala.

—Brisa me lo ha explicado todo —reveló—. Cómo la capturaste y la llevaste con tu gente. Cómo escapó después y viajó hasta San Diego de Alcántara para encontrarse con Rodrigo, su padre —desgranó la conversación que acababa de tener con Brisa—. También me dijo que la salvaste de un hombre que intentó matarla, y cómo la protegiste desde la distancia, durante el tiempo que duró el viaje de regreso. Por todo eso debo darte las gracias. Aunque…

—Aunque a pesar de todo eso acabé con la vida de Sol Radiante —interrumpió él, sintiéndose el más miserable de los hombres.

La mujer suspiró, pero no apartó la mirada de la suya. Parecía estar leyendo a través de él con sus ojos verdes y luminosos, tan parecidos a los de Brisa en la Pradera.

—Así es —respondió—. Mataste a mi hijo—. Un atisbo de dolor asomó a su mirar, pero al instante la mujer sonrió con ternura, al recordar a Sol Radiante—. Aún no había empezado a

vivir, era muy joven. Amable, risueño, sé que voló tan rápido como una flecha hacia las hogueras de sus antepasados, sin mirar atrás ni hacia abajo.

Nube de Fuego no lo soportó más y apartó la mirada: Ver el sufrimiento en los ojos de una madre que ha perdido a un hijo era difícil de enfrentar, y provocaba más dolor que la propia culpa.

—Ojalá pudiera cambiar el pasado. —Alzó la vista de nuevo, y miró a esa mujer con los ojos inundados—. Créame que lo haría, si fuera posible. Desearía morir ahora mismo, si pudiera evitarle el dolor a Brisa en la Pradera y a usted.

—La arrancaste de su familia.

Nube de Fuego tragó saliva.

—Tampoco puedo cambiarlo —afirmó—, pero de eso no me puedo arrepentir. Regalaría mi vida por un solo instante a su lado. Por uno solo de sus besos, por una delicada caricia. De no haberla raptado, jamás la habría amado.

Beatriz miró detenidamente a ese hombre. Era valiente y fuerte, y en sus ojos negros veía que, en determinados momentos, podría llegar a ser peligroso. Sin embargo, su mirada era limpia, sin subterfugios. Era sincero y estaba arrepentido.

—El Consejo no está siendo favorable —reveló Beatriz, cauta. Acto seguido, sacó un cuchillo de su cinto y se acercó a Nube de Fuego.

Él cerró los ojos. No lucharía contra la madre de Brisa en la Pradera, y si ella quería matarlo no opondría resistencia.

Aguardó a sentir la hoja atravesando su corazón, mientras con los ojos cerrados evocaba la sonrisa de Brisa en la Pradera.

Sin embargo, no fue eso lo que sucedió.

La esposa de Buen Cantor cogió sus manos y de un corte limpio y preciso rasgó sus ataduras.

Nube de Fuego abrió los ojos, sorprendido. Una lágrima que no se secó, resbaló por su mejilla.

—Eres libre —afirmó la mujer, también con los ojos empañados—. Ve con mi hija, llévatela e id con tu pueblo, cuídala y hazla feliz.

Nube de Fuego intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—Maté a su hijo. ¿Cómo puede perdonarme?

Beatriz asintió con tristeza.

—Porque Brisa asegura que fue un accidente y yo confío en su palabra. Afirma que tu corazón está limpio y que eres un hombre de honor. Te ama, y puedo sentir que tú también a ella.

Las palabras de esa mujer emocionaron a Nube de Fuego. Pero la culpa era demasiado poderosa. No era fácil quitársela de los hombros y abandonarla, como si jamás hubiese existido.

—¿Y qué piensa usted?

Ella cerró los ojos, tomó aire y lo expulsó. Lo miró de nuevo antes de responder:

—Pienso que ya hay suficiente odio, dolor y rencor en este mundo como para matar un amor tan limpio como el que sentís el uno por el otro. No esperes más, Nube de Fuego, ráptala de nuevo y marchad lejos, donde Buen Cantor no pueda encontraros.

Nube de Fuego iba a hablar cuando unos pasos apresurados lo interrumpieron.

—¡El Consejo ha decidido! —Se escuchó la voz de Brisa en la Pradera, y ambos se dieron la vuelta para encararla.

Las lágrimas resbalaban por su rostro sin control. Intentaba contener los sollozos que escapaban con desesperación de su garganta, pero no era capaz.

Nube de Fuego cerró los ojos, pero Beatriz lo tomó de la mano. Miró a su hija, y extendió el otro brazo para que ella se acercase y se uniese a ellos. Cuando los tres estuvieron con las manos entrelazadas, les habló a ambos.

—Marchaos ya —instó, preocupada—. No hay tiempo. Montad en vuestros caballos y huid lo más lejos posible de aquí.

Brisa miró a Nube de Fuego, esperanzada. Pero cuando él le devolvió la mirada, supo que no lo haría.

—Jamás he evadido mis responsabilidades y no lo haré ahora. Me quedaré a escuchar el

dictado del consejo, y si deciden que…

—¡No! —interrumpió ella, aterrorizada, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin ningún control.

—Mi hija tiene razón. Debéis iros. ¡Llévatela!

Nube de Fuego miró a la mujer, con convicción. Ella entendió lo que le decían sus ojos y se alejó para que pudiese hablar a solas con su hija.

—Brisa…—empezó a decir él, pero ella lo interrumpió, enfadada.

—¿Por qué eres tan testarudo? —sollozó, estirándolo de la mano, intentando arrastrarlo hacia la manada de caballos para que escapara con ella.

Pero Nube de Fuego se mantuvo firme, parado en el sitio, como si hubiese echado raíces. Solo el perdón o la muerte lo moverían de ahí.

—Por favor —intentó razonar con ella—, quiero tener la oportunidad, por primera vez en mi vida, de ser un hombre honorable.

—¡Ya lo eres! —exclamó ella—. ¡Eres el hombre más justo y honorable que he conocido!

—¡Sol Radiante murió a manos de ese lakota!

La voz de Buen Cantor los interrumpió. Brisa y Nube de Fuego lo miraron. El guerrero con aceptación y responsabilidad, la joven con absoluto pánico. A su vez, el jefe de los apsalooke los observaba a ambos con una tensa calma. Acababa de abandonar la tienda del Consejo y los habitantes del poblado también empezaban a salir de sus tipis para rodear a su líder. Sabían que algo importante estaba a punto de suceder.

Brisa, con el terror atenazándole la garganta, contuvo durante unos segundos la respiración. Luego soltó el aire con lentitud y se dispuso a defender a Nube de Fuego con uñas y dientes. Tenía miedo, pero lucharía hasta el final por la vida de su hombre.

—¡Es cierto! —exclamó, protegiendo con su cuerpo a Nube de Fuego y mirando a todos y a cada uno de los presentes, sin excepción—. Yo estuve allí y lo presencié. —Se dio la vuelta, lo miró, y lo señaló con el dedo—. Lo mataste y por eso te he odiado los últimos cinco años. La

lucha que he mantenido conmigo misma ha sido terrible pero… —A Brisa se le quebró la voz—. Pero no deseo tu muerte. No soportaré una vida sin ti. ¡No la quiero! —gritó, furiosa—. ¡Y si crees que voy a permitir que te ejecuten, es que no me conoces bien! —Aparto la vista del acusado y la clavó en Buen Cantor, con decisión—. Padre, de ti aprendí muchas cosas, pero una se me quedó grabada: La séptima dirección, la más difícil de seguir. Es cierto, el perdón no es fácil, pero ese es el camino que deseo transitar. Nube de Fuego me ama, por eso está dispuesto a sacrificarse por mí. Pero si él es culpable, yo también lo soy, pues Sol Radiante fue en mi busca y por mi causa pereció. ¡Para rescatarme! —Su mirada se llenó de orgullo y dolor, a partes iguales—. Nube de Fuego no inició la pelea. Sol Radiante se abalanzó sobre nosotros y, creyendo que yo estaba en peligro, este hombre me protegió. Pude ver, con mis propios ojos, como mi hermano lo hería, en el costado. Luego forcejearon, rodaron por el suelo y finalmente, el peso de su cuerpo hizo que el cuchillo, que ambos sostenían, se clavara en la carne de Sol Radiante. Y así fue como murió. —Brisa hizo una pequeña pausa, pues las lágrimas la estaban ahogando—. Nube de Fuego es un guerrero honorable que luchó para defenderme, porque en un principio pensó que yo corría peligro. Después, cuando supo que su oponente era un apsalooke intentó detenerlo para llevarlo ante Pluma Roja. Pero Sol Radiante no se rindió, porque también estaba dispuesto a protegerme con su vida. Eso fue lo que pasó y, tras meditarlo durante cinco largos años, ahora sé que la única culpable soy yo.

Tras las palabras de Brisa en la Pradera, en el poblado se hizo un largo silencio. Solo se dejó oír el lejano canto del coyote, reclamando el territorio que le pertenecía. De súbito, la brisa se transformó en un fuerte viento que los azotó, para después desaparecer como si jamás hubiese existido.

Los apsalooke la miraban, conmovidos. Beatriz, su madre, se secó con rapidez las lágrimas del rostro. Por el contrario el rictus de Buen Cantor seguía hermético. El Jefe de los apsalooke desvió la mirada de su hija para observar con detenimiento a Nube de Fuego, pero él sólo tenía ojos para Brisa.

—No, mi amor. Tú no eres la culpable.

—¡Lo soy! —insistió ella, con los puños apretados, interrumpiéndolo. Luego miró a Buen Cantor, y lo desafió—. ¡Y si él resulta condenado, exijo que se me aplique la misma pena!

Nube de Fuego se acercó a Brisa, pero ella lo esquivó, dolida.

—Brisa, por favor, escúchame.

—¡No! —gritó, trasladando todo su desafío hacia él—. No voy a permitir que te ejecuten. ¿Me oyes? ¡No lo permitiré!

Buen Cantor miró pensativo a la pareja. Luego miró a Beatriz, su esposa. En sus ojos pudo ver la paz, el amor hacia su hija y la esperanza y el anhelo de que también ella alcanzase la felicidad. Pero también las lágrimas resbalaban por sus mejillas, pues el precio de esa felicidad había sido alto. Algo despertó en el corazón de Buen Cantor. Algo que había permanecido dormido, pero que siempre estuvo ahí, atesorado. Regresó la vista a la joven pareja y ese tesoro le sacudió el corazón. Se trataba de una magia tan poderosa que nadie podría deshacer.

Tomó aire y caminó unos pasos hacia la pareja.

—Nube de Fuego es un lakota, por lo tanto, es y siempre será nuestro enemigo —empezó a decir, severo—. Los apsalooke llevamos luchando contra ellos desde la creación del mundo. No obstante, Brisa en la Pradera es apsalooke, ama a este lakota, y este lakota ama a Brisa en la Pradera, tanto es así, que están dispuestos a dar la vida el uno por el otro. Puede que los espíritus lo hayan decretado o es posible que sus almas se hayan buscado durante toda la eternidad hasta encontrarse, en este lugar, justo en este instante. No puedo hablar por los espíritus, pero tengo ojos y puedo ver con claridad que, a pesar de la desgracia, sus corazones laten acompasados y con ímpetu. No seré yo, un hombre que está de paso en este mundo, quien separe a dos almas predestinadas a permanecer unidas. —Entonces, miró a Brisa, con todo el amor que un padre era capaz de expresar por una hija—. Amas a este hombre, así que ve con él y forma una familia, lejos de tu pueblo, más allá del horizonte. —Miró a Nube de Fuego con un gran respeto—. Amas a esta mujer, así que llévatela lejos, protégela y hónrala por el resto de tus días, pues, junto con su madre, es lo más valioso que tengo. —Buen Cantor miró a su pueblo, y finalizó—: Así como la Brisa aviva el Fuego y el Fuego provoca cambios en la dirección del viento, esta mujer y este

hombre deben permanecer unidos para que esa magia siga existiendo. Buen Cantor ha hablado.

Las lágrimas caían sin control por el rostro de Brisa, y algunas empezaban a despeñarse por su barbilla hasta morir en la tierra seca, a sus pies. Tomó aire, y alzó el mentón. Miró a su padre y cabeceó con respeto. Acto seguido, posó la vista sobre Nube de Fuego y tras expulsar un sollozo, corrió a sus brazos.

Él la apretó fuerte contra el pecho, y mientras lo hacía, notó como su cuerpo se convulsionaba entre sollozos. Le acarició el pelo, la besó en la coronilla, y cuando ella dejó de llorar, se separó para observar sus ojos verdes como la hierba fresca.

—Brisa, te amo —declaró, con toda la pasión de su corazón. Enjugó sus lágrimas con los pulgares—. Gracias. —Besó sus párpados, su nariz, y apoyó la frente en la suya—. Gracias por corresponder a este amor. —Se separó para mirarla de nuevo y le apartó un rizo rebelde de la frente con inmensa ternura.

—Perdóname —respondió Brisa, y esta vez fue ella quien le secó las lágrimas a él—. Te he puesto las cosas tan difíciles…

—No, perdóname tú a mí. Te llevé en contra de tu voluntad y…

—Salvaste mi destino —interrumpió, para besar sus labios enseguida—. Eres Fuego, me abrasas, me derrites, enfurecido puedes ser temible, pero me has enseñado también que solo tu calor puede darme el hogar que ansío.

Nube de Fuego dejó que las lágrimas acariciasen sus mejillas.

—Es la Brisa en la Pradera quien aviva este Fuego.

EPÍLOGO



Cuando Nube de Fuego corrió la cortina del tipi para entrar en el hogar de Brisa en la Pradera, enseguida sintió el calor de una tibia hoguera acariciándole el corazón. Cerró los ojos y aspiró el dulce aroma que desprendía ese lugar: su refugio, su calma, su felicidad.

Allí estaba ella, con sus cabellos de seda caoba, desparramados tras la espalda, mientras su preciosa voz entonaba una dulce canción de cuna, al tiempo que sostenía en brazos a su más preciado tesoro.

Su madre, Nieve en la Mañana, permanecía sentada al lado de su esposa, y sonreía con ternura ante la preciosa escena. La mujer, al sentirlo entrar, volteó el rostro en su dirección y Nube de Fuego empezó a notar una fuerte presión en el pecho, que desapareció cuando la sonrisa de su madre se amplió. Se le empañaron los ojos. Era la primera vez que le dedicaba una sonrisa.

Brisa también giró la cabeza y, al descubrirlo, sus ojos verdes se iluminaron de dicha. Acto seguido le hizo una sutil seña para que entrase en completo silencio, pues el bebé acababa de dormirse.

El orgulloso padre depositó el arco y las flechas junto a la entrada. Afuera había dejado colgada la perdiz blanca que acababa de cazar para la familia. Su familia. Su vida entera. Rodeó en silencio el fuego del hogar y se sentó junto a su esposa, Brisa en la Pradera. Las lágrimas cayeron por su rostro al ver las manitas de la preciosa bebé que descansaba en el regazo de su

madre. Tenía los dedos largos, siempre colocados en una elegante postura, propia de una dama. Los movió un poco y le arrancó una tierna sonrisa. Su piel era blanca como la luna y su cabecita estaba regada de un vello suave y claro aún, aunque Brisa aseguraba que sería morena, como su padre.

—Me ha costado dormirla —comentó Brisa, y después la colocó sobre unas mullidas pieles de dormir, al lado suyo—. Es tan cabezota como su papá.

De inmediato, la madre de Nube de Fuego se acercó a la pequeña, y empezó a recolocar las pieles finas de cervato, con extrema suavidad. Le preocupaba que cogiese frío.

—Te pareces mucho a mi pequeño Grillo Cantarín —susurró la mujer, obligando a su nuera a taparse la boca para no soltar una carcajada—. Es un niño muy guapo, ¿lo sabías? Es el niño más simpático y bonito del mundo. Es mi hijo. ¡Mi hijo! Y estoy muy orgullosa de él. Se ha convertido en un gran guerrero, y es tu papá. Te protegerá, te cuidará y nada malo te sucederá. Eres tan bonita… tan bonita…

Mientras la mujer le susurraba esas palabras a la bebé, Brisa se acercó a su esposo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Tu madre tiene razón. Eres el guerrero más bonito y simpático del mundo, Pequeño Grillo Cantarín. —Nube de Fuego plegó los labios en el interior de la boca para no reír a carcajadas y así despertar a su hija. Luego la empujó con el hombro a modo de queja.

—Beatriz Álvarez de Guzmán, te castigaré por tu impertinencia.

Ella alzó una ceja, sin borrar la sonrisa del rostro.

—Y tanto que me gustaría. Pero de un tiempo a esta parte no tenemos ni un solo momento de soledad.

Nube de Fuego se separó de ella, la asió por los hombros y mirándola a los ojos, la besó.

Brisa lo recibió con ternura, pero pronto gimió contra sus labios, le rodeó el cuello con los brazos y casi lo tumbó sobre las pieles de dormir.

Pero se detuvo cuando de reojo vio cómo su suegra los miraba de forma extraña.

—Imposible —susurró, apartándose de él.

Nube de Fuego la cogió de la mano y la miró a los ojos.

—Gracias —dijo, con voz sesgada.

—¿Por qué?

—Por todo esto —explicó, señalando su hogar.

Brisa soltó una risa cantarina, lo que hizo que la mujer se diera de nuevo la vuelta para mirarla, esta vez inflexible. Se llevó un dedo a los labios y los instó a callar.

—Despertaréis a mi preciosa nieta —regañó, en voz baja.

En ese momento, alguien entró en el tipi familiar, haciendo que todas las miradas se dirigiesen hacia la entrada.

—Oh, estabas aquí —manifestó la Anciana Bisonte, mientras se acercaba a Nieve en la Mañana y a su tataranieta.

La mujer miró a su madre con el amor reflejado en sus ojos.

—¿No es bonita? —preguntó.

—Lo es.

Nieve en la Mañana miró a Nube de Fuego.

—Ese es mi hijo, Pequeño Grillo Cantarín. ¿No es también hermoso?

—Lo es —respondió la Anciana Bisonte, ante las risas ahogadas de la pareja—. Ahora vayámonos, y dejemos a la feliz pareja un momento a solas.

La mujer sonrió y asintió, pero antes de marcharse se acercó a Brisa en la Pradera.

—Mi nieta se llama Piedra Verde, como tus ojos. Eres buena para mi hijo.

—Gracias —respondió Brisa en la Pradera, cariñosa.

—Vayámonos ya —insistió la Anciana Bisonte. Luego miró a la pareja y les guiñó un ojo —. Los jóvenes deben quedarse a solas, aún tienen que darte más nietos.

Cuando las mujeres se hubieron marchado, Nube de Fuego se acercó a Piedra Verde. Luego miró a su esposa, quien no perdió la oportunidad de besarle en los labios.

—Jamás pensé que sería tan feliz —confesó él.

Ella sonrió, haciendo que sus ojos brillaran.

—Eres un buen hombre, y a tu lado soy la mujer más feliz del mundo. Me has dado lo más hermoso que una mujer puede recibir, una hija, una familia, un hogar al que pertenecer y lo más valioso de todo: tu amor. Te amaré por siempre, Nube de Fuego.

Él acercó los labios a los suyos. La besó con ternura, mientras acariciaba su bonito rostro con los pulgares.

—Te amaré por siempre, Brisa en la Pradera. A ti y a nuestra amada hija, Piedra Verde.

FIN

AGRADECIMIENTOS

A Paula Rosselló Frau, maravillosa escritora y mucho mejor amiga, que desgranó el manuscrito inicial con la maestría de un cirujano, corrigió mis fallos con todo su cariño y profesionalidad, hasta dejarlo impecable para el disfrute de todos mis lectores. Si os ha gustado esta historia, gran parte de la responsabilidad es suya.

A Begoña, por sus sabios consejos, apuntes y críticas que hacen de esta obra algo mucho mejor que lo que empezó siendo.

A María Rosselló, por la ilusión que muestra en cada una de mis novelas. Por tener siempre palabras bonitas para los protagonistas de mis libros, y por decir siempre que sí cuando de un día para otro te propongo ir a cenar. Amigas y lectoras tan entusiastas animan a los escritores a no dejar de perseguir sus sueños.

A Carmen, por tus consejos, sabios y necesarios. Por todo el cariño y respeto que muestras hacia mis novelas.

A Ana Mar, mi persona favorita y el amor de mi vida.

A mi padre, siempre.

A mi padrino, Miguel Ángel. Sé que allá donde estés, te sientes orgulloso.

A Luna. Te quiero y siempre te querré.

A Lucero, a quien he dedicado esta novela, mi eterno, bello y blanco corcel. Eres el caballo que toda princesa sueña con tener. Tu corazón dejó de latir en esta tierra, pero jamás dejará de inspirar mi corazón, y seguirá pulsando, de la misma forma que destellan las estrellas. A pesar de haberse apagado, me sigue llegando tu brillo. Por eso, cuando miro al cielo, sé que estás allí.

A mi gato, Nerón. Espero que seas feliz. Jamás dejaré de buscarte.

Nota de la autora

Querido lector,

Déjame contarte cómo me he sentido al escribir esta novela. Pero antes me gustaría pedirte que dejes escrita en Amazon tu más sincera opinión, marcando las estrellas que creas conveniente. De esta forma me ayudas a mejorar, y si te ha gustado, también ayudas a que mi novela sea más visible y llegue a más público. Por ello, te doy las gracias.

Empecé a escribir esta novela justo después de la publicación de Pluma Roja que, si mal no recuerdo, fue en el 2013. Pero ha sido en el verano del 2023 cuando finalmente la he podido terminar. Durante todos estos años, siempre he atesorado en mi corazón a Nube de Fuego y a Brisa en la Pradera pero ahora, al fin, te pertenecen.

¿Qué te puedo contar de la protagonista? Brisa, y también Beatriz, es una mujer orgullosa, segura de sí misma, que comete errores como cualquier ser humano, pero que afronta las consecuencias de sus actos sin echar la vista atrás. El perdón no es fácil para ella, y durante toda la novela podrás ver su evolución, su lucha interior, y cómo finalmente será capaz de entender que, a pesar de la rabia y el rencor, un corazón puede llegar a sanar, y a perdonar. Este ha sido su viaje. Seguir la séptima dirección no es un camino fácil, pero sí es el correcto.

Nube de Fuego… No voy a negar lo enamorada que he estado de él durante todo el proceso creativo. Empieza siendo un hombre rudo, de toscos modales, su boca es más rápida que sus pensamientos y habla y actúa sin pensar en las implicaciones, pero finalmente logrará contener ese fuego interior que todo lo abrasa para transformarse en una llama cálida y acogedora, que dará seguridad, calor y amor a su familia, que él tanto ama y necesita. Nube de Fuego iniciará su viaje asolado por la culpa, y finalmente aceptará su destino con valentía y responsabilidad. No lo sabía al principio, pero siempre fue y será un hombre honorable que merece todo el perdón y todo el amor del mundo.

Carmen es un personaje complejo. Ama a Adrián de forma egoísta. Es manipuladora y cruel, pero créeme lector, que lo pagará con creces pues, en el futuro, Adrián Lobo no le pondrá las cosas nada fáciles.

Querido lector, espero de todo corazón que hayas disfrutado de la lectura, que te hayas enamorado de mis personajes y su historia te haya mantenido en vilo. Yo sí he disfrutado escribiéndola, pero ha llegado el momento de dejarlos volar para que ahora formen parte de tu imaginación, y sientas lo que yo sentí al viajar con ellos. Volad alto, Príncipes del Viento, para dar alas a mis lectores.

A ti, querido lector, que estás al otro lado de esta página, te doy las gracias. Escribir forma parte de mi, lo necesito como respirar, y tú eres el oxígeno.

Si te ha gustado Brisa en la Pradera, te animo a que sigas leyendo mis historias.

Las encontrarás todas en mi página de Amazon:

Olalla Pons en Amazon

Si tienes redes sociales, sígueme en Instagram y Facebook. Escríbeme, estaré encantada de hablar contigo, de resolver cada duda, y también podrás ver mis fuentes de inspiración: La naturaleza, y los animales, así como participar en concursos y enterarte de todas las novedades.

Puedes seguirme en Instagram, pulsando en el siguiente enlace:

instagram.com/olallapons

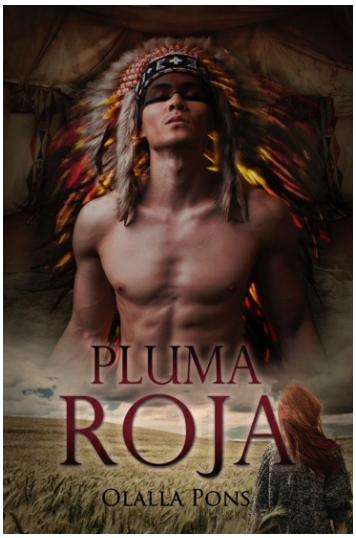
Y también mi página de Facebook:

La mirada del corazón.

En la página siguiente te regalo el primer capítulo de mi novela, Pluma Roja, que es la que inicia esta serie, Los Príncipes del Viento.

Recomendación

Si te ha gustado Brisa en la Pradera, te animo a que leas Pluma Roja.



Pluma Roja no sólo es un famoso y respetado guerrero lakota que ha nacido para ser el jefe de su tribu, es además un hombre sensible que necesita dar respuestas a su inquieto corazón. Por ese motivo decide emprender un viaje en soledad, en el que espera encontrar el significado de una visión; la que le dio su nombre. Lo que desconoce es que la respuesta a todas sus inquietudes se halla en los ojos de una extraña y bella mujer de cabellos de fuego y piel de luna. Georgiana Herbert, condesa de Shaftesbury, no puede creer en su “buena estrella”. Tras dar por muerto a su esposo en la batalla de Fort William Henry de la cual ha escapado ilesa, se topará con un temible indio de piel dorada, mirada profunda y cabellos de azabache. Sin embargo, el deseo y el amor vencerán sus miedos y lo seguirá hasta las vastas llanuras de centro-américa convertida en su esposa. Lo que ambos no imaginan son las dificultades que deberán sortear; unas dificultades que irán más allá del tiempo...Porque doscientos cincuenta años después, Eliza

no está dispuesta a entregar su corazón tan fácilmente. Y mucho menos a Julio Falcone, un apuesto domador de caballos que le recuerda al protagonista de sus sueños más íntimos. ¿Lograrán Pluma Roja y Georgiana ser felices ante la desaprobación de quienes los rodean? ¿Descubrirán Julio y Eliza el significado de sus extrañas visiones? Pluma Roja no es solo una novela romántica, es una apasionante historia de amor. Un amor que se aloja en el alma y perdura más allá del tiempo. Una historia de amor truncado por la intolerancia, que logrará vencer la injusticia del hombre y transportará al lector a un mundo mejor y lleno de esperanza

Puedes descargártela en el siguiente enlace:

Descargar NOVELA PLUMA ROJA

Podrás leer el primer capítulo a continuación.

PLUMA ROJA
CAPÍTULO 1

Luna de las Hojas Verdes.

Planicies centrales. Territorio Lakota

Daba la impresión de que el corazón de la Gran Madre latía desbocado. Pero era Tatanka el causante.

Los búfalos galopaban en estampida haciendo estremecer el suelo mientras más de cinco puñados de valientes hombres a caballo dirigían a la manada. Cargaban con sus flechas y lanzas, dejándose ver entre la nube de polvo que los envolvía. Sus familias dependían de ellos en esos instantes. Tatanka no era solo su alimento, también era su vestimenta, su hogar y sus creencias.

Pluma Roja arrojó la lanza con pericia, tumbando al enorme bisonte a la vez que su veloz caballo pinto volaba sobre la pradera. Un grito de júbilo salió de su garganta. Había agotado ya todas sus flechas con efectividad y la lanza también dio en el blanco. Era un hombre afortunado y la juventud lucía en él como una inmensa cascada golpeando al caer en las tranquilas aguas de un lago. Sus largos y negros cabellos ondeaban al viento adornados con cuatro plumas blancas. El brillante sudor que bañaba su desnudo torso acentuaba sus potentes músculos, ahora en tensión, y en sus pectorales podían observarse con claridad dos enormes cicatrices anunciando que el gran guerrero se había sometido al tormento de la danza del sol para obtener una visión que marcaría su existencia de por vida. Su rostro, pintado de negro en antifaz, le daba un aspecto poderoso e inquietante cuando volaba raudo sobre su montura tras sus presas, pero Pluma Roja lucía ahora una amplia sonrisa. Se sentía dichoso y el orgullo lo inundaba.

Cuando decidieron que ya habían cobrado suficientes presas, bajó de su caballo y escogió una de sus más preciadas piezas para honrar al espíritu de Tatanka. Un enorme macho yacía sobre el interminable y verde mar de pradera, ahora aplastada por la estampida. Se agachó y besó

su hocico, inhaló su aliento y devolviéndole el suyo propio, agradeció al impresionante animal el sacrificio de su rebosante vida por la subsistencia de su pueblo. Acto seguido profirió un victorioso grito tras recuperar su lanza, que la alzó hacia el cielo con potestad. Gritos de júbilo lo secundaron y se acercaron las mujeres más jóvenes, que habían esperado en la retaguardia para despiezar a los animales y poder transportarlos hasta el poblado. El resto, como algunas otras más maduras, ancianos y niños más mayores les aguardaban a menos de media jornada, ya que la tribu se trasladaba tras las grandes manadas de bisontes.

Regresaron jubilosos y cargados de provisiones. La cacería había sido un éxito y su madre aprobaría su valentía cuando comprobara la cantidad de pieles que iba a disponer para construir un tipi nuevo. En la estación de las nieves no reinaría el hambre.

Divisó el poblado y el orgullo le inundó el pecho. Sonrió hasta que casi le dolieron las mejillas. La manada de caballos de interminables colores pacía en la pradera junto al río. Los tipis ya estaban alzados y los niños pululaban alrededor de ellos, ajenos a cualquier otra cosa que no fueran sus juegos infantiles. Las mujeres jóvenes, que regresaban del río, saludaban sonrientes a los valientes cazadores que orgullosos gritaban de júbilo.

Ese era su pueblo y lo amaba.

Los cazadores entraron de forma triunfal, galopando desbocados con las lanzas en alto y gritando de alegría. Sin embargo, y muy a su pesar, la espléndida y blanca sonrisa de Pluma Roja desapareció de súbito al ver a Caballo Negro, el hombre medicina y a su joven y hermosa hija, Piedra de Río, que aguardaba junto a su madre. Sabía lo que aquello significaba: Responsabilidad.

Pluma Roja se tensó y desmontó con cautela. La joven se apresuró en silencio y con la mirada gacha tomó las riendas de su montura para lavarla después en el río, mostrando así públicamente su devoción por el gran guerrero. No obstante, Pluma Roja, sin dedicarle una mirada, se acercó a saludar a su madre. Cuando estuvo frente a ella, el gran hombre medicina, la figura más importante para la comunidad en el terreno espiritual, le hizo un desaire en respuesta a la falta de atención para con su hermosa hija y se marchó sin pronunciar palabra. Pluma Roja

frunció ligeramente el ceño, pero enseguida sonrió a Siete Lunas.

—Saludos, madre —dijo con tono amable

—Hijo, veo que la cacería ha sido un éxito. Ven, tenemos que hablar —lo invitó la mujer, haciendo un sutil gesto con la cabeza.

Su madre, Siete Lunas, había sido una mujer muy bella en su juventud y todavía seguía siéndolo. Sus largos cabellos de color azabache aún no estaban nevados, y en sus expresivos ojos negros, se intuía una gran fuerza y determinación. Contaba ya con cuarenta y cinco veranos, sin embargo, aparentaba diez menos. Era una mujer muy importante y portadora de un linaje de elevado prestigio y muy antiguo, que Pluma Roja había heredado gracias a ella. Su padre, Siguiendo las Nubes, era el jefe en la actualidad, pero se encontraba muy enfermo a causa de las heridas infectadas sufridas en contienda con sus enemigos, los apsaalooke, *hijos del ave de pico largo,* y aunque, como norma general, el liderazgo no era hereditario, sino que se obtenía por méritos, Pluma Roja tenía grandes opciones para ser un gran caudillo, sobre todo si se unía a Piedra de Río.

Debido al acuciante calor del medio día, no entraron en el tipi, sino que se sentaron fuera, bajo un porche de piel sostenido por dos finas varas de sauce. La mujer estaba decorando un escudo ceremonial para su hijo, representando un halcón, su animal de poder. Era una gran artista.

—¿Ha tenido Caballo Negro un mal sueño? —preguntó Pluma Roja, a pesar conocer la respuesta.

Su madre, Siete Lunas, le miró muy seria y dejó por el momento lo que estaba haciendo.

—Hijo —respondió, intentando no evidenciar un reproche en la voz—. Deberías tomar a Piedra de Río como esposa. Su padre se está impacientando y eso no es conveniente. Ella es una muchacha virtuosa, además de una excelente curandera. Es una mujer digna de un gran jefe, como espero que serás dentro de muy poco. ¡Nadie comprende tu actitud!

Pluma Roja frunció el ceño. Vio como su madre retornaba a su labor, mezclando un pigmento con arcilla sobre un trozo cóncavo de madera de sauce. Esperó hasta que hubo

terminado. La noticia que estaba a punto de darle no iba a ser de su agrado.

—No voy a unirme a ella por el momento. Los espíritus me instan a viajar al este.

Siete Lunas clavó la vista en su hijo y abrió la boca para protestar, sin poder contener su evidente desacuerdo. Sin embargo, Pluma Roja continuó hablando para que su madre no tuviera demasiado tiempo para articular la réplica.

—Me preparé el tiempo que tarda la Madre Tierra en ser acariciada por las cuatro estaciones. Me purifiqué en la choza de sudación, bailé la Danza del Sol y ayuné durante cuatro días y cuatro noches. Obtuve una visión. Era una pluma roja que danzaba en el cielo, sobre todos nosotros y sobre el mundo. Después bajaba y se posaba sobre mi corazón, y el peso era enorme a pesar de su delicadeza y fragilidad. Pero no estaba aquí. Por eso debo hallarla —Pluma Roja tomó aire para sentenciar—: He hablado, madre.

Siete Lunas observó a su hijo unos instantes, con la frente alta. Su mirada no reveló emoción alguna, pero en el fondo se sentía orgullosa de él. Una visión era algo importante. No todas eran iguales ni tenían el mismo significado. Unas veces instaban al individuo a conseguir algo concreto, otras tan solo encauzaban una senda marcada por los acontecimientos. Unas personas tardaban años en hallar una visión, otras jamás la encontraban, lo que era desalentador. En algún momento de la vida, toda persona necesitaba sentir el Gran Misterio, que estaba más cerca de nosotros cuando nos encontrarnos en soledad, abrazando el silencio.

Por esa razón, Siete Lunas no fue capaz de recriminarle a su hijo el hecho de que no se quedara para unirse a Piedra de Río, aunque ello significara ganarse la enemistad del hombre medicina, algo sustancial para el futuro de Pluma Roja como jefe. Colocó el escudo y las pinturas sobre el suelo y alargó su elegante brazo para acariciar a su único hijo con cariño.

—Es muy doloroso para una madre ver partir a quien ha nacido de sus entrañas —dijo, con voz pausada—. Sin embargo, no permitiré que un reproche mío se convierta en un lastre que impida el paso firme de tu andar. Ve hijo, has hablado y las palabras son sagradas. Tienes mi bendición.

9 de Agosto de 1757.

Fort William Henry.

Hacía dos años que Gran Bretaña y Francia se disputaban Norteamérica. Por el momento eran los franceses quienes ganaban terreno, ayudados por la práctica totalidad de los indios locales, que conocían mejor el terreno. Únicamente la confederación Iroquesa se había mantenido neutral.

Rodeados, exhaustos y sin apenas suministros, los soldados ingleses del Fuerte William Henry se apostaban sobre las tarimas que daban al exterior, consiguiendo a duras penas repeler el último ataque del enemigo. Estaban cansados y algunos de ellos ya no prestaban atención. Hacía varios días que los franceses no les daban tregua pero en aquellos precisos instantes se respiraba una relativa calma, aunque sabían que pronto reiniciarían la presión de asedio y el final no sería agradable.

Pero todo eso a Georgiana le daba igual. Paseaba hastiada por la sucia y desierta plaza cuadrada del fuerte. Si se le podía llamar plaza, ya que más bien se trataba de una explanada de barro repleta de cenizas, trozos de chatarra, porquería y hedor a muerte. Ya se había cansado de estar encerrada en aquella sucia barraca y había salido a tomar el aire, aunque estuviera viciado por el olor a pólvora y a madera quemada. Catherine, su doncella, la acompañaba varios pasos atrás en silencio. Las dos opinaban igual al respecto. Este no era lugar para una dama. Ni tan solo para una mujer decente.

Cuanto ansiaba regresar a Inglaterra. Su esposo, Henry Herbert conde de Shaftesbury, había insistido en que lo siguiera hasta las Américas y todavía no entendía como había aceptado tal «invitación». Habían acabado, en mitad de las contiendas y era sumamente peligroso. ¿En qué habría estado pensando cuando embarcó hacia el nuevo mundo? Al parecer, Henry solo se preocupaba por sí mismo, pero la estricta educación que Georgiana había recibido desde niña, le había impedido contradecir cualquier decisión de su esposo. Aun así, su paciencia estaba

empezando a tocar fondo.

Hacía semanas que habían abandonado Boston y ahora se arrepentía hasta el extremo de haber sucumbido a los caprichos del conde. Sorprendentemente, echaba de menos aquella ciudad, a pesar de que le resultaba vulgar en comparación con Londres o París, no obstante se vislumbraba un atisbo de civilización en ella. Y, a pesar de que los eventos sociales carecían de suficiente distinción para una dama de su categoría, al menos podía entretenerse con los chismorreos de la burguesía local, o simplemente pasear por las calles arboladas, visitando, bajo su punto de vista, las vulgares tiendas del centro. Además, allí había dejado a buen recaudo su amplio guardarropa. Rememoró con ojos soñadores su hermoso vestido color vino, que hacía juego con su rizada y roja melena. Era su favorito. Saltaba a la vista que se trataba de una pieza excepcional, porque todos la admiraban a pesar de que las gentes de aquella ciudad no fueran capaces de apreciar el valor de tan exclusiva prenda, ya que iban varios años atrasados en moda y no podían ni tan solo imaginar su precio. Su delicioso sombrero a juego, adornado con una atrevida pluma de avestruz era una maravilla… Recordó también, lo bien que le sentaban los pendientes de topacio azul y oro blanco que su esposo le había regalado por su cumpleaños, alegando que ninguna piedra preciosa podía competir con las joyas más hermosas que lucía en su rostro, sus ojos plateados. Georgiana reconoció a regañadientes que, cuando quería, Henry era todo un galán, pero ella sabía en el fondo de su corazón, que en verdad solo la trataba y cuidaba como a una más de sus múltiples pertenencias. Él, era muy cuidadoso con sus cosas y le gustaba enormemente alardear de su fortuna. Ese era el motivo por el cual había insistido tanto en que le acompañara.

Frunció el ceño. ¡Y por eso se encontraba en esa maldita situación! Luciendo un pesado y sucio vestido color verde oscuro, anteriormente hermoso, pero que ahora le impedía caminar con fluidez debido al peso que provocaba el barro seco aferrado a los faldones. Y cuando no era el barro, era el polvo. Y cuando no era el polvo era el humo que ennegrecía de hollín su níveo rostro. Ya se habían echado a perder sus exclusivos botines a juego, con hebillas de oro

engastadas en esmeraldas y ahora se veía obligada a lucir unas horribles botas marrones que, para colmo, le venían grandes. Resultaba irónico que las sucias faldas del vestido ocultaran semejante ridiculez.

«Henry», pensó para sus adentros a la vez que resoplaba y proyectaba una mirada furibunda hacia ninguna parte. «Eres un absoluto embaucador y un irresponsable que me has arrastrado hasta el fin del mundo. Un lugar salvaje, inhóspito, maloliente y que incluso en pleno verano hace un frío espantoso por la noche».

Enseguida intentó contenerse. Últimamente, distaba mucho de exhibir el distinguido comportamiento que le estaba obligado a una gran dama, pero este lugar lograba que sus instintos más primarios salieran a la luz y se sentía incapaz de controlarse. Además, en ese sucio y destartalado fuerte, todo era un completo aburrimiento y para colmo los franceses los habían sitiado. Hacía una semana que se habían visto obligados a racionar los víveres y la situación se estaba volviendo insostenible. El maldito lago que se encontraba tras el fuerte, estaba fervientemente vigilado y era peligroso acercarse para recoger agua. Y no es que comiera en exceso, en realidad casi no lo hacía, ya que la comida era cruel enemiga de su esbelta figura, pero la escasez de agua era para ella el mayor de los suplicios, ya que era con lo que se acostumbraba a llenar el estómago, siempre hambriento… Y lo que era peor… ¡Ni tan solo podía darse un baño o lavarse el pelo! Y por el amor de Dios… Como echaba de menos una copa de borgoña. Aquí solo disponían de whisky aguado. ¡Y ya se había terminado!

No podrían escapar con vida de esa ratonera, a menos que sucediera un milagro. Los nervios de los soldados estaban al límite y ella se sentía totalmente fuera de lugar. Hacía días que no podía ni tan solo dirigirle la palabra a su esposo. No es que lo echara de menos, ya que en realidad no disfrutaba demasiado de su conversación, pero en ese momento le habría encantado decirle todo lo que pensaba de él.

—Oh Catherine… Esto es un suplicio. Me muero por regresar a Londres —dijo Georgiana extendiendo sus blancas manos sobre la falda de su vestido—. Y mi pelo… —dijo

esta vez mesándose la melena, a la vez que arrugaba la nariz—. ¡Esto es insufrible! Y esos malditos indios de ahí fuera me sacan de quicio con sus ridículos gritos. Parecen perros sarnosos muertos de hambre acechando un gallinero. ¡Dios quiera que el coronel Monro nos saque pronto de este apuro!

Catherine, su doncella no pudo más que darle la razón, aunque a ella los indios no le parecían perros sarnosos, sino más bien terroríficos lobos acechando entre la maleza. Y por culpa de esos gritos, hacía tres noches que no había pegado ojo muerta de miedo mientras su señora se rendía a Morfeo, sin aparente preocupación. Opinó que la condesa de Shaftesbury era muy atrevida e imprudente utilizando tal comparación. Ciertamente, no parecía ser consciente del peligro que corrían.

—Por fortuna no todos son unos salvajes, milady. ¿Recodáis al indio que recogió vuestro sombrero el invierno pasado? Creo recordar que lo comparasteis con un guepardo, por su elegancia.

Georgiana abrió la boca y los ojos de par en par mirándola con rubor.

—¡Catherine! —exclamó ahogando un grito—. ¡No hables tan alto! Además… —continuó mientras intentaba disimular una coqueta sonrisa—, ese joven no se parecía en absoluto a los que se ven por aquí. Esos de ahí fuera, llevan las caras pintadas de negro y se comportan como demonios. No puedo entender como el General Louis Joseph de Montcalm los acepta como aliados. ¡No parecen dignos de confianza!

—Lady Georgiana, si se me permite dar mi humilde opinión… —empezó a decir la doncella.

—¡Por Dios muchacha! —exclamó indignada y mirándola con sorpresa. Catherine dio un paso atrás—. ¿Cuándo te he negado la palabra? ¡Ni que fuera un ogro!

Catherine, por su parte, disimuló una sonrisa. No, desde luego, Lady Shaftesbury era bastante llevadera, pero tenía un genio de mil demonios cuando las cosas no salían como a ella le gustaban. Y en ese mismo instante, era pura dinamita a punto de estallar. Echaba de menos a la Georgiana de Londres, dulce, amable y simpática. Aun así, se atrevió a hablar porque, entre otras

cosas tenía noticias esperanzadoras.

—Milady… —empezó a decir con cautela— he escuchado los chismes de los soldados. Al parecer creen que el mensajero que partió hace dos días, llegó con éxito a Fort Edward y el General Webb acudirá presto en nuestra ayuda. ¡Vamos a salir de aquí!

Georgiana quiso creer a su doncella, pero algo le decía que las cosas no iban a ser tan sencillas. Bufó consternada.

—Especulaciones Catherine. Intuyo que esto acabará muy mal. ¡He sido una estúpida! No debería haber acompañado a mi esposo, y para colmo te he arrastrado hasta aquí, exponiéndote también al peligro. Juro que cuando todo esto acabe, si es que acaba bien, haré de mi marido el hombre más desgraciado que exista sobre la faz de la tierra… —La joven condesa entornó los ojos. Esos ojos grises que amenazaban con descargar una tormenta de rayos y truenos.

—¡Milady! —exclamó Catherine, santiguándose—. No debería tomar el nombre de Dios en vano.

Georgiana siguió protestando durante un buen rato.

—¡Y yo que me quejaba de Boston! ¡Estúpida incauta! ¡Esto es peor!

Sí —pensó Catherine—. Esos ojos ya empezaban a soltar destellos amenazadores. La dama de compañía se encogió de forma inconsciente. La condesa fruncía el ceño y un tic nervioso en su delicada barbilla presagiaba que pronto estallaría la tormenta. No debería haberle comentado nada. Al fin y al cabo, solo era una sirvienta y no estaba obligada a darle conversación.

—Querida… Toda esta situación me provoca jaqueca. Hace un calor espantoso durante el día, y un frío helador al caer la noche. ¡Me niego a portar sobre mis hombros una sucia y maloliente manta de lana! ¡Mataría por darme un baño y lavarme el pelo! ¡Maldita sea esta guerra! ¡Maldito sea el ejército de Luis XV! ¡Y maldita sea esta sucia y apestosa tierra!

—¡Milady! —exclamó Catherine—. Una dama de su clase no debería soltar tales improperios. Además, usted es francesa, no debería maldecir a sus compatriotas…

Georgiana la miró furibunda. Esos ojos la estaban atravesando. «Que Dios me asista», pensó Catherine al comprender que se había sobrepasado. No obstante, la joven condesa, rápidamente se decidió a cambiar de víctima.

—Muy cierto —respondió, dándole la razón—. Y a decir verdad, no sé qué clase de Coñac se habría tomado mi amado padre cuando decidió casarme con un británico. ¡Precisamente él, que tan buena estima os tiene! —esta vez, su semblante se suavizó—. Por supuesto, dulce Cath, que a pesar de ser inglesa, eres adorable. Pero no sabes lo que daría en este mismo instante por disfrutar de un largo paseo por los hermosos jardines de Versalles…

Al punto, las puertas del fuerte se abrieron en medio de un gran estruendo de disparos y gritos, dejando entrar a un jinete que galopaba sobre su caballo desbocado. Los soldados lo vitorearon y acto seguido, el hombre cayó al suelo exhausto. Se encontraba atravesado por varias flechas, pero al parecer continuaba con vida.

Catherine profirió un grito y se llevó las manos a la cara tapándose los ojos, asustada. En el acto, Georgiana la sostuvo por los hombros, temiendo que su doncella se desmayara a causa de la impresión. Mientras intentaba calmar a Catherine, que no paraba de sollozar asustada, el Sargento Jefferson se acercó a ellas.

—¿Milady…? —dijo, haciendo una improvisada reverencia—. Disculpe mi indiscreción pero, por su seguridad, deberían mantenerse a cubierto. Es peligroso que paseen por aquí fuera. Podrían resultar heridas.

—¿Qué sucede? —preguntó Georgiana alzando el rostro e intentando aparentar calma. Lo logró.

—Al parecer, habrá capitulación. Montcalm nos ofrece una rendición honorable a cambio de que nuestros hombres abandonen el fuerte lo antes posible y es neces…

—¿Dónde se encuentra mi marido? —interrumpió Georgiana.

—Milady, el Capitán Herbert está reunido con el General Monro. El regimiento de infantería los escoltará en breve hacia el campo de batalla para negociar las condiciones de rendición, pero insisto, deberían ponerse a cubierto, por precaución.

—Está bien —respondió Georgiana—. ¡Catherine, reponte de inmediato! —ordenó esta vez a su doncella

Escoltadas por Jefferson, se metieron en el interior de su barraca, y se sentaron en un sucio banco a la espera de los acontecimientos. Más no podían hacer.

NOVELAS DE OLALLA PONS

Novelas Western

Serie Príncipes del Viento

La concha de nácar

Pluma Roja

Independiente

Espíritu Salvaje

Romance victoriano

La mirada del corazón

Novelas Contemporáneas

Río Bravo, más allá del perdón

Romance épico

Serie Viento

La princesa del viento

El rey del miedo

Pubicadas con editorial

León el Britano (HQÑ)

Elán, Mi Noche Estrellada (Romantic Ediciones)

Relatos cortos

Loba, un relato salvaje

Libros de ilustraciones

Recuerdos; ilustraciones, bocetos y pensamientos

---

[1] Forma que utilizaban los nativos para contar. Un puño cerrado contiene cinco dedos, dos son diez, y así sucesivamente.

[2] Conocidos como indios Crow se denominaban a sí mismos apsalooke, que significa en su lengua Ave de Pico Largo.

[3]Término en lengua Lakota designado a un mejor amigo a quien se considera como a un hermano. Es un título que dura hasta que uno de los dos fallece.

[4]Alimento concentrado, consistente en una masa de carne seca pulverizada, bayas desecadas y grasas.

[5] Así llamaban algunas tribus nativas de Norte América a los españoles.

[6] Se refiere a lo que dura el ciclo lunar, que suelen ser veintiocho días aproximadamente.

[7] Perro ladrón. Así llamaban los lakota al hombre blanco.

[8] Mestizo.

[9] Se refiere a 15 días.

[10] Cheyennes. Así se denominaban a sí mismos, significa “la gente”.

[11] En la actualidad es el monumento nacional de la Torre del Diablo (en inglés: Devils Tower) de los Estados Unidos En lengua lakota: Mato Tipila, que significa «Aposento del Oso». Es una intrusión ígnea monolítica o cuello volcánico situado en Colinas Negras, cerca de Hulett y Sundance en el condado de Crook, al noreste de Wyoming. Lugar sagrado para el pueblo Lakota y otras naciones indias.

[12] El concepto de medicina para los lakota es parecido a la magia.

[13]Es una atrofia de los músculos enervantes del cuello, una especie de parálisis de los mismos, que se manifiesta al acumularse grasa en los músculos superiores del cuello, lo que aumenta su peso y la elasticidad del mismo, que por la gravedad cae con los años.

[14] Estrella Sirio, también conocida como Alfa Canis Maioris.

[15] Constelación de Orión.

[16] Los poblados apsalooke, así como los lakota, eran muy numerosos. Montaban los campamentos de tipis formando un círculo, en cuyo centro se realizaban las tareas comunes, se celebraban las fiestas, o bien ataban a los prisioneros para tenerlos rodeados y bien vigilados.